

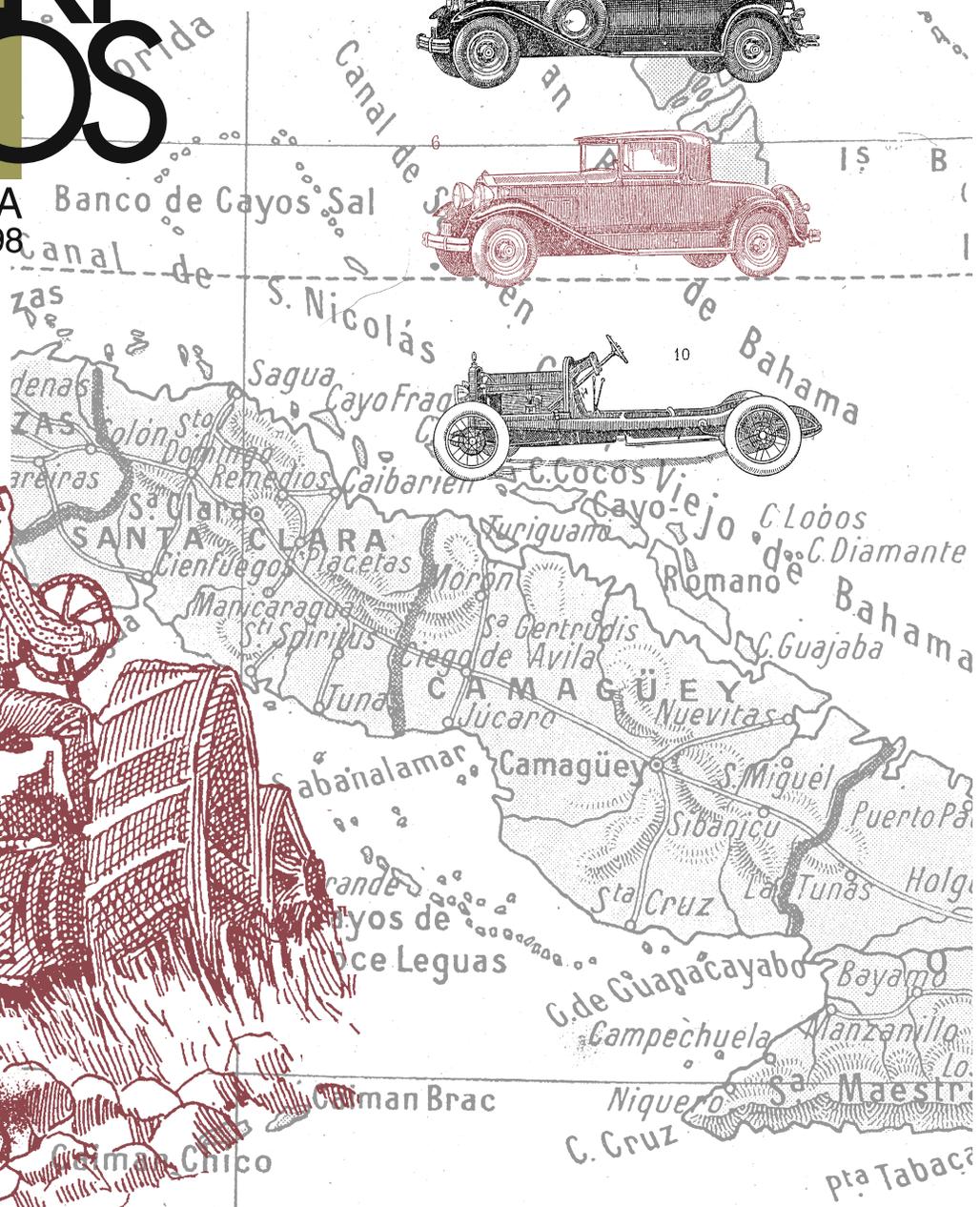
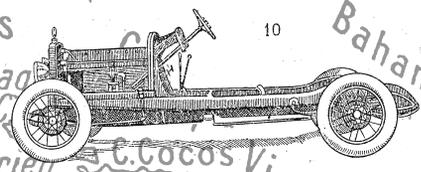
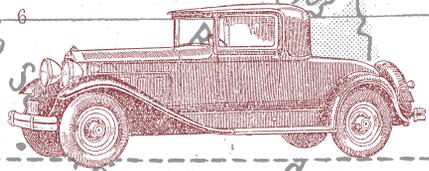
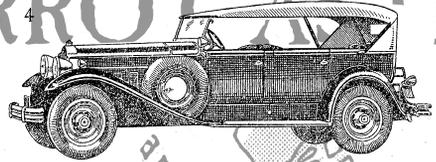
debates

REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS HISTORICOS Y SOCIOCULTURALES

AMERICANOS

LA HABANA ARRIBA A LA ... CON "MORRO CASTLE" ...

No. 5-6 LA HABANA
ENERO-DICIEMBRE 1998



Caiman Grande

Pensarnos un siglo ● Estrecho ● e



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

Surge con el fin de promover el conocimiento de las obras de
nuestros más destacados hombres de pensamiento

CLÁSICOS DE LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO EMANCIPADOR (HASTA 1868)

CLÁSICOS DE LA LIBERACIÓN Y DEL CAMBIO (1868-1920)

CLÁSICOS DE LA REPÚBLICA, LA REESTRUCTURACIÓN Y LA CRISIS (1920-1959)

La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en coordinación con
otras instituciones, crea, con este empeño editorial, la biblioteca que
demanda quien quiera conocer el porqué de una historia y, también,
a quienes la hicieron y la escribieron

Ediciones
IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.
Telf: 32-6841



DEBATES AMERICANOS

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Rigoberto Pupo Pupo

Consejo de Dirección:

Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc, María del C. Barcia, Ana Cairo, Sergio Guerra, Oscar Loyola, Ramón Sánchez, Arturo Sorhegui, Oscar Zanetti y Rubén Zardoya.

Miembros invitados al

Consejo de Dirección:

Aurelio Alonso, Pedro Alvarez-Tabío, Eramis Bueno, Luisa Campuzano, Aúrea M. Fernández, Julio García Luis, Jesús Guanche, Fernando Martínez Heredia, Esteban Morales, Olga Portuondo, Daisi Rivero, Pedro Pablo Rodríguez y Rolando Rodríguez.

Miembros de honor y

consultantes:

Miguel Barnet, Salvador Bueno, Jorge Ibarra, Eusebio Leal y Hortensia Pichardo.

Consejo de Redacción:

Subdirector: Luis M. de las Traviesas

Administradora: Esther Lobaina

Editora: Gladys Alonso González

Diseño y maquetación: Earles de la O

Composición de textos:

Equipo editorial IC

Correspondencia y suscripciones

en **Cuba:** Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.

Teléfono: 32-6841

en **Europa:** 17 rue de Boyrie, 64000, Pau, Francia.

Representante: Sophie Andioc

ISSN 1026-5015

Impresión

Combinado del Libro "Alfredo López"

Revista académica promovida por profesores universitarios y científicos sociales de Cuba, tiene su centro en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en La Universidad de La Habana.

Debates Americanos surge con la intención de buscar respuestas a las necesidades de información y reflexión en el campo de las ciencias sociales y de las realidades cubana y americana. Esta revista se publica gracias a la colaboración y apoyo del Ministerio de Cultura de Cuba. Los artículos aquí publicados, sólo expresan la opinión de sus autores

debates AMERICANOS

No. 5-6 LA HABANA
ENERO-DICIEMBRE 1998

REVISTA SEMESTRAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SOCIOCULTURALES

CENTENARIOS **3** Nación y modernización: significados del 98...Oscar Zanetti Lecuona

19 La historiografía latinoamericana en la coyuntura de entre siglos XIX y XX...Sergio Guerra Vilaboy

35 1895-1898: ¿Guerra racista o demagogia?...Oílda Hevia Lanier

Antonio Maceo. Centenario de su caída en combate...Oscar Loyola Vega **46**

PENSAR EL TIEMPO **55** El campo intelectual cubano (1920-1925)...Jorge Núñez Vega

Cuba: historia, escuela, nacionalismo (1902-1930)...Ricardo Quiza Moreno **76**

90 Medardo Vitier: para un magisterio cubano...Alicia Conde Rodríguez

103 El conde de Aranda, la independencia de América y la expansión norteamericana...Eduardo Torres-Cuevas

• • • • JULIO LE RIVEREND. LA HISTORIA CONTINÚA **116**

CRITERIOS **141** La Iglesia y el contexto sociopolítico cubano...Aurelio Alonso Tejada

149 Marxismo y capitalismo contemporáneo...Rafael Cervantes, Felipe Gil, Roberto Regalado y Rubén Zardoya

DIALOGOS **160** Estado actual y perspectivas de la Antropología Social...IX Encuentro de filósofos y científicos sociales cubanos y norteamericanos

171 DOCUMENTOS-MONUMENTOS *Vox patriae*

ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR **180**

II CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIADORES LATINOAMERICANISTAS

DEL 8 AL 12 DE NOVIEMBRE DE 1999



La Historia de América Latina y el Caribe ante los desafíos del siglo XXI

La Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) convoca a este II Congreso Internacional para los días del 8 al 12 de noviembre de 1999, en la Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez —Mercaderes e/ Obrapia, Habana Vieja, Cuba—, con el coauspicio de la revista *La Formación del Historiador*, de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México).

Entre los temas y mesas de trabajo a desarrollarse en este congreso se destacan: "Historiografía", "Formación del historiador" e "Historia de América Latina y el Caribe"; así como mesas de trabajo:

entre otras, las de "Relaciones interamericanas", "Vínculos extracontinentales", "Globalización y procesos de integración" y "Partidos políticos, Estados y sociedad civil".

Este importante encuentro científico también lo patrocinan la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y la Universidad de La Habana (Cuba), la Universidad del Norte (Colombia), la Universidad de Buenos Aires (Argentina) y la Universidad de São Paulo (Brasil), la Universidad de Colonia (Alemania) y la Universidad de Santiago de Compostela (España).

uso de una categoría ambigua y controvertida, cuya dilucidación teórica escapa a las posibilidades de este texto. Resulta preferible, entonces, eludir las disquisiciones y emplear dicho concepto con el único sentido que podía tener en el tránsito del siglo XIX al XX; esto es, estrechamente asociado al desarrollo de una sociedad capitalista.

OSCAR ZANETTI LECUONA
Doctor en Ciencias Históricas y
director de Investigaciones del
Instituto de Historia de Cuba, ac-
tivo colaborador en el desarrollo
de publicaciones y eventos espe-
cializados en los estudios históri-
cos en Cuba como en el exterior,
autor de artículos y ensayos, le
fue otorgado por Casa de las
Américas el Premio Especial Con-
memorativo del Centenario de
1898 por su ensayo *Comercio y*
poder: relaciones hispano-norte-
americanas en torno a 1898.

ción de esa sociedad ya no descansa en diferencias de origen o condición, de modo que sus formas jurídicas y estatales responden a los requerimientos del mercado y al régimen de propiedad. Los Estados se rigen por sistemas representativos de gobierno y sus estructuras políticas se adecuan a los espacios —nacionales e internacionales— en los cuales se verifican los procesos económicos. El predominio de la vida urbana y las formas de conciencia vinculadas a las relaciones mercantiles, calorizan la adopción de costumbres laicas y seculares, el predominio de una visión científica de la realidad y un ansia de progreso que tienen su sustrato en la universalización de la educación.²

► **Los retos de la modernización en Cuba**

Al abrirse el último cuarto del siglo XIX, la sociedad cubana se hallaba aún bien distante de exhibir los rasgos esquemáticamente condensados en el párrafo anterior. Un 15 % de la población de la Isla era esclava y esa fuerza de trabajo, junto a braceros chinos bajo régimen de

contrata, constituía el grueso de los trabajadores empleados en la producción de azúcar. Desde tiempo atrás, en las fábricas azucareras se venían introduciendo máquinas de vapor y otros medios mecánicos, pero ese sector productivo aún no alcanzaba un estadio propiamente industrial. Tal retraso tecnológico relativo, cuando la creciente concurrencia de la industria remolachera hacía declinar el precio del azúcar en el mercado internacional, ensombrecía las perspectivas comerciales del azúcar cubano que, con aterradora rapidez, perdería casi todos sus mercados europeos en el curso de la década del 70.

El sector azucarero, sostén de la economía insular, se veía abocado a profundos cambios, tanto de carácter técnico-económico como en su organización laboral. La esclavitud era ya una institución insostenible; su desaparición conduciría a la definitiva constitución de un mercado de trabajo y obligaría a los propietarios azucareros a bregar con el salario, un factor llamado a ejercer notable influencia en la formación de sus costos de producción. En tales circunstancias, la competitividad del azúcar cubano sólo podría asegurarse mediante un gravoso proceso inversionista. Ya no se trataba de la simple introducción de maquinarias dentro del equipamiento del viejo ingenio, sino de la adopción de una tecnología de procesamiento continuo, cuya rentabilidad dependía por entero de una cuidadosa coordinación de operaciones y la consecución de una escala de producción incomparablemente mayor.³

² Algunos autores consideran el término “modernidad” como una expresión eufemística, utilizada para evitar el empleo del concepto “capitalismo”; pero como ciertos atributos de la modernización no se presentan en la historia asociados de modo exclusivo con el desarrollo capitalista, parece válida la diferenciación conceptual. Un interesante acercamiento a este asunto puede encontrarse en Martin J. Sklar: *The United States as a Developing Country*, Cambridge University Press, New York, 1992, pp. 45-55. Texto del cual se ha extractado la caracterización que aquí presentamos.

³ A la cuantiosa inversión que suponía la adquisición del utillaje de una moderna industria, había que sumar otros muchos gastos que iban desde la construcción de almacenes hasta el tendido de vías férreas para hacer llegar a la fábrica los mayores volúmenes
(continúa)

Reto primordial para la modernización de la economía cubana, la industrialización azucarera requería de capitales que no parecían hallarse disponibles. Aunque décadas de crecimiento productivo habían dejado como saldo una considerable acumulación de riquezas en manos de los principales empresarios de la Isla, la mayoría de los hacendados, sobrecargados de deudas hipotecarias, difícilmente podría enfrentar con su propio peculio tamañas inversiones. La existencia de medios de financiamiento revestía, entonces, una importancia decisiva. Pero la organización financiera insular carecía de instituciones de crédito realmente efectivas, de modo que dicha función descansaba ante todo en firmas de comerciantes-banqueros que operaban con muy elevadas tasas de interés. Cuba sufría, en consecuencia, de una sensible escasez de capitales, situación paradójica para una economía que había registrado un notable crecimiento durante la primera mitad del XIX.

Ese aparente contrasentido merece una explicación. El fisco colonial español, con sus remesas de Ultramar, “sobrantes” y otras partidas destinadas a cubrir gastos de la metrópoli, operaba en la Isla como un factor permanente de drenaje de capitales. La presión tributaria, proverbialmente elevada, se había incrementado de manera considerable en los años 70, cuando los presupuestos de ingresos de la Hacienda cubana llegaron a superar los 50 millones de pe-

(viene de la página anterior)

de caña que su capacidad demandaba, factor este último que también imponía un considerable crecimiento de los cañaverales. El fomento de semejante plantación bajo los viejos principios organizativos de la industria, hubiera potenciado aún más los capitales requeridos para esta transformación, circunstancia que, junto a los problemas planteados por la abolición en la esfera laboral, llevarían a un deslinde de la producción cañera, la cual quedaría en manos de cultivadores más o menos independientes.

⁴ En 1878, la carga fiscal per cápita era en Cuba de 35,80 pesos, mientras que en la metrópoli sólo ascendía a 9,19. S. Ruiz Gómez: *Examen crítico de los presupuestos generales de gastos e ingresos de la Isla de Cuba para el año 1878-79*, París, 1880, y J. M. Serrano Sanz: *Los presupuestos de la Restauración*, Madrid, 1987, Cuadro 1.1.

sos.⁴ Cuatro quintas partes de tan elevada suma se engullían por una creciente deuda pública —más de 100 millones de pesos en 1878—, así como por los extraordinarios gastos militares ocasionados por la guerra independentista cubana iniciada en 1868; de tal suerte, las partidas dedicadas a educación, salud y obras públicas, apenas representaban en conjunto un 2 % de los gastos presupuestados, causa del notorio abandono que sufrían esos ramos esenciales de la vida moderna.

Más de la mitad de los ingresos fiscales provenían de los aranceles de aduana, elevados gravámenes que actuaban como un factor desquiciante del comercio exterior. Concebido con el doble objetivo de proporcionar una elevada recaudación y reservar el mercado cubano para la producción y la marina españolas, el régimen de comercio colonial ocasionaba una constante pérdida de recursos a la economía insular; de un lado, por la vía fiscal y, de otro, gracias al déficit permanente del balance comercial con la metrópoli. Tan deplorable situación no sólo encarecía de manera artificial el costo de la vida y desestimulaba la inversión, sino que colocaba a Cuba en muy difícil posición para expandir las exportaciones y asegurar sus mercados; en particular, el de Estados Unidos, principal comprador de productos cubanos con el cual la discriminatoria política arancelaria española originaba frecuentes conflictos.

Por otra parte, eran verdaderamente escasas las posibilidades que abría el sistema político español a los cubanos para modificar la situación imperante. Negros y mulatos, esclavos o libres, se hallaban por definición excluidos de todo derecho ciudadano, pero esa condición se había extendido, en la práctica, a toda la población de la Isla desde 1837. En ese año, los diputados antillanos fueron expulsados de las Cortes constitucionales españolas, mientras se disponía que Cuba y Puerto Rico fuesen regidas por leyes especiales que nunca llegaron a promulgarse. Con tales decisiones se inauguró un modelo político que excluía a los súbditos coloniales de las instituciones jurídicas y estatales de la metrópoli, marginaba a las colonias de todo beneficio derivado de la liberalización de la vida política española y

propendía a la concentración del poder ejercido por las autoridades coloniales. El gobierno español, consciente de sus debilidades, contrarrestaba de esta forma el evidente poderío económico de las elites criollas, apartándolas de las funciones políticas, y tendía a la vez una suerte de “cordón sanitario” que aislaba a las colonias de los avatares de la política metropolitana.⁵

En las posesiones coloniales, el poder efectivo se ejercería de manera casi autocrática por un funcionario militar, el capitán general, revestido del mando supremo y con facultades omnímodas, quien también encabezaba el gobierno civil. La centralización de funciones permitiría a esa autoridad controlar, incluso, las actividades de la Hacienda y los tribunales de justicia, órganos que en el pasado habían gozado de cierta autonomía. Las propias limitaciones del liberalismo peninsular vinieron a agravar estas condiciones, pues los asuntos coloniales solían manejarse libremente por el gobierno, al margen de cualquier supervisión de las Cortes.

Los cubanos, sin exceptuar los de más elevada condición social, se hallaban impedidos de crear agrupaciones políticas, expresarse libremente en la prensa o ejercer otros elementales derechos ciudadanos. En consecuencia, eran mínimas sus posibilidades de intervenir en el ordenamiento fiscal de la colonia o influir en otros dominios de la actividad gubernativa —más allá de lo que permitía el cabildeo, los sobornos u otras corruptelas—, pues incluso la mayoría de los cargos de la administración pública estaban reservados a los peninsulares.

Ese régimen de corte abiertamente represivo encontraba su justificación en el mantenimiento del orden esclavista. Las clases propietarias de la Isla prefirieron acatarlo, considerándolo un gambito para la conservación de su preeminencia económica, social y cultural. Mientras tanto, confiaban en la paulatina reforma del sistema como vía de un tranquilo progreso hacia la modernidad.

El sentido francamente exclusivista y discriminatorio con que se ejercía el poder colonial, contribuyó a consolidar la conciencia nacional cubana, cuyas expresiones —perceptibles desde

6

inicios del siglo XIX— incluían proyectos de cons-

titución de un Estado independiente. La agudización de las contradicciones del sistema y la frustración reiterada de las expectativas reformistas, condujeron a la crisis de 1868, cuando el estallido de la revolución independentista ofreció clara evidencia de que la modernización en Cuba pasaría por una profunda redefinición política.

► Con España... ¿a la modernidad?

El fracaso del independentismo tras diez años de cruenta contienda, dejó a España en posición de arbitrar el curso de los acontecimientos en Cuba. Con el pacto del Zanjón, las fuerzas políticas que creían factible la modernización del país integrado, o al amparo, del Estado español, podrían disfrutar de una transitoria hegemonía. Sus proyecciones adoptaron dos variantes fundamentales. Una, encabezada por los más poderosos propietarios de la Isla —españoles y cubanos—, demandaba cierta liberalización económica, pero, en esencia, se inclinaba hacia la preservación del *statu quo* mediante la progresiva asimilación de Cuba a la condición de provincia española. La otra propugnaba la transferencia de funciones gubernativas a la población insular a través de una fórmula autonómica, y sus promotores eran, principalmente, cubanos de clase media. En cuanto a su perfil social, ambos proyectos resultaban, por igual, excluyentes; el primero defendía a ultranza la privilegiada posición alcanzada por los peninsulares nativos dentro de la sociedad colonial, mientras que el segundo, aunque reivindicaba los derechos de los cubanos, no alcanzaba a ocultar el sentido elitista con que apreciaba a los elementos populares del país como factores potenciales de disolución social.

Pese a sus diversas aspiraciones, la sola aparición de estas agrupaciones políticas constituía una expresión de los cambios que comenzaba a experimentar el régimen colonial. El alcance de tales transformaciones, la medida en que ellas respondieron a las necesidades y tendencias de

⁵ Para una caracterización más detallada del sistema político colonial en esta época, véase Josep Ma. Fradera: “Quiebra imperial y reorganización política en las Antillas españolas, 1810-1868”, en *Op. Cit.*, no. 9, Puerto Rico, 1997, pp. 289-317.

la sociedad cubana, deviene un asunto tan controvertido como poco estudiado.

Sin duda, la decisión de mayor trascendencia en este terreno fue la abolición de la esclavitud. Al permitir el reordenamiento del trabajo sobre bases salariales, la liquidación de las relaciones esclavistas constituía una decisión crucial para la modernización del país. Sin embargo, ésta resultó una medida tardía, cuya adopción, más de una década después de que la constitución independentista de 1869 declarase libres a todos los habitantes de la Isla, no podía considerarse especialmente meritoria para el gobierno español. Y aún más, porque su aplicación no proveyó medios para atenuar el impacto económico de tan profunda transformación. Más significativas —y menos valoradas—, sin duda, fueron algunas disposiciones colaterales que, como la “integración” racial en las escuelas, la proscripción de la segregación en los servicios y lugares públicos, etc., tendían a favorecer la incorporación de negros y mulatos en la sociedad de la “postemancipación”.⁶

Entre los cambios que despertaron mayores expectativas figuraban los que habrían de facilitar la compleja modernización de la economía colonial; principalmente, el reajuste presupuestario, la reforma del arancel y la concertación de tratados que mejorasen la posición comercial de Cuba. Era ésta una agenda de especial complejidad, pues, sin excepción, cualquiera de las medidas tomadas afectaría intereses metropolitanos —tenedores de la deuda, industriales y navieros catalanes, cerealeros castellanos, otros— que gozaban de gran influencia en los medios gubernamentales madrileños. Así, lo que se esbozara en un inicio como un programa integral de “reforma” (ministerio Martínez Campos, 1879) fue rápidamente desechado, y sustituido por una sucesión de paliativos. El reajuste hacendístico tendría lugar mediante medidas desgranadas a lo largo de la década del 80 —reconversión de la deuda, supresión o disminución de algunos impuestos y partidas de gastos—, cuyo resultado fue la reducción del presupuesto a unos 24 millones de pesos. Constituía un ajuste sustancial; no obstante, como éste coincidió con una severa declinación del precio del azúcar —y, por ende, de la capacidad contributiva—, el déficit fiscal resultó

incontrolable y los agobios financieros de la Isla no pudieron superarse.

Algo similar sucedió con el arancel de aduana. El gobierno de Madrid postergó, una y otra vez, la reforma integral de ese instrumento y cuando la aplicó —en 1892— fue para elevar los adeudos establecidos. El principal cambio en este terreno, la introducción progresiva de un régimen de cabotaje para el comercio entre la colonia y su metrópoli, reactivó algo las ventas cubanas, pero también reforzó las ventajas de que disfrutaban las mercaderías hispanas en el mercado insular, de modo que terminó por acrecentar el déficit del balance comercial de Cuba con la península. El anhelado convenio comercial con Estados Unidos se concertó finalmente en 1891. Ello representó un estímulo indiscutible para las exportaciones cubanas, aunque sus beneficios, prácticamente circunscritos al azúcar, contribuyeron a acentuar la tendencia monoprodutora de la economía. Durante la breve vigencia de este tratado —1892-1894—, España se avino a compartir con Estados Unidos sus ventajas monopolísticas en el mercado cubano, facilitando el acceso de los productos norteamericanos bajo un trato arancelario que favoreció la reducción de precios al consumo doméstico.

En tales condiciones se verificó la industrialización azucarera. En 1894, con una zafra superior al millón de toneladas, Cuba marcaba su récord productivo de la centuria. El grueso de esa cuantiosa producción se realizó por dos centenares de fábricas modernas —entre ellas, algunas de las mayores del mundo—, empleando un esquema organizativo en las relaciones laborales y agroindustriales de carácter esencialmente capitalista. La producción cubana, sin embargo, tuvo que especializarse en azúcares de baja polarización ajustados a la demanda de la industria refinadora norteamericana —su principal y casi

⁶ Estas medidas y algunas otras, como el apoyo a la creación de casinos españoles “de color”, formaban parte de una política de tinte paternalista, diseñada por las autoridades hispanas con la finalidad de “ganar a los negros” y neutralizarlos como base potencial de un nuevo movimiento separatista. Véase M. Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*, Editorial Crítica, Barcelona, 1995, pp. 261-266.

única compradora—, mientras que las restricciones financieras a escala insular determinaron un fuerte endeudamiento de los hacendados con instituciones de crédito extranjeras; sobre todo, de Estados Unidos. Bajo las tendencias prevalentes en la economía internacional y el pesado fardo del régimen colonial, la economía cubana se modernizaba en condiciones de acusada subordinación exterior.⁷

La paulatina aplicación de la más reciente legislación económica española —código de comercio, código civil, ley de la propiedad intelectual, etc.—, contribuyó a la mayor fluidez y modernidad de las relaciones mercantiles, un fenómeno que también se dejó sentir, aunque con evidentes limitaciones, en otros ámbitos de la vida social. La constitución española de 1876 se extendió a Cuba en 1881, así como la ley de “imprensa”, la ley de régimen municipal y otras que regulaban la vida política y la administración colonial. La implantación de tal legislación significaba un notable avance en materia de derechos individuales para los habitantes de la Isla, pero de modo casi invariable esos derechos fueron restringidos, como una prueba de que la proyectada “asimilación” resultaba imposible. Por ejemplo, si los cubanos obtuvieron representación en las Cortes, fue mediante un sistema electoral censatario concebido para asegurar el predominio político del “partido español”, que habría de mantenerse vigente, incluso después que en la península se adoptara el sufragio universal masculino. Aunque las “facultades omnímodas” de los gobernadores se abrogaron, dicha posición continuó en manos de jefes militares investidos con las prerrogativas del gobierno civil, quienes se desempeñaban de manera francamente dictatorial. El ejercicio arbitrario de la autoridad, en especial sobre la población campesina, alimentaba el bandolerismo y mantenía un clima de inseguridad en las áreas rurales.⁸

El crecimiento urbano, notable en las décadas finales del siglo, era más el resultado de la concentración de funciones del comercio y los servicios, que del desarrollo de una industria que se limitaba en realidad a las fábricas de tabacos y algunos pequeños talleres de producción cuasi-manufacturera. Aunque, sobre todo en la ca-

pital, ya eran perceptibles dispositivos propios de la vida moderna —acueducto, alumbrado público e, incluso, eléctrico, etc.—, en otras esferas, el retraso resultaba inocultable. La educación, que había mostrado cierto avance a mediados de la centuria en consonancia con la secularización impulsada por el liberalismo, sufrió de manera considerable cuando las medidas represivas adoptadas durante la Guerra de los Diez Años eliminaron los institutos de segunda enseñanza y otros avances introducidos por la ley de Instrucción Pública de 1863. Una nueva ley, dictada en 1880, trasladó a Cuba de manera casi completa el régimen de estudios existente en España. La nueva regulación hacía obligatoria la instrucción primaria y delineaba un sistema educativo más funcional, en el cual podía percibirse cierto influjo de la Institución Libre de Enseñanza madrileña. Mas, la crónica carencia de recursos para sostener las escuelas públicas —la insuficiencia presupuestaria serviría de pretexto para eliminar los estudios de doctorado en la Universidad— determinó la baja cobertura y pobre calidad del sistema escolar cubano, de la cual sólo podían exceptuarse algunos colegios privados. Ello ex-

⁷ Fe Iglesias: “El desarrollo capitalista de Cuba en los albores de la época imperialista”, en Instituto de Historia de Cuba: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, 1996, cap. IV y “The development of Capitalism in Cuban Sugar Production”, en M. Moreno Fragnals, F. Moya Pons y S. Engerman: *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*, Baltimore, 1985.

⁸ La ley de “imprensa” de 1881, además de considerar delito la emisión de toda idea contraria a la “integridad de la patria”, establecía un mecanismo, inexistente en la península, que permitía secuestrar la publicación antes de su salida. La ley municipal de 1878 disponía que los alcaldes fuesen nombrados por el gobernador, en condiciones que hacían de ellos funcionarios a sueldo del gobierno central. Aunque posteriormente algunas de estas restricciones fueron atenuadas, el sentido esencial de la política no se modificó. Para las disposiciones iniciales, véase J. Rubio: *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII*, Madrid, 1995; una evaluación contemporánea del problema puede encontrarse en Rafael Ma. de Labra: *La crisis colonial de España*, Madrid, 1901, p. 90 y ss.

plica que al finalizar el siglo, sólo el 34 % de la población insular estuviese alfabetizada y que la proporción de habitantes con instrucción superior fuese apenas de un 1,2 %.⁹

El saldo de las últimas décadas de dominio colonial para el progreso de la sociedad cubana, resulta difícil de establecer, tanto más, cuanto las circunstancias políticas han tendido a oscurecer la visión del conjunto. La representación en las Cortes significó bien poco para Cuba; la inmensa mayoría de los cargos de diputados y senadores era ocupada por miembros del “partido español”, entre cuyos candidatos figuraba un buen número de “cuneros” que jamás habían cruzado el Atlántico. Si en tales circunstancias resultaba muy difícil promover los intereses cubanos en Madrid, tampoco era mucho más lo que podía hacerse en la propia Isla, pues la centralización de funciones gubernativas dejaba escasa autoridad en manos de los ayuntamientos y gobiernos provinciales. Por otra parte, junto a los mecanismos políticos españoles, a las Antillas también se extendieron las lacras de dicho sistema; mediante el caciquismo y las fórmulas clientelares, la elite hispano-criolla ejercería en Cuba un control de genuino corte oligárquico.¹⁰ Ciertamente, era posible editar periódicos y folletos o pronunciarse en asambleas públicas sobre los problemas del momento, siempre que para su solución no se formulase una alternativa separatista. Pero los sectores populares —trabajadores, campesinos, negros—, marginados del procedimiento electoral, permanecían excluidos en la práctica de la vida política.

Los innegables esfuerzos de España por re-
mozar su régimen colonial, para dar cauce a las aspiraciones modernizadoras de sus súbditos “ultramarinos”, se revelaban tan limitados como inconsistentes. Con su excluyente y autoritario sistema de gobierno, y un retraso industrial que hacía a las colonias importar de terceros países —pagando gravosos aranceles— las maquinarias y utensilios indispensables para la vida moderna, España se percibía en sus posesiones como la viva estampa del atraso. A tal imagen contribuían, sin dudas, una inmigración peninsular ya masiva, compuesta principalmente de labriegos incultos, así como la cohorte de funcionarios, tan

venales como incapaces, conque la metrópoli nutría la burocracia colonial.

El cubano se consideraba más avanzado que el español. “Más abierto, más moderno, más cosmopolita”, según aseguraba Varona en 1887; el criollo se había mostrado capaz de asimilar con mayor rapidez las conquistas del progreso. Y éstas, por lo general, provenían de un país bien distinto y mucho más cercano que la vieja metrópoli.¹¹

► El paradigma norteamericano

Tras un siglo de intercambios intensos y sistemáticos con Estados Unidos, cuanto de moderno había recibido Cuba parecía llegado de la “gran República del Norte”. El ferrocarril y el telégrafo, la máquina de coser y el teléfono, o eran aportes de la inventiva norteamericana, o se habían introducido en la Isla por negociantes y técnicos de aquel país. El trasiego de información y mercancías entre Cuba y el país vecino era sumamente fluido; varias compañías navieras mantenían líneas regulares entre los puertos de ambos países con movimientos casi diarios y, en 1867, una empresa estadounidense había conectado el sistema telegráfico de Cuba con el continente mediante el tendido de un cable submarino, de modo que hasta las comunicaciones rápidas entre la Isla y su metrópoli tenían que transitar por las redes de Estados Unidos. La presencia norteamericana, en informaciones o en objetos, se apreciaba por los cubanos como un poderoso factor de innovación y cambio; las bi-

⁹ A. Penabaz: “La educación en Cuba al finalizar el período colonial”, en C. Almodóvar (comp.): *Nuestra común historia. En torno al 98*, La Habana, 1996; Ma. del Carmen Barcia: “La sociedad cubana en el ocaso colonial. Vida y cultura”, en Instituto de Historia de Cuba, ob. cit., cap. VI.

¹⁰ J. Cayuela: “1898: el final de un Estado a ambos lados del Atlántico”, en *La Nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, 1996, pp. 391-398.

¹¹ En un comentario al libro de Raimundo Cabrera, *Cuba y sus jueces* —texto que resulta en sí mismo un testimonio elocuente del contraste cubano-español en torno a la modernidad—, Varona afirmaba que el cubano “si no es más inteligente en absoluto que el español, es de comprensión más rápida y mucho menos refractario a las novedades”. *Revista Cubana*, septiembre de 1887, p. 276.

cicletas y los elevadores, las cámaras fotográficas, el *watercloset*, las máquinas dactilográficas y otros tantos artículos en los cuales el “progreso” lograba encarnar de modo visible, provenían del vecino norteamericano. Y si el consumidor cubano encontraba para esos productos alguna alternativa en el mercado local, se trataba de mercancías inglesas, alemanas o francesas, pero casi nunca españolas.¹²

Pero la modernidad norteamericana no sólo se percibía a través de las mercancías importadas en Cuba. En un movimiento de sentido inverso, decenas de miles de cubanos de la más diversa condición social emigraron, por razones políticas y económicas, a Estados Unidos durante el último tercio del XIX. Su presencia vino a coincidir con una etapa de particular dinamismo en la vida económica y social de aquel país. La sucesión de innovaciones, particularmente en el dominio de los bienes de consumo, daba vida a una cultura orientada a la comodidad y bienestar, en la cual la posesión de bienes materiales representaba cada vez más la medida del éxito. En ese ambiente moldearon sus hábitos y gustos muchos de los emigrantes cubanos, cuya idiosincrasia también recibiría el poderoso influjo de una vida social que, caracterizada por su apertura y movilidad, ofrecía un agudo contraste con la sociedad jerarquizada y relativamente estática de la colonia antillana.

Bienes materiales, costumbres e ideas norteamericanas vendrían a enriquecer así los atributos que distinguían a los cubanos de los españoles. Y en ciertos casos —como el del béisbol—, esos valores culturales se aprovecharon de modo consciente a escala social para marcar distancias con lo español, de manera tal que se hiciera todavía más evidente la existencia de una identidad nacional bien diferenciada.¹³

La modernidad se hacía presente en Cuba con perfil norteamericano. La admiración por las expresiones culturales, el sistema de gobierno y el modo de vida del país norteamericano, impregna toda la literatura cubana de aquella época, desde las novelas hasta la ensayística. El paradigma en cuanto a métodos de explotación agrícola, de organización laboral, de gestión empresarial, ordenamiento urbanístico y hasta para ciertas esferas

de la actividad doméstica, resultaba, indiscutiblemente, Estados Unidos.

La fascinación ejercida por el modelo norteamericano también tenía su expresión política. La anexión a la república norteamericana era una vieja fórmula, que desde antaño habían propugnado algunos de quienes en Cuba buscaban una alternativa al dominio colonial español. Pero el anexionismo fue dejando tras de sí una estela de conspiraciones deshechas, invasiones fracasadas y fallidos intentos de comprar la Isla por parte del gobierno de Washington, sin haber conseguido calar profundamente en la sociedad cubana. En las décadas finales del siglo, esa corriente reverdece, calorizada por la creciente dependencia de Cuba respecto de su principal mercado y el renovado interés que manifiestan por la gran Antilla algunos políticos expansionistas norteamericanos al estilo de James G. Blaine. Como en sus manifestaciones anteriores, este anexionismo tardío continuaba siendo un cálculo más que un sentimiento; entre sus partidarios se contaban algunos intelectuales y emigrados que veían en la incorporación a Estados Unidos la vía más rápida y asequible para la modernización de Cuba, pero sobre todo figuraban —por lo general de modo subrepticio— grandes comerciantes y empresarios; entre ellos, un buen número de peninsulares, que en circunstancias de crisis económica o política veían la anexión como la mejor garantía para el futuro de sus negocios.¹⁴

¹² Louis Pérez Jr.: *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*, Athens, Georgia, 1990, pp. 70-71.

¹³ Louis Pérez Jr. en “Identidad y nacionalidad: las raíces del separatismo cubano, 1868-1898” (*Op. Cit.*, revista cit., pp. 185-195) ofrece una sugerente visión de este fenómeno.

¹⁴ Este anexionismo finisecular apenas se ha estudiado; José I. Rodríguez en su *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América* (La Habana, 1900) ofrece un testimonio contemporáneo de algunas de sus manifestaciones. Paul Estrade hace un breve análisis del anexionismo entre los grandes propietarios españoles en “Cuba a la veille de l’indépendance. Le mouvement économique, II”, *Mélanges de la Casa Velázquez XIV*, 1978.

Aunque la modernidad norteamericana tenía para la Cuba finisecular un valor paradigmático, su recepción fue un proceso complejo y rico en matices. “La apropiación e interpretación de los símbolos de la modernidad —y por ende de los significados asociados con ella— dependen en gran medida del lugar en que uno se halle ubicado social y culturalmente”, circunstancia que permite entender la ambivalencia perceptible en las lecturas de la modernidad estadounidense entre los cubanos emigrados.¹⁵ Si éstos fueron testigos y partícipes de los fastos inaugurales de una cultura del consumo en Estados Unidos, también les correspondió experimentar las tensiones de una época especialmente turbulenta, cuando obreros, campesinos y antiguos esclavos luchaban por definir sus espacios en el seno de la sociedad norteamericana. Para los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, sujetos a los abusos patronales y a las acciones contra los sindicatos, para aquellos que experimentaban la hostilidad racista y la violencia del Ku Klux Klan, la modernidad tuvo un sentido diferente. Precisamente en esos medios cobraría vida el nuevo programa independentista.¹⁶

► La independencia como opción modernizadora

Para el independentismo, la constitución del Estado nacional cubano devenía la clave de todo progreso. Al proclamar la independencia, los iniciadores de la revolución de 1868 estaban convencidos de que sólo la separación de España posibilitaría a los cubanos el disfrute de los derechos ciudadanos, liberaría la economía de las trabas del fisco colonial y, sobre todo, daría fin a la horrenda institución de la esclavitud.¹⁷ Pero tras el fracaso de la Guerra de los Diez Años, las condiciones en que se había desarrollado aquel movimiento político cambiaron con cierta rapidez.

De una parte, los compromisos asumidos en el convenio del Zanjón y las propias lecciones de la insurrección, condujeron a que España transformase su régimen en Cuba, aboliendo la esclavitud e introduciendo otros cambios —ya apuntados— que modificaron de manera sustancial el cuadro sociopolítico de la colonia. Por otra, la frustración del 78 marcó profundamente al

independentismo; la experiencia fallida alimentó enconos entre sus partidarios y también dio lugar a distintas interpretaciones sobre las causas del revés.

Aunque los independentistas no cesaron en su empeño, las conspiraciones, levantamientos, invasiones y otros intentos desplegados durante la década del 80 —casi todos dirigidos por jefes militares de la anterior contienda—, concluyeron de modo invariable en el fracaso. Tal resultado hacía evidente que el movimiento político estaba urgido de una reformulación de sus fundamentos sociales y la adopción de nuevos moldes organizativos. El encargado de renovar el proyecto de la independencia sería José Martí.

Intelectual y político de talla excepcional, Martí elabora su propuesta a partir de un amplio análisis crítico, entre cuyas bases se encuentran las experiencias revolucionarias cubanas, los resultados de más de seis décadas de vida independiente de las naciones latinoamericanas y su profundo conocimiento de las tendencias prevaletentes en el desarrollo de Estados Unidos, un país cuyas proyecciones externas consideraba cruciales para el futuro de Cuba.¹⁸

Admirador confeso de los fundamentos democráticos de la nación norteamericana, de su dinamismo social y su vocación de progreso, Martí —quien vivió más de una década entre las comunidades de emigrados cubanos en Estados Unidos,— también fue testigo excepcional de las violentas convulsiones que experimenta la Nor-

¹⁵ Véase el comentario de Jeremy Adelman al artículo ya citado de Louis Pérez en *Op. Cit.*, no. 9, 1997, pp. 195-198. También sobre este asunto al propio Pérez en *Cuba and the United States...*, ed. cit., pp. 72-73.

¹⁶ Para un análisis de las condiciones de la emigración cubana en Estados Unidos y el papel desempeñado por ésta en el desarrollo del independentismo, véase G. Poyo: *With All, and for the Good of All*, Durham, 1989, especialmente el capítulo 5.

¹⁷ Véase “Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, dirigido a sus compatriotas y a todas las naciones”, en H. Pichardo (comp.): *Documentos para la Historia de Cuba*, La Habana, 1971, t. I, pp. 358-362.

¹⁸ O. Loyola: “Cuba: para entender una revolución finisecular”, en 1898; *entre la continuidad y la ruptura*, Morelia, 1997, p. 105.

teamérica finisecular, donde “el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza...” y “el apetito inmoderado del poder...”, estaban trocando a “la nación típica de la libertad” en una república “cesárea e invasora”.¹⁹

Era ésta una evolución especialmente peligrosa para el destino de las naciones latinoamericanas; en cuyas repúblicas “feudales y teóricas”, la importación de fórmulas europeas y norteamericanas no había conseguido superar los vicios y desequilibrios de la vida colonial. De ahí la urgencia con que Martí convoca a los países de “Nuestra América” —de la cual consideraba a Cuba parte indisoluble— a reconstruir esas repúblicas sobre formas políticas autóctonas, surgidas del conocimiento y la conjugación de las realidades “naturales” de sus sociedades. Se imponía, a su juicio, una política que abriese espacios de participación a las clases y sectores preteridos, como medio para rebasar las estructuras oligárquicas preservadas por los caudillismos resultantes de la reforma liberal. Dicha transformación —estimada como una “segunda independencia”— resultaría indispensable para construir una relación cordial en el continente y garantizar el equilibrio entre las dos Américas, para lo cual la independencia de Cuba estaba llamada a desempeñar un papel decisivo.

Pero la creación de la república en Cuba se hallaba preñada de dificultades. A las inmensas tareas de liquidar el régimen colonial español o contener la dominación norteamericana en ciernes, se sumaba, como condición indefectible de éxito, la de superar las profundas diferencias y divisiones que fragmentaban a la sociedad cubana. Factores de origen —cubanos y españoles—, raza —blancos y negros— y condición económica —ricos y pobres—, lastraban la articulación de un verdadero movimiento nacional en Cuba y debilitaban el esfuerzo del independentismo, en cuyas propias filas se percibían las contradicciones entre militares y civiles, cubanos de la Isla y de la emigración, y hasta entre las viejas y nuevas hornadas de revolucionarios. Unir será entonces la clave de la estrategia martiana. En la tribuna y en la prensa, con la carta amigable y la conversación diáfana, Martí se dio a la tarea de limar asperezas, despejar prevenciones y supe-

rar los prejuicios que —deliberadamente alimentados por España— resultaban asideros eficaces del dominio colonial. Tal estrategia no sólo perseguía la consecución de la finalidad inmediata del proyecto revolucionario —la independencia—, sino que también se proponía asegurar el porvenir de la república.²⁰

Con Martí, el independentismo deviene la única corriente política absolutamente inclusiva en la Cuba de fines de siglo. La “república con todos” no hace distinciones; ella dará cabida a negros y blancos, españoles y cubanos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, todos con sus derechos igualmente respetados.

Esa concepción de la república —que “no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre los demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país”²¹— descansa sobre fundamentos éticos que, para algunos, le imprimen un sentido francamente utópico. Pero más allá de la confianza que Martí depositaba en la capacidad armonizadora de las fuerzas morales, lo cierto es que las bases sociales de su proyecto estaban sólidamente asentadas en aquellas clases y sectores —campesinos, proletarios, negros y mulatos, intelectuales y propietarios blancos empobrecidos—, que marginados por el régimen colonial, ofrecían en su inconformidad esencial la mejor garantía de militancia revolucionaria. Lo primordial era entonces proporcionar a esas fuerzas una efectiva participación; de ahí que la democracia constituya el eje de la propuesta martiana, meta y medio imprescindible de la revolución independentista. Ello explica el carácter esencialmente político del proyecto republicano de José Martí, y que los componen-

¹⁹ Las apreciaciones de Martí sobre Estados Unidos abarcan cinco tomos de sus *Obras completas*, más cientos de referencias dispersas a lo largo de otros escritos. Las expresiones que aquí se citan proceden de “Vindicación de Cuba” (*Obras completas*, La Habana, 1975, p. 237), texto ejemplar de la ambivalencia de sentimientos martianos respecto de ese país.

²⁰ Véase P. Estrade: “José Martí: una estrategia de unión patriótica y democrática”, en *José Martí, militante y estratega*, La Habana, 1983.

²¹ J. Martí: *Obras completas*, ed. cit., t. II, p. 255.

tes socioeconómicos de éste, en modo alguno ausentes, aparezcan por lo general en un segundo plano. En una república “de mayoría popular”, una democracia genuina aseguraría las transformaciones sociales y económicas que la independencia debía traer aparejadas.²²

Independencia absoluta y democracia sinceira son los componentes medulares de la alternativa modernizadora que el independentismo presenta al país en la última década del siglo XIX. Conviene advertir, sin embargo, que si el proyecto martiano decursa por el cauce de la modernización, algunos de sus postulados acusan ya un distanciamiento crítico de ciertas propuestas de la modernidad.

Gracias a la labor tesonera de Martí y de su mayor creación organizativa, el Partido Revolucionario Cubano, se inicia en Cuba una nueva guerra por la independencia en febrero de 1895. El propio líder revolucionario será una de las primeras bajas de la contienda; su caída no hace flaquear el empuje militar de los cubanos, pero constituirá una pérdida muy sensible para el porvenir del proyecto político que él formulara.

El hecho indiscutible de que fuese Martí el animador de la revolución de 1895, ha creado la falsa imagen de que su pensamiento constituyó el fundamento ideológico de todo aquel movimiento; cuando lo cierto es que en el independentismo de esa etapa se aprecia una notable variedad de ideas. La difusión efectiva que alcanzaron en su época las ideas martianas está aún

por determinar. No caben dudas de la penetración de éstas en las comunidades de emigrados; sobre todo, entre los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, y otros sectores populares de la emigración. Pero a Cuba el pensamiento martiano parece haber llegado de manera muy fragmentaria, de modo que su conocimiento entre los combatientes independentistas puede haber sido relativamente superficial, salvo piezas de particular valor programático como el *Manifiesto de Montecristi*.²³

De tal suerte, el proyecto martiano representaba un segmento de amplitud indeterminada dentro de una ideología independentista cuyos parámetros iban desde el liberalismo moderado hasta las ideas socialistas. El factor aglutinante en este arcoiris ideológico era la independencia, cuya conquista constituía la motivación esencial para sus partidarios, confiados en que ella daría paso a la solución de otros problemas, desigualmente percibidos —e interpretados— según la diversidad de circunstancias sociales e idiosincrasias. Y sorprende apreciar hasta qué punto, incluso entre personalidades de relevancia intelectual, la separación de España se estimaba como seguro salvoconducto para el acceso a la modernidad.²⁴

En la estrategia de Martí, el propio desarrollo de la guerra y la práctica política asociada a ésta tendrían un peso decisivo para cohesionar e imprimir su definitivo perfil ideológico al independentismo. Una dirigencia de franca extracción

²² Martí no sistematiza su concepción de la república, sino que desgrana sus ideas a lo largo de un considerable número de discursos, artículos y otros textos. Ello a dado pie a diversas construcciones *a posteriori* y a las consiguientes controversias. Sin embargo, el sentido democrático de su propuesta y su compromiso con “los pobres de la tierra” resultan evidentes. Así lo apreció al menos un contemporáneo tan poco sospechoso de compartir tales ideas como José Ignacio Rodríguez (op. cit., cap. XXIX). Bajo el título “José Martí: su República de mayoría popular”, el desaparecido historiador cubano Ramón de Armas ha presentado una sistematización breve y reciente, publicada en C. Naranjo y T. Mallo (eds.): *Cuba, la perla de las Antillas*, Aranjuez, 1994. Para una consideración de los componentes económicos del proyecto mar-

tiano, véase R. Almanza Alonso: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, 1990.

²³ Véanse las consideraciones de Ramón de Armas en *La revolución pospuesta; contenido y alcance de la revolución martiana por la Independencia*, La Habana, 1975, pp. 4-6, así como el interesante acercamiento de P. Estrade a este asunto en su ya citado, *José Martí, militante...*, pp. 90-94.

²⁴ Enrique José Varona en un manifiesto redactado en nombre del Partido Revolucionario Cubano en octubre de 1895, no vacilaba en afirmar que “Cuba es un pueblo que sólo requiere libertad e independencia, para ser un factor de prosperidad y progreso en el concierto de las naciones civilizadas”. En E. J. Varona: *De la colonia a la república*, La Habana, 1919, p. 64.

popular, como la que representaban Máximo Gómez, Antonio Maceo y él mismo, constituía la garantía de esa orientación. Con la muerte de Martí se pierde un importante factor de equilibrio entre las fuerzas propulsoras de la independencia. Las contradicciones entre “civiles” y “militares”, aunque bastante más tenues que durante la Guerra de los Diez Años, también afloran en esta contienda. Y lo peor; en el sustrato de conflictos que a primera vista parecen envolver atribuciones y prerrogativas, no resulta difícil entrever prejuicios y prevenciones entre un Consejo de Gobierno enteramente blanco y los hermanos Maceo y otros generales negros.

Por otra parte, la lógica implacable de la guerra causa significativas bajas en el liderazgo independentista —a la caída de Martí seguirá, en diciembre de 1896, la de Antonio Maceo—, mientras que el éxito de las armas cubanas alienta la incorporación de personalidades que, gracias a su condición social y preparación, ascienden con rapidez a posiciones dirigentes. La composición del liderazgo independentista se modifica y ello no contribuye precisamente a su mayor coherencia política.²⁵

En la emigración, Tomás Estrada Palma había sustituido a Martí como máxima autoridad —“delegado”— del Partido Revolucionario Cubano. Su personalidad conservadora lo llevaría a inclinarse hacia los emigrados de clase media y apoyarse cada vez más en la pequeña pero opulenta emigración independentista asentada en París. Tras su designación como agente de la República en Armas, Estrada Palma prácticamente relega el trabajo del partido y se concentra en la gestión diplomática, encaminada principalmente a obtener el reconocimiento de la beligerancia cubana por parte del gobierno de Estados Unidos, un país que tanto el anciano “delegado” como muchos de sus más íntimos colaboradores consideraban que debía desempeñar un importante papel tutelar para el futuro de la república cubana.²⁶

Al cabo de tres años de guerra, el Ejército Libertador se mantenía combatiendo con mayor o menor acometividad a lo largo y ancho de la Isla. Frente a ese empuje, España lo había probado

Campos hasta la guerra sin cuartel de Valeriano Weyler, cuyos métodos brutales ocasionaron decenas de miles de víctimas entre la población civil.

Para finalizar, ahora ensayaba la autonomía, una maniobra conciliatoria de escaso éxito ante la reiterada voluntad independentista de los cubanos. Gracias a la abnegación de los combatientes y el sistemático apoyo de la emigración, la dirigencia del independentismo había sustentado e impulsado el esfuerzo militar cubano hasta posiciones que ya resultaban inquebrantables. Pero el movimiento presentaba evidentes fisuras en su unidad política y una peligrosa incoherencia ideológica. Al iniciarse 1898, los cubanos estaban ganando la guerra, mientras parecía perderse la revolución.

► La intervención y sus resultados

La intervención de Estados Unidos en el conflicto cubano-español tendría un peso decisivo para el desenlace de esas tendencias. Mucho se ha especulado sobre las motivaciones de aquella intervención y no hay espacio en estas páginas para dar cabida a dicho asunto. Baste subrayar que la situación de Cuba a principios de 1898 condujo a las autoridades norteamericanas a un pronóstico inquietante. Primero, que la guerra se prolongaría por tiempo indefinido, y con ello las pérdidas y trastornos que venía ocasionando a la economía norteamericana. Segundo, que el conflicto podía concluir con la independencia de Cuba, una posibilidad que ciertos círculos de gobierno contemplaban con enorme aprehensión, pues, por obra de prejuicios culturales, raciales y otras consideraciones, no creían capaces a los

²⁵ Ramón de Armas, en su ya citada *La revolución pospuesta...* (cap. 3), adelanta un conjunto de consideraciones en torno al proceso que, al interior del independentismo, condicionará la frustración del proyecto revolucionario martiano. Aunque estudios posteriores han retomado esas observaciones y conjeturas, la evolución del independentismo —como ideología y como movimiento político— durante la guerra de 1895, es un asunto crucial que todavía no ha sido esclarecido y que, al parecer, quedará pendiente, pese al movimiento historiográfico calorizado por las recientes conmemoraciones de los centenarios.

²⁶ Poyo, ob. cit., pp. 116-125.

cubanos de generar un ordenamiento favorable al desarrollo de los negocios y otros intereses estadounidenses en la Isla vecina. Los propósitos explícitos del presidente McKinley al solicitar del Congreso poderes de guerra: pacificar la Isla y asegurar el establecimiento en ella de un gobierno estable, se corresponderían exactamente con tales previsiones.²⁷

Las simpatías que la causa cubana había despertado entre la opinión pública y un buen número de legisladores norteamericanos —y, quizás, otros motivos no tan decorosos—, determinaron que la Resolución Conjunta aprobada por el Congreso reconociese el derecho de Cuba a la independencia. La declaración se consideró garantía suficiente por los representantes cubanos en Washington, que hasta entonces habían mostrado cierta reticencia respecto de las motivaciones y propósitos de la intervención. Lo cierto es que Estados Unidos entraba en la guerra sin compromiso alguno con los órganos representativos de la Cuba independiente, a los cuales ni siquiera reconoció formalmente. Pese a ello, y de manera un tanto dispersa e incoherente, el gobierno y el ejército cubanos mostraron su disposición a cooperar con el esfuerzo militar norteamericano. En las complicadas circunstancias de la intervención, la afección hacia el paradigma estadounidense y cierta ingenuidad política de la dirigencia independentista —en más de un caso digna de sospecha— propiciarían la articulación de tan curiosa alianza.²⁸

España, vencida, renunció a su soberanía sobre Cuba, pero ésta no pasó a manos cubanas, pues la Isla quedaría sometida a la autoridad de Estados Unidos por el tiempo necesario para reconstruir su economía y asegurar la constitución de un gobierno estable. En aquella “extraña situación” —al decir de Máximo Gómez—, las debilidades del independentismo acarrearían tristes consecuencias.

El Partido Revolucionario Cubano, cuya actividad venía declinando, fue disuelto por Estrada Palma en diciembre de 1898. Pocos meses después, las desavenencias entre la Asamblea de Representantes —máxima autoridad política cubana— y la jefatura del Ejército Libertador en torno al licenciamiento de este último, inteligente-

mente alimentadas por los gobernantes estadounidenses, desembocaron en la disolución de ambos organismos. Descabezado y disperso, el movimiento independentista no participaría como una fuerza organizada en la modelación del futuro de Cuba.

Ese desenlace no podía ser más propicio para los designios norteamericanos; sobre todo, cuando en Washington cobraban fuerza los apetitos anexionistas. A la luz de las circunstancias creadas, sin embargo, la anexión de la Isla sólo sería viable si se presentaba como una solicitud cubana. La base social para semejante opción se encontraba entre las clases y sectores que por intereses económicos y afinidades socioculturales eran propensos a la incorporación del país a Estados Unidos. Pero las “mejores clases” de la sociedad cubana, marcadas por su compromiso colonialista, padecían una profunda postración política; sus partidos habían desaparecido y las corporaciones que las representaban estaban desorganizadas. El gobierno interventor, tras asegurarles la intangibilidad del viejo orden económico, estimuló la reactivación de esas fuerzas, las cuales conseguirían reverdecer su antiguo influjo social durante la campaña encaminada a obtener un régimen de reciprocidad comercial con Estados Unidos.

Ni la movilización de las “mejores clases”, ni el restrictivo procedimiento electoral diseñado por las autoridades interventoras, harían prosperar el proyecto de anexión.²⁹ Tanto en las elec-

²⁷ “Mensaje del presidente William McKinley al Congreso. Washington, 11 de abril de 1898”, en J. L. Orozco (comp.): *Las premisas del imperio. Testimonios norteamericanos 1898-1903*, Puebla, 1984, p. 57.

²⁸ Estrada Palma, en su condición de representante plenipotenciario, aseguró la cooperación de las fuerzas libertadoras sin haber consultado al gobierno cubano y el general Calixto García estableció las bases operativas de dicha colaboración, pese a que carecía de instrucciones al respecto por parte del jefe del Ejército, Máximo Gómez. Ambas decisiones se convalidarían *a posteriori* por las autoridades respectivas, pero la forma en que se tomaron resulta ilustrativa de las dificultades de comunicación y concertación política de la dirigencia independentista.

²⁹ La ley electoral de 1900 sólo otorgó el derecho al voto a los varones mayores de 21 años que estuviesen
(continúa)

ciones municipales de 1900, como en las celebradas al año siguiente para crear una asamblea constituyente se impusieron los candidatos independentistas. Si como fuerza política el independentismo careció de la cohesión y de la consistencia ideológica necesarias para neutralizar la intervención, como sentimiento estaba lo suficientemente arraigado para frustrar las manobras anexionistas.

La dispersión del movimiento independentista había dado paso a la búsqueda de soluciones individuales o grupales por parte de muchos miembros de su antigua dirigencia. Un buen número de ellos fue convocado por las autoridades norteamericanas para el desempeño de funciones gubernativas, otros retornarían a la vida civil buscando colocaciones o iniciando negocios que les asegurasen un próspero futuro. Todo ello favoreció a la concertación de alianzas con las viejas elites coloniales y echó las bases para la recomposición del orden oligárquico que caracterizará a la república cubana.³⁰

El otro rasgo distintivo del perfil republicano lo aportó la Enmienda Platt. Descartada la posibilidad de la anexión, al menos en lo inmediato, el gobierno de Estados Unidos optó por asegurar su control sobre el futuro Estado cubano mediante una fórmula que lo reduciría a la virtual condición de un protectorado. Impuesta de modo descarnado a la asamblea constituyente cubana por las autoridades interventoras, la Enmienda Platt debería convertirse en un apéndice constitucional. La asamblea resistió durante tres meses la presión norteamericana, pero la presencia en su seno de antiguos autonomistas y otros elementos conservadores, junto a independentistas de

ideales desdibujados, así como la actitud transigente de algunos nacionalistas sinceros —convencidos de que no habría otro modo de poner término a la ocupación norteamericana—, permitió que se obtuviese la mayoría imprescindible para que fuese aceptada la enmienda.

Más allá de los factores políticos e ideológicos, lo cierto es que a la viabilidad de la fórmula “protectorista” también había contribuido la gestión modernizadora del gobierno interventor. Desde los primeros meses de su instalación, las autoridades norteamericanas desplegaron una campaña de higienización de indiscutible eficacia, la cual vino a completar ante los ojos de la población la obra benefactora iniciada por Clara Barton y varias instituciones norteamericanas en auxilio a las víctimas de la guerra. A esto se uniría el considerable impacto social de la labor educativa del gobierno provisional, el cual reformó radicalmente el sistema de educación pública, dotándolo de los recursos necesarios para ampliar la cobertura escolar y modernizar los métodos de enseñanza. En menos de una década, la cantidad de personas alfabetizadas en Cuba casi se duplicaría, elevándose su proporción desde un 31,3 % hasta un 40,8 % de la población.³¹

Para sufragar estas actividades, así como para otros servicios y obras públicas, el gobierno interventor sólo disponía de lo recaudado por la Hacienda insular, de modo tal que los resultados obtenidos ponían de manifiesto la eficacia de una gestión en la cual, por añadidura, participaban numerosos cubanos. Aunque la administración interventora no estuvo libre de algún escándalo de corrupción, su honestidad y eficiencia resultaban incomparablemente superiores a las de su

(viene de la página anterior)

alfabetizados, poseyesen valores por más de 250 pesos o hubiesen combatido en las filas del Ejército Libertador.

³⁰ Éste es un proceso apenas estudiado que se percibe con mayor claridad en los espacios regionales. Un buen ejemplo se presenta en la antigua provincia de Las Villas, donde se hace muy evidente la concertación de generales mambises como José Miguel Gómez, José de J. Monteagudo, José B. Alemán y algunos otros, tanto con poderosas familias cubanas —Abreu— como con empresarios españoles —Caci-

cedo, Castaño, Falla— en una alianza que, completada con abogados como Orestes Ferrara y Pelayo García, orquestaría uno de los más influyentes grupos políticos de la república. Una aproximación a este problema puede encontrarse en J. Ibarra: *Cuba; 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, La Habana, 1992, 3ª parte.

³¹ C. Almodóvar: “El 98 en Cuba abre las puertas al kindergarten”, en *Nuestra común historia. En torno al 98*, ed. cit., pp. 31-39.

precedente español. La modernidad en su molde estadounidense ya no sólo era un paradigma más o menos lejano, sino que comenzaba a descargarse sus favores sobre los cubanos.

Entre los beneficios de la nueva situación se hallaba el amplio surtido de productos y utensilios norteamericanos que podía encontrarse ahora en el mercado insular a precios relativamente baratos. Aún antes de asumir el gobierno de Cuba, Washington había dispuesto el desmantelamiento del exclusivista sistema arancelario español, una medida que benefició a los consumidores cubanos y que también permitió a las mercaderías estadounidenses incrementar su proporción dentro de las importaciones de la Isla. Se evidenciaba, no obstante, que en igualdad de condiciones de concurrencia con sus homólogos europeos, los productos de Estados Unidos no eran competitivos en un buen número de renglones. Como, por otra parte, las exportaciones cubanas habían retrocedido en su tradicional mercado norteamericano debido a las destrucciones ocasionadas por la guerra, y los productores insulares demandaban de Washington un tratamiento arancelario ventajoso para recuperar y mejorar sus posiciones mercantiles, la convergencia de intereses de ambos lados favorecería la concertación de un tratado de reciprocidad comercial a los pocos meses de inaugurada la república. El acuerdo aseguraba una ventaja sustancial al azúcar cubano entre los proveedores de Estados Unidos, al mismo tiempo que anulaba el consumo cubano a los patrones estadounidenses.

La dependencia que la reciprocidad afianzaba en el plano comercial también se extendía a otros sectores de la economía, dado el creciente control de los capitales norteamericanos sobre los recursos productivos de la Isla. La reconstrucción económica de Cuba avanzó con notable rapidez, sobre todo, si se tiene en cuenta que se desarrollaba en un contexto de severas limitaciones financieras. Las autoridades norteamericanas habían prorrogado la moratoria hipotecaria vigente desde los años de guerra, pero se negaron reiteradamente a aportar el financiamiento que los propietarios demandaban para conseguir un respiro y poner en producción tierras y fábricas.³² Esta circunstancia, unida a las normativas

modernizadoras dictadas por el gobierno interventor en materia de posesiones agrarias, así como para la regulación de las empresas ferroviarias y de otras actividades económicas, propició que la reconstrucción se viese acompañada por el traspaso de numerosas propiedades a manos norteamericanas. Contra todos los cálculos, el fin del régimen colonial no venía a facilitar el acceso de los cubanos a la propiedad.

Las especiales circunstancias que sucedieron a la guerra de 1898 favorecieron la involución de la tendencia integradora que en la sociedad cubana había generado la lucha independentista. Martí había concebido la guerra como un verdadero crisol social, un proceso que, en la práctica, se reveló tan complejo como azaroso. Al común propósito de la independencia se subordinaron intereses particulares de fundamento económico, social o étnico; demandas específicas se cancelaron y algunas aspiraciones quedaron postpuestas, pero las fuentes de los antagonismos se mantenían intactas, con sus raíces profundamente hundidas en la estructura social de la colonia.

Durante los años que siguieron al 98, la condición de los sectores populares experimentó alguna mejoría; el sufragio universal masculino adoptado por la Constitución de 1901, por ejemplo, ofreció un recurso de negociación que, incluso dentro de un ámbito estructural favorable al clientelismo y otras deformaciones, podía ser aprovechado como un mecanismo de promoción social. Ciertos indicadores educativos o laborales manifiestan un discreto avance de los negros, progreso que de una u otra forma también llegó a otras capas populares.

Pero éstos no eran los espacios prometidos. La disgregación del independentismo disolvió muchos de los vínculos de solidaridad creados durante la lucha contra España y reavivó viejos prejuicios y antagonismos, algunos de ellos calorizados en buena medida por la influencia nor-

³² En 1900 se estimaba que sobre el total de propiedades de la Isla pesaban gravámenes —censos e hipotecas— por un total de 247,9 millones de pesos y se consideraba que su cancelación probablemente demandaría un 20 % más de capital. *Revista de Agricultura*, La Habana, 1 de julio de 1900, pp. 2-3.

teamericana. Aunque las nuevas dirigencias republicanas cuidasen de preservar —y utilizar— los postulados democráticos del discurso de la independencia, en realidad encabezarían un régimen excluyente, muy distante de ofrecer siquiera una formal igualdad de oportunidades. Los sectores marginados de la población tendrían, además, que enfrentar un deterioro de las condiciones para desarrollar cualquier movimiento reivindicativo, pues bajo las provisiones de la Enmienda Platt la omnipresente amenaza de una intervención permitiría tachar de “anti-patriótico” todo acto de beligerancia. Y, lo que es peor, justificar la represión más desaforada, como sucedería en 1912 con el levantamiento de los Independientes de Color.³³

La intervención norteamericana de 1898 adelantó el final de una guerra devastadora y sentó las bases para reconstruir la economía cubana. Sobre esos fundamentos se aceleraría la modernización del país, consolidándose a la vez la subordinación externa de dicho proceso.

Al imponer un curso anómalo y un sentido profundamente restrictivo a la constitución del

Estado nacional cubano, la intervención bloqueó las transformaciones sociales que la victoria independentista debió traer aparejadas y contribuyó a preservar las estructuras oligárquicas y exclusivistas de la colonia. Resulta muy difícil precisar cuál hubiera sido la naturaleza y el alcance de tales cambios, tanto más frente a las evidencias de un reflujo en la tendencia revolucionaria del independentismo. Pero la historia se atiene a los hechos, y desde esa perspectiva, la intervención frustró el proyecto modernizador de la independencia.



³³ Diversas percepciones de este problema, particularmente en lo referido a la población negra, pueden verse en R. Scott: “Raza, clase y acción colectiva en Cuba, 1895-1912: formación de alianzas interraciales en el mundo de la caña”, en ob. cit., pp. 133-157; A. de la Fuente: “Desigualdad y políticas raciales en Cuba”, en *La nación soñada...*, ed. cit., p. 163 y ss, así como en Tomás Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, La Habana, 1990, pp. 46-67, y Aline Helg: *Our Rightful Share*, Chapel Hill, 1995, cap. 4.

La historiografía latinoamericana en la coyuntura de entre siglos XIX y XX

Sergio Guerra Vilaboy Los contenidos temáticos abordados en las páginas siguientes expresan profunda y extensa reflexión acerca del **entorno sociopolítico** de finales del XIX y principios de la actual centuria, cuando la **injerencia bélica estadounidense** en la **guerra independentista cubana** y su **acelerada expansión imperial**, devinieron **impacto de gran magnitud** en el **quehacer historiográfico** en América Latina. ● ● ● ● ●

La Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898, y la consecuente y acelerada expansión imperialista de Estados Unidos sobre los países de este hemisferio, causaron un profundo impacto en la producción histórica latinoamericana en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX. Esos acontecimientos tuvieron lugar

19

cuando en el continente se venía vertebrando toda una generación de escritores e historiadores interesada por la filosofía positivista y en par-

SERGIO GUERRA VILABOY
Doctor en Ciencias Históricas y
Ph. D. en la Universidad de
Leipzig; profesor titular de
Historia de América Latina y jefe
del Departamento de Historia de
la Facultad de Filosofía e Historia
en la Universidad de La Habana.
Presidente de la ADHILAC
—Sección Cuba—. Autor de
diversos ensayos y de artículos en
publicaciones especializadas.

ticular en la aplicación de su método a la historia, ligado también a la influencia del cientificismo y el evolucionismo. Dicho proceso se había facilitado debido a que el positivismo, con su programa de desarrollo, enseñanza y orden, fuera visto como un modelo a alcanzar, democrático-burgués, racional y moderno, para los atrasados países latino-

americanos. La filosofía de Augusto Comte —con su propuesta de un credo cuasi-religioso, sintetizado en su lema “amor, orden y progreso”— tuvo, por tanto, junto al evolucionismo, una enorme repercusión en la intelectualidad latinoamericana de la época.

A darle un mayor asidero a la influencia positivista en este continente —caracterizada por un marcado eclecticismo— contribuyó la dramática situación de América Latina al finalizar el siglo XIX, enfrentada al dilema del desarrollo industrial capitalista o al atraso —todavía no se usaba el término subdesarrollo—, que el escritor y político liberal argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) había querido resumir con el título de su famoso y polémico libro *Civilización y barbarie* (1845). Para Adam Anderle, ése también era el resultado de “que el positivismo actuaba en América Latina expresando los intereses de los grupos modernizados de la oligarquía dominante y de los nuevos grupos de ésta, vinculados al capital extranjero: representó una fuente de numerosas conquistas democráticas a corto plazo, mientras que a largo plazo contribuyó a intensificar la dependencia del subcontinente. Dicho de otro modo, fue un recurso para la modernización de la conciencia nacional criolla y oligárquica.¹ Si bien es cierto, como señala el historiador húngaro, que éstos resultaban, en sentido general, algunos de los intereses que se expresaron a través de los exponentes de la historiografía positivista, no debe olvidarse que en las condiciones de América Latina de fines del siglo XIX y principios del XX, la filosofía de Comte tuvo además otras funciones, pues sirvió tanto de matriz de novedosas teorías, algunas de las cuales llegaron incluso a desembocar en concepciones socialistas; como nutrió el arsenal de ideologías oficiales que sirvieron de base para legitimar dictaduras proimperialistas —los casos de Porfirio Díaz en México y Juan Vicente Gómez en Venezuela son paradigmáticos—, o, incluso, degeneró en una historiografía reaccionaria, escéptica y conservadora, marcada por la derrota de España en 1898, convencida de la decadencia económico-social, política, cultural y racial del continente.² Precisamente, al análisis de algunas de las principales figuras de estas últimas corrientes historiográficas de la coyuntura de intersiglos

(XIX y XX), de marcado acento derrotista y pesimista, está dedicado el presente artículo.



En el momento de ocurrir el cambio del siglo XIX al XX, el extraordinario auge de las tecnologías y las ciencias en Europa occidental y Estados Unidos, convertidas en verdaderas sociedades industriales avanzadas, creaban un contraste provocador con la dramática realidad de América Latina. Después de varias decenas de años de vida independiente, signadas por el enfrentamiento entre anarquía y despotismo, los países latinoamericanos no habían logrado superar la pesada herencia colonial y alcanzar el ansiado desarrollo capitalista y la esperada estabilidad económica y política. Las reformas liberales, realizadas en lo fundamental durante la segunda mitad del XIX, estaban prácticamente agotadas en sus perspectivas de cambios revolucionarios, sin haber podido imponer a plenitud la formación capitalista ni Estados democráticos. Aunque casi todas las revoluciones liberales habían tenido un definido carácter anticlerical y antifeudal, sólo algunas lograron cumplimentar, a medias, su papel impul-

¹ Adam Anderle: “Conciencia nacional y continentalismo en América Latina en la primera mitad del siglo XX”, en *Acta Histórica*, Acta Universitatis Szegediensis de Attila József Nominataep, Szeged, 1982, t. LXXIII, p. 8. Véase el prólogo de Leopoldo Zea en *Pensamiento positivista latinoamericano*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, t. I.

² Véase Gabriel Vargas Lozano: *¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?*, Editorial Amatt, México, 1990, p. 180. En contrapartida al positivismo, impuesto como ideología dominante en casi todo el continente, en el cono sur, la historiografía conservadora y racista se nutrió principalmente del idealismo alemán. Formada también con representantes de la oligarquía agroexportadora e intelectuales acomodados, esta vertiente proponía un nacionalismo elitista de corte hispanizante, que llegó a exaltar el pasado colonial iberoamericano. Uno de sus primeros exponentes fue Ernesto Quesada (1858-1934), fundador del revisionismo histórico argentino. La intelectualidad de este país estaba dominada entonces por su germanofilia, manifestada en la adhesión al idealismo y a todas las formulaciones irracionistas. Consúltese el análisis de Carlos M. Rama: *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Editorial Tecnos, Madrid, 1981, pp. 15-16, 25 y 27.

21

sor de las transformaciones burguesas. Si bien en todas partes se extendieron las relaciones capitalistas, avanzó el proceso de integración nacional, se instauró el derecho burgués frente a los privilegios y fueros del viejo régimen conservador y el monopolio territorial de la Iglesia resultó quebrado —allí donde era realmente importante—; no obstante, subsistió, e, incluso, en algún sentido se amplió, la explotación servil de la población aborigen y el predominio de la gran propiedad terrateniente. Limitadas por su sustentación clasista —aguda debilidad socioeconómica de una burguesía orgánica—, en ninguna parte de América Latina las reformas liberales hicieron desaparecer el latifundio, por el contrario, beneficiaron a los terratenientes laicos a expensas de la gran propiedad eclesiástica —o las comunidades y territorios indígenas (Araucania, Patagonia, etc.)—, a la vez que los comerciantes se hacían también dueños de tierras, con lo cual se sentaron las bases para la ulterior integración a escala nacional de una poderosa oligarquía terrateniente burguesa, aliada al capital extranjero. La venta de las propiedades eclesiásticas, la división de las tierras indígenas y el crecimiento sin precedentes de la economía exportadora (agropecuaria o minera), constituyeron, entre otros, factores que sirvieron de fundamento para la liquidación de las endémicas pugnas armadas entre liberales y conservadores. La homogenización de las oligarquías nacionales, interesadas en aplicar sólo de manera parcial las relaciones de tipo burgués, facilitó el ascenso al poder, desde fines del pasado siglo, de los círculos más retrógrados del liberalismo latinoamericano, tras sacrificar el ala democrático-popular. De esta forma, en casi todas partes se establecieron regímenes de corte liberal-positivista al estilo de la dictaduras de Porfirio Díaz en México (1876-1911), Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-1935) o del sistema republicano elitista del “café con leche”, implantado por los militares en Brasil, después de la caída de la monarquía en 1889. La república oligárquico-liberal así conformada, despojada de todo vestigio democrático, dominó América Latina desde fines del XIX en íntima asociación con el capital extranjero, fenómeno relacionado con el tránsito del capitalismo premonopolista al imperialismo.

Ese panorama también era una derivación de la penetración del capital y las manufacturas extranjeras, iniciado tiempo atrás, primero por parte de Inglaterra y después por otras potencias capitalistas, las cuales se encargaron de recolonizar los países latinoamericanos y cercenar sus posibilidades de desarrollo independiente. En particular desde la década del 80, la situación de creciente dependencia de los países latinoamericanos se había acentuado, cuando Estados Unidos inició una violenta ofensiva expansionista en este continente que combinaba los viejos métodos colonialistas con las más modernas formas de penetración del capital. Ello resultaba posible gracias a las favorables condiciones creadas para su vertiginoso desarrollo económico con los arribatos territoriales a México (1848) y el fin de la Guerra de Secesión (1865). Ya en 1881, el secretario de Estado norteamericano James G. Blaine proponía, por primera vez, la realización de una conferencia de naciones americanas en Washington —no pudo efectuarse hasta 1889-1890—, con la cual se pretendía abrir nuevos cauces a la expansión económica y comercial estadounidense. En esa Primera Conferencia Panamericana se reveló en toda su crudeza las verdaderas intenciones de Estados Unidos: alcanzar a toda costa su absoluta supremacía en las esferas políticas y económicas, siguiendo las pautas trazadas por la doctrina Monroe y las añejas ideas del “destino manifiesto”. Aunque, en esta reunión panamericana, Estados Unidos aún no alcanzó imponer su hegemonía, debido a la oposición de varios gobiernos latinoamericanos —en particular, los del cono sur, firmemente atados a los intereses británicos—, la intervención diplomática de Washington en la disputa fronteriza entre Inglaterra y Venezuela terminó con la aceptación por Londres del predominio norteamericano en la región, a cambio del desconocimiento de las reclamaciones venezolanas en la Guayana. La tácita aprobación inglesa de la doctrina Monroe, desempolvada por el nuevo secretario de Estado norteamericano Richard B. Olney en su nota diplomática del 20 de julio de 1895 al Foreign Office,³ demostró a

³ “En la actualidad los Estados Unidos son prácticamente
(continúa)

los gobiernos latinoamericanos que estaban desamparados y al arbitrio de las decisiones de una gran potencia emergente, como territorios cada vez más dependientes.



El interés de la ávida burguesía estadounidense por extender su influencia a América Latina y el Caribe, no sólo tenía relación con su importancia material —fuente de materias primas y mercados—, sino también con el valor estratégico para su formación como gran potencia. Con esa finalidad, el gobierno de Estados Unidos diseñó la política panamericana y se lanzó a una serie de audaces empresas para abrir los países de este hemisferio a sus capitales y arrancarlos de la órbita inglesa. Sólo era el principio de una desenfundada escalada intervencionista de una nación imperialista que llegaba tarde al reparto del mundo; como se comprobó, después de su intromisión en el conflicto hispano-cubano (1898) y la imposición a la mayor de la Antillas de la Enmienda Platt (1901), con el desembarco de sus fuerzas militares —tras la formulación del corolario Roosevelt (1904): base legal de la política del “gran garrote”— en Panamá (1903), República Dominicana (1903, 1909, 1914), Cuba (1906), Nicaragua (1909, 1912), México (1914, 1916), Haití (1915), etc., con el pretexto de restablecer el comercio, estabilizar las finanzas o proteger a sus legaciones y nacionales amenazados en esos lugares por determinadas turbulencias internas.⁴

(viene de la página anterior)

te soberanos en este continente, y su fiat es ley en los asuntos en que intervienen”, en Manuel Medina Castro: *Los Estados Unidos y América Latina siglo XIX*, Casa de las Américas, La Habana, 1968, pp. 513-514.

⁴ De la lista de las intervenciones norteamericanas en el extranjero, presentada el 17 de septiembre de 1962 por el secretario de Estado Dean Rusk a la sesión conjunta del Comité Senatorial de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas de Estados Unidos, en Sergio Guerra Vilaboy y Alberto Prieto, con la colaboración de Ambrosio Fomet: *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, Casa de las Américas, La Habana, 1978, pp. 42-47.

⁵ Las secuelas del 98 en la literatura hispanoamericana hace tiempo fue analizada por Roberto Fernández Retamar. Véase su *Calibán y otros ensayos. Nuestra*

Uno de los autores latinoamericanos que reaccionó más airadamente ante los primeros embates de la brutal acometida de Estados Unidos, fue el escritor venezolano César Zúmeta (1863-1955), autor de *El continente enfermo* (Nueva York, 1899), folleto en el cual cita en epígrafe a José Martí (1853-1895) para aludir a las amenazas que significaba el emergente imperialismo norteamericano para América Latina.⁵ Aquí Zúmeta señala, con rencor, como en Estados Unidos se habían sustituido las tradiciones democráticas por el derecho de conquista. El historiador caraqueño también denuncia los males del monocultivo y llega a considerar que “Los fuertes conspiran contra nuestra independencia y el continente está enfermo de debilidad. De los pueblos débiles de la tierra, los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispanoamericanas”.⁶ En su opinión, el continente latinoamericano era un organismo “enfermo”, dominado por el enfrentamiento entre la anarquía y la dictadura, completamente endeudado, con sus instituciones desprestigiadas y paralizado por la violencia y la falta de democracia. Para Zúmeta, el destino de la debilitada América Latina aparece ya sin posibilidades: “Históricamente la era inaugurada para nuestra América con la victoria de Ayacucho ha sido cerrada con las jornadas de Manila y de Santiago”.⁷

Otro escritor que meditó sobre el incierto porvenir de la América española y que planteó, siguiendo las ideas de Martí en su conocido ensayo *Nuestra América* (1891), volver a la propia

América y el Mundo, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1979.

⁶ César Zúmeta: *El continente enfermo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, p. 15.

⁷ *Ibíd.*, p. 5. A pesar de sus virulentos ataques contra el imperialismo europeo y norteamericano —también aparecieron entre 1900 y 1901 en las revistas *Unión Ibero-Americana* (Madrid) y *América* (París), del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933)—, Zúmeta como ministro de Juan Vicente Gómez, estuvo comprometido con la entrega del petróleo venezolano a las compañías extranjeras. Otras obras suyas: *Bolívar en San Pedro* (1883), *Hombres y problemas de América Latina* y *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica* (1889-1908). Una evolución parecida a la

(continúa)

realidad y no tratar de imitar sociedades extrañas, fue el socialista argentino Manuel Ugarte (1875-1951), quien también advertiría acerca del peligro proveniente de Estados Unidos desde el punto de vista económico y cultural.⁸ Por su parte, José Enrique Rodó (1871-1917) estimaba que el afán mimético de modelos ajenos a la propia realidad latinoamericana, que calificó de “nordomanía”, comportaba la aceptación de nuevas dependencias. Para el destacado filósofo uruguayo, Estados Unidos se convirtió en *Calibán* y en su libro *Ariel* (1900) —devino una obra muy popular— diferenció el idealismo de raigambre latina del utilitarismo anglosajón de Norteamérica. Más lejos todavía llegaría otro rioplatense, José Ingenieros (1877-1925), cuando en un encendido discurso advirtiera que la amenaza de la expansión norteamericana para América Latina “no comienza en la anexión, como en Puerto Rico, ni en la intervención, como en Cuba, ni en la expedición militar, como en México, ni en el pupilaje, como en Nicaragua, ni en la secesión territorial,

como en Colombia, ni en la ocupación armada, como en Haití, ni en la compra, como en las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentarse sin cesar, en condiciones cada vez más deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente para la servidumbre”.⁹

La posición de estos conocidos pensadores tiene sus antecedentes en el historiador puertorriqueño Mariano Abril Ostaló (1861-1935), quien ya en 1892 vislumbraba los riesgos de absorción que entrañaba para su patria la penetración de los monopolios y el capital de Estados Unidos.¹⁰ En México, Francisco Bulnes (1847-1924) escribe en 1899 que “El peligro único y formidable para la América Latina son los Estados Unidos”,¹¹

(viene de la página anterior)

de Zúmeta siguió su compatriota Pedro Manuel Arcaya Madriz (1874-1958), quien alcanzó gran reputación por sus críticas al imperialismo norteamericano publicadas en *El Heraldo de Coro* en junio de 1899, para luego terminar su existencia acusado de peculado tras la muerte de su protector, el dictador Juan Vicente Gómez. Guiado por las enseñanzas del positivismo europeo, Arcaya inició una larga serie de estudios sobre historia, sociología, etnografía y lingüística, campos en los cuales fue una especie de pionero en Venezuela. En 1910 ingresó en la Academia Nacional de la Historia con un importante trabajo: *La insurrección de los negros en la Serranía de Coro en 1795*. En 1911 reunió sus textos dispersos en *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*. Otras obras suyas: *Influencia del elemento venezolano en la independencia de América Latina* (1916); *¿Quién o quiénes descubrieron a Venezuela y cuándo?*; *Estudios de Historia de América y Estudios de sociología venezolana* (1920).

⁸ Ugarte terminó por abandonar el socialismo en 1910. Al final de su vida fue embajador del gobierno de Juan Domingo Perón (1895-1974) en Nicaragua y Cuba. Entre sus obras: *La patria grande* (Madrid, 1924); *Mi campaña hispanoamericana*; *El destino de un continente* y *El porvenir de la América española. Unión Ibero Americana* (Madrid, 1920). Más detalles sobre su vida en María de las Nieves Pinillos: *Manuel Ugarte*. Prólo-

go de José Luis Rubio Cordón, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989.

⁹ José Ingenieros: *José Vasconcelos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, p. 12.

¹⁰ Abril Ostaló comentaba: “Tendríamos, sí, trenes elevados que cruzarían nuestras calles; puertos amplios y hermosos..., movimiento fabril y comercial inusitado; pero todo esto en sus manos; ... porque esas cosas no se forman sino con grandes capitales, que serían capitales yankees porque en el país no los hay para tamañas empresas. Y a la vuelta de algunos años la industria, el comercio, hasta la agricultura estarían monopolizados por los yankees. Y tendríamos, en cuanto a libertades, ejército yankee, marina yankee, policía yankee, y tribunales yankees porque todo esto necesitarían ellos para proteger sus intereses”. Citado por Ricaurte Soler: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas, de la independencia a la emergencia del imperialismo*, Siglo XXI, México, 1980, p. 225. Abril Ostaló fue el historiador oficial de Puerto Rico desde 1921 y entre sus obras más logradas figura *El general Valero, un héroe de la independencia de España y América*.

¹¹ Francisco Bulnes: *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos (Estructura y evolución de un Continente)*, Sociedad de Artistas y Escritores, México, s.f., p. 154.

mientras en la mayor de la Antillas, Enrique Collazo (1848-1921) también se pronunciaba contra la injerencia estadounidense en sus libros *Cuba Independiente* (1900) y *Los americanos en Cuba* (1905). Poco después, el historiador dominicano Américo Lugo (1870-1952), a raíz de la intervención norteamericana en Santo Domingo (1916), declaró que se incorporaba, de inmediato, a la lucha en favor del elemento hispano y católico como soporte fundamental de la nación.¹²

Por su parte el mexicano Toribio Esquivel Obregón (1861-1945), exiliado en Nueva York tras la caída de la dictadura porfirista, opinaba en *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México* (Madrid, 1918) que el origen de todos los males estaban en los gobiernos liberales que desde la independencia habían renegado del pasado hispánico y adoptado el modelo anglosajón.

Todos esos planteos guardan ciertos puntos de contacto con los del historiador venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944), por sus llamados desesperados a la unidad continental y de rechazo a la expansión imperialista; en particular, de Estados Unidos. Blanco Fombona —descendiente de Eduardo Blanco (1838-1910), el célebre autor de *Venezuela heroica* (1881), prologado por Martí—, a diferencia de la inmensa mayoría de los historiadores venezolanos de su generación, fue

un opositor implacable de la dictadura de Juan Vicente Gómez, a quien marcó con el calificativo indeleble de “Juan Bisonte”. Obligado a exiliarse en Francia y España de 1910 a 1936, sólo regresó a Venezuela tras la muerte del tirano.¹³ Pero la actitud antinorteamericana de Blanco Fombona —lo llevaría a condenar la Enmienda Platt, a solidarizarse con la gesta de Augusto César Sandino, oponerse de manera decidida al panamericanismo e inventar el término “Yanquilandia” para aludir a Estados Unidos— se detuvo en las posiciones de comienzos del siglo y no evolucionó, atrapado por sus arraigadas convicciones tradicionalistas, aunque hasta el final de su existencia continuó siendo un hispanoamericanista consecuente, posición de la cual nunca se apartó. No en balde, Picón Salas escribiría: “Hay páginas de Blanco Fombona que a tanta distancia aun siguen erizadas de espinas”.¹⁴



Pero muchos otros historiadores positivistas tomaron un derrotero bien diferente al de estos precursores del antimperialismo, obsesionados por las sombrías perspectivas de América Latina ante la previsible dominación norteamericana. En México y Venezuela —también en otros países del continente— surgió toda una corriente

¹² Esto significó un giro radical en relación con sus anteriores posiciones, cuando despreciaba al pueblo dominicano por estar constituido por tres supuestas razas inferiores. Entre sus obras sobresale *Historia de Santo Domingo* (1952), fruto de acuciosas investigaciones en el Archivo de Indias. Véase Roberto Cassá: “Historiografía de la República Dominicana”, en *Ecos*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1993, no. 1, pp. 20-21.

¹³ En España realizó una importante labor como editor de obras hispanoamericanas y fue un decidido partidario del gobierno republicano, llegando incluso a desempeñarse como gobernador de Navarra, Almería y Tenerife. En 1921 publicó *El conquistador español del siglo XVI*, su mejor ensayo y, tal vez, el más conocido de su producción historiográfica. En este texto, Blanco Fombona considera al conquistador un héroe, que actuaba de una manera que no podía evitar, pues estaba sujeto a las leyes de la historia. Para Juan Uslar Pietri, aquí “denota una cierta admiración por el aventurero peninsular que convirtió a nuestras tierras en

provincias de España, aunque no oculta sus defectos y los del medio ambiente. El conquistador es hijo de ese medio, donde surge el héroe por odio al trabajo, por amor a la aventura y su anhelo de dinero fácil. Hijo de la pobreza, busca la riqueza”. Véase el prólogo de Juan Uslar Pietri a Rufino Blanco Fombona: *Mocedades de Bolívar*. Epílogo de Arturo Uslar Pietri, Monte Ávila Editores, Caracas S. A., 1987, p. XIII. El texto de Blanco Fombona en “El conquistador español del siglo XVI”, en *Ensayos Históricos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981.

¹⁴ Mariano Picón Salas: *Viejos y Nuevos Mundos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1983, p. 138. Blanco Fombona murió en Argentina donde se hallaba de visita cuando se desempeñaba como embajador de su país ante el gobierno de Uruguay. Blanco Fombona también fue un apasionado bolivarianista —en 1939 había ingresado a la Academia Colombiana de Historia con un discurso de elogio al Libertador—. Al final de su vida publicó varios estudios sobre Bolívar —se le considere

(continúa)

historiográfica “oficial” que adoptaría características muy similares, dada su asociación a dos regímenes dictatoriales: el de Porfirio Díaz y el de Juan Vicente Gómez. Para ellos, el problema fundamental del continente no radicaba en el de las consecuencias de la impetuosa expansión imperialista, sino en el del establecimiento en América Latina de gobiernos fuertes y estables que intentaran equiparar sus patrones de desarrollo y civilización con el de los países industriales europeos y Estados Unidos. Al concebir la historia —cuyo estudio estimaban necesario para definir las leyes reguladoras de la evolución social— como un proceso lineal teleológico, entendían que ese progreso sobrevendría de manera inevitable. Como ha advertido el sociólogo peruano Aníbal Quijano, muchos historiadores y pensadores latinoamericanos de fines del siglo XIX y

principios del XX, estimulados “por la dinamización de la actividad económica resultante de la penetración capitalista nacional y salir de la anarquía caudillesca hacia algo como esa inventada ‘pax porfiriana’, como marco del reordenamiento nacional”.¹⁵

Ése resultó justamente el caso de los “científicos” mexicanos y, en primer lugar, de Justo Sierra (1848-1912),¹⁶ quien llegó a justificar la dictadura porfirista que ofrecía paz, orden y progreso, a cambio de supeditar a esas metas la libertad ciudadana. Sierra estaba muy preocupado con la posibilidad de que México pudiera desaparecer, pues se iba destruyendo a sí mismo cuando “junto a nosotros vive un maravilloso animal colectivo, para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente, armado para devorar, mientras nosotros cada día ganamos en aptitud para ser

(viene de la página anterior)

ra su principal biógrafo— y sostuvo polémicas con historiadores argentinos en torno a las tesis antibolivarianas de Bartolomé Mitre (1821-1906). Blanco Fombona fue un documentado historiador positivista que atribuía suma importancia al factor hombre superior en la interpretación de los acontecimientos. Comprendía a los héroes, aunque también concedía valor a las influencias sociales, raciales y al medio. En sus textos combatió a los héroes argentinos (San Martín, Rivadavia y al propio Mitre). Entre estas obras figuran: *Bolívar y la guerra a muerte* y *El espíritu de Bolívar ensayo de interpretación psicológica*, su último libro. Véase Rufino Blanco Fombona, en *Ensayos Históricos*, loc. cit., y Alfonso Camín: “América y sus hombres”, en revista *Norte*, México, 1957, p. 197 y ss.

¹⁵ Prólogo de Aníbal Quijano a José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. XXIII.

¹⁶ Sin duda, Sierra fue el historiador —en realidad, un verdadero polígrafo— más representativo del positivismo en México durante el prolongado mandato de Porfirio Díaz, cuando llegó a ocupar prominentes posiciones; entre ellas, secretario de Instrucción Pública. Además fue embajador del presidente Francisco I. Madero (1873-1913) en España, donde murió. Escribió, entre otros textos, *Compendio de la Historia de la antigüedad* (1879); *Elementos de Historia General para las escuelas primarias* (1888); *Manual escolar de Historia General* (1891); *Elementos de historia patria* (1894) y *Catecismo de historia patria* (1894), aunque sus libros más sobresalientes fueron *Evolución política del pueblo mexicano* (1902) y *Juárez. Su obra. Su*

tiempo (1905-1906). Esta última obra la elaboró en colaboración con el historiador Carlos Pereyra (1871-1942), otro exponente de los “científicos” porfiristas, quien, después de verse obligado a expatriarse en España (1912), adoptaría una marcada orientación hispanista y antinorteamericana, convencido de que en América se libraba una verdadera lucha de razas, de la cual son muestra sus trabajos publicados en Madrid: *La obra de España en América* (1920); *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* (1916); *Las huellas de los conquistadores* (1920) Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa (1916); *Historia de la América española* (editado en Madrid en ocho tomos entre 1914 y 1927); *El mito de Monroe* (1916); *Bolívar y Washington: un paralelo imposible* (1915) y *La constitución de Estados Unidos como elemento de dominación plutocrática* (1919). Con estas palabras se proponía combatir el prejuicio antiespañol de los positivistas y enfrentar el avance de la civilización materialista norteamericana en el continente. Para Ortega y Medina, Pereyra fue “un amable convencido del orden y del progreso, para una mente todavía residualmente positiva, el espectáculo de la revolución, cualquier revolución, significaba sacarle de quicio, esto acaso pueda explicarnos su recaída metafísica y su jurada enemistad a Bustamante, a la insurgencia que este apologiza, a la revolución mexicana que lo destierra y a la segunda república española, que resume todas sus fobias y a la que vio complacido asesinar y sepultar”. Juan A. Ortega y Medina: *Estudios de tema mexicano*, Sep-Setentas, México, 1973, p. 49

devorados”. Según este autor, la falta de comunicación, la inmensidad del territorio y la aversión a la verdad unida a una falsa educación hacen “de la nación mexicana uno de los organismos sociales más débiles, más inermes de los que viven dentro de la órbita de la civilización”.¹⁷ Para conjurar este peligro, era partidario de concentrar la autoridad social con el propósito de fortalecer la musculatura de la nación.

Buena parte del esfuerzo de Sierra se dirigió a intentar cohesionar una población heterogénea, que era uno de los elementos que debilitaba a la sociedad mexicana, con vistas a lograr la consolidación de la conciencia nacional mediante la educación y, muy en especial, a través de la enseñanza de la historia patria.

En ese contexto se inscribe la ambiciosa obra *México: su evolución social* (1900-1902), empresa colectiva dirigida por el propio Justo Sierra, que se considera la expresión más alta del nacionalismo histórico promovido por la intelectualidad porfirista.¹⁸ Para Sierra, obsesionado con la integración social de México y su derrotero político, la historia debía mostrar a la sociedad sometida, como todo organismo vivo, a la ley universal de la evolución, criterio historiográfico implícito en el mismo título del libro. Según el propio autor, “la

sociedad es un ser vivo, por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma; esta transformación perpetua es más intensa a compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos exteriores para asimilárselos y hacerlos servir a su progresión”.¹⁹ Visto en su conjunto, este texto muestra un definido enfoque histórico—Sierra estaba convencido de que cada hecho tiene una función dentro del organismo social y forma parte de un todo—, conformado a partir de ciertas tesis del lenguaje organicista y evolucionista positivista de Herbert Spencer—probablemente, el más influyente de los pensadores positivistas europeos en América Latina de inter-siglos—, pues estaba destinada a trazar el proceso social y económico de México desde los más remotos orígenes hasta su coronación en la época de Porfirio. Sus páginas ofrecen una reflexión optimista, resultado de la interpretación de una generación de intelectuales en el poder—los “científicos”—, quienes vieron su presente como la etapa que había puesto fin a la anarquía y vislumbraban el futuro como el período en el cual la nación mexicana habría de consolidar su unidad y afirmar su desarrollo económico y social.

Quizás, el historiador latinoamericano de esta generación que mejor ilustra las esperanzas de-

¹⁷Citado por Leopoldo Zea: *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 307.

¹⁸Véase Enrique Florescano: *El nuevo pasado mexicano*, Cal y Arena, México, 1991, pp. 62-63 y el estudio introductorio de Álvaro Matute a Justo Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993. Su antecedente inmediato era *México a través de los siglos* (1884-1889), obra en cinco tomos que dirigiera Vicente Riva Palacio (1832-1896), escrita aún bajo cierto influjo del romanticismo y valorada como la más importante y ambiciosa producción historiográfica de la época porfiriana. A diferencia de esta obra, la cual siguió una estructura cronológica, la orientada por Sierra se concebía en forma temática. El primer tomo de *México: su evolución social* (en dos volúmenes e ilustrada) incluyó el famoso ensayo de Sierra *Historia política*, reeditado junto al que figuraba en el tomo II con el título *La era actual*, fue reimpresso en 1940, con prólogo de Alfonso Reyes (1889-1959), como *Evolución política del pueblo mexicano*. Véase Justo Sierra

Méndez: *Obras completas*, 15 tomos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977. Consulte-se de Daisy Rivero e Ileana Rojas: *Justo Sierra y la filosofía positiva en México*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

¹⁹ Justo Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. Prólogo de Abelardo Villegas, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, pp. 264-265. Por eso creía que la sociedad mexicana había pasado de la infancia (época prehispánica) a la adolescencia (colonia), luego a la juventud (República independiente) y finalmente a la madurez (el porfiriato). Para Sierra, esta evolución era el resultado de las leyes de un crecimiento orgánico natural y no el fruto de las contradicciones y pugnas de los diferentes intereses sociales y de clases. Véase también un análisis de sus concepciones historiográficas en Andrés Lira: “Justo Sierra: la historia como entendimiento responsable”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.): *Historiadores de México en el siglo xx*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp. 22-40.

positadas por muchos intelectuales positivistas en las posibilidades de los regímenes autoritarios para lograr la reorganización nacional y superar el atraso, sea el venezolano Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), considerado por algunos estudiosos como el fundador de la ciencia histórica en Venezuela. Desde muy joven (1896) alcanzó renombre nacional como investigador de historia debido a una polémica con Nicomedes Zuloaga (1860-1933) en torno al papel histórico de José Antonio Páez. Mientras Zuloaga, siguiendo la tradición historiográfica de la oligarquía conservadora, sólo veía en Páez al civilista, Vallenilla lo enfocaba como la encarnación del caudillo venezolano. Después de una estancia en Europa (1904-1910), Vallenilla Lanz regresó a Venezuela y obtuvo un importante premio con su trabajo “Influencia del 19 de abril en la independencia sudamericana”, época en la cual se integra al círculo de poder del dictador Juan Vicente Gómez. Apoyó a este gobernante en el periódico *Nuevo Diario*, en el cual también publicó las múltiples y brillantes polémicas con los detractores del dictador, críticas a libros nacionales y extranjeros, así como sus conferencias y discursos. Al año siguiente esgrimió en una sonada conferencia, la tesis de que la gesta emancipadora había sido, en su criterio, una guerra civil.

En 1919 publicó su obra más conocida, *Cesarismo democrático*, cuyas ideas esenciales ya habían aparecido en 1911 en un artículo homónimo basado en la metodología y los presupuestos teóricos de la escuela positivista. Aquí Vallenilla Lanz, como otros historiadores de su época, sólo se vale de aquellas tesis de Comte que valora apropiadas para entender la evolución venezolana, por lo cual el organicismo spenceriano fue el mejor vehículo que sustentó su concepción positivista.²⁰ Así, en *Cesarismo democrático*, los conceptos de orden y progreso de Comte se adaptaron a los de integración y diferenciación spencerianos, para analizar el pasado venezolano en estrecha relación con la contemporaneidad y concluir con la justificación del caudillo como “gendarme necesario”, al considerarlo resultado natural de la inestable sociedad venezolana. En su concepto, el *cesarismo* constituía la

única solución para poner fin a la anarquía descentralizadora. Aquí Vallenilla Lanz se vale, en forma muy creativa, del determinismo sociológico para explicar la evolución política de Venezuela desde la alborada de la república a los tiempos contemporáneos. Y en este sentido fundamenta su posición, cuando comenta en torno a los violentos cambios sociales: “las revoluciones, como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico en que apenas toma una parte muy pequeña la flaca voluntad humana”.²¹ Su confianza ciega en el progreso, acorde con los postulados positivistas entonces en boga, se revela claramente en este otro fragmento: “Fe absoluta en que a medida que la cultura científica vaya generalizándose en nuestros países y fortaleciéndose por medio de la inmigración europea y el fomento de la riqueza los órganos de selección democrática, las bases fundamentales del Código Bolívariano serán un día las del derecho constitucional en Hispanoamérica”.²²

En otra parte de este extraordinario libro, Vallenilla Lanz se declara de manera abierta partidario de los gobiernos autoritarios, dirigidos por “hombres que en ciertos momentos de la evolución de los pueblos preconizaron valientemente la necesidad de los gobiernos fuertes, para proteger la sociedad, para restablecer el orden, para imponer el hogar y la patria contra los demagogos, contra los jacobinos, contra los anarquistas, contra los bolchevistas, contra los que se encumbran, medran, tiranizan, roben y asesinen al amparo de la anarquía y en nombre de la libertad y de la humanidad”.²³ De ahí que defienda al “gendarme necesario”, al estilo de Juan Vicente Gómez, pues los grandes hombres hacen la histo-

²⁰ Un análisis en Jorge Bracho: “El positivismo en Venezuela. Una reinterpretación”, en *Nuestra América, Revista historiográfica*, ADHILAC, Caracas, 1991, no. 1, p. 144.

²¹ Citado por Diego Carbonell: *Escuelas de historia en América*, Imprenta López, Buenos Aires, 1943, p. 143.

²² Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, Tipografía Garrido, Caracas, 1961, p. 238.

²³ Vallenilla Lanz, ob. cit., p. 237.

ria. En sus palabras: “Si en todos los países y en todos los tiempos (...) se ha comprobado que por encima de ciertos mecanismos institucionales que se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal ‘el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz’, es evidente que en casi todas estas naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior”.²⁴

En 1921, Vallenilla Lanz recogió sus trabajos dispersos en *Críticas de sinceridad y exactitud*, cuyo solo título revela la fuerte impronta del positivismo histórico que la impregnaba. Nueve años después salió a la luz otro libro suyo denominado *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*, en el cual examina con lucidez el divorcio de las instituciones venezolanas con la realidad y reconstruye, en términos críticos, novedosos para entonces, la estructura social de Venezuela colonial. Con amplio apoyo documental logra aquí poner de relieve la singularidad histórica de Venezuela. Con este estudio del pasado venezola-

no, Vallenilla Lanz pretendía encontrar los antecedentes de una realidad que, en su opinión, oscilaba entre la disgregación y la integración. Y así, a partir del criterio de que la sociedad era un superorganismo sujeto al movimiento de integración y diversificación, concluye: “Durante una centuria, del mismo modo que todas las otras naciones hispano-americanas, no hemos hecho otra cosa que evolucionar hacia la integración de los elementos que necesariamente debían formar la nacionalidad, tras una lucha incesante, fatalmente impuesta a todo organismo que tiende a constituirse, para dejar de ser una simple ficción oficial y convertirse en una entidad real y efectiva”.²⁵

En realidad, el primero en esgrimir la teoría del dictador necesario que desarrollaría Vallenilla Lanz, había sido el historiador peruano Francisco García Calderón (1883-1953), nacido en Valparaíso —donde su padre, ex presidente del Perú, se hallaba prisionero al término de la Guerra del Pacífico (1879-1883)—. En su libro *Las democracias latinas de la América*, publicado en París en 1912, García Calderón condena lo que llama la “barbarie criolla” y establece vínculos deterministas entre clima y progreso. En esta obra defiende, siguiendo al filósofo francés Renán, los sistemas elitistas y los gobiernos de las minorías aptas y de las dictaduras necesarias que podrían encarnar las aspiraciones populares.

“En el orden político y en el económico —arguye García Calderón—, los dictadores profes-

²⁴ Vallenilla Lanz, ob. cit., p. 123. El subrayado en el original. Desde esta posición justifica los regímenes autoritarios decimonónicos del Paraguay, cuando escribe: “Francia y los dos López, mal que les pese a los principistas, han hecho la nacionalidad paraguaya y llenan las páginas más interesantes de su historia”. (p. 157) Por cierto, esta posición suya también está emparentada, sin duda, con las concepciones sobre el hombre superior esgrimidas por el filósofo e historiador escocés Thomas Carlyle.

²⁵ Laureano Vallenilla Lanz: *Disgregación e integración*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, p. 39. Desde 1918, Vallenilla Lanz perteneció a la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, de la cual fue presidente de 1924 a 1927, también se desempeñó durante cuatro años como director del Archivo

Nacional. Otras obras suyas: *Bolívar y el principio de las nacionalidades*; “Centenario de Boyacá”, “Centenario de Carabobo” —ambos discursos conmemorativos— y *El Libertador juzgado por los miopes*. Fue, además, el compilador de *Causas de infidencia. Documentos inéditos relativos a la revolución de independencia*, en el cual reunió una serie de documentos no publicados antes relativos a la lucha emancipadora. Vallenilla fue senador desde 1916, hasta que salió como embajador a París en 1931, cargo al cual renunciaría tras la muerte de Juan Vicente Gómez. Para el historiador Nikita Harwich Vallenilla, nieto de Vallenilla Lanz, existe una leyenda negra en torno a los vínculos de su abuelo con el dictador. Véase su trabajo *Arma y coraza. Biografía intelectual de Laureano Vallenilla Lanz*, Universidad Santa María, Caracas, 1984.

ron el americanismo. Representaban la nueva raza mestiza, el territorio y la tradición; eran hostiles a la tutela de la Iglesia, del capital europeo y de la diplomacia extranjera. Su función esencial, como la de los reyes modernos después del feudalismo, fue la de nivelar a los hombres y unir las diversas castas. Los tiranos fundaron las democracias: contra las oligarquías tenían generalmente el apoyo del pueblo, de los mestizos y de los negros, dominaban a la nobleza colonial, favorecieron la mezcla de razas y libertaron a los esclavos”.²⁶

Como bien ha advertido Luis Alberto Sánchez en su prólogo a esta obra, “el libro refuerza la tesis de los gobiernos fuertes ilustrados, de las monocracias progresistas y hace el elogio de algunos de sus representantes más notorios como Porfirio Díaz, Diego Portales, Manuel Pardo, Andrés de Santa Cruz e inclusive no se pronuncia contra García Moreno ni contra Rosas. El pensamiento conservador se hace presente sin ambages. Era el de su generación elitista e intelectualizada”.²⁷ En honor a la verdad, muchas de estas ideas desarrolladas por García Calderón y Vallenilla Lanz, no eran exclusivas suyas, pues se compartieron entonces por otros historiadores positivistas de su generación; entre ellos, los ya mencionados Pedro Manuel Arcaya, Américo Lugo, Francisco Bulnes y Justo Sierra, así como el chileno Alberto Edwards (1873-1932), el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946), y por el escritor colombiano Carlos Arturo Torres (1867-1911).²⁸

Por ejemplo, Edwards, un redomado hispanófilo spengleriano, en *El gobierno de don Ma-*

nuel Montt y La fronda aristocrática de Chile (1928), defiende una imagen mítica de las clases dominantes y se identifica con la vieja oligarquía colonial.²⁹ En este estudio, original y sugerente, Edwards estima que “el motor animador del proceso chileno es la lucha constante entre la aristocracia, clase ejidal en la sociabilidad nacional, y el Estado, que según la creación portaliana, estaría por sobre los intereses clasistas”.³⁰ Eso explica que en 1903 escribiera el siguiente elogio del gobierno de Diego Portales (1793-1837), añorando su perdido modelo de dominio autoritario de la sociedad: “El éxito del gran Ministro de 1830, se debe, como ya alguien lo dijo en su tiempo, a que su política fue la de fortificar el poder sin ligarlo a ningún hombre, ni siquiera al suyo. Debíó comenzar por donde comenzó; esto es, abatiendo los viejos prestigios, restos del caudillaje que había caracterizado a los años anteriores. O’Higgins fue la primera víctima de su sistema. Es así como pudo Portales entregarse tranquilamente a la más gigantesca labor que hombre alguno haya realizado en la América Latina. En pocos meses hizo surgir del caos un gobierno digno de este nombre, sin dictar leyes ni proclamar principios. Chile había vuelto a encontrar, lo que perdiera en la revolución de Independencia: un gobierno. Este hecho el más trascendental de su existencia libre, se produjo sin que acaso los contemporáneos se dieran cuenta del alcance y la magnitud del fenómeno”.³¹

Otra tendencia de la historiografía positivista ponía el acento, al diagnosticar las causas de los

²⁶ Francisco García Calderón: *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 42.

²⁷ Prólogo de Luis Alberto Sánchez a García Calderón, ob. cit., p. XIV. García Calderón también se preocupó por el problema de si un continente tan mezclado racialmente sería capaz de enfrentar con éxito la amenaza del norte. Fue embajador de su país en Francia desde 1930. Entre sus obras figuran *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (Valencia, 1907); *El Perú contemporáneo, estudios sociales* (texto optimista con relación al futuro, París, 1907); *El Panamericanismo, su pasado y su porvenir* (Nueva York, 1916); *Europa inquieta* (París, 1926); *Testimonios y comentarios* (1938), y *José de la Riva Agüero: Recuerdos* (1949).

²⁸ De este último escritor véanse sus ensayos recogidos en *Idola Fori* (1910), con prólogo de José Enrique Rodó.

²⁹ Lo mismo hizo su compatriota Francisco A. Encina (1874-1965) en su libro *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias* (1912), el primero en igualar los valores de la aristocracia criolla con los de la nación.

³⁰ Julio César Jobet: *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Prólogo de Hugo Zemelman, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende-Casa de Chile, México, 1982, p. 9.

³¹ Alberto Edwards: *La organización política de Chile*. Introducción biográfica por Raúl Silva Castro, Editorial (continúa)

padecimientos del continente “enfermo”, en la supuesta inferioridad del latinoamericano y su cultura —cuyos antecedentes eran los planteos de los naturalistas europeos del XVIII (Buffon, de Pauw) sobre la inmadurez y decadencia del inhóspito medio americano—, y, muy en particular, debido a determinados elementos raciales de su composición —indígena, negro o sus combinaciones—, dejándose arrastrar por la vieja tesis de Sarmiento —reactualizada por el propio pensador argentino en su libro *Conflictos y armonías de las razas de América* (1883)— que atribuía al gaucho, y, por extensión, a los indios, mestizos y caudillos criollos (“la barbarie” o “salvajismo”), el atraso feudal. Impactados por la derrota de España en 1898, estos autores tenían, sin dudas, un complejo de inferioridad étnica. Para alcanzar el modelo de civilización a que lle-

vaba el progreso había que negar esa barbarie, conjuntamente representada por el pasado indígena —o negro, según el caso— y español y su descendencia.³² Así, el sociólogo argentino Carlos Octavio Bunge (1875-1918) en su libro *Nuestra América* (1903), calificaba en los peores términos a los pueblos que habitaban al sur del río Bravo y, muy en especial, consideraba a los mestizos como híbridos que no estaban capacitados para el desarrollo. Como bien resume Adam Anderle, para Bunge, “el indio tiene los rasgos fundamentales de resignación, pasividad y ferocidad; el negro es servil, tiene mala fe y no es confiable; el mulato está caracterizado por un exceso de las ambiciones; el mestizo es perezoso, triste y arrogante, mientras que el criollo es altanero y mentiroso, amante de la fastuosidad y sus pensamientos son esquemáticos”.³³

(viene de la página anterior)

del Pacífico S. A., Santiago de Chile, 1943, pp. 103, 104 y 105. Este historiador chileno participó en la insurrección contra el gobierno nacionalista de José Manuel Balmaceda y después fue diputado en 1909 y 1912. También se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores. No sólo se destacó como historiador, sino también como novelista. Publicó libros de historia básicamente política, entre ellos: *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* (1902).

³² No es el propósito de este trabajo analizar los pensadores latinoamericanos que casi paralelamente esgrimieron argumentos diametralmente opuestos: desde la apasionada defensa de los aborígenes del peruano Manuel González Prada (1848-1918) en *Nuestros indios* (1908) —más tarde, y dentro del marxismo, desarrollaría José Carlos Mariátegui (1894-1930) en su clásico *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928)— y el ecuatoriano Pío Jaramillo (1884-1968) en *El indio ecuatoriano, contribución a la sociología indoamericana*, hasta la reivindicación del mestizo —aunque no del indio— hecha por el mexicano José Vasconcelos (1881-1959) en su *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925), una especie de negación de las tesis de Sarmiento. Aquí Vasconcelos, “desde una postura antipositiva”, observa que, a diferencia de la unidad anglosajona, en América Latina predomina la anarquía y la soledad, y se han perdido los valores de la raza española y la india frente a la blanca del norte. Para él, al final, vendría el dominio de una raza integrada, sintética, que sería la de América Latina, en la cual, gracias al crisol del espíritu y el mestizaje, surgiría la futura raza cósmica, que habría de contener el expansivo desbordamiento

de la América anglosajona. No obstante, Vasconcelos se convertiría poco después en un hispanista cada vez más conservador que aceptaría la tesis de Pereyra de que sin el escudo de la herencia española América Latina sería fatalmente absorbida por Estados Unidos.

³³ Anderle, ob. cit., p. 7. El escritor Francisco José de Oliveira Viana, nacido en Río de Janeiro (1883), en su libro *Poblaciones meridionales del Brasil* (1918), estaba convencido del factor negativo que representaba el carácter mestizo en la composición racial brasileña. Por su parte, el historiador Francisco Figueras, nacido en Cárdenas (Cuba) en 1853, se valía de la supuesta inferioridad del cubano para formar una nacionalidad —por poseer elementos tan heterogéneos; entre ellos, una enorme masa de población negra—, con el propósito de favorecer la norteamericanización de la Isla, tesis que ya aparece en su folleto *Cuba libre. Independencia o anexión* (1898). Para este autor, la marcha hacia la civilización en la Isla se producía gracias a tres saltos cualitativos: la toma de La Habana por los ingleses (1762), la llegada de los franceses huyendo de la Revolución Haitiana y el “último y más poderoso, lo han dado los americanos en nuestros días”. Francisco Figueras: *Cuba y su evolución colonial*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1907, pp. 186-187. Incluso en su primera etapa, en la cual se entendió hasta los años 20, el conocido etnólogo cubano Fernando Ortiz (1881-1968) se dejaba llevar por los prejuicios raciales en *Los negros brujos. Hampa afro-cubana* (1906). A su vez, el historiador peruano José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944) presentaba a los criollos, en su *Historia del Perú* (1910), como

(continúa)

Compartiendo estos prejuicios raciales, el ya mencionado Francisco Bulnes (1847-1924), portavoz de los “científicos” porfiristas y verdadero *enfant terrible* de la historiografía mexicana, también era del criterio que América Latina constituía un continente enfermo, debido en lo esencial a la existencia de distintas culturas indígenas que estorbaban el avance de la civilización. Para él, los indios, mestizos y latinos eran de una raza inferior a la anglosajona. Por eso llegó a escribir que “En la lucha de razas que presenta el porvenir, los países que no se pongan a la altura de los anglosajones, por lo menos para poder resistir a su empuje causándoles gravísimos males, no tienen en el futuro más que su sepulcro y una inscripción histórica seguramente condenatoria”.³⁴ En sus textos, y desde la perspectiva analítica del revisionismo histórico nacionalista, Bulnes des-

precia al indígena —en su concepto no resultaba integrable a la sociedad, por lo cual había que dejarlo sólo para facilitar su autodestrucción—, cree en un determinismo biológico cultural, es antihispanista y enloda figuras históricas consagradas por la historiografía tradicional — en lo fundamental, el prócer Benito Juárez (1806-1872)—, sin preocuparse mucho por identificar sus fuentes y valiéndose de un lenguaje irónico y mordaz.³⁵

La consideración negativa de las razas mestizas —constituidas por seres catalogados de degenerados— y la idealización del inmigrante blanco, en la búsqueda del origen de los males que aquejaban a América Latina, también fue el tema del historiador boliviano Alcides Arguedas. Activo participante de la revolución federal de 1898, Arguedas se había graduado de abogado en 1903,

(viene de la página anterior)

indolentes y viciosos. En cambio, para el sociólogo dominicano José Ramón López (1866-1922), las causas de la degeneración no había que buscarlas en factores raciales, sino en el hambre secular de la población rural, tal como había escrito en *La alimentación y las razas*, editado en La Habana en 1897. Más cerca de estos últimos planteamientos se situaba Justo Sierra, quien consideraba que el problema social de México era de orden y no de incapacidad de la raza mestiza o india para el progreso.

³⁴ Bulnes, op. cit., p. 147. Este autor también compartía las tesis del *gendarme necesario*: “Cuando no es posible por falta de factores económicos realizar la idea de la república democrática como los Estados Unidos y Suiza, cuando tampoco es posible por falta de una clase verdaderamente rica e ilustrada fundar una plutocracia liberal rigiendo la nación por medio de una sólida oligarquía, lo que más conviene a naciones que se están formando es la dictadura liberal, con formas de gobierno democrático, eminentemente educativas. El cesarismo es todavía muy superior a la república parlamentaria, la monarquía feudal es también superior; la monarquía absoluta igualmente”. (p. 127) Véase un pormenorizado análisis en el prólogo de Martín Quirarte a Francisco Bulnes: *Páginas escogidas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

³⁵ Bulnes, un ingeniero de minas que empezó a escribir historia después de los 50 años, sin atender mucho por la calidad de su prosa. En plenos preparativos para celebrar el centenario de Benito Juárez editó sus libros iconoclastas *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio* (1904) y *Juárez y las*

revoluciones de Ayutla y de Reforma (1905), en los cuales revisa la personalidad del Benemérito de las Américas, dando a conocer los aspectos menos divulgados de su vida. Como apunta Antonia Pi Suñer, su “efecto fue el de una bomba en medio de los preparativos. Desde luego sacaba a relucir los tratados con los Estados Unidos; insistía en que Juárez no había sido ni jacobino ni demócrata, que más bien había sido un dictador, y además corrupto; que no había tal liberalismo mexicano porque nuestro pueblo era conservador y aun idólatra, por lo que tenía necesidad de rendir culto a un ídolo, y que en eso se había convertido la figura del Benemérito”. Véase Antonia Pi Suñer Llorens: “Benito Juárez, hombre o mito”, en *Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales*, Instituto Mora, México, mayo-agosto de 1988, no. 11, p. 11. Otros polémicos libros de Bulnes: *Las grandes mentiras de nuestra historia: la nación y el ejército en las guerras extranjeras* (1904); *La Guerra de Independencia. Hidalgo-Iturbide* (1910); *El verdadero Díaz y la revolución* (1920) y la selección póstuma de sus artículos publicados como *Los grandes problemas de México* (1927). Para refutar a Bulnes, el editor Santiago Ballescá planeó la edición de un libro con la contribución de diversos historiadores de la época. Aunque esta obra nunca se concretó, Carlos Pereyra, Victoriano Salado Álvarez (1867-1931) y Fernando Iglesias Calderón (1856-1942), escribieron sus respectivas contribuciones. Véase la nota introductoria de Andrés Henestrosa al libro de este último, editado originalmente en 1907, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

profesión que no ejerció. Luego siguió estudios en Francia y residió por largas temporadas en Europa, donde también se desempeñó como diplomático. Además fue diputado liberal y ministro, así como autor de varias novelas históricas y libros de historia. La labor historiográfica de Arguedas está marcada por el determinismo geográfico, los arraigados prejuicios raciales, sus opiniones contrarias al mestizaje y su desmedida admiración por la cultura europea.³⁶ Su obra más conocida, *Pueblo enfermo*, editada en Barcelona en 1909, es un libro profundamente pesimista sobre el destino de Bolivia, en el cual describe, dejándose llevar por la concepción mecanicista del positivismo —el cual atribuye un papel determinante a elementos como el clima, la raza o la situación geográfica—, la decadencia y las enfermedades de la clase dominante criolla y enjuicia el lastre que, en su opinión, representa para el desarrollo nacional la población indomestiza: “Esos factores —medio físico y raza—, acentuándose hasta el exceso, han contribuido para que Bolivia, el menos conocido de los pueblos sudamericanos con el Paraguay, haya llevado una vida sin relieve y llena de agitaciones estériles y destructoras en el campo de la política”.³⁷

Para Arguedas, la enfermedad de Bolivia era el indígena —que por su número impedía la incorporación del país a la civilización— y su expresión el “acholamiento” —o sea, el mestizaje—, el cual rebajaba las instituciones políticas,

sociales y culturales que, en su opinión, habían propiciado el progreso en Europa y Estados Unidos. Así comenta acerca de estos componentes mestizos existentes en otras partes de América Latina: “El cholo de Bolivia, Perú y Colombia, el roto de Chile, el gaucho de la Argentina y del Uruguay, etc., son una clase de gentes híbridas, sometidas ya a un lento proceso de selección, pero que todavía no han alcanzado a eliminar de sí las taras de su estirpe”.³⁸

Para el crítico peruano Luis Alberto Sánchez, “La tesis de Arguedas es desgarradora (...) Bolivia está perdida por el cholo y el mestizo. La tesis racista no viene de Hitler, si bien puede desembocar en él. Proviene de las teorías sociológicas del biologismo de fines del siglo XIX; se inspira en H. S. Chamberlain, Gobineau y Novicow; descansa en ciertos postulados abstractos de Le Bon y Nordau. Adora confesamente a Carlos Octavio Bunge, también campeón del antimesticismo, furioso europeizante de Nuestra América, a quien Arguedas acata sin debate”.³⁹

A pesar de todas sus profundas convicciones racistas, Arguedas llega en algunos momentos a manifestar cierta esperanza en las posibilidades de la población aborígen —no mestiza—, como puede apreciarse en el siguiente comentario: “La gran revelación de lo que es el indio como elemento asimilable y de lo que puede dar de sí cuando se le pide un esfuerzo organizado se ha operado en estos días y en las sombrías regio-

³⁶ Sin duda, la obra de Arguedas —influida por las tesis de que las mezclas raciales propiciaban la degeneración y la inferioridad, y que jamás habían permitido el progreso social, expuestas por el Barón de Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) y por Gustavo Le Bon en *La influencia de la raza en la Historia*— está emparentada con la de su compatriota Gabriel René Moreno (1834-1908), un ferviente partidario de Darwin y Spencer, quien estaba convencido de que los blancos, los superiores, acabarían por suplantar a los indios. Para este historiador, el cristianismo sólo era para los pueblos de raza blanca, pues los indios, como seres inferiores, no eran capaces de comprenderlo. En su obra *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, en dos tomos, Gabriel René Moreno concedió importancia a los factores étnicos, rechazando al indio y al cholo. Residió muchos años en Chile, donde fue director de la Bi-

lioteca Nacional. Entre sus obras figuran *Ayacucho en Buenos Aires*; *Biblioteca Boliviana*; *Biblioteca Peruana* y *La matanza de Yañez*.

³⁷ Alcides Arguedas: *Obras completas*, Aguilar, México, 1959, t. I, p. 538.

³⁸ Arguedas, ob. cit., t. I, pp. 438-439.

³⁹ Luis Alberto Sánchez en prólogo a las obras citadas de Arguedas, t. I, p. 18. Y Sánchez añade otros defectos de este autor como “sus numerosos yerros de expresión, fruto de apresurada composición y de mal oído literario, amén de un excesivo apegamiento al francés, de donde arrancan algunos de sus vicios expresivos”. (p. 19) Luis Alberto Sánchez señala, entre otras equivocaciones históricas de Arguedas, confundir a Jorge Juan y Antonio de Ulloa como dos hermanos. Debe añadirse que en 1937 Arguedas fue partidario de establecer en Bolivia una dictadura nazi.

nes del Chaco, donde el indio supo luchar y morir por una patria que desconoce y que nunca hizo nada por él”.⁴⁰

Según Edgar Ávila, la visión de Arguedas de la historia boliviana puede resumirse en “sangre y lodo”: “Porque de esa sucesión macabra de corrupción general, de egoísmo, deseo de figuración, de vanidad, sed de mando, barbarie y ambiciones de grupo, llevadas a cabo en medio de la adulación, de la violencia y de los abusos, Arguedas llega a conceder que todo eso es debido a que ‘el pueblo es pobre y sin cultura’, pero nada más. Porque a esa sucesión de calamidades, registradas en *Pueblo enfermo* y en su *Historia*, Arguedas pretendía encaminarlas hacia una integral desvertebración, y al examen crítico más devastador posible de ese pueblo de indios y mestizos, de cholos inmundos, haciéndose eco así del pensamiento de las clases directoras y gobernantes; después de haber contemplado la realidad con ojos llorosos, con un pesimismo hipócrita, nacido al no encontrar ninguna virtud salvadora en aquellas mayorías”.⁴¹

Una parte de la amplia obra historiográfica de Arguedas está consagrada a demostrar el lamentable papel desempeñado en la historia de Bolivia por los caudillos criollos, considerados por él como una clara evidencia de la decadencia del pueblo boliviano, planteo que hasta cierto punto lo aleja del “cesarismo democrático”, defendido por otros historiadores positivistas contemporáneos. Vale la pena citar *in extenso* el siguiente fragmento de Arguedas referido al dictador boliviano Mariano Melgarejo (1818-1871), quien le sirve para ilustrar el salvajismo de uno de los típi-

cos “caudillos bárbaros”: “La noticia de la guerra franco-prusiana al llegar a Bolivia determinó actitudes gallardas y grotescas en el héroe de la ‘gloriosa’ de Diciembre, pues la conoció en Oruro, y una noche en que se hallaba ebrio. Inmediatamente hizo reunir al ejército en la plaza mayor, al son de trompetas y aires marciales, poniendo en gran alarma a la población dormida; y endosando él su poncho rojo de campaña, montó su corcel de guerra Holofernes, y se presentó en medio de sus soldados a quienes proclamó que, habiendo Alemania provocado en guerra a una nación amiga, era un deber del gran ejército de la libertad ir en auxilio de los franceses ‘nuestros mejores amigos’. ‘Vais conmigo, les dijo con arrogancia, a atravesar a nado el Océano; pero icuidado con mojar las municiones...!’

”Y rompió la marcha tomando camino de la llanura: pero el aire fresco del yermo y una lluvia helada que comenzó a caer disiparon su borrachera. Recuperó casi del todo el juicio cuando sus consejeros le hicieron ver que la empresa era ardua aunque no difícil ni imposible para un capitán tan esforzado como él, siendo uno de los obstáculos más engorrosos los caminos. Y como uno de ellos se atreviera a preguntarle el que pensaba tomar para conducir su ejército a Francia, repuso:

”—¡Por el deshecho!...”⁴²

Con esa finalidad, Arguedas consagró todo un ciclo de su producción historiográfica al tema de los caudillos en la historia boliviana. Nos referimos a *Historia de Bolivia. La fundación de la República* (1920); *Los caudillos letrados (1828-1848)*

⁴⁰ Alcides Arguedas: “Pueblo enfermo”, en *Obras completas*, ed. cit., t. I, p. 434. En algún sentido, el escritor ecuatoriano Alfredo Espinosa Tamayo, fallecido en Guayaquil en 1918, sigue a Arguedas cuando en *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano* (1918) considera que la causa de la melancolía del indio ecuatoriano hay que buscarla en el “ambiente geográfico”, que influye de manera determinante en la psicología de los pueblos de la región, aun cuando difiere de su concepción de “pueblo enfermo”. Siguiendo a Rodó, Espinosa Tamayo también manifiesta su vocación hispanoamericana y, a diferencia de muchos escritores positivistas de su generación, no justificó las dictaduras.

⁴¹ Edgar Ávila Echazú: “Una historia de Bolivia”, en *Revista Casa de las Américas*, La Habana, enero-febrero de 1961, no. 4, p. 53. Este crítico añade: “Arguedas escribe la historia como si fuera una novela, un folletín por entregas, una simple ficción. Su fantasía sintética y generalizadora, toma a los hechos como una fuente de especulación y desarrollo novelístico, bajo una exposición dirigida a demostrar sólo aquello que le interesa para evidenciar una tesis preconcebida”. (p. 57)

⁴² Alcides Arguedas: “Los caudillos bárbaros”, en *Obras completas*, ed. cit., t. 2, p. 995.

(editado en 1923); *La plebe en acción (1848-1857)* (de 1924); *La dictadura y la anarquía (1857-1864)* (publicada en 1926) y *Los caudillos bárbaros: Historia. Resurrección. La tragedia de un pueblo (1864-1872)* (1929), todas ellas impresas en Barcelona, así como a su *Historia General de Bolivia, el proceso de la nacionalidad 1809-1921* (1922).⁴³

Como puede advertirse, para Arguedas, como otros intelectuales de su generación, el drama de este continente “enfermo”, y su incapacidad para alcanzar los niveles de desarrollo de la ahelada civilización europea y norteamericana, también tenían que ver con las arbitrariedades de los “caudillos bárbaros” y con la oscilación pendular entre tiranía y anarquía que parecía ser el signo distintivo de esta América.

Obsesionados con el incierto destino latinoamericano, que entonces apenas se dibujaba con la ocupación por Estados Unidos de las últimas posesiones españolas y otras intervenciones norteamericanas en el área de Centroamérica y el Caribe, los historiadores de la coyuntura de entre siglos estaban convencidos de que sólo copiando aquellos modelos, los países de América Latina lograrían la imprescindible solidez espiritual, económica y política para sobrevivir independientes y alcanzar su propio desarrollo.

Pero los proyectos concebidos por los principales exponentes de la historiografía latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del XX, dentro de los postulados cientificistas de la filosofía positivista, resultaron fallidos e inviabil para impedir el fatal desenlace que conduciría de manera inexorable a completar el proceso de la dominación neocolonial de nuestros pueblos.



⁴³ En estas obras, según comenta de manera aceptada Luis Alberto Sánchez en el enjundioso prólogo ya mencionado, “La pasión de Arguedas contra el argentino Castelli asume caracteres de panfleto. Denosta de paso, ‘las ideas igualitarias’, ‘que no han podido encontrar ambiente en el país’. Es tal su procacidad contra Belgrano, que llega uno a amar a los realistas; pero luego los pinta tan negramente, que no sabe uno a qué atenerse. En suma, en la guerra de independencia, todos erraron; nadie acertó. Arguedas enfoca al prócer boliviano Murillo con tanta acedia que uno no acierta ya a pronunciarse al respecto. El pueblo le inspira calofríos a Arguedas: lo tratará de ‘chusma’ y ‘plebe’, y lo aludirá como ‘la cabeza del monstruo’. En su ataque a Baptista, involucrará una ofensiva general contra los mestizos. La obsesión racista nubla la preclara visión dramática”. (Ob. cit., t. I, pp. 20-21.)

1895-1898: ¿Guerra racista o demagogia?

oÍlda Hevia Lanier Una vez iniciada la **guerra independentista**, la **prensa liberal y conservadora** dedicó **alarmantes comentarios** al calificar de movimiento descabellado y de bandoleros a la **insurrección del 24 de febrero**. Resulta de gran valor el análisis con detalles en este artículo acerca de la **propaganda** desatada por los **enemigos de la causa revolucionaria** para desvirtuarla y, en particular, la argumentación del **espectro negro**. ● ● ● ● ●

Cuando el 24 de febrero de 1895, los separatistas cubanos se levantaron en armas para luchar contra España por la independencia nacional bajo el lema por “Cuba Libre”, las autoridades de la Isla divulgaron a través de la prensa que se trataba de una cuestión de orden público, simples pandillas de bandoleros que desde los años de la tregua fecunda habían vivido libremente por los campos de Cuba.¹

Aunque en la mayor parte de la Isla —salvo en la región oriental— en su inicio sólo se alzaron partidas aisladas y hasta algunos famosos

bandoleros se fueron uniendo paulatinamente al movimiento insurreccional, también se levantaron en armas algunos de los más sobresalientes veteranos de la pasada Guerra Grande junto con sus seguidores de los distintos poblados, entre quienes se destacaron principalmente, los líderes Bartolomé Masó y Guiller món Moncada.

¹ “La Guerra”, en *Diario de la Marina*, 16 de abril de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2.

Licenciada y máster en Historia; especialista en el Departamento de Patrimonio Cultural de la Dirección Municipal de Cultura-Centro Habana. Como especialista en estudios raciales en Cuba, ha impartido varias conferencias en la Universidad de La Habana y publicado textos en publicaciones seriadas acerca del tema, del cual es premio en la colección *Pinos Nuevos*.

No obstante, al llegar a la Isla el general Antonio Maceo y Máximo Gómez —quienes, con su sola presencia, arrastraron a un sinnúmero de hombres a la causa revolucionaria—, lo que hasta entonces habían sido simples partidas armadas, comenzaron a alcanzar organización y transformarse en un ejército de proporciones “alarmantes”, que provocó el terror en el gobierno e hizo que todo el estado de opinión de la Isla estuviera pendiente de lo que sucedía en la manigua.

Durante todo 1895, la Guerra de Independencia cubana fue calificada por la prensa liberal y conservadora como guerra de guerrillas y bandidismo, movimiento insensato, prematuro y descabellado; sublevación suicida e inoportuna, que no contaba con una dirección adecuada y condenada de antemano al fracaso por su debilidad y por las difíciles condiciones de vida en la manigua. Además de no contar con el elemento sensato de la Isla.²

Los periódicos de las distintas corrientes políticas protestaban porque el gobierno no quería que se informara a la población del estado real de los acontecimientos de la guerra y no se les permitía ofrecer información de los partes militares sin previa autorización. Los periodistas también se cuestionaban la veracidad de algunas informaciones: si era posible que cada vez que se levantaba una partida de insurrectos los centros oficiales se refiriesen a ella como gente sin importancia y que su jefe era hombre sin mayor influencia y prestigio, y, sin embargo, arrastraban consigo a casi todos los hombres de su localidad. A 50 días del 24 de febrero, no se había declarado aún el estado de guerra en la Isla.³

La otra visión de la guerra que ofreció la prensa, la más sensacionalista e importante a los efectos de este trabajo, fue la de vociferar que se trataba de un movimiento racista o guerra de razas. Para ello argumentaban que la principal labor para sublevar la Isla se había hecho por el mula-

to Juan Gualberto Gómez y sus amigos en el Occidente y por el negro Flor Crombet y los partidarios del general Antonio Maceo en la zona oriental. Según ellos, la mayoría de los sublevados pertenecía a la raza de color, así como algunos de sus más temerarios e importantes líderes.⁴

Lo más destacado resultaba la idea de que el general Antonio Maceo, según ellos, desde la pasada contienda tenía un proyecto de crear en el Departamento Oriental de

Cuba un Estado independiente semejante al de Haití. Algunos pensaban que jamás comunicó esa idea a los blancos porque necesitaba de su apoyo para conquistar sus fines, y otros, asombrados e incrédulos de ver como los negros luchaban por la independencia de una nación que los había mantenido esclavos durante siglos, estaban convencidos de que la mezcla se debía a que los separatistas tenían formulado un convenio de constituir —en caso de triunfar— dos repúblicas: una oriental en Santiago de Cuba para la gente de color presidida por el general Maceo y otra occidental en el resto de la Isla para los blancos. Sólo así se explicaba que trabajaran juntos sin grandes desavenencias por el porvenir dentro de una misma causa.⁵

La más fuerte y agresiva campaña dirigida a atribuirle el carácter de “demagogia haitiana” al movimiento separatista, se hizo por los miem-

² (s.t.). *Las Novedades*, 28 de mayo de 1895. Archivo Nacional de Cuba. Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 280, expte. 1; “Con un conservador”, en *La Lucha*, 28 de mayo de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 280, expte. 1.

³ *Ibidem*.

⁴ “Para la Historia”, en *El País*, 18 de abril de 1895. Archivo Nacional de Cuba. Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2.

⁵ “La causa separatista”, en *El Comercio*, 28 de mayo de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 5.

bros del Partido Liberal Autonomista y sus órganos de prensa y, a pesar de que los artículos que aparecían a diario en sus periódicos resultaban una prueba irrefutable en su contra, aducían que la propaganda racista era obra de los conservadores. Los autonomistas reclamaban que se reconociera la labor hecha por los liberales cubanos en favor de la extinción de la trata, la abolición del patronato y porque los hombres de color disfrutaran de los derechos plenos de ciudadanía que añoraban. Se consideraban obligados a prestar atención preferente a todo lo referente al progreso intelectual y moral a que aspiraban los negros y mulatos, y como muestra de “confianza” les habían ofrecido puestos públicos en comités y ayuntamientos locales en el período posterior a la abolición de la esclavitud. Además, cada día realizaban una activa propaganda de atracción entre ellos encabezada por el intelectual negro Martín Morúa Delgado y su periódico *La Nueva Era*.⁶

Mas, a los autonomistas se les olvidaba divulgar algunos aspectos fundamentales. Sólo algunas figuras políticas dentro de la corriente liberal con un pensamiento más radical y avanzado, contribuyeron con su prédica a la abolición de la esclavitud y posteriormente prestaron su apoyo a los negros y mulatos cubanos en la lucha por sus derechos sociales; los ejemplos más sobresalientes fueron Rafael María de Labra y Miguel Figueroa. Aunque en ciertas localidades del país les ofrecían puestos públicos a los negros, muchas veces esos gestos de generosidad eran parte de una estrategia para cubrir las apariencias políticas. En 1890, en las elecciones municipales de Trinidad, para ganarse los votos de la población negra, eligieron bajo protesta de algunos miembros del Comité a un concejal negro; “dicho Concejal se sienta en la banca de la izquierda (lo rodean los conservadores) porque sus compañeros autonomistas desdeñan codearse con el artesano honrado que han elegido para ridiculizarlo después y ellos ocupan la derecha. Últimamente para insultar sin aparente responsabilidad a la clase de color fundaron un periódico que hizo obgetos (sic) de sus iras al mismo Concejal...”,⁷ En cuanto a la labor a favor de la autonomía encabezada por Martín Morúa Delgado,

ésta resultó de muy corta duración y no surtió el efecto deseado, pues entre 1892-1895 dentro de la población cubana en general eran mayores las ansias independentistas.

En esencia, el Partido Autonomista era racista y se oponía a la Guerra de Independencia, sus “nobles” deseos e intentos de “reorganizar y contribuir a la civilización de los negros”, tenían un único propósito: atraerse las simpatías de este significativo sector de la población; sobre todo, de las capas medias de negros y mulatos que tenían poder adquisitivo para lograr sus votos en los períodos electorales. Pero los negros —a su juicio— no debían formar parte activa en los problemas de la nación cubana.

Al estallar la revolución del 95, los autonomistas vaticinaron que Cuba degeneraría en una factoría *yankee* o en una demagogia haitiana, escenario de grandes conflictos civiles y divisiones raciales, además de estimar que los negros estaban incapacitados para formar un Estado independiente y gobernar la Isla. La solución al problema cubano consistía en que España les concediera, lo más pronto posible, un régimen autonómico.⁸

El Partido Unión Constitucional manipuló más hábilmente a los negros. De una parte, desató una agresiva y muy efectiva campaña racista, también mediante sus órganos de prensa y al mismo tiempo dedicó amplio espacio a lisonjear a los negros

⁶ “Ociosas estratagemas”, en *El País* (s.f.). Archivo Nacional de Cuba, Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2.

Para el periódico *La Nueva Era*, fundado en 1892 por el intelectual negro Martín Morúa Delgado, su principal objetivo era combatir a Juan Gualberto Gómez y el Directorio Central de las Sociedades de la raza de color. También dedicó amplio espacio a la situación social del negro en Cuba y a defender las ideas autonomistas. Circuló hasta 1895.

⁷ Carta dirigida a Juan Gualberto Gómez por un corresponsal en Trinidad. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Adquisiciones, caja 21, expte. 1603.

⁸ “Ociosas estratagemas”, en *El País* (s.f.). Archivo Nacional de Cuba. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2. Aunque la expresión “raza de color” resulta ambigua para algunos historiadores, en este texto se utiliza respetando la terminología del siglo XIX.

que militaban en sus filas y que en estos años se mantuvieron fieles a sus principios políticos y brindaron su apoyo al gobierno, adhiriéndose a todos los artículos que respecto de la raza de color publicaban los conservadores e, incluso, editaban sus propios trabajos en ese sentido. Estos hombres creían que los reales decretos emitidos en 1878 referidos a la entrada de los negros a las escuelas municipales y a los lugares públicos, eran fruto de las buenas intenciones del gobierno para con la raza oprimida y no de los intentos de evitar un nuevo estallido revolucionario. Este grupo, se consideraba a sí mismo como lo más sensato dentro de su raza en estos años, en su mayoría tenía intereses económicos que cuidar y estaba junto a España por conveniencia propia.⁹

En abril de 1895, a raíz de la visita del general Martínez Campos a la región oriental con el objetivo de conocer las condiciones en que se encontraba la Isla, “el Casino Español y un grupo de sociedades de color le ofrecieron al general sus respetos y su apoyo incondicional a la causa española, la cual consideraban era la del orden y la justicia (...) la parte sensata, laboriosa y pacífica de la clase de color, por obligación, por patriotismo y hasta por conveniencia propia, ponemos a disposición de su Excelencia todos los medios de que podamos disponer”.¹⁰

En algunos de sus artículos, la prensa conservadora intentaba desvirtuar la creencia de que sólo a la gente de color le interesaba el triunfo de la revolución, pues los miembros de esa raza eran en su mayoría sinceramente españoles, el argumento ingenuo del miedo a la revolución haitiana resultaba desmentido por el censo oficial de 1887 que demostraba que los negros constituían sólo el 30% de la población cubana y que había una proporción de 69 blancos por cada 31 negros, lo cual hacía imposible que si sucediera un levantamiento de razas se escapara al control de los ciudadanos blancos, los verdaderos organizadores y dirigentes del movimiento insurreccional, con auxilio de los negros que sólo demostraban su identificación con la población blanca y sus caudillos de valores extraordinarios, modelos de valor y disciplina.¹¹

La intensidad de la propaganda racista trasciende los límites de la colonia; en España, las

principales autoridades políticas se pronuncian en contra de dicho movimiento, por lo cual en julio de 1895, el Casino Español de personas de color de La Habana y su presidente José Bernabeu y Fuentes, temerosos de perder el apoyo del gobierno de la metrópoli, elevan un escrito a la Reina Regente, dándole muestras de incondicional afecto y tratando de influir en el ánimo de ésta para que no acepte las injustas imputaciones que se les hacen a los negros cubanos sólo porque algunos abrigan el ideal de la independencia. Le recuerdan que su hijo Alfonso XII fue nombrado presidente honorario de esa sociedad y que por ese motivo el Rey, regocijado, les hizo la donación de una valiosa biblioteca. De manera sutil apelan a la memoria del Rey para que, debido al actual estado de las cosas, no les retire su apoyo y desconozca el prestigio y rectitud de la raza de color cubana.¹²

Para la inmensa mayoría de los negros cubanos, contribuir a la independencia de la patria resultaba esencial. La revolución era la posibilidad segura de acabar con las humillaciones y represiones que habían vivido durante siglos bajo el régimen colonial y la esperanza de crear una sociedad justa en la cual pudieran realizar a plenitud sus aspiraciones de igualdad social, lograr una participación real y efectiva en los asuntos de la nación, y obtener mejores y más amplios espacios en la vida pública y legal del país. Al

⁹ Se hace referencia a la circular emitida por el general Arsenio Martínez Campos el 20 de noviembre de 1878 dedicada a la instrucción gratuita de las personas de color en las escuelas municipales y a la circular de 1885 en la cual se les permite la entrada a los establecimientos y paseos públicos.

¹⁰ “La raza de color”, en *La Unión Constitucional*, 24 de julio de 1895. Archivo Nacional de Cuba. Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 281, expte. 3.

¹¹ “La causa separatista”, en *El Comercio*, 20 de mayo de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 5.

¹² “La raza de color”, en *La Unión Constitucional*, 24 de julio de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos. leg. 281, expte. 3.

unirse masivamente a la insurrección, en muchos casos con total desconocimiento de disciplina militar y manejo de armas, ofreciendo sus vidas, sacrificando sus familias y abandonando sus medios de subsistencia, demuestra que tenían la firme creencia de que la independencia constituía la solución de todos sus problemas. Había que luchar para no ser olvidados y sí reconocidos y ganarse con honor el lugar que les correspondía en la sociedad.

Uno de los argumentos que realizaba la prensa era que no había separatistas cubanos; las tropas insurrectas las componían hordas salvajes de negros asesinos que invadían los pueblos destruyendo y quemándolo todo. Cuando se reseñaban en la prensa las acciones de partidas insurrectas capitaneadas por negros, éstos eran denominados bandidos, su líder el general Antonio Maceo, un aventurero y Flor Crombet, un sanguinario cabecilla negro. En algunos poblados, al pasar los insurrectos, los vecinos temerosos quedaban asombrados al comprobar que los negros no llevaban argollas en las narices.¹³

A pesar de las campañas racistas, para muchos importantes líderes españoles —algunos veteranos de la pasada insurrección— estaba definido que, aunque había una amplia presencia de una importante población negra entre las filas insurrectas, algunos con intenciones de dominar a los blancos, éste era un movimiento de todos los cubanos con carácter político e independentista, pensado y organizado por los blancos de la emigración.

Otro argumento esgrimido por el gobierno para quebrantar aún más la imagen de los negros, fue elegir a los guerrilleros —personas utilizadas por el ejército español en campaña, para que fuesen a la vanguardia reconociendo y limpiando el terreno— entre los negros temerarios y asesinos, personas de la peor especie, salidos del presidio o con causas judiciales pendientes que, amparados en la autoridad española, cometían los mayores abusos. Aunque también hubo guerrilleros entre las personas blancas, al ser valorados no se hacía por su baja condición como seres humanos, sino que en el caso de los negros el color de su piel se esgrimía como causa de sus actos.

En julio de 1895, la prensa habanera comienza a quejarse del aumento de la criminalidad en La Habana, los asaltos en la vía pública a plena luz del día, los robos en las viviendas que apenas poseen en muchos casos condiciones de seguridad, la venta de bebidas hasta altas horas de la noche en los establecimientos públicos, el auge de la prostitución, la ineficacia de las leyes y la apatía general que reina en todos los espíritus. Todo ello debido a una deficiente organización y a una gran tolerancia. Entre otros “males”, el ñañiguismo alcanza gran auge, y aunque la prensa sólo lo menciona porque llenan diariamente las crónicas de policía, por sus múltiples enfrentamientos y la popularidad e impunidad de que gozan sus jefes, también hay que señalar que los ñañigos se incorporaron en amplio número a la causa separatista y ayudaron en mucho a los insurrectos.

A partir de 1896, cuando el general Valeriano Weyler toma el mando de la isla de Cuba como capitán general, la política hacia estas asociaciones cambia totalmente, no sólo se les reprime por prejuicios raciales sino por el apoyo que brindaban con armas, municiones y medicinas a los insurgentes. En los expedientes que se les instruyen son calificados como vagos, cuatreros, rateros desafectos a la causa española y que viven del producto de sus fechorías. Sin embargo, en la provincia de Matanzas se le instruye expediente a un moreno por auxiliar a la revolución con cartucheras y otros objetos de talabartería confeccionados por él para lo cual salía al campo burlando a las autoridades, sin que se le haya podido probar que fuese vago o ratero.¹⁴

Casualmente, todos presentan largos antecedentes penales como criminales y la única causa

¹³ “La nota del día” (m.e.), 15 de abril de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2; “La calumnia eterna”, en *El Comercio*, 12 de mayo de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 3.

¹⁴ Expediente relativo a la causa instruida contra 34 ñañigos, incluida relación de éstos. Archivo Histórico Provincial de Matanzas. Fondo Gobierno Provincial, Religiones Africanas, leg. 1, expte. 89.

que se alega para su detención es ser ñáñigos, la inmensa mayoría son deportados a Isla de Pinos, aunque a algunos por falta de pruebas sólo se les imponían multas o los enviaba a hacer trabajos forzados. Según la investigadora suiza Aline Helg, para fines de 1896, muchos ñáñigos fueron asignados a la penitenciaría de Fernando Poó, con recomendación de que se les tratara con especial rigurosidad. Entre ellos, la mortalidad fue mayor del 20 % debido a los abusos y maltratos, epidemias, falta de alimentación y atención médica. Su condición física resultaba tan deplorable, que algunos no tenían ropa con que presentarse. En este período, también fueron detenidos y enviados a prisión muchos homosexuales negros.¹⁵

En la guerra no sólo pelearon negros cubanos, también los hubo de otras áreas de las Antillas. Los corresponsales de guerra consideraban a los negros extranjeros y a los blancos cubanos los mejores soldados y es que los negros nativos —salvo los veteranos de la pasada guerra— no tenían experiencia militar alguna, por lo cual gastaban las escasas municiones aprendiendo, eran poco disciplinados y hasta los había que apenas sabían hablar el castellano con corrección por no haber salido nunca del área del ingenio donde trabajaban. Lo más sobresaliente en ellos era su corpulencia, disposición para el combate sin temores y su adaptación a las difíciles condiciones de la manigua. “Considero a Maceo la principal figura del presente movimiento y los negros y mulatos que le siguen, debido a su resistencia pueden considerarse el brazo fuerte de la Revolución. Son muy haraganes para trabajar y se sienten bien en la manigua y pueden vivir durante semanas con cañas, plátanos y raíces silvestres, duermen sobre el suelo y no les molesta la lluvia ni el sol”.¹⁶

La prensa conservadora, que entre las noticias de la guerra que divulgaba dedicó particular atención a reseñar los movimientos del general Antonio Maceo y sus tropas, dio a esta figura el tratamiento de negro o mulato ínclito, bandolero ignorante, caudillo de hordas salvajes que a su paso cubría de luto las ciudades. “La Ola Negra” que incendia y destruye, obligando a los jóvenes a incorporarse a sus filas y acabando con la riqueza nacional. En cambio, la prensa liberal reconocía en Maceo a un valiente y buen organiza-

dor que, con sus hazañas y prestigio, logró conquistar a los miembros de su raza y hasta al elemento blanco de la Isla. Siempre coincidían en considerarlo el principal caudillo de la insurrección con propósitos racistas.¹⁷

En noviembre del 95, el *Diario de la Marina* difundió en un artículo la noticia de que Bartolomé Masó, mayor general de las fuerzas de Manzanillo, Bayamo y Cauto, había sido sustituido de su cargo por el general negro Jesús Rabí, porque Maceo no veía con agrado que una persona que no fuera de su raza tuviese influencia en aquella zona donde ningún blanco ocupaba un puesto de significativa importancia. Días posteriores también propagó la noticia de que el general Antonio había asesinado a Bartolomé Masó por estorbarle para su planes en Oriente.¹⁸

Muchas partidas de insurrectos estaban compuestas exclusivamente por negros y mulatos, apenas sin ropas, cubriéndose con taparrabos de yaguas o un pedazo de pantalón, con poca higiene y apenas armas, lo cual hacía que no ofrecieran —a pesar de su valor en el combate— una buena imagen cuando se presentaban en los poblados. A la partida del general Quintín Bandejas, los campesinos la llamaban “La Negrada”.

Un elocuente poema, supuestamente escrito por un negro que luchaba bajo las órdenes del general Maceo, titulado “Los Narigones” y aparecido en un periódico conservador, en algunas de sus estrofas dice así:¹⁹

¹⁵ Aline Helg: *Our Rightfull share. The afro-cuban struggle for equality 1886-1912*, The University of North Carolina Press, 1995, p. 83.

¹⁶ “Noticias de la guerra”. Una carta del corresponsal del *Herald* en Puerto Príncipe; *Diario de la Marina*, 25 de octubre de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 282, expte 2.

¹⁷ “Para la historia”, en *El País*, 18 de abril de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 279, expte. 2.

¹⁸ “El cabecilla Masó”, en *Diario de la Marina*, 12 de noviembre de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 282, expte 3.

¹⁹ “Los Narigones”, en *El Gorrión*, 2 de diciembre de 1896. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos so-

(continúa)

*Obedeciendo las leyes
 De nuestra culta nación
 Nos pusieron narigón
 como se pone a los bueyes.
 Y de este modo probado
 Verá el curioso lector
 Pues en la clase de ganado
 Somos ganado mayor.
 En la manigua despunta
 El narigón como loro
 Uno de ellos es un toro
 un par de ellos una yunta.
 Maceo el gran General
 Tiene por costumbre vieja
 Llevar tras sí una pareja
 Sujeta por un ronzal.
 Y si va de operaciones
 Con todos sus generales
 Lleva dos mil animales
 Digo, dos mil narigones.
 Nuestro aspecto es muy gracioso
 Somos negros jamaíquinos
 Más parecemos cochinos
 Cuando salen del chiquero.
 Que aunque no es bien que me ale
 Por tan justa distinción
 En todo nuestro escuadrón
 No hay ninguno que se lave.
 Ño Maceo que es muy taco
 Como guardamos su pecho
 Nos tiene bajo su techo
 Nos da de su propio ajíaco.
 Aunque el General Ño Antonio
 Dice que no quiere relajo
 Pues unos hienden a grajo
 Y otros hienden a demonio.
 Pa pelear somos bravos
 Como que al ver las bayonetas
 Unos largan las chanquetas
 Y otros hasta el taparrabos.*

*Pues al seguirnos la pista
 Soldados como leones,
 Ya ve usted a los narigones
 Que salen vendiendo lista.
 Y hay tiros a trocha y mocha
 Pues en tan ruda función
 Ya se sabe el narigón
 Siempre lo coge la noche.
 Si informarse es el deseo
 Más a fondo de el lector
 Les informará un servidor
 Narigones de Maceo
 En su ganado mayor.*

Para los hombres que luchaban bajo las órdenes del Titán constituía un orgullo que a la voz de “¿Quién vive?”, gritar: “¡Fuerzas de Maceo de Oriente!” Las autoridades estaban convencidas de que, si eliminaban al general Antonio Maceo del escenario de la insurrección, ésta quedaría reducida a la nada.

El periódico *Las Novedades* publicado en Nueva York, y que se recibía en La Habana, también se unió a la propaganda para desvirtuar el movimiento separatista y atribuirle un carácter racista. Los norteamericanos —según su juicio— debían pensar bien si deseaban ofrecer su apoyo a un salvaje y prolongado motín de aventureros, negros y criminales de profesión que cometían actos vandálicos y fugas espeluznantes, atribuyéndole a eso el carácter de operaciones militares. Además, ¿si estaban dispuestos a aceptar una república en la cual los blancos estarían dominados por los negros?²⁰

La campaña se recrudeció aún más para los meses finales de 1896 cuando resultaban visiblemente alarmantes las consecuencias de la guerra para el país, y, ante el empuje de las fuerzas revolucionarias, la prensa da cuenta constantemente de atropellos y vejámenes, de la completa devastación de la tierra, el incendio de las viviendas, el despojo de las riquezas, las enfermedades y las muertes horribles y la deshonra de mujeres e hijas, todo ello cometido por gente bárbara e indisciplinada, que abrigaba resentimientos de raza al punto de someter bajo el látigo a sus antiguos dueños. También aumentaron las reseñas de negros que se presentaban ante las fuerzas

(viene de la página anterior)

bre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 2.

²⁰ “Un artículo sensato”, en *Las Novedades*, 1ro. de noviembre de 1895. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 282, expte. 3.

españolas, extenuados y semidesnudos, porque la guerra “no era como ellos esperaban”, y anécdotas de divergencias y descontentos entre los hombres que peleaban bajo las órdenes del general Maceo. “Mi generá, yo no he venido a la guerra a estar escondido y juyendo como las jufías y a comer carne sin sal y guayabas verdes.

”Pues bien mi generá, si no viene pronto la vagancia,²¹ esa que dicen que viene de los Estados Unidos con la lección (sic) del nuevo presidente Masca Kilo,²² o yo no sé como se llame, nos veremos en el caso de enguasimarlo a V. mi generá, si antes no lo enguasima tanto español como ha venido para Vuelta Abajo”.²³

En cambio no se reseñaban las consecuencias desastrosas que para la población cubana trajo la política de reconcentración del general Weyler, ni sus planes maquiavélicos y despiadados que incluían rodearse de negros para llevarlos a combatir contra las tropas del general Antonio.

A fines de 1896, un sector importante —por su solvencia económica—, que vivía en las ciudades, respondió al llamado del general Weyler para integrar las milicias de color que lucharían contra los insurrectos. Estos señores que se creían ciudadanos españoles como los blancos, según la voluntad de las Cortes españolas, se sentían orgullosos de servir a la patria la cual acataban sin pactos ni distingos. “Nosotros queremos ser soldados de la gran potencia americana, de nuestra activa, potente e invencible España. Otros hacen de los negros carne de cañón, para el día del triunfo —como nos dijo el Gral. Weyler—, condenarnos a un mundo distinto o darnos un gran puntapié, Cuba autonómica o Cuba independiente sería tan sólo ¡ah! sería la rama seca, desgajada del árbol santo de la nacionalidad ibérica y caída primero sobre las tempestuosas hordas de la barbarie africana, para después caer en las potentes garras del águila de Norteamérica”.²⁴

Previamente se les homenajeó con la entrega de las llaves del cuartel de la ciudad y con discursos pronunciados por las más relevantes autoridades de la ciudad, en los cuales se resaltaba la lealtad de estos negros y mulatos que juraron vencer o morir por la religión, la patria y el Rey, pues preferían ser esclavos con España que libres con los insurrectos.

Meses atrás, en la capital se habían formado los Batallones de Voluntarios y Milicias Urbanas cuyos miembros eran sobresalientes personalidades, comerciantes y otros pequeños propietarios de La Habana, todos personas blancas, que contribuían a la causa de la guerra con importantes donativos en dinero para sustentar al ejército español. Su misión consistía en efectuar la vigilancia en las ciudades, nunca se enviaron a la manigua a combatir a los insurrectos ni nunca aceptaron mezclarse con los negros, aunque éstos también sirvieran a la causa española. Esto explica, en parte, por qué los negros solicitaron al general Weyler crear sus propios batallones y demuestra que los discursos halagüeños del general eran pura manipulación política para atraerse a la gente de color como carne de cañón para engrosar sus filas y mantenerlos divididos y desmoralizarlos, enfrentándolos a sus hermanos de raza.²⁵

El 7 de diciembre de 1896, con la muerte del general Antonio Maceo y Grajales, se produjo un impacto demoledor entre las filas insurrectas. En las ciudades de todo el país, en la emigración, pero sobre todos entre los negros cubanos, quienes veían en el general el símbolo de sus sueños y aspiraciones, la garantía segura de que luego de la independencia disfrutarían de la ansiada igualdad racial por la cual con tanto empeño habían luchado. Para muchos, la revolución terminó ese día.

Muchas personas no creían en la posibilidad de la muerte del general, el haber sobrevivido a muchas heridas de gravedad lo hacía inmortal a

²¹ Se refiere a la beligerancia.

²² Se refiere al presidente de Estados Unidos, McKinley.

²³ “Entre insurrectos”, en *El Pueblo*, 2 de diciembre de 1896. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 2.

²⁴ “El General Weyler y la raza de color”, en *La Unión Constitucional*, 22 de diciembre de 1897. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 2.

²⁵ *Ibidem*.

los ojos de los más fieles seguidores de sus hazañas y como una leyenda esperaban que resurgiera con todo su valor en cualquier punto de la Isla.

La prensa conservadora de la Isla, al hacerse eco de la muerte del glorioso general, lo hizo engañosamente, para empañar su imagen ante la opinión pública: “cayó para no levantarse más el feroz y sanguinario Maceo; porque si bien es cierto que el audaz bandido fue muerto por la columna del bravo Cirujeda, no lo es menos que Weyler obligó al tristemente célebre fascineroso a huir cobardemente del teatro de sus fechorías (...) único recurso que le quedaba para salvar la miserable vida”.²⁶ Este subterfugio de la prensa no surtió el efecto deseado.

Para los españoles, la muerte de Maceo significaba el fin del movimiento separatista, lo celebraron ampliamente como la muestra del triunfo de los españoles en su colonia y todos los centros proespañoles de La Habana les prepararon magníficas recepciones. La experiencia posterior de la guerra demostró que no estaban del todo desacertados.

Para el año de 1897, el sentido de las noticias sobre los negros y la contienda cambia completamente, los antes salvajes y temerarios etíopes, ahora son presentados en grandes caricaturas, siendo víctimas de grandes cacerías humanas, huyendo, siendo aniquilados por las “valientes” tropas españolas, inclinándose de rodillas ante el general Weyler que los extermina con su espada ante la afligida presencia del general Antonio Maceo, quien los observa desde el cielo como un angelito, pero con alas de murciélago atravesadas por las armas españolas. El periódico *El Pueblo*, los representa así:

Aquellos negros de Oriente
Que dieron triunfal paseo
con Gómez y con Maceo
en tiempos de Don Clemente²⁷
Aquellos bravos negrotos
Que hicieron en Vuelta Abajo
tropelías a destajo y mangos de
capirote.
Mueren hoy, como cameros
Huyendo despavoridos
o lloriqueando vencidos
¡Que contraste caballeros!²⁸

La prensa conservadora le atribuyó a la muerte del general Antonio la dispersión entre las tropas que empieza a ocurrir en algunas zonas de Occidente; los montaraces ñáñigos manigüeros ya estaban —en su opinión— controlados, y junto con las campañas para terminar de desvirtuar al movimiento revolucionario, comienzan las campañas “por la paz”.

Los artículos periodísticos empiezan a introducir y llevar al ánimo de las personas una atmósfera de paz y armonía para el futuro, el bienestar de las familias y la tierra ansiosa de que los campesinos vuelvan a ella, la reconstrucción del país, la vuelta a la molienda en los trapiches y, sobre todo, acabar con el odio, los resentimientos y el inútil derramamiento de sangre. Todo gira en torno a la “pacificación de la Isla” y vuelven a ocupar el primer plano las discusiones entre los partidos políticos en las cuales el Partido Liberal Autonomista resurge con las promesas de concesión de la autonomía colonial para Cuba. También tienen amplio espacio el debate con Estados Unidos acerca de su intervención o no en la guerra y los severos problemas que enfrenta la sociedad civil; las crónicas policíacas vuelven a dedicarse casi por completo a robos, escándalos, peleas públicas y otras causas judiciales, casualmente casi siempre seguidas a personas negras. Luego del desgaste ocasionado por la insurrección, aunque persistía la prostitución y otros males, lo más preocupante, al parecer, fue la falta de abastecimiento de carne, la escasez y los altos precios de los productos alimentarios.

A pesar de la propaganda y de las gestiones realizadas en la metrópoli para obtener la autonomía colonial, para algunos periódicos populares estaba claro que los cubanos que se hallaban en la manigua luchando por “Cuba Libre” y

²⁶ “Por Weyler”, en *El Eco Montañés*, 27 de diciembre de 1896. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 2.

²⁷ Se refiere al general Arsenio Martínez Campos.

²⁸ Caricatura que aparece en las páginas centrales del periódico *El Pueblo*, 27 de enero de 1897. Archivo Nacional de Cuba. Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 2.

para una amplia mayoría de la población cubana, la única solución posible era Cuba independiente por la cual habían luchado tan arduamente y para quienes hablar de autonomía resultaba una ofensa. “Los incendiarios de la manigua no deponen las armas, ni con las reformas ni con la autonomía. Esos bárbaros sólo quieren la independencia para nombrar a Quintín Banderas, presidente de Cubita Libre, a Cebreco, Ministro de Estado, a Quirubí Mandinga, Ministro de Guerra; a Roloff de Hacienda, etc., etc. ... Esto es lo que quieren y nada más”.²⁹

Todo indica que en las ciudades reinaba una apatía general; los negros no fueron la excepción, estaban recelosos, desanimados y, sobre todo, cansados de ser víctimas de las manipulaciones de todas las corrientes políticas que los usaban y luego los apartaban sin hacer realidad las promesas con que los atraían. Muchos se mantuvieron en sus labores o quienes se afectaron por la guerra buscaron la manera de ganarse el sustento, además de aquellos que siempre miraron con indiferencia los asuntos de la política. No obstante, en 1898, cuando se concede la autonomía colonial a la Isla, algunos vuelven a incorporarse a las contiendas públicas apoyando la autonomía y a través de un manifiesto se hace un llamado a todos los miembros de la raza para que, cumpliendo con su deber de cubanos, apoyen la nueva era de pacificación, de reconstrucción moral y material que la madre patria quiere iniciar en la Isla y en la cual se les concederán derechos a los negros cubanos que antes se les habían negado.

Hay un llamado muy acertado a los negros para que comprendan que ya no son la raza esclava y humillada de ayer, son cubanos, ciudadanos libres y como tal deben abandonar los celos y el retraimiento en que se encuentran; reunirse y acordar un plan de conducta para saber encaminar su lucha por seguros caminos que les permitan obtener un día sus derechos sociales. Los exhorta a tomar parte activa en todos los asuntos que conciernen al país, pues sólo así no serán olvidados ni preteridos. No pueden abandonar el puesto que les corresponde en las luchas políticas de la patria cubana, pues si con ella han sufrido sus dolores y adversidades, justo

es que también gocen de sus libertades en esta tierra construida con el sudor de sus ancestros africanos.³⁰

Este manifiesto se combatió duramente por los sectores revolucionarios y por los emigrados cubanos negros que se hallaban en Estados Unidos, cuyo líder más importante era el mulato Rafael Serra.

A partir de 1898 crece la incertidumbre entre los cubanos acerca del futuro destino de la patria; a tal punto llega la ansiedad, que se recurren a todas las vías para saber qué sucederá. En ese período tenían mucha fuerza las teorías espiritistas de Alan Kardec y existían muchos centros espiritistas dentro y fuera de Cuba. En algunos se realizaron investigaciones acerca del futuro de la Isla. Un patriota cubano vio en un centro espiritista en la emigración a un médium en trance de José Martí, quien transmitió este mensaje: “Amigos: ustedes no saben ni son capaces de figurarse, cuánto hemos trabajado y estamos aún trabajando para salvar a Cuba ¡Pobre Cuba! Al fin (...) parece que este país se la va a coger”. También aparecieron otras importantes figuras como los hermanos Maceo y Néstor Aranguren. El narrador de esta experiencia quedó asombrado y convencido al ver al médium tartamudear como José Maceo, a quien nunca conoció en vida. Todos los héroes coincidieron en el mensaje de estrechar la unidad entre los cubanos como única vía de salvar a Cuba.³¹

Paralelamente a la reanimación de la sociedad cubana, se reinicia la lucha de los negros por conquistar el derecho a tomar parte activa en los asuntos de la nación. Más que juzgarlos por unirse, con acierto o no, a determinadas corrientes

²⁹ “Declaraciones del Señor Cánovas”, en *El Pueblo*, 20 de enero de 1897. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 284, expte. 3.

³⁰ “Manifiesto al pueblo de color”, en *Diario de la Marina*, 24 de enero de 1898. Archivo Nacional de Cuba: Recortes de periódicos sobre diversos asuntos. Fondo Asuntos Políticos, leg. 286, expte. 1.

³¹ Cartas dirigidas a Juan Gualberto Gómez por Juan Bonilla. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Adquisiciones, caja 13, expte. 575.

políticas, lo esencial es comprender su necesidad de afiliarse a cualquier movimiento que les prometiera de hacer realidad sus sueños de igualdad social. Aunque en muchos casos se sabían manipulados por los políticos, socialmente no tenían otra opción, o intentaban integrarse a la sociedad o la otra vía posible era la formación de un partido negro, a lo cual siempre se habían opuesto sus más importantes líderes, pues entendían que de inmediato se levantarían sobre ellos todos los temores y la represión, no sólo de las autoridades españolas, sino de la sociedad cubana en general. Muchos aún recordaban las consecuencias desastrosas de 1844, conocido en la historia como el “Año del Cuero”, o la imagen pavorosa que les producía a muchos cubanos el recuerdo de la Revolución Haitiana.

Aunque en diversos asuntos la guerra implicó una ruptura en la sociedad cubana, no sucedió lo mismo con el racismo. La propaganda realizada por los más importantes periódicos políticos de la

época con el objetivo de desvirtuar al movimiento separatista, tomó como uno de sus argumentos centrales el espectro negro, al saberse que en una sociedad, hasta hacía poco tiempo esclavista, esa campaña surtiría el efecto deseado. De esa forma no acabaron con la Guerra de Independencia, pero sí ocurrió un fenómeno más peligroso: se recrudeció el racismo entre los propios cubanos y el miedo a una posible Revolución Haitiana dentro de la Isla. Cuando se efectuó la intervención norteamericana ya el terreno estaba profundamente preparado.

La experiencia que a muchos dio la guerra y la influencia de Estados Unidos en los destinos políticos del país, le van a dar una nueva connotación a la lucha de los negros cubanos en los próximos años, en la República cubana supuestamente construida “con todos y para el bien de todos”.



Antonio Maceo. Centenario de su caída en combate

oscar Loyola Vega Discurso pronunciado el 5 de diciembre de 1996, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana en la **fecha centenaria** de la **caída del Titán de Bronce**, texto que, por la importancia de sus contenidos, constituye aporte para ampliar el conocimiento acerca de la **personalidad revolucionaria** y el **entorno histórico** del general Antonio.



OSCAR LOYOLA VEGA

Doctor en Ciencias Históricas profesor del Departamento de Historia de Cuba en la Facultad de Filosofía e Historia en La Habana, preside la Comisión de Grados Científicos en ese centro de altos estudios; es autor de artículos y ensayos publicados en Cuba y en otros países, así como ha trabajado, como profesor invitado, en diferentes universidades.

46 Al acabar el otoño de 1896, la tierra cubana, una vez más desde el 10 de octubre de 1868, se fecundaría con la sangre generosa de uno de sus hijos, que moriría en el empeño de hacer libre a la patria, sometida al desgobierno del régimen colonial español. No es un hijo cualquiera, quien ahora cae en San Pedro, el 7 de diciembre; ni un nuevo héroe, desconocido hasta ese instante, enriquece el rosario de márti-

res por la independencia nacional. El mambí que desaparece del escenario de las acciones militares es un hombre de más de 50 años, 30 de los cuales ha dedicado a liberar a su Isla amada. Su cuerpo en tierra muestra decenas de heridas de muy diverso tipo, todas debidas a su credo independentista. En el instante supremo de la muerte, el lugarteniente general del Ejército Libertador de Cuba, mayor general Antonio

Maceo y Grajales, no puede imaginar que durante 100 años, su figura, devenida símbolo y mito del patriotismo nacional, no parará de crecer.

Trabajo le costó al revolucionario oriental acceder a los cargos más elevados de la estructura del combate anticolonial. Trabajo y coraje, entrega y desprendimiento, que no en balde se es mulato en una sociedad “dispuesta para la esclavitud”. Su vida pudo transcurrir con relativa tranquilidad y cierto resguardo económico, en su natal zona santiaguera cobijado en el remanso y la solidaridad existentes entre los pequeños propietarios rurales, negros y mulatos libres, a quienes pertenecía clasistamente. Entre las montañas de la región de Cuba y las visitas periódicas a la capital del departamento, a que lo obligaba su condición de arriero comercializador de los frutos familiares, debió haberse deslizado su existencia. Para su fortuna, poseía una pequeña finca, y muy joven aún había conquistado el amor de una excelente mujer, su compañera no desmentida durante más de tres décadas, la dulce María Cabrales. ¿A qué arriesgar estos logros y la estabilidad necesaria a sus dos pequeños hijos, cuando se disfruta de holgura económica, en las difíciles condiciones que el colonialismo español ha impuesto a Cuba, ostensibles en los años 60?

Antonio Maceo no puede retroceder —que nunca quiso— en su férrea decisión de incorporarse al ejército mambí y convertirse en soldado del amplio movimiento de liberación nacional emergente, capitaneado por Carlos Manuel de Céspedes. El entorno familiar se lo impide. En el seno del hogar, desde su más tierna infancia, ha visto convivir a los hijos del primer matrimonio de la madre, Mariana, con sus hermanos Baldomera, José, Rafael, Miguel, Julio, Dominga, Tomás y Marcos, todos iguales, cada cual con sus tareas, todos unidos, apoyándose los unos a los otros. Sobrentendido queda que para dirigir una familia de tales proporciones hacía falta un cerebro director de excepcionales cualidades. Para su fortuna, a los Maceo y a los Regüeíferos los parió una mujer singular, entre las no pocas mujeres de leyenda que vio surgir el mambisado. Ambos troncos fueron hijos de Mariana Grajales.

Sin instrucción especial recibida a través del casi inexistente sistema de enseñanza de la época,

de pura raíz campesina y, a mayor abundamiento mulata, Mariana Grajales Coello constituía el vivo ejemplo de la humilde ama de casa cubana. Extraordinaria fortaleza de carácter, energía a raudales, cariño hacia los suyos y un increíble sentido ético, adquirido en medio de su experiencia vital, la hacían el centro incuestionable de la familia, que reconocía en ella el elemento aglutinado del hogar, con su viva inteligencia. Y, por encima de todo, el amor a la patria, Cuba, consustancial con Mariana, hacían de la jefa del grupo de los Maceo un ser especial, forjadora de principios, animadora de conciencias, intransigente con las debilidades, y cariñosa y maternal en su momento. Vivir al lado de tal mujer significó para sus hijos asimilar la necesidad de proteger al desvalido; de no mentir jamás; de mejorar, cada día, las cualidades del hombre, y de odiar profundamente toda forma de explotación y menoscabo de la dignidad humana, sin ensañamiento, a fuerza de decoro. De ahí que, una vez que sonaran las trompetas que llamaban al combate por la liberación nacional, todos los descendientes de esta mujer deviniesen mambises, ellos y sus familias, mujeres, cuñados, hijos y sobrinos. Si la decisión propia no los hubiese llevado a las filas de la revolución, la condición de hijos de Mariana Grajales hubiese convertido en mayores generales a José y Antonio Maceo.

Sin embargo, el camino a recorrer no resultó nada fácil. En los momentos iniciales de la contienda, la firmeza de carácter y la energía revolucionaria, más las excelentes dotes naturales de mando, llevaron a Antonio Maceo, en cuestión de semanas, a un ascenso meteórico en la escala de grados militares. De sargento a teniente coronel, su innegable capacidad militar se impuso, desde los primeros tiempos. En 1872 ya es coronel y ha hecho con todo éxito la campaña de invasión a Guantánamo, a las órdenes de Máximo Gómez, de quien fuera segundo al mando. Por estos tiempos es “un mulato joven, alto, grueso y de semblante afable”, según lo describe el presidente Céspedes. Respetado y querido por sus soldados, sustituye al general dominicano cuando éste es depuesto de su cargo militar, dando muestras de fidelidad y disciplina ante los poderes establecidos. Brigadier poco después y

finalmente mayor general, los rezagos racistas presentes en no pocos miembros del poder legislativo lo convirtieron en el último mayor general de la gesta del 68 en recibir el diploma acreditativo, a pesar de la aureola que rodeaba su figura y de los varios años que hacía que operaba con tal graduación.

Para llegar a ser el primer general negro en la historia de la patria, mucho coraje y mucha sangre debió verter. Y aceptar, como ser humano, la mutilación que representa la pérdida del padre, Marcos, de varios de sus hermanos —entre ellos, Justo, el más querido— y la muerte de sus dos pequeños hijos, así como la esterilidad de María, quien no volvió a concebir. Quizá más fuerza debió tener para soportar las veces en que fue marginado por sus propios compañeros de lucha, cuando quedaba vacante un cargo —simplemente, el derecho a un mayor sacrificio— para el cual estaba destinado por antigüedad. Madurando como líder, convirtiéndose cada vez más en símbolo de las cualidades del mambisado, aceptó la negativa de los villareños a que encabezase la invasión a la zona central; no permitió ser utilizado en los conciliábulos que fraguaron la deposición de Carlos Manuel de Céspedes; repudió virilmente las sediciones de Lagunas de Varona y Santa Rita; acató en todo momento las a veces erróneas decisiones de la dirección de la revolución, y aprovechó al máximo las posibilidades de su zona de operaciones para infligirle cuantiosas pérdidas y amargas derrotas al enemigo colonialista. Los combates de la Llanada de Juan Mulato, Tibisí y San Ulpiano, cuando en Cuba apenas nadie guerreaba, muestran la estatura adquirida por el general Antonio, al alborear el año de 1878.

Lo anterior permite comprender la actitud que asume el hijo de Mariana ante los sucesos de febrero. La disolución de la Cámara de Representantes, el cese de la República de Cuba en Armas; la creación del Comité del Centro, pasos previos e imprescindibles en la cadena de acontecimientos que conducen a la firma del Pacto del Zanjón, perfectamente explicables en las condiciones histórico-concretas de otras regiones, resultan incomprensibles en la zona oriental que encabeza Maceo. La inquebranta-

ble decisión de liberar la patria y abolir de manera definitiva la esclavitud, llevan al líder a repudiar la firma de una paz que no implique la independencia absoluta, en memorable entrevista con el jefe español Arsenio Martínez Campos en Baraguá, el 15 de marzo de 1878. Previamente, y no sin ausencias dolorosas, Maceo ha tratado de unificar los dispersos restos del ejército mambí, priorizando la salvación de la patria por encima de los subjetivismos personalistas. Rodeado por su tropa, cabeza de sus jefes —Moncada, Crombet, José Maceo, heroicos negros; Calvar, Fernando y Félix Figueredo, antiguos patricios blancos—, Maceo deviene, en el ocaso radiante de la Revolución del 68, representante máximo de los intereses de la nación cubana y encarnación de las virtudes engendradas por la lucha anticolonial.

Poco importa que la victoria tampoco se materializase esta vez. Los revolucionarios de Baraguá supieron dotar al patrimonio jurídico nacional de su segunda constitución independentista, y organizaron la lucha de acuerdo con las necesidades de aquel momento histórico. Con una experiencia anterior de nueve años de entorpecimiento a las acciones militares por parte de un poder legislativo excesivamente celoso de sus supuestas prerrogativas, los protestantes establecieron determinados elementos de organización que liberaban al ejército de las trabas anteriores. Esta circunstancia, de importancia trascendental en los derroteros futuros del independentismo cubano, debe tenerse muy en cuenta, si se quiere entender cabalmente la evolución dialéctica de nuestra historia, y los azares por los que atravesaron las relaciones que debieron existir entre sus principales figuras. La experiencia histórica vivida acompañaría a los mambises en su diáspora por Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos, y, de manera especial, se haría presente en Antonio Maceo.

Para el Titán de Bronce fue muy fecunda la década del 80. Y muy difícil, para el hombre. El revolucionario culminó en ella su formación integral, en tanto supremo representante de los anhelos de un pueblo oprimido. Es conocido el tiempo dedicado por Maceo al estudio de los principales problemas que se derivaban del régimen colonial, especialmente aquellos que atañían a

su irredenta patria, sin descontar las horas empleadas en lecturas muy diversas, en las cuales la literatura y la política en su contemporaneidad ocupaban primerísimo espacio. Las conversaciones habituales con amigos emigrados y el trato de personas relevantes en los países donde residió, influyeron en no poca medida en su cultura, ahora que el cese de los combates le posibilitaba adquirir un horizonte mayor. Quienes lo trataron de cerca por estos años destacan el enorme esfuerzo que debió hacer para eliminar ciertos defectos de dicción que desde la infancia tenía, y lo recuerdan como un hombre de hablar pausado, que jamás levantaba la voz, de ademanes mesurados, altamente correcto en el vestir, de notoria pulcritud en su humildad, sonrisa franca no muy pronunciada y, por encima de todo, incapaz de ofender a un semejante, si bien sus ojos despedían chispas, mostrando la hondura de sus pensamientos.

Su enorme capacidad para asimilar los golpes que a todo hombre le depara la existencia le permitió, posponiendo sus intereses personales en aras de la independencia nacional, aceptar, por jerarquía y deber —y por la mulatez de su piel—, ser pospuesto ante otro grande, el mayor general Calixto García, en la dirección del movimiento revolucionario conocido como Guerra Chiquita, en 1879 y 1880. Sin poder desembarcar en Cuba, centro de las diatribas del grupo que rodeaba a Calixto, algunos de cuyos miembros fueron sus subalternos y aprendieron mucho del arte de pelear con él, Antonio Maceo volvió a dar, una vez más, lo mejor de sí en aquel movimiento, altamente patriótico, pero muy mal estructurado y peor conducido desde su arrancada, en la inteligencia de que Cuba necesitaba de él, y él, a Cuba libre. De la Guerra Chiquita emergió, en momentos en que tantas glorias naufragaron, como una figura indispensable, de primer rango, para la redención de la patria aún esclava.

El radical independentismo de Maceo y sus concepciones ideológicas contrarias a toda forma de explotación, recibieron un fuerte apoyo con la experiencia adquirida en su periplo caribeño. Jamaica, colonia inglesa; Santo Domingo, Haití, Honduras, Costa Rica, entre otras regiones del área, le mostraron la falsedad de una inde-

pendencia en la cual las estructuras coloniales se perpetúan y validen una vez creado el Estado nacional. La situación de miseria atroz que imperaba en la segunda mitad del siglo XIX en la cuenca del Caribe fue muy bien apreciada por el héroe de Baraguá, lo cual le permitió dar los primeros pasos hacia la comprensión del enorme vuelco socioeconómico que toda revolución de liberación nacional, para ser valedera, debe propiciar. Su pensamiento pudo así nutrirse con la asunción de un credo transformativo que implicaba la radicalización del ideario revolucionario, aplicable en etapa futura de mayor complejidad que la actual, que sólo demandaba la simple expulsión de España.

Mucha amargura le faltaba aún por sentir en la misma década. De ellas, la más triste se relaciona con el Plan Gómez, de 1884 a 1886. El nuevo intento por liberar a la Perla de las Antillas, concebido con especial cuidado por Máximo Gómez con el apoyo total de Maceo, tampoco comportaría la tan ansiada independencia. Errores de mucho bulto, en múltiples aspectos, entre los cuales hay que destacar la falta de una valoración ponderada y veraz sobre la existencia o no de las condiciones objetivas y subjetivas imprescindibles a toda revolución; la escasez crónica de recursos; el empleo de métodos de acción no acordes con las necesidades históricas, y la desunión imperante entre los revolucionarios emigrados, impidieron la victoria. “Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento”, le escribiría Martí, el 20 de octubre de 1884, en memorabilísima carta, a Máximo Gómez, al separarse del plan; carta que, por igual y en realidad, también va dirigida al hijo de Mariana. Los esfuerzos subsiguientes por enrumbar el proyecto no dieron resultado. En realidad no podían darlo, en aquellas circunstancias históricas. Al íntimo dolor del fracaso, Gómez y Maceo sumarían las discrepancias que tuvieron con ellos otros jefes prominentes, empeñados con ceguera en culpar únicamente a los máximos líderes por los errores cometidos. Y para colmo de males, el temporal de la subjetividad hizo presa de ambos, provocando un fuerte disgusto entre los dos, manifestado en la correspondencia personal. Años de distanciamiento se avecinaban.

Y el exilio continuaría. Y con él, la necesidad constante de recursos con que mantener a la familia, al grupo de los Maceo, en su conjunto. Campesino de siempre, solicita y obtiene tierras del gobierno de Costa Rica, en la zona de Nicoya, para emprender una explotación agrícola en mediana escala acompañado de los suyos, y de un pequeño grupo de fieles seguidores. Desde allí seguiría muy atentamente los acontecimientos en Cuba, no sin antes haber tratado de liberar a su patria de nuevo, en una breve estancia en La Habana y Santiago, en 1890, que finaliza al ser expulsado de la región oriental. La visita realizada a ambas ciudades le permitió reanudar viejos contactos, reverdecer amistades, e impulsar la creación de focos conspirativos anticolonialistas, directa y estrictamente vinculados a él, lo cual explicará determinadas singularidades de la Revolución del 95. De tal visita también queda una aseveración, en banquete que se le ofreciera en Santiago, que demuestra su enérgico rechazo a toda forma de intervención norteamericana en la contienda cubano-española.

Este aspecto amerita un comentario. Antonio Maceo no fue jamás, ni blasonó de ello, un teórico del independentismo. Ante todo, fue un revolucionario haciendo la revolución, en la práctica de todos los días. Mas, sus biógrafos de antaño no han destacado lo suficiente, admirados por su incuestionable capacidad militar, la solidez de sus ideas y de sus concepciones. De ahí la conveniencia de resaltar que la inquebrantable militancia independentista de Maceo se asienta en una muy fuerte valoración acerca de la necesidad de suprimir el colonialismo, venga éste de donde venga, y no únicamente de expulsar a España de Cuba; en una comprensión justa de la importancia de eliminar la explotación del hombre sobre el hombre, y muy en especial, por razones obvias, de erradicar la discriminación racial imperante en su patria. Y, de la mano con lo antes señalado, en la confianza más absoluta en que la definitiva redención de Cuba correspondía, y tenía que ser hecha, por los cubanos, unidos todos en apretado haz, sin intervención ni apoyo de potencias foráneas. Su altísima valoración del papel histórico a desempeñar por las masas populares dentro de la revolución, sin ser

formulada de manera teórica, informa toda su trayectoria como líder de la nación cubana. Y explica de manera convincente la gran cantidad de combatientes de extracción popular que escalaron elevadas posiciones dentro del independentismo, todos bajo su mando.

Algo también debe decirse de las relaciones que sostuvo Antonio Maceo con otras figuras relevantes de la época, encrespadas a veces. Fuertes roces hubo, de diverso tipo, con Flor Crombet, Serafín Sánchez, Calixto García; menores con Guillermo Moncada. Enérgicas personalidades es lógico que choquen, cuando sus vidas se entrelazan durante casi 30 años. En todos los casos, afortunadamente, la revolución se impuso. Como se impuso igualmente en la relación Martí-Gómez-Maceo. La disímil experiencia vital, expresada en haber sido o no partícipe en tanto mambí en la Revolución del 68 y, mucho más importante, si se estuvo dentro del ámbito militar o en el grupo de los civiles; la aplastante cultura, en el caso martiano, no así en Maceo y Gómez, y algo innegable, la diferente capacidad de análisis, influyeron sobremanera en provocar, bajo ciertas circunstancias históricas, incomprendiones y suspicacias que distanciaron algún tiempo a las tres figuras capitales del independentismo cubano finisecular.

Al tratarse de hombres que se respetaban mutuamente, valorando cada cual a los demás en su justa dimensión, el amor sin fronteras a la patria común se impondría sin esfuerzos. Cuando los avatares organizativos de la Revolución del 95 acercaron más a Martí y a Gómez, haciendo surgir entre ellos una sólida y hermosa amistad, imprescindible para el futuro de la lucha en Cuba, ambos supieron siempre que la independencia no se lograría sin el concurso, en planos estelares, del general Antonio. A su vez, éste se subordinó en toda oportunidad, por convicción y de buen grado, a la dirección suprema de Gómez, y acató sin discusiones ni violencias personales el ideario independentista formulado y expresado por Martí, en última instancia, por el cual había combatido el Titán desde los 23 años. Las diferencias habidas no fueron discrepancias de principios: sólo los métodos a emplear para obtener la independencia entraron alguna vez en oposi-

ción. El fin último de la revolución — o aún mejor los fines—, vale decir, la creación del Estado nacional por vía de la lucha armada y el impulso a la transformación social subsiguiente, jamás se cuestionó. Los intereses de la nación cubana, considerados en su conjunto, primaron siempre por encima de los criterios personales en las figuras cumbres de la revolución.

La nueva etapa de enfrentamiento anticolonial se avizoraba. Un partido para la independencia, el Partido Revolucionario Cubano, bajo la guía ideológica y organizativa de José Martí, se encargaría de preparar las condiciones subjetivas necesarias. Antonio Maceo se convertiría, por necesidad de la revolución y por merecimientos propios, en lugarteniente general. Su región natal (Oriente) lo esperaba, en la seguridad de que esta vez no habría oposiciones. Subsano el malentendido inicial, Maceo se enrola en la expedición Crombet para desembarcar en Cuba en plena primavera del 95. La noticia de su llegada opera como la propaganda más eficaz que pudo hacerse a la guerra recién comenzada. La leyenda se hace realidad, a partir de Duaba. Reencontrados líder y masa, Maceo reasume el mando de la provincia que fue suyo tiempo atrás, en 1878, consolidando la arrancada del combate nacional-liberador.

¡Qué de acontecimientos le esperan! ¡Cuántas cosas deberá hacer! Su proverbial energía se pone a prueba en la organización bélica de la zona de Oriente; en las exitosas batallas de Perales, Jobito y Sao del Indio; en la creación del tradicional periódico mambí *El Cubano Libre*; en el llamado “Parlamento de Bijarú”; en el apoyo brindado al General en Jefe para que éste pudiese cruzar el Jobabo y encender la llama de la revolución en el temeroso Camagüey; en el ardor con que se dedicó a apresurar los preparativos de la campaña invasora. Tantas hazañas iniciales, tantas victorias sin derrotas y tanta gloria, acabaron por atraerle la envidia de ciertos elementos agrupados en torno al recién creado Consejo de Gobierno, según lo reglamentado en la Constitución de Jimaguayú. Pero miserias tales no obtuvieron del Titán ni siquiera la molestia de un desprecio. No podía perderse el tiempo, en medio de los azares de una conflagración revolucionaria, en

responder mezquindades. Llevar la guerra a Occidente era la tarea de orden. Bajo la dirección suprema de Gómez, a ella se consagró Antonio Maceo.

De manera simbólica, se diría que como homenaje a su leyenda, la invasión comienza en Mangos de Baraguá, en octubre de 1895. En sólo tres meses, algo jamás visto en las luchas anticoloniales de Latinoamérica, el héroe y su tropa recorrerían más de 1 000 kilómetros; desafiarían a decenas de miles de soldados españoles, mucho mejor armados, y con la alimentación y las medicinas que el soldado mambí no tuvo; harían de manera habitual jornadas de muchas leguas, bajo inclemente sol y lluvias fuertes, en temporada de nortes invernales; peleando cada día —“el día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado”, ha dicho el general Gómez, en singular arenga—; con la esperanza siempre en el triunfo final. El *Himno invasor*, el cruce de la Trocha de Júcaro a Morón, los combates de Iguará, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete, el lazo de la invasión, la entrada en la provincia de Pinar del Río, la toma de Cabañas, el avance por la región más occidental de Cuba hasta la firma del Acta de Mantua el 23 de enero de 1896, que da fe de la culminación de la invasión, jalonan el esfuerzo sobrehumano del antiguo arriero de Santiago. Por doquier, la aplicación inmemorable de la tea incendiaria anuncia la inquebrantable decisión revolucionaria de liberar a Cuba. La victoria, al fin, parece sonreír al pueblo de Carlos Manuel de Céspedes.

Sin embargo, todo no es lisonjero dentro del campo insurrecto. En el seno del Consejo de Gobierno existe una tendencia, sostenida por algunos de sus miembros, que no va más allá de la mera independencia de España, sin contemplar transformaciones socioeconómicas posteriores. Revolución política sin revolución social, se diría hoy; separar a los sectores populares que han hecho la guerra de la dirección estatal cubana del futuro. Para lograr esto, hace falta marginar a las masas, nucleadas fundamentalmente en el ejército mambí, desde la propia contienda. Así se adoptan medidas que viabilizan la incorporación a la revolución de miembros connotados del autonomismo, nada sospechosos de ha-

ber mudado de ideología; se otorgan grados militares a profesionales, sin la debida autorización; se permite el comercio con el enemigo; se facilita la molienda de la caña; se denigra y vitupera en corrillos no pequeños al General en Jefe. Las relaciones de éste con el aparato de gobierno civil de la República en Armas no cesan de encreparse a todo lo largo de 1896. A tal punto, que el anciano Gómez, alma suprema del ramo militar de la revolución, parte hacia la región central, residencia de los poderes civiles, a presentar su renuncia, con absoluto convencimiento de que le será aceptada. Ante la posible catástrofe y la subsiguiente quiebra de la unidad revolucionaria, Antonio Maceo tiembla. Y se dispone a actuar de inmediato.

Irá a Las Villas, a usar toda su influencia en resolver tan crucial problema. Con un grupo de oficiales escogidos cruza la bahía de Mariel y establece su campamento en San Pedro, no muy lejos de la capital. Es el 7 de diciembre, frío día en el occidente cubano. A media tarde, una columna española, por razones no bien precisadas históricamente, entra en el campamento mambí, burlando las postas. Los revolucionarios se disponen al combate. Con la preocupación siempre presente de lo que puede estar sucediendo en Las Villas, Antonio Maceo hace frente al ejército metropolitano por última vez. En circunstancias confusas, una bala lo sorprende, y muere casi de inmediato. Buscando su cuerpo, abandonado de manera inconcebible por sus seguidores, el teniente Panchito Gómez Toro, hijo predilecto del General en Jefe y ahijado del Titán, también muere a su lado, tratando de proteger su cadáver, a pesar de hallarse herido en un brazo desde un combate anterior. Con la caída del Lugarteniente, según las hermosísimas palabras de Máximo Gómez en su Orden General del 28 de diciembre, ha perdido Cuba “al más glorioso de sus hijos, y el Ejército, al primero de sus generales”. Muy lejos estaba Maceo de prever, en

aquel terrible minuto del deceso, que su lugar dentro de la revolución jamás sería llenado.

Tampoco podría imaginar que, muchos años después, en la alborada de enero, una revolución verdadera, ocupada con celeridad en limpiar la costra tenaz del coloniaje, lo asumiría como uno de sus promotores, con toda justicia histórica. Y muchísimo menos podría concebir que en la capital de la patria que tanto amó, una universidad donde no estudió—su origen de clase y su piel no se lo hubieran permitido—, casi exactamente 100 años después, le rendiría fervoroso homenaje, en solemne reunión de profesores, estudiantes y trabajadores. Su discreción habitual no le hubiese permitido asimilar lo mucho que este colectivo universitario le debe, a él, y a quienes como él lucharon y cayeron por un mañana mejor. Maceo no aceptaría que se le dijese que, en no poca media, los universitarios actuales somos mambises, y seguiremos siéndolo. Y precisamente porque lo somos y lo seremos, evocamos su figura, en el entendido de que no sólo rendimos tributo a las tradiciones más sagradas de la patria común, haciéndolo, sino que con ello también fortalecemos nuestro espíritu para enfrentar y resolver los avatares del presente, y garantizar la fragua de un futuro por venir. Cada vez que un joven ávido de saber suba la escalinata; cada vez que una clase comience, no importa la facultad en que fuese; cada vez que hagamos lo que a cada uno nos corresponde hacer en esta heroica colina, la Universidad de La Habana rendirá el único homenaje realmente válido y perenne al lugarteniente general del Ejército Libertador de Cuba, mayor general Antonio Maceo y Grajales. Entre todos los que amamos esta universidad nuestra sabremos hacerlo. El Titán de Bronce y sus compañeros nos lo enseñaron.



LA REVOLUCIÓN CUBANA EN EL PODER

S I M P O S I U M I N T E R N A C I O N A L
(1959-1998)

Estudiar e investigar nuestra historia y pensamiento

Con motivo del 40 Aniversario del triunfo de la Revolución, 1ro. de enero de 1959, convocado por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana, sesionó —del 18 al 20 de noviembre— en los recintos universitarios el *Simposium Internacional la Revolución Cubana en el Poder: 1959-1998*. Más de 220 ponentes de 7 países de América Latina y Norteamérica, integraron las mesas redondas; 35 de ellos, estudiantes. Unas 20 instituciones del país estuvieron presentes con una amplia representación estudiantil en los debates, que, desde literatura y arte, abar-

caron hasta historia, pensamiento, sociedad, ecología, economía.

La exigencia de nuestros tiempos, para asumir sin riesgos de simplificar realidades, pero con un profundo compromiso político de enfrentar los nuevos cuestionamientos del pensamiento teórico, las ciencias actuales y las nuevas alternativas que en todas las esferas del desarrollo social nos impone la globalización y encarar los grandes retos que se deriven de ésta, constituyó la idea central de los paneles y mesas redondas celebrados en las distintas facultades. Se debatieron temas

de significativa relevancia: El periodismo revolucionario, el medio ambiente cubano y el desarrollo sostenible, así como la participación de la psicología en diversas tareas relacionadas con el desarrollo económico y social del país en diferentes campos de la actuación de la psicología: clínica y de salud, social, comunitaria, educativa y laboral. También, entre otros, se debatió acerca de la reforma de Estado y equidad: la experiencia cubana de los 90, la Revolución Cubana y su lucha contra las drogas, así como la participación social de la mujer cubana en los 90, el arte y la literatura en 40 años de revolución.

Este simposium sólo deviene incitación para profundizar en los temas planteados, de modo que nuestra más reciente historia, política, cultural, científica y humana, desde su estudio, haga contribuciones fundamentales a la socialización del conocimiento de nosotros mismos.

“El ejemplo y la acción del Guerrillero Heróico son esencia viva de los 40 años de Revolución y han presidido la actuación de los revolucionarios cubanos más genuinos”, fueron palabras del doctor Juan Vela Valdés, rector de esta Universidad durante la inauguración; por tanto, era imprescindible su pre-

sencia en el evento, de ahí las sesiones del Encuentro Internacional de Cátedras Che Guevara, en el cual se analizaron distintos aspectos de su vida y obra. Un panel integrado por investigadores reflexionó acerca de las últimas biografías publicadas del Che; sus deficiencias, al ser visto sólo como hombre de los 60, desconociendo su vigencia actual, y separando su pensamiento del de Fidel. Síntesis de la mejor tradición intelectual de Occidente con el mejor humanismo y como último símbolo del siglo xx, expuso en sus interpretaciones acerca de él, el doctor Armando Hart. En conferencia magistral, Jorge Risquet abordó el internacionalismo cubano en África en el período revolucionario: Argelia, Che en el Congo y la participación cubana en la lucha de liberación nacional en Angola, Etiopía y Guinea Bissau.

Resultado necesario de este Simposium Internacional es sistematizar sus encuentros, vía de acercamiento de personalidades que investigan y estudian en el exterior nuestro proceso revolucionario. A su vez, manifiesta la obligada continuidad para nuestros científicos sociales en el desarrollo de sus estudios del devenir de las tradiciones de la historia y del pensamiento cubano y latinoamericano.

El campo intelectual cubano (1920-1925)¹ Jorge Núñez Vega

Las ideas expuestas en este artículo forman parte del estudio de Diploma de su autor, en el cual se abordan la **estructura institucional, funciones y significación histórica del campo intelectual cubano** en aquel lustro, con el interés de demostrar los **efectos** de la transformación de aquélla en la **intelectualidad** de la **época**, en el entendido de que ese campo deviene “espacio social en el cual se ubican los productores de las obras y el sistema de agentes encargados de valorarlas y divulgarlas”. ● ● ●

El análisis del discurso ideológico desarrollado por la alta cultura cubana entre los años 1920 y 1925, período marcado en lo intelectual por la actualización del pensamiento reformista y la aparición de tendencias vanguardistas, resulta imposible sin indagar cómo se relacionaron objetivamente los agentes que intervinieron en tal producción discursiva. De acuerdo con esa idea, este trabajo persigue identificar las características estructurales más significativas de lo que denominaremos, más adelante, “el campo intelectual” cubano. Establecidos esos rasgos en su

devenir temporal, mostraremos los efectos que tuvo el cambio institucional sobre los intelectuales implicados en la transformación ideológica.

Según la terminología propuesta por una tradición sociológica, cuyos resultados acreditan unos 30 años de experiencia, el campo intelectual, *grosso modo*, es el espacio social en el cual

¹ Estas consideraciones forman parte del trabajo de Diploma “Campo intelectual y conciencia histórica (1920-1924): el debate sobre la decadencia en Cuba”, discutido y aprobado en julio de 1997.

se ubican los productores de las obras y el sistema de agentes encargados de valorarlas y divulgarlas. En alguna medida, las autoridades más competentes en este tipo de estudios sostienen que el campo puede definirse según aquello que está en juego, siendo imposible, por ejemplo, atraer a un geógrafo a lo que es objeto de disputa entre filólogos. De ese modo, inicialmente podemos agregar que dichos espacios están regidos por ciertos principios, valores, acuerdos tácitos, grupos de creencias, de discusión, agendas de trabajo, criterios de validez, que rigen la conducta individual y colectiva dentro de sus ámbitos. Por otra parte, hay que señalar, antes de continuar, que el campo resulta, ante todo, un espacio de competencia; es decir, una zona de la sociedad cuya actividad determina la existencia de *autoridades y grupos dominados en constante tensión*, empeñados en conservar o destruir, respectivamente, el orden simbólico establecido.²

A principios de la tercera década del siglo actual, el espacio intelectual cubano se dividía en tres zonas. En primer lugar, pueden ubicarse las instituciones oficiales creadas por el gobierno que se interesaba en reunir a los humanistas en la construcción de imágenes positivas de la gestión oficial, al tiempo que desarrollar sistemas de valores acordes con los intereses sociales del Estado nacional instalado en 1902. En segundo lugar, se encuentra la zona de las instituciones autónomas y privadas que, hasta 1923, trataron de concentrarse exclusivamente en sus funciones profesionales, pero que, por diversas causas a partir de esa fecha, se convierten en un foco

JORGE NÚÑEZ VEGA
Historiador y periodista graduado en 1997, cumple funciones en la Agencia Informativa Latinoamericana de Prensa Latina, recibió por la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, Sección Cuba, en 1998, el premio Fernando Portuondo por su tesis *Campo intelectual y conciencia histórica en Cuba, 1920-1924: el debate de la decadencia.*

de opinión cívica, diseñando cierto tipo de relación bipolar entre el campo intelectual y la administración pública. En tercer lugar, en los márgenes del campo aparecen grupos de individuos

interesados en subvertir el orden intelectual y simbólico establecido por las autoridades de las dos zonas anteriores. En la medida en que tales individuos se integraron al campo y escalaron su jerarquía de posiciones, algunos de forma vertiginosa, las diferencias superaron las comunidades existentes entre sí y se desarticulaban como sujeto histórico, aunque mantuvieron los mismos puntos iniciales de confrontación. Debe subrayarse que esos intelectuales intentaron distorsionar la organización de las posiciones en el campo, adoptando estrategias estéticas de tipo vanguardistas que vinculaban a un nacionalismo a menudo de dimensiones políticas militantes.

► 1. Instituciones oficiales

Hasta 1924, la creación oficial de instituciones culturales se redujo a la fundación en 1910 de las Academias Nacionales de Artes y Letras, de la Historia, y del Museo Nacional. La Universidad de La Habana existe desde 1728 y el Archivo Nacional desde 1840. Esta zona del campo intelectual limita en un punto fronterizo con la zona autónoma: la Biblioteca Nacional, que, a pesar de tener un carácter oficial —como el Archivo—, no significó una prioridad para el poder y su desarrollo inicial dependió más bien del interés particular del director y sus colaboradores más allegados.

Por su parte, la Academia Nacional de Artes y Letras se creó en La Habana el 31 de octubre de 1910, mediante el Decreto No. 1004 firmado por el presidente José Miguel Gómez y su secretario de Instrucción Pública, Mario García Kohly.³ Este hecho fue motivado por la inexistencia de una institución que atendiera el desarrollo artístico nacional “desde un punto de vista moral”, contribuyendo así “a mejorar la condición humana

² Al respecto ver los trabajos del sociólogo francés Pierre Bourdieu: “El campo literario. Requisitos críticos y principios de método”, en *Criterios. Estudios de teoría literaria, estética y culturología*, Casa de las Américas, no. 25-28, 3ra. época, enero de 1989-diciembre de 1990; *Sociología y cultura*, Grijalbo, México, 1990; Jean Pouillon y otros: “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI eds., México, 1967.

³ *Gaceta de Cuba*. Decreto 1004 (11 de noviembre de 1910).

por los nobles estímulos que despiertan y las sanas inspiraciones a que dan origen”. Resulta curioso cómo el Estado comienza a proteger, por primera vez en nuestra historia cultural, cierto tipo de creación literaria y artística. Encontraba en ello una superación simbólica a la limitada gestión de la administración colonial, considerando esa protección parte del patrimonio —no de las obligaciones, en el sentido legal— del Estado. Quizás, existía además una secreta intención de competir contra la brillante imagen de la historia literaria y artística del período colonial. La nación emancipada no contaba aún con obras que pudieran situarse a la altura de las realizadas durante el siglo anterior, al menos para el criterio estatal. Por esa razón, insistían en la protección de las bellas artes. En ese sentido, el Estado participó del esquema sarmientino que contraponía civilización y barbarie. No había garantías para la estabilidad del régimen republicano (y para el orden social que defendía) en un contexto fundamentalmente oral e inculto. Era necesario civilizar la masa de ignorantes y analfabetos que componían el censo poblacional de la Isla. Para eso precisaban que “el estudio de las Bellas Artes y las Letras tiene, entre otras ventajas que afectan a la vida nacional, así individual como colectiva, las de que modifican los instintos del hombre, moderan sus pasiones, mejoran sus sentimientos, eleva su carácter y refina su gusto, ejerciendo saludable influencia en las costumbres”. Los dirigentes del país se replanteaban una vez más —y no la última por cierto— el problema de los evangelizadores de la conquista. Un problema moral en última instancia, al ser la moral una de las bases del discurso estatal de dominación. La gobernabilidad también dependía, en alguna medida, de la acción moralizadora del arte y las letras.

La corporación quedó adscrita con un carácter independiente a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Se dividió en cinco secciones: Literatura, Música, Pintura, Escultura y Arquitectura. Para estimular y defender el buen gusto artístico, cada una debía “publicar las obras que puedan ilustrar la teoría o la historia de las Bellas Artes y las Letras y a propagar sus conocimientos”; “recoger, conservar, y en cuanto sea

posible, hacer que sean conocidos libros, dibujos, estampas, cuadros, escultura, diseños de obras arquitectónicas, obras, manuscritos musicales y demás objetos”; “velar por la conservación y restauración de monumentos”, y “auxiliar al gobierno con sus conocimientos, evacuando las consultas que él les dirija”.

Esta triple finalidad divulgadora, conservadora y consultiva, se ejecutaría por 65 académicos de número, domiciliados en La Habana, por 24 corresponsales domiciliados fuera de la capital y por una cantidad ilimitada de académicos honorarios residentes en el extranjero. Esos tres títulos tenían cualificaciones específicas: el académico de número sólo podía ser un artista o un literato conocido por sus obras publicadas o expuestas. El título de corresponsal podía otorgarlo la Academia a quienes estimase conveniente, ya sea por sus trabajos literarios o artísticos o por servicios prestados en el descubrimiento y conservación de obras. Por su parte, el título de honorario recaía sobre personas en torno a las cuales existiera un consenso más o menos generalizado en cuanto a su reputación. A pesar de esto, académicos de número podían ser individuos ajenos a la profesión, sólo por la condición de poseer colecciones privadas. Las academias se regían mediante un orden interno fijado en un reglamento y estaban sujetas al control presupuestal. Mediante una “disposición transitoria”, el gobierno designaba los primeros individuos que integrarían las secciones. Para la Nacional de Letras y Bellas Artes, la disposición apareció en el Decreto No. 1006 de 4 de noviembre de 1910.⁴

La sección literaria (la única que nos interesa a los efectos de nuestra investigación) estaba compuesta por 21 académicos, todos con obra escrita y, en su mayoría, con experiencia periodística y retórica. Llama la atención el hecho de que parte de los académicos coincidiera años antes en una antología de poesía (*Arpas Amigas*) que reunió a los mejores exponentes del grupo literario que, consolidado en la tertulia de Esteban Borrero, publicó alrededor de 1900. La coincidencia se manifiesta en los casos de Aniceto

⁴ *Gaceta de Cuba* (4 de noviembre de 1910).

Valdivia (quien prologó la edición), José Manuel Carbonell, Aurelia Castillo de González, Lola Rodríguez de Tió, Juan B. Ubago, Federico Urbach, Federico Villoch y Nieves Xenes.

Algunos académicos ocupaban cargos dentro de la estructura burocrática estatal como Manuel Márquez Sterling, Rafael Montoro, Aniceto Valdivia y A. Sánchez de Bustamante. La elección política de los académicos lejos de asegurar el funcionamiento de la corporación oficial, de acuerdo con los intereses por los que se creó, limitó su actividad, porque en algunos casos estos individuos residían en el extranjero en su condición de diplomáticos. Hasta que comenzaron a existir plazas vacantes llenadas con personas verdaderamente dedicadas a las tareas académicas, esta corporación no tuvo una significación mayor en la estructura institucional del campo intelectual.

La historia, por razones ya expuestas, constituía una disciplina de mayor interés para el aparato cultural oficial. A la competencia con el desarrollo intelectual colonial, o al supuesto altruismo de las autoridades político-culturales, se unía el problema de la importancia “patriótica” de los temas que trataba. Como en el fallido proyecto de la *Historia general y crítica* de Zayas, la institucionalización académica de la historia estaba relacionada con la manipulación política y moral del pasado.

Si confiamos en el testimonio de Gerardo Castellanos, el origen de la Academia de la Historia también está vinculado a una tertulia que incluso se mantuvo mucho tiempo después de creada la corporación. Ésta se reunía los sábados en la casa de Domingo Figarola-Caneda, localizada en un entresuelo de la antigua mansión de la condesa de Merlin que se levantaba en Cuba 24. De los contertulios una ínfima minoría fue seleccionada por el Estado para integrar en un inicio la Academia: Manuel Sanguily, Alfredo Aguayo, Antonio L. Valverde, el propio Domingo Figarola. Sin embargo, el resto va ingresando sistemáticamente en los años posteriores a su fundación, a medida que van apareciendo plazas vacantes: René Lufriú, Emeterio Santovenia, Francisco G. del Valle, Joaquín Llaverías, Tomás Jústiz y, mucho más tardíamente, en 1938, Emilio Roig de

Leuchsenring. Precisamente, en estas reuniones, Antonio L. Valverde y Domingo Figarola discutieron los detalles de la publicación de los *Anales* de la Academia de la Historia.⁵ Ésta se creó mediante el Decreto No. 772 de 20 de agosto de 1910.⁶ Decreto parecido —aunque más escueto y preciso— al que autorizó la fundación de la Academia Nacional de Artes y Letras. Su móvil fue el deseo de conservar “todos aquellos informes, noticias, documentos, objetos, etc. que tuviesen relación con cualesquiera manifestaciones de nuestra civilización”, que se perdían por la inexistencia de un organismo oficial encargado de conservarlos. En su concepción oficial, la corporación era en lo fundamental museo y biblioteca de los recuerdos históricos nacionales, cuestión que se especifica en su Resuelto Segundo: “La misión de la Academia será la de investigar, adquirir, coleccionar, clasificar, redactar y presentar a dicha Secretaría, para que ésta lo publique, todos aquellos documentos que en más o menos grado puedan ser una contribución al enriquecimiento de la expresada historia”.

En sus proporciones iniciales, la Academia de la Historia resultaba más modesta que la de Letras y Bellas Artes. Un presidente *ad honorem*, que sería el propio Secretario de Instrucción; un presidente efectivo, y un tesorero, elegidos por los propios miembros. Debían componerla 30 académicos de número residentes en la capital y 30 académicos corresponsales residentes en provincias y en el extranjero. El único requisito para obtener el título de número era la preparación y competencia demostrada por la dedicación a los estudios históricos. El nombramiento, una vez obtenido, se detentaba de por vida, salvo cuando alguna razón poderosa obligaba a proceder de modo contrario.

⁵ G. Castellanos: *Emilio Roig de Leuchsenring*, Impr. El Siglo XX, Habana, pp. 13-14. Además puede consultarse que Dihigo en su elogio a *Domingo Figarola-Caneda* (pp. 15-16) cita un pasaje de la obra *Atisbos y Andanzas* de Castellanos en la cual se describe la “tertulia de Don Domingo”.

⁶ E. Santovenia: *Cuarenta años de vida de la Academia de la Historia*, Impr. El Siglo XX, La Habana, 1950, p. 11.

La existencia paralela de “la tertulia de Don Domingo” a la Academia, sugiere la idea de una especie de doble personalidad de los intelectuales que las conformaron. Y una doble actividad además. Por una parte, hay el encuentro espontáneo e intergeneracional. El intercambio de ideas entre intelectuales ocupados de diferentes maneras en la producción cultural —a la tertulia asistían los escritores José A. Rodríguez, Roque Garrigó, Jesús Saiz de la Mora, Gerardo Castellanos, Matías Duque, el costumbrista y redactor literario Emilio Roig, Ramón Catalá, director del periódico *El Figaro*, entre otros—. Una vasta red de conexiones personales a través de la cual circulaba información, siguiendo a Castellanos, sobre todo bibliográfica. Existe, por otra parte, la gris corporación de los 30 hombres públicos, de rituales rígidos, de acceso normado, con pocas tareas concretas en su origen. Que al menos debía reunirse una vez por mes y enviar a la Secretaría unos escritos para publicarlos en los *Anales* de la Academia de la Historia. Es decir, coexisten al mismo tiempo una corporación prácticamente estéril y un cenáculo inquieto, integrados ambos por los mismos individuos.

Durante sus primeros años, el trabajo de la institución fue bastante intermitente. Los fundadores que permanecen activos logran independizar la corporación de la Secretaría de Instrucción Pública sin perder por ello el carácter oficial. Su preocupación fundamental fue, como para muchos intelectuales entonces, la indiferencia general ante la pérdida y deterioro del patrimonio histórico nacional. Por esa razón, incorporaron en su programa los concursos para premiar investigaciones y reconstrucciones históricas a partir de 1919, en ocasión del cuarto centenario del traslado de La Habana a la costa norte.⁷

Hacia 1920, con una década de fundada, la Academia de la Historia sufre una alteración en el orden de sus resultados y en el de su proyección pública. La independencia ganada —que obliga, entre otras cosas, a recurrir a fuentes privadas de subvención— y el advenimiento de “una nueva promoción de historiógrafos”,⁸ por una parte, multiplican la cantidad de trabajos impresos entre los cuales se cuentan la publicación de las recepciones públicas de académicos, y, por otra,

condicionan la participación de la corporación en los debates en torno a los problemas nacionales del momento. No obstante, la proyección pública de la Academia de la Historia también se potenció por la promoción de Enrique J. Varona a su presidencia en 1923. Al pretender su inserción en la dinámica contemporánea, estableció un diálogo entre el presente y los acontecimientos pasados, aprovechando para ello los discursos que debían pronunciarse en ocasión de las conmemoraciones históricas. De ese modo, este titular inició la velada del 10 de octubre de 1924 con la siguiente pregunta: “¿Pudiéramos nosotros en momentos como estos entregarnos sólo a una disquisición que nos trajera el recuerdo del pasado aunque no fuera sino para que este recuerdo nos sirviera de acicate hasta el presente y nos llevara con más confianza al porvenir? No lo creo así”.⁹

La tercera institución que se fundó a instancias de García Kohly fue el Museo Nacional que completaba la tríada que debía ocuparse de conservar la memoria de una nación que periódicamente daba muestras de amnesia crónica. Al parecer, las primeras gestiones se iniciaron en 1910, año en que el ejecutivo emite el Decreto No. 732 (lro. de agosto), en el cual se confería a Emilio Bobadilla que redactase un proyecto de organización presentable en el plazo de tres meses. Después de tres años, el 22 de febrero de 1913, la Secretaría de Instrucción Pública fundaba el Museo Nacional de Cuba,¹⁰ cuya misión sería coleccionar las “reliquias” de valor histórico. Principalmente las correspondientes a las guerras de independencia. La institución “contribuiría a robustecer el culto a nuestros héroes y a arraigar los sentimientos patrióticos”. El Museo se necesitaba como templo del patriotismo. Y no son arbitrarios los términos. Del lenguaje utilizado en el decreto se infiere la significación cuasi

⁷ E. Santovenia: *Cuarenta años de vida de la Academia de la Historia*, ed. cit., p. 11.

⁸ Ídem, p. 12.

⁹ E. J. Varona: “Palabras de Enrique José Varona”, en *Social*, año IX, no. II, Habana, noviembre de 1924, p. 13.

¹⁰ *Gaceta Oficial de la República de Cuba* (6 de agosto de 1910).

religiosa que la nación emergente quería dar a su pasado épico, que por demás consideraba fundacional. Finalmente, el Museo mostraba de la cultura inmensa que queríamos tener, pues debía ser “análogo a los existentes en el extranjero”. Las características de esas instituciones demuestran la concepción clasicista de la cultura y del conocimiento propio de las elites ilustradas. No es casual que a nadie se le hubiese ocurrido entonces crear una Academia de Estudios Sociales. Esta idea de indagar, de investigar en el presente o a partir del presente, más que de educar o ilustrar con los incontestables ejemplos de las épocas pasadas, aparece más tarde, con posterioridad a la crisis de 1920, cuando, motivadas por la inseguridad nacional, se manifiestan las primeras dudas acerca no del futuro lejano de la República, sino sobre su porvenir inmediato.

► 2. Instituciones autónomas

A diferencia de la oficial, la institucionalización privada o autónoma tuvo en Cuba antecedentes importantes en el siglo XIX. Acostumbrados a un Estado por lo general despreocupado de la cuestión cultural, los intelectuales cubanos experimentaron sistemáticamente la necesidad de vincularse en tertulias, cenáculos, redacciones, sociedades, y otros tipos de asociaciones, las cuales, con el tiempo, fueron conformando la segunda y más extensa zona del campo intelectual. La institución cultural privada constituyó, en la mayoría de los ejemplos concretos, no sólo un espacio de competencia, sino el canal circulatorio de las ideas en un contexto a menudo desconectado de cualquier clase de producción literaria. Las instituciones privadas difirieron entre sí no sólo por los individuos que la formaban, sino porque en realidad se dividieron en diversas clases. Una muy común era aquella que intentaba conciliar la reflexión con el recreo. A principios de la tercera década de este siglo se habían establecido varias. Las más conocidas eran los Tennis Club y los Liceum, donde se realizaban competencias deportivas, conferencias, exposiciones y bailes de máscaras. Quizás un poco más serios eran los Ateneos que, aunque perseguían igual objetivo, funcionaron más bien como sociedades de conferencias en cuyas tri-

unas discursaron los más eminentes retóricos. Hubo Ateneos en Santiago, en Cienfuegos y en La Habana. Este último se inauguró la primera vez el 4 de noviembre de 1902 con el nombre de Ateneo y Círculo de La Habana. Según Antonio Martínez Bello, la idea se concibió en casa de Néstor L. Carbonell y su integración legal corrió a cargo de Luis A. Baralt. Esta institución publicó pocos trabajos. En 1902, un *Reglamento*; en 1908, un *Recuerdo de los Juegos Florales*; en 1911, una *Memoria* leída por Luis Azcárate; en 1914, otro *Reglamento*; en 1919, una *Conferencia* sobre Maupassant dictada por Isidro P. Corzo ocho años antes y el *Programa* de la velada conmemorativa del Cuarto Centenario de La Habana, y —por fin, algo relevante— en 1923, un texto de 140 páginas titulado *Los maestros de la cultura cubana*, además de un *Homenaje* a Justo de Lara. Al año siguiente volvieron con otro *Homenaje* a Pi y Margall. A veces, las secciones del Ateneo publicaban sus memorias independientemente, pero éste era más un esfuerzo personal que institucional. Así ocurrió con una *Memoria* de los trabajos realizados por la sección de Ciencias Históricas, impresa en 1919 por “los alumnos y admiradores de Sergio Zequeira Cuevas” en la imprenta Ojeda. El Ateneo puede considerarse una institución típica del mundo cultural hispanoamericano y a menudo conformaron proyectos políticos, legales e ideológicos alternativos al poder. Y aunque resulta cierto como generalidad, en Cuba lo caracterizó una proyección más cultural que política.

Otra clase de asociación privada era aquella que se dedicaba a una rama específica del saber. En el área de las humanidades fue muy significativa la Sociedad Cubana de Derecho Internacional fundada en 1915. En esa época, los abogados —sobre todo, los que se dedicaban al Derecho Civil— gozaban de prestigio social y eran numerosos. Muchos de ellos estaban directa o indirectamente vinculados a la política y, en no pocos casos, los acreditaba una obra escrita. La sociedad que fundaron recuperó temas de discusión que abandonaron instituciones como el Ateneo: la Constitución, el problema de la propiedad, las relaciones capital-trabajo, el problema de la moral, la penalidad, la personalidad ju-

rídica de la nación, las relaciones con potencias extranjeras. La sociedad poseía una organización similar a las academias —presidencia, secretaria, tesorería, etc.— y era en lo fundamental una sociedad de discursos cuya membresía estaba ampliada de manera exclusiva a los abogados. Su actividad resultó particularmente intensa en 1919, pues como resultante de la guerra mundial de 1914, sus miembros se mantuvieron a la expectativa de las conclusiones de la Conferencia de Paz de 1919, a la cual asistió como representante de Cuba Antonio Sánchez de Bustamante, uno de sus miembros más distinguidos.

Por su parte, las ciencias sociales, que no habían tenido institucionalización académica oficial —y no la tendrían hasta 1928—, comenzaron a experimentar cierto auge en la zona autónoma. Varias instituciones intentaron las primeras exploraciones sociológicas del medio circundante, pero hubo una que lo hizo de un modo muy singular: la Academia Católica de Ciencias Sociales. Posiblemente, la única academia no oficial y su caso ejemplifica el interés de la Iglesia en la producción intelectual. La creación de la Academia, cuya inauguración data del 26 de octubre de 1919, constituyó una repercusión más de dos procesos que empezaron a manifestarse históricamente en el siglo XIX y que el catolicismo, desde entonces, ha intentado detener. El primero se relaciona con la sensible y progresiva pérdida de la preeminencia ideológica de la Iglesia en comparación con la ciencia positiva y el deterioro de su autoridad frente al fortalecimiento del Estado laico en regiones en las cuales las instituciones católicas tuvieron tradicionalmente mucho poder. El segundo proceso se vincula a la Primera Guerra Mundial que liquidó ese período, calmo en apariencia, conocido por “*Belle époque*”. De ese modo, los temas que interesaron a la Academia —como la reforma económica y política, el fracaso de la democracia, el cristianismo y la economía social, la permanencia de las instituciones y principios fundamentales de la cultura occidental, la exhumación teórica de Santo Tomás de Aquino para entender los conflictos contemporáneos y la amenaza del comunismo ruso— correspondían perfectamente con los problemas que ocasionaba una decadencia de occidente posterior a 1914.

La Academia intentó rectificar la ruta seguida por el pensamiento cubano en las décadas precedentes a la fecha de su fundación. Para ello realizó una combinación interesante: utilizó las disciplinas sociales —entendiendo por tales al derecho público y privado, exterior e interior, eclesiástico y secular, la historia y la filosofía política, la economía, la hacienda pública, la legislación industrial, la estadística y la sociología— para interpretar los fenómenos del momento, tanto nacionales como mundiales, desde el punto de vista tomista.¹¹ Esta orientación intelectual aún contemporánea al movimiento de retorno a las doctrinas de Santo Tomás en el interior de la cultura católica, confirmó la aceptación de la idea cuando Mariano Aramburo, un talentoso profesor de Derecho, llegó a explicársela a los dominicos. Su vicario provincial, monseñor Francisco Vázquez, patrocinaría la empresa y confirmaría a Aramburo como rector, seleccionando además un inmueble como sede de la institución, que de manera significativa se localizó en el convento de San Juan de Letrán, donde siglos antes la Orden de Santo Domingo había fundado la universidad.

Mas, el trabajo de esta Academia no se circunscribió a la defensa polémica de las tesis filosóficas tomistas. Más que eso, reafirmó el giro sociológico que el campo intelectual cubano ejecutó entre 1920 y 1924. A estos efectos, resulta interesante una conferencia titulada “Cultura patria” dictada por el entonces académico Francisco Ichaso, el lunes 5 de febrero de 1923. No sólo por la temática, desde luego sociológica, sino porque apunta la exigencia de comprender dentro del campo sólo a los especialistas y ex-

¹¹ La institucionalización del tomismo como escuela filosófica en general fue una consecuencia tardía de la doctrina social de la Iglesia católica esbozada en los años 80 del XIX por León XIII. En Francia ocurre incluso después que en Cuba; esto es, a mediados del decenio 1920-1930. Todos los neotomistas franceses eran juristas e intentaron formular un sistema de sociología sobre la base de la filosofía de Santo Tomás. En todos ellos se observa una profunda preocupación por las instituciones, su mantenimiento y funcionamiento. V. Nicholas Timasheff: *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*, cap. 19: “Escuelas filosóficas”, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 325 y ss.

pulsar de él a los simples aficionados que llamó “*diletanttis*”. Esta exigencia de rigor tiene dos interpretaciones posibles: una haría explícita la inexistencia de criterios de validación dentro del campo intelectual, el cual no había llegado a su madurez; la otra indica que acaso las bases del orden intelectual escamoteaban la relación aficionado-especialista,¹² debido a que los puestos centrales del campo estuvieran ocupados por las personas menos preparadas.

Otra asociación especializada en un área específica del conocimiento fue la Sociedad de Folklore Cubano fundada en 1921. Originalmente, su creación se concibió en 1913 por José María Chacón y Calvo y un grupo de amigos cuando estudiaban en la Universidad. Para concebirla, quizás se inspiraron en el impulso conservador de la memoria histórica que dio vida a las Academias Nacionales de Historia y de Letras y Bellas Artes. Chacón la entendió como una institución encargada de rescatar la memoria colectiva subalterna. Las tradiciones populares clasificarían en tres grupos: tradiciones aborígenes, africanas y españolas, para luego proceder a un amplio trabajo de campo, desestimando cualquier clase de generalización al inicio del estudio. La parte final de su metodología consistía en un estudio comparativo de la información recogida para deducir los atributos esenciales del tema. El objetivo general sería ampliar la conciencia sobre nuestro pasado; o sea, del pasado visto a través del imaginario y las costumbres de la gente común. La fundación de la Sociedad fue antecedida por algunas investigaciones preparatorias. Comisionado por la Secretaría de Instrucción, el propio Chacón realizó una excursión a Bayamo, Camagüey, Trinidad, Sancti Spíritus, entre otras regiones. La Sociedad no sólo aparecía como una pionera de los estudios etnológicos y de historia social, sino como una precursora del trabajo de campo en sociología, sistema de trabajo que ocupaba un lugar secundario en comparación con la investigación de gabinete y que, cuando se practicaba, tal vez se circunscribía al área capitalina. Éste fue el caso de los estudios de Ortiz sobre el hampa urbana. La idea tardó demasiado en materializarse y, en 1921, Chacón estaba a punto de marcharse a Europa. La circunstancia

favoreció a Fernando Ortiz, quien, como reconocido etnólogo que ya era, ocupó la presidencia al constituirse la sociedad en los salones de la Sociedad Económica de Amigos del País la noche del 6 de diciembre de 1921. No cabe duda de que la Sociedad de Folklore Cubano, por el retardo de ocho años que media entre su concepción y su establecimiento —entre otros aspectos: Ortiz como presidente, Raimundo Cabreza y Alfredo Zayas como miembros honorarios, su fundación en la Sociedad Económica de Amigos del País—, necesitó el impulso de una institución como la Sociedad Económica. Al comportarse como una casa matriz de instituciones, la Sociedad Económica de Amigos del País funcionó como un equivalente de la Secretaría de Instrucción Pública en la zona autónoma. Para entender este fenómeno podría recurrirse a la definición de plasma germinal que usan los biólogos, según el cual los componentes del plasma se reorganizan para dar vida a nuevas asociaciones. De cualquier manera que se enfoque, la Sociedad Económica de Amigos del País se comportó a partir de 1920 como una institución generadora de asociaciones culturales.

Evidentemente, hay una transformación alrededor de 1920 en la Sociedad Económica que no tiene como base un cambio de presidente o de estatutos. Una transformación que supo apreciar Jorge Mañach en su conferencia *La crisis de la alta cultura en Cuba*¹³ y que caracterizó su nueva política intelectual, más ambiciosa y activa. La gestión de la Sociedad Económica de Amigos del País fue transformada por factores externos e internos. En el primer término, por los sucesos que distorsionaron el auge exportador del azúcar cubano en 1920 y que abrieron un período de “vacas flacas” para el país. La forma en que esto afectó la vida de la corporación puede explicarse a partir de un cambio en relación con los temas de interés recogidos en las *Memorias*. En 1919, su Junta de Gobierno aún podía desear

¹² “Academia Católica de Ciencias Sociales”, en *La Discusión*, año XXXV, no. 39, Habana, viernes 9 de febrero de 1923, p. 6.

¹³ J. Mañach: *La crisis de la alta cultura en Cuba*, Impr. y Papelería La Universal, Habana, 1925.

que “el próximo año sea de mayores venturas para la humanidad y que en nuestra patria siga imperando la paz y la prosperidad de que debemos envanecernos con orgullo”. En ese clima, prácticamente las únicas preocupaciones de la institución eran la reforma arancelaria, la diversificación de las fuentes de producción agrícola y el tema del encarecimiento de la vida por las probables consecuencias negativas que ello podría acarrear a la “armonía de los intereses clasistas”. En general, la situación doméstica la juzgaba favorable y la Sociedad se preparaba para colaborar con la conmemoración del centenario de Carlos Manuel de Céspedes, recopilando todo cuanto se había publicado sobre el patriota.

No obstante, al año siguiente estalló la fatal depresión económica que determinó una redefinición de sus prioridades. En las Juntas del 24 de noviembre de 1920 se abrió un debate al respecto que duraría dos años. Lo primero que le preocupó fue garantizar la credibilidad de la banca. Propusieron al gobierno prorrogar la moratoria decretada el 10 de octubre de 1920 para el pago de las deudas, además de diversos planes para el desarrollo e incremento de la industria azucarera. En 1921, la polémica giró en torno a la tarifa Fordney que, de promulgarse tal y como estaba redactada, significaría una amenaza para la industria azucarera doméstica, la cual no había logrado vender parte de la producción del año anterior y no disponía de recursos suficientes. Ya en el informe de la Secretaría General de 1922, los signos de la crisis van desapareciendo y, según se anotó, se esperaba una normalización completa en el país. En ese informe, ésa constituye la única mención del trauma económico.

Sin dudas (y como a todos), la depresión la había tomado por sorpresa. La sorpresa se manifestó en una política cambiante, circunstancial y efímera. El bienio 1920-1922 se caracteriza por el nombramiento sucesivo de comisiones, por el diseño de estrategias contradictorias, con el fin de definir el sentido de la corporación en un contexto crítico y cambiante. La Junta Directiva temía la extinción de la confianza pública en la Económica. Para ello, introdujeron un cuidadoso párrafo en el informe anual de 1922 que expresada: “Y de nuevo nos congratulamos de que a pesar de

las vicisitudes que ha pasado nuestra Patria en ese largo período de tiempo [129 años], no se haya extinguido jamás el amor a nuestra institución, y hayan existido continuadores con la fe y el entusiasmo necesario para mantenerla con la misma decisión (...) con la misma divisa de sus fundadores, tratando de imitarlos en todo aquello que estimaban como su principal deber, el velar por la educación pública como base del mejoramiento nacional, y el de cooperar a la resolución de los problemas económicos, políticos y sociales de este país, con decidido fervor patriótico”.¹⁴

Hay varios puntos interesantes en este pasaje. Primero, la intención de romper cualquier vínculo entre ella y la crisis, bloqueando el silogismo siguiente: la Sociedad Económica de Amigos del País es una corporación económica; no se han presentado soluciones efectivas a la crisis; ergo, ella es una institución caduca e ineficiente. Segundo, el énfasis en la longevidad de la corporación. Longevidad acompañada de un crédito general y unos buenos propósitos fuera de duda. Tercero, la mención del carácter tradicional de la Económica. Cuarto, la indicación que la presentaba como una institución ante todo educativa que sólo debía *cooperar* en la resolución de los problemas económicos que eran en realidad responsabilidad del Gobierno y del sector privado. De este modo, el informe de 1921 estaba dirigido como nunca a garantizar las apoyaturas económicas de la Sociedad Económica de Amigos del País. Ante todo, debía declararse siempre la fidelidad a los ideales ilustrados que le dieron origen y, por otra parte, exponer un claro sistema de administración. Era una Sociedad absolutamente autónoma y al mismo tiempo una Sociedad presa en la tradición.

No obstante, en el orden interno ocurre algo que contribuyó a la modificación de la política intelectual de la Sociedad Económica. Como dijimos, no se trata de un cambio de estatutos —el último había ocurrido en 1910—, sino de un cambio de personas. Si se compara la Junta de Gobierno de 1919 con la elegida en 1923 para el tri-

¹⁴ Sociedad Económica de Amigos del País: *Memoria de los trabajos realizados durante el año 1922*, Imprenta La Universal, La Habana, 1923.

nio 1924-1926, se comprobará que hay un cambio sustancial de los ejecutivos (ver Tabla 1).

A pesar de que esta Junta debía funcionar sin cambios hasta 1926, a propósito de la reforma de los estatutos de 1925 se introdujeron algunas variaciones en su composición (ver Tabla 2).

Sucedió que, entre 1919 y 1924, la Sociedad Económica de Amigos del País fue afectada por la muerte sucesiva de varios miembros, lo cual permite el ascenso de una nueva generación de directores que la transformarían en el orden interno y la prepararían para afrontar las venideras contingencias. En 1919 murió el vicepresidente de la Sección de Bellas Artes, Nicolás Rivero. En 1920 murieron Aurelio Silvera y Juan F. Albear, presidente y secretario de la Sección de Ciencias, respectivamente, y el socio de honor Emeterio Zorrilla. En 1921 falleció Eduardo Pla, vocal de la Junta de Gobierno. El año 1922 transcurrió sin novedades fatales, pero 1923 fue especial. Durante ese año murieron Raimundo Cabrera, presidente de la corporación; Eligio N. Villavicencio, quien había sido primer vicepresidente; Guillermo Rodríguez Roldán, ex presidente de la Sección de Be-

llas Artes; Vidal Morales, ex secretario adjunto del ejecutivo de 1919; Arturo G. Tejada, ex segundo vicepresidente de la Sección de Ciencias, y los socios Joaquín Coello y Alberto Torres Mendiola. Sucedió además que la elección de Alfredo Zayas para ocupar la primera magistratura de la República implicó la elección de un secretario adjunto, Marcelino Díaz de Villegas, para alcalde de La Habana; Rafael Montoro, ex presidente de la corporación entre 1897 y 1898, y a la sazón secretario adjunto, fue nombrado al frente de la cartera de Estado, y el segundo secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País, Sebastián Gelabert, fue designado titular de Hacienda del nuevo gabinete. Estas circunstancias condicionaron el cambio de personal que indicamos inicialmente, creando un clima favorable para las transformaciones que vendrían a partir de 1924.

En los comicios internos de 1923, el responsable de la Sección de Educación —la más importante dentro de la Sociedad Económica—, Fernando Ortiz, fue elevado a presidente. Éste constituyó un hecho clave para entender la transformación de la institución. Ortiz, abogado de profesión, con-

tinuó prestando atención a cuestiones pendientes, como la reforma de los aranceles, pero respaldó la orientación económica y sociológica de la Sociedad Económica de Amigos del País. En 1923 se inicia un acercamiento con las demás corporaciones económicas de la República a partir del congreso que celebraron éstas. Dicho proceso se venía gestando antes de las elecciones corporativas de 1923 y llega a su clímax con la reforma de los estatutos de 1925. La intención de la transformación era triple: reforzar la posición de la institución, ampliar su influencia social y consolidar la nueva dirección. Y para lograrlo se buscó una fórmula que armonizara la tradición con la modernización institucional. “Era indispensable que estos [los estatutos], manteniendo una gloriosa tradición, reflejaran los fines patrióticos que justificaban la fundación de la Eco-

TABLA 1. Relación de miembros de las juntas directivas de la Sociedad Económica de Amigos del País para los períodos de gobierno 1919-1923 y 1924-1925

| Posición | 1919-1923 | 1924-1925 |
|--------------------------------------|-------------------------|----------------------------|
| <i>Presidente</i> | Raimundo Cabrera | Fernando Ortiz |
| <i>1^{er} vicepresidente</i> | Eligio N. Villavicencio | Diego Tamayo |
| <i>2^{do} vicepresidente</i> | Sebastián Gelabert | Ignacio Remírez |
| <i>Censor</i> | Leopoldo Cancio | Oscar Barceló |
| <i>Censor sustituto</i> | Ignacio Remírez | — |
| <i>Tesorero</i> | A. González Curquejo | A. González Curquejo |
| <i>Contador</i> | — | Ramiro Cabrera |
| <i>Bibliotecario</i> | Ramiro Cabrera | E. Rodríguez de Armas |
| <i>Secretario</i> | Antonio J. de Arazoza | Luciano R. Martínez |
| <i>Adjuntos</i> | Rafael Montoro | Juan G. Pumariega |
| | M. Díaz de Villegas | Aurelio Miranda |
| | Vidal Morales | Cándido Hoyos |
| | Eduardo Pla | Joaquín Obregón |
| | Joaquín Obregón | Fernando Figueredo |
| | Héctor de Saavedra | A. Ma. Eligio de la Puente |
| | Diego Tamayo | Ignacio de Vega |
| | Juan G. Pumariega | Juan B. Valdés |

Fuentes: *Memorias de los trabajos realizados por la S.E.A.P. durante el año 1919*, Imprenta La Universal, Habana, 1920 y *Memoria de los trabajos...*, 1923; Ídem, 1925.

TABLA 2. Cambios de posición dentro de la Junta Directiva refrendados a propósito de reforma de Estatutos de la Corporación

| Posición | Ocupante a partir de 1925 |
|---|---|
| Presidente | Fernando Ortiz |
| 1 ^{er} vicepresidente | Diego Tamayo |
| 2 ^{do} vicepresidente | Ignacio Remíz |
| Pdte. Sección de Educación | José Vidaurreta |
| Pdte. Sección Estudios Económicos | Antonio L. Valverde |
| Pdte. Sección Estudios Sociales | Carlos M. Trelles |
| Pdte. Sección Literatura, Historia y Bellas Artes | Salvador Salazar |
| Censor | Oscar Barceló |
| Tesorero | Pedro Pablo Kohly |
| Contador | Ramiro Cabrera |
| Bibliotecario | E. Rdez. de Armas |
| Secretario | Luciano R. Mtez. |
| Consejeros adjuntos | Juan G. Pumariega Aurelio Miranda Cándido Hoyos José Cosquilluela Fernando Figueredo A. Ma. Eligio de la Puente Ignacio Vega Juan B. Valdés Enrique Roig Santiago García Sprintg |

Como puede apreciarse, los jefes de sección se incluyeron en la Junta Directiva de los nuevos estatutos. Los secretarios adjuntos se transformaron en consejeros adjuntos, y ampliados a diez.

Fuente: *Memoria de los trabajos realizados por la S.E.A.P., 1925*, Imprenta La Universal, 1926.

nómica, y ahora su existencia; pero a la vez precisaba colocar la Sociedad a la altura de los tiempos en que vivimos, dándole —además— el carácter de una Academia de Ciencias Económicas, Morales y Políticas”. Los nuevos estatutos establecían además la existencia de ocho socios de mérito, 82 socios de número y una nueva categoría, nueve socios protectores. Con ello se creaba una fuente de recursos para la Sociedad que producía un ingreso mensual de 49 000 pesos. También indicaban: la administración de los legados para el mejoramiento de la institución, las secciones académicas en el nuevo contexto, la apertura de vías legales para el cumplimiento de los deberes y el ejercicio de todos los derechos que correspondían a los asociados.

Entre 1920 y 1924, la corporación fue acentuando de manera progresiva su carácter de tribuna cívica, envuelta en la dinámica circundante. Poco a poco, se convirtió en un espacio de

crítica y discusión que recibió a los nuevos intelectuales que aparecían en el espacio público, signados por una posición diferente ante los problemas nacionales e interesados en establecer las causas, a veces estructurales, a veces ontológicas, de la decadencia cubana. El año 1923 es el espacio temporal en que se advierte el cambio de rumbo. Una noche de abril se fundó en sus salones la Junta de Renovación Nacional que apelaba a las reservas mentales y morales del pueblo para estudiar la crisis nacional, consolidar la independencia y asegurar el cumplimiento de los deberes cívicos. La reacción de la Junta evidencia una diferencia respecto de la década anterior para todo el campo intelectual, porque se establecieron nuevos vínculos intelectuales ajenos a la política partidista, aparecieron asociaciones más o menos plurigeneracionales, la creación y el pensamiento recibieron un carácter cívico y, entre las asociaciones intelectuales y la burocracia pública se consolidó una re-

lación de bipolaridad.

Semejantes a la Junta, por esos años aparecieron otras asociaciones. El Minorismo, la Falange de Acción Cubana, el Movimiento de Veteranos y Patriotas. Pero, acaso, la significación de la Junta de Renovación Nacional radica en que ejemplifica cómo el movimiento ideológico de 1923 alcanzó incluso los sectores más tradicionales de la intelectualidad cubana, como sucedió con la Sociedad Económica.

► 3. Las revistas culturales: canales de expresión y espacios consagratorios

Umberto Eco describió en su novela *El péndulo de Foucault* una suerte de autores que, pertenecientes a una secta ocultista, presentan sus textos a la imaginaria editorial Garamond para que los publique. Los textos eran leídos luego sólo por un reducido grupo de lectores iniciados, buscadores de un secreto perdido. Los editores

de Garamond especificaban aquellos autores con las siglas A.A.F. que significaban: Autores Autofinanciados. La situación del autor cubano entre 1920 y 1924 se asemeja bastante a este tipo ideal.

En *Nación y cultura nacional*¹⁵ Jorge Ibarra asegura que en Cuba el desarrollo de relaciones de producción capitalistas no trajo consigo el establecimiento de un mercado literario. Eso significa que la impresión tipográfica y la librería no se comportaron como negocios rentables por la ausencia de un público numeroso y culto. Este hecho, ya subrayado como una de las deficiencias crónicas del campo intelectual cubano, obligó a los autores literarios a tener segundas obligaciones que garantizaran un nivel de vida y la utilización de las revistas y la prensa como vías de expresión. Ni las instituciones culturales ni el Estado, por lo general, se comportaron como patrocinadores de la publicación de obras.

Los intelectuales cubanos en repetidas ocasiones intentaron analizar y solucionar ese fenómeno. Un texto de 1949 —posterior al período que estudiamos, pero no por ello inútil para comprenderlo— precisó “los factores adversos a la venta del libro en Cuba”. En primer término entendieron que uno de ellos era el medio social. No se leía mucho en Cuba.¹⁶ La población urbana era relativamente menor al volumen de lecturas que tenía a su alcance y la mayoría de esas personas sólo leía periódicos y revistas. En conse-

TABLA 3. Producción editorial cubana entre 1920 y 1924 por año

| Año | Cantidad de títulos publicados |
|--------------|--------------------------------|
| 1920 | 376 |
| 1921 | 425 |
| 1922 | 496 |
| 1923 | 529 |
| 1924 | 563 |
| Total | 2 389 |

Fuentes: *Bibliografía Cubana 1917-1920* [A la cabeza del título: B.N.J.M.], Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970.

Bibliografía Cubana 1921-1936 (1921-1924) [A la cabeza del título: B.N.J.M.], Marta Dulzaides, Elena Graupera y Elena Cabeiro (comp.), Ed. Orbe, La Habana, 1978.

cuencia, se vendían muy pocos ejemplares de una misma obra. Por eso, la librería estaba obligada a importar mucho libro distinto en reducido número de ejemplares. Con todo, existía un enorme sobrante de libros acumulados en los almacenes de los libreros.

El medio social también influía de manera negativa por la inexistencia de bibliotecas privadas con fondos suficientes, y las que había pensaban que el libro debía regalárseles. En general, los lectores cubanos tenían la pésima costumbre de solicitar el libro al autor sin pagar un centavo por

él, lo cual demuestra, por otra parte, la insignificante cantidad de lectores potenciales de una obra: si todos tenían alguna relación personal con el autor, lógicamente no podían ser muchos. En segundo término, apuntaban que el Estado no se responsabilizaba con las publicaciones a través de una política editorial, porque, aun existiendo capacidad de producción intelectual, no había mercado y los políticos no entendían el fomento del libro como una obligación estatal. El tercer factor adverso era el público mismo. Para los libreros, existían dos clases de consumidores. El lector profesional resultaba el más costoso. Se acostumbraba enviar a domicilio o a la oficina del cliente los libros de su especialidad recibidos del extranjero o publicados en la Isla. Dicho servicio, además de inseguro —al pasar una semana el librero iba a recoger el título y recibía

¹⁵ J. Ibarra: *Nación y cultura nacional*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.

¹⁶ El problema de la lectura era serio. Estadísticas de la Sociedad Económica de Amigos del País recogidas en 1921, demuestran que en su biblioteca, entonces posiblemente la mejor de La Habana, los lectores eran en lo fundamental varones blancos. Solicitaban sobre todo obras en castellano. Muy pocas publicadas en Cuba. De 2 443 obras que se consultaron ese año sólo 512 se habían publicado en Cuba. A continuación reproducimos las cifras:

• **Clasificación por sexo de lectores de obras asistidas a la Biblioteca Pública de la SEAP durante 1921 [Sexo-No. de lectores]:**

Varones (1 451), Hembras (356), Total (1 807).

• **Clasificación de los lectores de obras por razas durante 1921 [Raza-No. de lectores]:**

Blancos (1 483), “De color” (324), Total (1 807).

Fuente: *Memoria correspondiente a los trabajos realizados por la SEAP durante el año 1921*, Impr. La Universal, Habana, 1922, pp. 77-78.

la orden de compra o la devolución—, generaba gastos extras, pues se cubría con vendedores a comisión que retenían entre el 10 % y el 20 % de la ganancia. El público general carecía de preferencias en materia de géneros y temas, lo cual significaba un impedimento para establecer de antemano algunas prioridades o la exclusión de ciertas materias o ideologías. Si difícil era la situación de la librería (distribución y cambio), peor, la de la imprenta. A menudo, ambas fueron ejecutadas por las mismas personas, pues el impresor hacía las veces de librero para subsistir. Hemos intentado aproximar, siguiendo los criterios taxonómicos de Curtis Benjamin,¹⁷ el perfil de la producción editorial cubana entre 1920 y 1924, para establecer con más precisión sus características.

En los cinco años que median entre 1920 y 1924 se publicaron en la Isla un total de 2 389 títulos entre libros, folletos y libelos. En la Tabla 3 recogemos los totales por año.

Las cinco imprentas más importantes en la publicación de libros —textos de más de 100 páginas— fueron: Rambla, Bouza y Cía. (280 títulos), El Siglo XX (259 títulos), La Moderna Poesía (82 títulos), La Propagandista (75 títulos) y La Universal (50 títulos). En la tablas que siguen, las cifras muestran los mercados hacia los cuales se dirigieron las cantidades anteriores.

Rambla, Bouza y Cía., a juzgar por los datos de su producción, podría considerarse el gigante de la imprenta cubana. Su producción se orientó fundamentalmente hacia el mercado de libros prácticos y manuales. Esto se traduce en que la

TABLA 4. Proyección editorial de la imprenta Rambla, Bouza y Cía.

| Año | Mercado | Instrucción | Bibliotecas | Prácticos y manuales | Populares | Literatura | Infantiles |
|--------------|---------|-------------|-------------|----------------------|-----------|------------|------------|
| 1920 | | 8 | — | 27 | — | 10 | — |
| 1921 | | 5 | 4 | 36 | 1 | 8 | — |
| 1922 | | 7 | 12 | 29 | 1 | 7 | — |
| 1923 | | 5 | 7 | 31 | 7 | 7 | — |
| 1924 | | 9 | 12 | 31 | 1 | 15 | — |
| Total | | 34 | 35 | 154 | 10 | 47 | — |

Fuentes: Ídem ant.

imprenta en cuestión publicó de manera sistemática todos los documentos administrativos de los poderes estatales. Cómo obtuvo ese “privilegio”, no lo sabemos. El caso es que, como en el siglo XIX, la publicación de la documentación oficial seguía siendo en Cuba la base principal de la estabilidad del impresor.

TABLA 5. Proyección de la imprenta El Siglo XX

| Año | Mercado | Instrucción | Bibliotecas | Prácticos y manuales | Populares | Literatura | Infantiles |
|--------------|---------|-------------|-------------|----------------------|-----------|------------|------------|
| 1920 | | — | 3 | 12 | 1 | 32 | — |
| 1921 | | 6 | 2 | 16 | 1 | 31 | — |
| 1922 | | 3 | 7 | 15 | 4 | 29 | — |
| 1923 | | 2 | 8 | 13 | 7 | 29 | — |
| 1924 | | 2 | 4 | 14 | 4 | 14 | — |
| Total | | 13 | 24 | 70 | 17 | 135 | — |

Fuentes: Ídem ant.

El Siglo XX (antes La Moderna), propiedad de Aurelio Miranda, se había fundado en la última década del siglo anterior. Explotó, como ninguna otra imprenta, el mercado literario. Quizás, ello

¹⁷ Curtis B. Benjamin: *Fundamentos económicos de la empresa editorial*, Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina, Bogotá, D.F., 1973. Curtis apunta la existencia de seis mercados fundamentales del libro, en lugar de uno, como hacen otros autores. En un estado de circulación ideal, el más importante es el educacional (libros de texto). Es el más grande y permite, a partir de su desarrollo, la creación de una industria editorial que sirva adecuadamente a las necesidades de una nación. Ese desarrollo sólo puede sostenerse —dice Curtis— mediante la producción gubernamental. Luego está el de bibliotecas (tratados profesionales, monografías científicas, colecciones de historia, libros de consulta...) que también se sostiene en alguna medida por el gobierno que suministra fondos para efectuar las compras. Una red de bibliotecas públicas es un comprador muy atractivo para las editoriales. También está el de libros prácticos y manuales (agricultura, comercio, industria, administración) muy difícil de medir, pues en la mayoría de los países está fragmentado y la venta se realiza comúnmente mediante las revistas de propaganda, los periódicos y los contactos personales. Le siguen el de libros populares de uso diario (almanaques, diccionarios, atlas, enciclopedias populares), por lo general reporta buenas ganancias; (continúa)

TABLA 6. Proyección editorial de la imprenta La Moderna Poesía

| Año / Mercado | Instrucción | Bibliotecas | Prácticos y manuales | Populares | Literatura | Infantiles |
|---------------|-------------|-------------|----------------------|-----------|------------|------------|
| 1920 | 3 | - | 2 | - | 4 | - |
| 1921 | 4 | - | 2 | - | 3 | - |
| 1922 | 8 | 2 | 2 | 3 | 3 | - |
| 1923 | 13 | - | 1 | 2 | 3 | - |
| 1924 | 20 | 1 | 1 | 2 | 3 | - |
| Total | 48 | 3 | 8 | 7 | 16 | - |

Fuentes: Ídem ant.

se debió a que imprimió los textos encargados por la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea creada por la revista del mismo nombre, con el propósito manifiesto de desarrollar la literatura nacional. No obstante, hay que tener en cuenta la condición de autofinanciamiento a que estaban sometidos los autores.

La Moderna Poesía trabajó, sobre todo, el mercado de libros de texto para la enseñanza. El volumen de los títulos dirigidos hacia ese mercado en los cuatro años medidos, significó el 50,2% respecto de la producción total de las cinco imprentas más importantes. Seguía la misma estrategia de Rambla, Bouza y Cía., pero se limitaba a ejecutar los cargos de la Secretaría de Instrucción Pública. Esta operación aumentó ante todo después de 1923. Aparentemente, los propietarios no estaban interesados en el resto de los mercados, los cuales se mantienen igual o, incluso, disminuyen.

La Propagandista se va pareciendo más a la imprenta común de esos años. Volumen mediocre de publicaciones, años vacíos, estabilidad relativa. Llama la atención la publicación de un

(viene de la página anterior)

el de literatura (ficción y no ficción) dirigido al público general y el de libros infantiles.

Curtis asegura que el mercado de literatura representa la "parte más visible de la industria editorial". Mas, *su lector es menos lucrativo*. "Su naturaleza es algo amorfa y variable y, como tal, es difícil de fijar y medir. Se mantiene en gran parte por las ventas en puestos de libros, clubes de libros y bibliotecas de préstamos. En todas partes, su éxito económico depende, como es lógico, del nivel educacional de la población".

solo título orientado hacia el mercado de libros infantiles. En general no existía demanda efectiva para ese mercado y los que hacían falta se compraban en el exterior

La Universal estaba asociada a la Sociedad Económica de Amigos del País. Imprimió los encargos de esta institución, las cuales se resumían en documentos relativos a su vida interna, la *Revista Bimestre Cubana*, y los documentos relacionados con las funciones de inspección, organización y consultivas que realizaba la corporación. Sus miembros estaban sujetos a las mismas reglas que el resto de los autores. Hay que aclarar, sin embargo, que esta imprenta no sólo publicó títulos relacionados con esta institución cultural.

En este contexto, las revistas funcionaron necesariamente como los factores que canalizaron el mayor peso de la producción intelectual no fácil de divulgar a través del libro. Su creciente significación las convirtió en espacios legitimatorios para los escritores. A menudo, el redactor literario de la publicación se encargaba de valorar una obra. Basta recordar a Emilio Roig en *Social*. En otros casos, se empleaba un individuo que se ocupaba de la crítica literaria, como Enrique Gay-Calbó en *Cuba Contemporánea* o Jorge Mañach en las "Glosas Literarias" de *Diario de la*

TABLA 7. Proyección editorial de la imprenta La Propagandista

| Año / Mercado | Instrucción | Bibliotecas | Prácticos y manuales | Populares | Literatura | Infantiles |
|---------------|-------------|-------------|----------------------|-----------|------------|------------|
| 1920 | 3 | - | 6 | - | - | - |
| 1921 | 3 | - | 9 | - | - | 1 |
| 1922 | 3 | 5 | 5 | 2 | 3 | - |
| 1923 | 5 | 3 | 5 | - | 5 | - |
| 1924 | 5 | - | 10 | - | 2 | - |
| Total | 19 | 8 | 35 | 2 | 10 | 1 |

Fuentes: Ídem ant.

Marina. Incluso, el crítico, y el director literario podían ser una misma persona, firmando con su nombre en el segundo caso y con un seudónimo en el primero, y de nuevo podríamos mencionar a Roig (*Hermann*) en *Social*. Pero existían revistas que, por el rigor con que seleccionaban

sus trabajos, por poseer un perfil específico o por estar dirigidas por una autoridad importante, eran en sí mismas un espacio de consagración. Podemos citar títulos como *La Reforma Social*, de Orestes Ferrara, y la centenaria *Revista Bimestre Cubana*, dirigida a partir de 1910 por Fernando Ortiz.

Entre las revistas, como entre las personas, se desarrolló cierta competencia. En la época, éstas se identificaron con proyectos culturales en realización, en algunos casos excluyentes entre sí por sus diferencias. La competencia se planteó, sobre todo, porque las revistas que fundó la vanguardia después de 1923 y aquellas que venían publicándose desde mucho antes, manifestaban las contradicciones entre dos promociones de creadores con criterios ideológicos y estéticos relativamente opuestos. A estos efectos resulta curiosa la comparación que Francisco Ichaso estableció, años después, en su ensayo “Ideas y aspiraciones de la primera generación republicana”, entre la *Revista de Avance y Cuba Contemporánea*: “Como una realidad limitada, como una verdad relativa y con todas las reservas del caso, puede decirse que esa (...) es la generación de *Cuba Contemporánea*, en tanto que la nuestra fue la generación de la *Revista de Avance*. En las grandes diferencias existentes entre ambas publicaciones se proyectan los distintos estilos vitales, las características diversas, los rasgos contradictorios entre una generación y otra. *Cuba Contemporánea* es una revista de formato grave, de artículos extensos, ponderados, sesudos; una revista densa, circunspecta, gris, como la mayor parte de los hombres que la hacían y la leían, la *Revista de Avance* era de formato ligero, de trabajos cortos, de estilo travieso, arbitrario e iconoclasta. Fue el órgano, en lo literario y en lo artístico, de una generación em-

peñada en revisar enérgicamente la obra de las anteriores y en imprimirle a la vida cubana un sesgo distinto”.¹⁸ Pero si el ejemplo de la *Revista de Avance* no valiera por la objeción de que se fundó con posterioridad a 1924, pudiera recogerse un análisis de Jorge Mañach, que en 1925 evi-

TABLA 8. Proyección editorial de la imprenta La Universal

| Año | Mercado | Instrucción | Bibliotecas | Prácticos y manuales | Populares | Literatura | Infantiles |
|--------------|----------|-------------|-------------|----------------------|-----------|------------|------------|
| 1920 | - | - | - | 6 | 1 | 1 | - |
| 1921 | 1 | - | - | 3 | - | 3 | - |
| 1922 | - | - | 4 | 3 | 1 | - | - |
| 1923 | - | - | 5 | 3 | 3 | 2 | - |
| 1924 | - | - | 4 | 3 | 2 | 6 | - |
| Total | 1 | 1 | 13 | 18 | 7 | 12 | - |

Fuentes: Ídem ant.

denciaba la diferencia de intereses entre ambas generaciones. Decía Mañach: “Epocas hubo en que la obra de *Cuba Contemporánea* fue a su manera, una dolorosa, pero digna ficción. *Ella mentía una cultura que no teníamos*. Su prestancia intelectual era tan depurada, su intención tan ideal, su espíritu de verificación tan serio, que los de afuera no creyeron que pudiera ser la labor menospreciada de un grupo selecto, sino la colaboración fecunda de todo un ambiente. Aquí, apenas se la leía; pero en todas las bibliotecas y redacciones exóticas se elogiaba nuestro renacimiento intelectual y nuestro bravo espíritu nacionalista. Sin lucro y casi sin compensación de gastos, a duras penas podía sostener su alarde de pulcritud gráfica; mas en el extranjero se hacían lenguas de lo bien que se debía editar en Cuba”.¹⁹

Ajustes de cuentas entre generaciones aparte, este análisis resulta bastante exacto. *Cuba Contemporánea* no pasó de ser la exposición cuidadosa de una cultura ficticia. Pero, al menos simbólicamente, llenó un vacío de publicaciones literarias entre 1920 y 1924. Tal vez nunca se leyera, pero hay que recordar que se publicaba para un reducido grupo de lectores, análogo a los secretarios de *Eco*. Por eso creemos que esta revista se leyó tanto como la *Revista de Avance*, y el in-

¹⁸ Francisco Ichaso: “Ideas y aspiraciones de la primera generación republicana”, en *Historia de la Nación Cubana*, t. VIII, Libro Sexto: “Advenimiento de la República”, eds. Historia de la Nación Cubana, S.A., La Habana, 1952.

¹⁹ Mario Guiral Moreno: “Cuba Contemporánea. Su origen, su existencia y su significación”, en Fermín Peraza Sarauza; *Índice de Cuba Contemporánea*, Publicaciones de la Biblioteca Municipal de La Habana, 1940.

terés que despertó fue verdadero al menos, pues no balanceaba su carga intelectual en una selva de glamorosas variedades como hacía *Social*.

Desde luego, los autores, tampoco estuvieron al margen de ese enfrentamiento entre revistas. La de Conrado Massaguer —*Social*—, a pesar de no aceptar colaboraciones espontáneas, empezó a prestar apoyo a los escritores marginados que surgían en 1923. Un editorial de ese año apuntó: “Muchos son los jóvenes de méritos relevantes, que por causas diversas, sólo producen hoy para el círculo reducido de sus amigos; jóvenes, que por su talento, por su cultura, *pueden ponerse al lado de y hasta superar a algunos consagrados*; jóvenes que están en el *deber* de mezclarse en nuestro mundo literario y artístico, renovándolo y vivificándolo. De esos pinos nuevos merecen especial atención Dulce María y Enrique Loynaz, Rubén Martínez Villena, Enrique Serpa, José Zacarías Tallet, Andrés Núñez Olano, Ramón Rubiera...”²⁰

A partir de ese mensaje, el equipo Massaguer-Roig destinó un espacio con el título “Escritores Jóvenes”, para publicar trabajos que no hallaban cabida en otras revistas. La ganancia era doble: los escritores se estrenaban en el ámbito letrado y *Social* consolidaba su imagen de proyecto experimentador y moderno. Pero la competencia afectó a los autores de otras formas. Un modo muy especial fue la crítica literaria. Resta indicar que se criticaban los unos a los otros, lo interesante radica en cómo coincidían cuando intervenían los agentes más conservadores del campo intelectual. Tal cosa ocurrió con la aparición en 1922 del libro de Alberto Lamar *Las Rutas Paralelas. Filosofía y Crítica*. Impreso en *El Fígaro*, *Las Rutas...* contaba con todas las garantías que otorgaba un espaldarazo de Enrique José Varona. Por eso, apenas salió de las prensas, provocó una ola de objeciones. Se dijo que, por su corta edad, el autor no estaba preparado aún ni para reflexionar profundamente ni para emitir juicios definitivos. Respecto de la cultura que denotaban sus páginas, respondieron que ésta no había sido bien asimilada. Se descubrió entonces una profunda coincidencia de intereses entre los agentes contrarios a la estratificación cultural vigente. Hoy parece un libro tedioso, pero Gay-Calbó

lo reconoció bueno en la sección “Bibliografía” de *Cuba Contemporánea* y aprovechó la defensa para practicar un contraataque a sus críticos: “Con la aparición del libro de Lamar Schweyer hemos sabido lo que parte de nuestra crítica pide a los escritores jóvenes. La primera cualidad que exige de ellos es la vacilación. Nada le es tan insoportable como un adolescente orientado. Y mientras más titubea más gracia le produce y con mayor cariño paternal lo trata, le perdona más la vida. Ciertamente acostumbrada como está a las indecisiones le parece raro que Lamar Schweyer haya escogido una senda desde sus primeros pasos. La greguería carneril se sorprende, se siente mortificada, como si le escociera la seguridad del joven escritor”.²¹

Por su parte, Alejo Carpentier, recientemente edito y mucho más joven que Gay-Calbó, propuso “una pausa” en la sección “Obras Famosas” del diario *La Discusión* para comentar *Las Rutas Paralelas*. Debe decirse previamente que el joven crítico se “había hecho el firme propósito de no tratar en ella más que de las creaciones de autores consagrados o clásicos”. La sección había dado algún sesgo literario a *La Discusión* y presentaba a Carpentier en el mundo literario. El futuro autor de *El reino de este mundo* intuyó la importancia de intervenir en la polémica y lo hizo describiendo *Las Rutas Paralelas* como un tomo de ensayos cortos, concisos y vigorosos, en páginas pletóricas de ideas. Respecto de sus adversarios, Carpentier fue más indirecto que Gay-Calbó. Se refirió más bien a las preferencias literarias de la época: “En medio de nuestro siglo decadente en arte, en que desdichadamente son amados los pontífices de la afectación, como Vargas Vila...”²²

Las diferencias entre ambos comentarios remiten a la jerarquización de las posiciones dentro del campo. Gay-Calbó se muestra más cauto y mesurado, como buscando los términos preci-

²⁰ *Social*, abril de 1922.

²¹ E. Gay-Calbó: “*Las Rutas Paralelas*, por A. Lamar”, en *Cuba Contemporánea*, t. XXIX, 1922, pp. 97-109.

²² “Una pausa; acerca de *Las Rutas Paralelas*, de A. Lamar Schweyer”, en *La Discusión*, 14 de enero de 1923.

sos para respaldar a Lamar, guardando las distancias. También es más sólido al advertir, a pesar de todo, las deficiencias del libro. Pero en ese sentido lo más importante es que Calbó se muestra más consciente que Carpentier de la significación adquirida en ese momento por Lamar, no sólo por sus valores intrínsecos, sino porque se convertía en un pretexto para fijar una línea de confrontación contra los santones de la cultura.

► 3. El *habitus* del campo: fundamento moral de la empresa intelectual

El *habitus* del campo intelectual es la cultura incorporada por los grupos de agentes. No la cultura general, sino aquella que parece óptima para participar en la competencia del campo que presentamos inicialmente. De este modo, el *habitus* es el “oficio” del intelectual —conjunto de técnicas, referencias, creencias, criterios de validación, etc.—, al tiempo que la propensión a conceder igual importancia a todos los detalles que importan a la disciplina. Todos estos elementos se interiorizan por el individuo en forma de disposiciones duraderas y constituyen los principios rectores de su conducta. El *habitus* se comporta como un capital específico que se invierte para realizar la lógica funcional del campo; es decir, la competencia entre posiciones. Existe como cultura incorporada —interiorizada por el individuo— y como cultura institucionalizada —principios rectores de las instituciones—. Como es lógico, el capital intelectual que detentan las autoridades, los grupos dominantes, se presenta con más valor que el de los grupos marginados, cuya actividad se encamina a subvertir esa situación.

Para entender la aparición de una obra, su significación, las polémicas que suscitó y su posterior repercusión, no sólo se precisa observar el entorno objetivo que rodeó el acto de su escritura (entorno institucional). Tampoco es suficiente conocer la clave del funcionamiento de la producción intelectual a que pertenece y, aún menos, basta con explicar las condiciones macro-sociales que determinaron en buena medida los temas tratados. Además es necesario examinar esta cultura incorporada e institucionalizada en forma duradera, que dirigió los procesos de creación y presentación de los textos en cuestión.

El intelectual de principios de la década del 20 siente la necesidad de hipostasiar el sentido ético de su existencia social. Este sentimiento es, incluso, más fuerte que el interés por desentrañar el misterio de su propia aparición histórica —reconocerse continuador de la Ilustración insular, aunque pida en ocasiones “ser hoy como fueron ayer”—. Su actividad le parece no sólo más moral sino más importante, fundamental y patriótica que la de cualquier otro miembro de la sociedad. Esta última característica no debe pasarse por alto. En 1921, a raíz de la crisis económica, Varona escribió un artículo titulado “Sobre el problema económico y la reforma constitucional” que *Cuba Contemporánea* publicó en su número de julio. Este trabajo estaba dirigido a criticar la solución que los políticos proponían para enfrentar la crisis. Decía Varona: “De este círculo infernal [la crisis] no se sale con teorías, ni con discursos, ni con artículos de periódico, ni con leyes penales. Porque el crédito no se restaura con decretos en la *Gaceta*, sino con el trabajo social. *Reorganice Cuba sus medios de producción*, si algo le ha enseñado esta tormenta (...); y con algunos años de prudente economía podrá encaminarse a una prosperidad más modesta pero más sólida”. Los políticos y algunos financieros entendían que la mejor respuesta ante el desastre sería crear un banco de emisión garantizado por el gobierno con el propósito de controlar, mediante éste, la especulación y la deuda. No obstante, a Varona la idea, además de arbitraria, le parecía un disparate: “Tan insólito me parece el caso [la reforma de la Constitución], que trato de buscarle explicación, y llevo a concluir que los reformistas para nada se han acordado del pueblo. Se acuerdan sin duda de aquella fórmula de los antiguos códigos, en que se suponía la presencia y la aquiescencia del cuarto estado, tan ajeno a su promulgación como a las manchas en el sol. Los que, como yo, observamos con dolor, pero sin extrañeza, el concepto de democracia predominante en el país, encontramos aquí una nueva confirmación de nuestro viejo escepticismo”.²³

²³ E. J. Varona: “Sobre el problema económico y la reforma constitucional”. Una carta del Doctor Varona a (continúa)

Este hecho —la reforma constitucional y su crítica intelectual— presenta cuestiones que no pueden analizarse por separado. Entre los intelectuales se desarrolló, por esos años, la impresión de que el espacio político —principalmente, poderes ejecutivo, legislativo y partidos políticos— era en realidad un campo de las tomas de decisión usualmente erradas. Esta noción acerca de la mediocridad y, sobre todo, de la inutilidad y la arbitrariedad del poder político, influiría de manera notable en la construcción de la imagen del intelectual-patriota que estaba *obligado* a sugerir las decisiones correctas —pues no podía tomarlas— o, al menos, criticar las que estimaba erróneas. El desarrollo de esta conciencia de la responsabilidad intelectual no resultó fácil en una formación social en construcción, como la de Cuba, sujeta además a los efectos de la dependencia. Generalmente, la crítica a la acción estatal no estaba bien vista, por cuanto contradecía los principios cívicos y los políticos se encargaron de despreciar esa actitud. Por esa razón, en las *sociedades de discurso* se reafirmó la práctica —existente desde antes— de que el conferenciante enumerara sus méritos como ciudadano antes de comenzar la disertación —si había participado en la Guerra de Independencia y había alcanzado grados, siempre se especificaba—. Mucho más si ésta giraba en torno a un tema conflictivo. En la edición posterior del texto se incluía de nuevo su *curriculum*. De ese

modo, los intelectuales emplearon la autoridad como apoyo de las ideas en circulación, por lo menos hasta la ruptura vanguardista.

El fundamento ético de las misiones intelectuales se fortaleció precisamente en el hecho del desinterés social hacia la actividad literaria y reflexiva. El intelectual identificó los problemas nacionales como problemas culturales que exigían soluciones de la misma índole. Ortiz pensaba que la salvación nacional se lograría mediante “inyecciones de cultura”. Por supuesto, ese razonamiento resultó de un proceso que se inició con anterioridad a 1920, en ocasiones se desconocían sus fuentes literarias e, incluso, se expresaban en desacuerdo con ellas. Conclusiones del mismo tipo pueden ser resultado de modos de pensar distintos.

Ese fundamento se hace consciente en buena medida con el aumento del descontento respecto del entorno. Esta frustración se manifestó en obras como *Alrededor de nuestra psicología*, de Manuel Márquez Sterling, publicada por la imprenta del Avisador Comercial en 1906, o en la de Francisco Figueras, *Cuba y su evolución colonial*, publicada por la misma imprenta al año siguiente. Son obras que desarrollan imágenes críticas de una presunta “psiquis del cubano”, de sus costumbres, vicios, aversión literaria, y presentaron la situación que enfrentaría el intelectual cubano de principios de la tercera década y que excitaba el énfasis en el ángulo épico de su conducta.²⁴

(viene de la página anterior)

Mario Guiral Moreno, Director de *Cuba Contemporánea*, *Cuba Contemporánea*, A. IX, t. XXVI, no. 103, Habana, julio de 1921, p. 197.

²⁴ Éste quedará por estudiar con mayor detalle. La existencia intelectual se rodeó de una mitología propia de resonancias medievales. A menudo aparecen referencias en la documentación revisada que nos sugieren una autopercepción del intelectual como un caballero andante. Ortiz en *Los negros brujos* (1906) afirma que ha sido armado caballero de la Gran Orden de la Antropología Criminalista por el Gran Maestro César Lombroso y que, desde entonces, pertenece a la estirpe de los Ferri y los Tarde. Esta metafórica manera de hablar varía a veces y el intelectual se presenta como un aristócrata, como miembro de una elite mental. De cualquier forma existe un complejo de superioridad en la actitud intelectual que va desapareciendo con el de-

sarrollo de la vanguardia compuesta por elementos de las clases media y la pequeña burguesía. Desaparición incompleta porque persiste en algunos creadores (como Lamar Schweyer) en quienes encuentra incluso una actualización (con las tesis nietzscheanas del superhombre). Un detalle a favor de este particular sentido de la existencia es el uso de *ex-libris* para apuntar la propiedad de los ejemplares comprendidos en una biblioteca. La marca de Ortiz reproduce tres símbolos: un incunable abierto con muchos marcadores que podría significar la sabiduría, la erudición, pero también el humanismo; sobre él hay una calavera que es, desde siempre, una imagen de los misterios más velados y también el esfuerzo por conocerlos; por tanto, una imagen de la ciencia —aunque en Ortiz pudiera asociarse a sus objetos de estudio: el hampa, la brujería afrocubana—, y, por último, una mariposa descansan-

A principios de la década hay evidencias de un cambio en la composición del capital específico del campo. Este hecho, cuya repercusión institucional fue la fundación de asociaciones para estudiar el folklore, la moral, la política, la economía, etc., se vincula a la importancia que cobró la exploración sociológica del entorno, y determina el acercamiento entre nuevos escritores y autoridades como Emilio Roig, Fernando Ortiz y Sergio Zequeira Cuevas. La transformación explica el impacto ideológico de estos intelectuales sobre los escritores jóvenes de entonces, al mostrarse simultáneamente como conciencia nacional y como opinión especializada. Por citar un ejemplo: la impresión del curso de sociología que se dictaba en la carrera de Derecho. El texto en cuestión lo publicaron los alumnos Juan Marinello y Andrés Silva en 1922 con el título *Notas de sociología tomadas en las clases del Dr. Sergio Zequeira Cuevas*.²⁵ Zequeira era un seguidor de la sociología norteamericana de Franklin E. Giddings, profesor de la Universidad de Columbia.²⁶ Su discurso, por el estilo de sus formulaciones y su modo de acercamiento a lo social, se acercaba más a la filosofía que a la sociología. La filiación con Giddings facilitaba argumentos opuestos a las teorías raciales de Gobbineau y Ratzel, quienes buscaban el hecho generador de los fenómenos sociales en el clima y la raza. Uno de los conceptos clave en la obra de Zequeira es el de “autogenia” que, sin dudas, entusiasmó a sus alumnos. Lo definía como “la capacidad que tiene un grupo para imponer sus costumbres y conservar sus caracteres distintivos o específicos en presencia y contacto con otros...”.

Esta idea llevaba directamente a los dos problemas intelectuales más relevantes de la época: la conservación de la identidad nacional y la dependencia cultural. “Así, por ejemplo —sostenía Zequeira—, observamos que en los Estados Unidos (...) poseen esta capacidad en alto grado, es decir, que todo extranjero que pisa aquel país y que en él reside, renuncia a las cualidades distintivas de su nación de origen, fundiéndolas en la gran masa de ciudadanos de la Unión: La nación impone sus caracteres, posee una poderosa autogenia... En nuestro país, debido a su escasa población y tamaño, casi no existe la autogenia,

lejos de eso, nos dejamos influir por cualquier sociedad extraña con poderosa facilidad”.

Alrededor de este profesor se creó una pequeña escuela. Uno de los discípulos, Horacio Reyes, divulgó los apuntes del trabajo realizado por sus miembros, y otro, Carlos Aguirre Sánchez, presentó en el Aula de Sociología un trabajo titulado “La vitalidad del campesino cubano”, que Zequeira publicó en 1924. La sociología modificó el capital específico de los grupos no hegemónicos del campo intelectual. A esta afirmación escapan, desde luego, algunos ejemplos de figuras ya centrales, como el etnólogo Fernando Ortiz. Pero como él mismo declaró: el hecho de tocar temas demasiado escabrosos como el negro, el hampa, la brujería, aumentaba los escrúpulos y la resistencia hacia este tipo de prácticas cognoscitivas. El giro sociológico proporcionó a los grupos no hegemónicos esquemas de comprensión, de interpretación, de lectura, que utilizarían para ascender en la estructura del campo y para socavar el prestigio científico de los grupos hegemónicos.

Otra cuestión que solidificó el fundamento moral de la empresa intelectual fue el extrañamiento respecto de la política. Ya hemos visto

(viene de la página anterior)

do sobre el cráneo. Ésta puede interpretarse como un símbolo de la inquietud eterna. Pero aquí la mariposa descansa, como si no hallara sosiego sino en la lectura y la reflexión, alejada por un instante del trajín cotidiano. La soledad, el retiro, están representados aquí en el fondo negro sobre el cual resaltan los símbolos descritos. La mariposa pudiera ser el mismo Ortiz. Esta interpretación sugiere que los *ex-libris* fueron la imagen gráfica de una heráldica consustancial a la auto-percepción del intelectual como noble.

²⁵ Habana, 1922.

²⁶ Giddings es un seguidor del evolucionismo psicológico iniciado por el sociólogo norteamericano Lester F. Ward. Apoyándose en la estática comtiana, se dedicó a investigar los cambios en la estructura social. En sus formulaciones más maduras se le ve cerca del cuantitativismo y el conductismo. Su concepto de autogenia, tal como lo presentó Zequeira Cuevas, es de total inspiración wardiana. Ward supuso la existencia de cuatro fases en la evolución humana: cosmogenia, biogenia, antropogenia y sociogenia. Sin embargo, Giddings se reveló contrario al significado evolucionista de esa sucesión.

que los promotores de la revisión y la iconoclasia posterior a 1923 que adoptaron técnicas y actitudes semejantes a las de las vanguardias europeas y mexicanas, coincidían con los creadores agrupados en torno a *Cuba Contemporánea* en realizar la actividad cultural al margen de la política oficial. Los redactores de esta publicación llegaron, incluso, a prohibir a sus colaboradores el uso de las dedicatorias, pues era habitual emplearlas para invocar la gracia de los funcionarios públicos. El extrañamiento entre el intelectual y el político resultó muy evidente a partir de 1921. Una tarde de ese año, Emilio Roig y Carlos de Velasco —director de *Cuba Contemporánea*— recordaban en un bulevar parisino las contradicciones que la sucesión presidencial de 1916 había generado entre ellos. Recordaba Roig que Velasco le dijo: “Usted y yo (...) sufrimos entonces la locura que padeció toda la sociedad cubana (...) con una diferencia: *que usted y yo no éramos políticos en realidad*, ni perseguíamos, como tantos otros, bastardos e interesados propósitos. ¡Cuán claro veo ahora (...) nuestro error de entonces! Creímos que en el triunfo de uno de los dos hombres que se disputaban la presidencia de la República, estaba la suerte de Cuba. Usted y yo aferrados a esa lamentable equivocación. Albergando en nuestros corazones los mismos nobles y patrióticos sentimientos, pensamos que para seguir siendo buenos cubanos teníamos que dejar de ser buenos amigos. No éramos políticos. De perseguir únicamente, como persiguieron estos, no el interés del país, sino el propio interés, tal vez usted y yo no hubiéramos roto nuestra amistad. Nos hubiéramos aliado como se aliaron los dos hombres por los que nosotros —ciegos!— dejamos de tratarnos”.²⁷

Los intelectuales buscarían sus propias vías para intervenir y comprometerse con los problemas nacionales. Temporalmente, las estrategias políticas quedaron limitadas a la conspiración y

a la oposición. El extrañamiento explica, por ejemplo, la publicación en la *Revista Bimestre Cubana* de un artículo de Eduardo Benes titulado “La psicología del partido político”,²⁸ porque la política partidista se veía ya por algunos intelectuales como objeto de estudio, curioso, raro. Pero también explica actitudes a su modo radicales como la de los 13 protestantes de 1923, o como la de los minoristas. El ensayista Juan Marinello intentó mucho después justificar el apoliticismo inicial de su generación. Expresó que la política se practicaba en círculos cerrados, mediante procedimientos que hacían muy difícil el acceso de la juventud a los cuadros delanteros. La juventud se convirtió, según él, en una simple espectadora de esta política de cierre.²⁹

Pero, en realidad, el problema no sólo afectó a los intelectuales jóvenes. Después que Varona y Sanguily intentaron influir en la toma de decisiones desde el poder ejecutivo, muy pocos —como Ramiro Guerra— confiaban sinceramente en la capacidad de la política, tal y como estaba planteada, para resolver los problemas sociales. Desde entonces predominó la actitud crítica, el código ético basado en el extrañamiento, en el estudio sin retribución. En cuanto a esto último, parecía que el poder no importaba a la escritura, que resultaba insignificante en comparación con el movimiento profundo de las ideas.

► 4. Notas finales para un debate

Como puede apreciarse, a principios de los años 20, en el país existió una red institucional en incuestionable proceso de desarrollo e imbricación mutua. De manera directa o indirecta, todas las corporaciones intelectuales del período estuvieron abocadas a indagar acerca de las urgentes interrogantes que planteaba la vida social cubana desde diversos ángulos del conocimiento. De acuerdo con esa intención, fue imprescindible una significativa transformación interna de las instituciones —así como la creación de nuevas entidades— con el fin de adecuar estructuralmente los propósitos encaminados a dar las respuestas requeridas. En ese cambio desempeñaron un gran papel las autoridades del campo intelectual, que lograron atraerse las simpatías de los grupos de intelectuales marginados median-

²⁷ E. Roig: “Una vida sincera: Carlos de Velasco”, en *Social*, marzo de 1923, pp. 30-31.

²⁸ En *Bimestre*, vol. XV, 1920, pp. 203-208.

²⁹ J. Marinello: “Notas sobre la *Revista de Avance*”, en *Índices de revistas cubanas*, Hemeroteca de Información e Humanidades, BNJM, La Habana, 1969.

te la crítica y, en definitiva, la participación en la polémica llevada a cabo en los ámbitos institucionales. Tal unificación sólo fue posible debido a una comunidad de intereses más o menos de índole política, que con sus respectivos matices logró afianzarse entre los humanistas y generar una visión en extremo crítica de la gestión gubernamental y la acción partidista —en el plano interno—, y de las relaciones económicas y diplomáticas del país con Estados Unidos.

Mas, en el *habitus* predominó la convicción de que la empresa intelectual sólo sería viable si no se relajaba el estricto código ético dominante en el campo. Como quedó expresado anteriormente, en su mayoría, los humanistas rechazaron como imposible el desentendimiento respecto del entorno, pero organizaron su participación de un modo específico; es decir, desde las propias asociaciones intelectuales y mediante la opinión. Ése constituyó el sustrato objetivo en que se levantó la teoría de la decadencia cubana junto a la consiguiente campaña por la renovación nacional, cuyo epicentro puede localizarse en 1923.

El cambio coordinó los esfuerzos intelectuales, de modo que hubo enriquecimiento para todos los sectores implicados. Acaso ha de se-

ñalarse la transformación de las autoridades, compulsadas por el empuje de los grupos marginados a elevar un ya aceptable nivel teórico discursivo, manteniendo así su estatuto central y defendiendo el proyecto cultural que llevaban a cabo. Las autoridades, que habían permitido dentro de límites razonables la presencia de la voz dominada en las Sociedades discursivas que dirigían, devinieron poco a poco *autoridades disidentes*, luego de un complejo proceso mental, llegando a ostentar el prestigioso estatuto de *conciencias de la nacionalidad*. Sin dudas, ello también se facilitó por su actitud ante las escandalosas fracturas que soportó el régimen republicano en 1905, 1917 y 1920 con la segunda intervención norteamericana, la reelección del presidente Mario G. Menocal y la crisis azucarera al término de la guerra mundial, respectivamente. Pero, de cualquier manera, sólo en la medida en que sus propuestas se actualizaron explícitamente, los “maestros” pudieron conservarse como ejes del nuevo pensamiento que se gestó en una de las más convulsas décadas de nuestra historia intelectual.



Cuba: historia, escuela, nacionalismo (1902-1930)

Ricardo Quiza Moreno Tres décadas republicanas, en las cuales “las elites criollas de principio de siglo impusieron desde el poder su representación de lo nacional a través de un espacio privilegiado como es el de la **instrucción pública y primaria**”, devienen el **objeto de análisis** del autor del presente artículo y de la estructuración de un **sistema de enseñanza** marcado en sus inicios por la primera ocupación estadounidense.



“Nuestros hijos nos continúan; y en ellos, por virtud de la enseñanza, nos sobreviven nuestras ideas y nuestros sentimientos; y así nuestra propia alma se trasmite a la generación que arranca de nosotros, como bulle en nosotros mismos el espíritu de nuestros mayores por idénticas funciones perpetuado”.

Esteban Borrero Echeverría
(Discurso en una escuela de emigrados cubanos, Key West, noviembre de 1896.)

RICARDO QUIZA MORENO
En la actualidad es investigador agregado en el Instituto de Historia de Cuba; en varias oportunidades ha colaborado en publicaciones nacionales especializadas en los estudios de la Historia y como coautor en compilaciones de textos.

► I.

Del inventario de iconos que anuncian la república cubana hay un recuadro surtido de alegorías inaugurales que interpreta el vínculo de la nación con su pasado, presente y porvenir.¹

La gráfica en propiedad presenta a una madre (La República), leyendo un libro junto a sus hijos; presiden la “familiar”

¹ *Cuba Pedagógica*, año I, no. 1, Habana, 1ro. de noviembre de 1903 (s/p). El primer número de esta revista corresponde al 15 de noviembre; por tanto, la fecha impresa en este ejemplar constituye una errata.

escena un busto de Luz y Caballero —ataviado a la usanza romana—, el escudo nacional y una hoja de palma. Con toda probabilidad no exista en el dispositivo simbólico de la nación una imagen que transmita con tanta elocuencia la urdimbre entre “patria”, escuela y relato histórico.

La madre y los infantes “leen” un discurso “escrito” e inscrito desde la genealogía. En esa órbita, el acto “participativo” acredita a los saberes como legitimadores de la entidad republicana. Entretanto, los vástagos aparecen como frutos de la capacidad reproductiva, en el orden biológico y cultural, de la nación. El escudo y la palma figuran como clave del texto deliberadamente amplificadas.

Con la promulgación del Estado cubano el 20 de mayo de 1902, los políticos y letrados de la Isla priorizan el sistema educativo. Las gestiones y debates en torno a la acción pedagógica se desplazan de manera insistente hacia temas que incluyen el papel del profesorado en la escuela pública, la pertinencia de metodologías de enseñanza actualizadas y la importancia del legado histórico en la articulación de un discurso y un consenso próximos a las exigencias políticas contemporáneas.

Pero la conformación de un sistema nacional de enseñanza estuvo antecedida por la labor del gobierno interventor norteamericano (1898-1902). Tanto John R. Brooke como Leonard Wood se propusieron restablecer el “caótico” sistema escolar heredado de la colonia; para ello dictaron sucesivas medidas encaminadas a fundar los fines y principios de la escuela pública.²

Al acceder al poder, la elite criolla contaba con los rudimentos para perpetuarse a través de la escuela; sólo había que “tropicalizar” las recetas que programaban la formación del sujeto colectivo y hacer de ellas una fórmula consagratoria de los futuros ciudadanos “nacionales”.

Dentro de ese engranaje se le prestó atención a la enseñanza primaria; ella debería estar dotada de un *corpus* cognoscitivo que garantizase el reconocimiento del pasado y habilitase a los alumnos para el ejercicio de sus deberes y derechos en el contexto democrático.

De hecho, la “historia de Cuba” y la “instrucción moral y cívica” se erigieron en materias indispensables del circuito pedagógico. Mutua-

mente complementarias, ambas tendrían por misión perfilar las filiaciones políticas y sostener un gregarismo afirmativo que indujese al mantenimiento del orden.

Aunque extensiva en sus propósitos, la escuela cubana obedecía a diseños de la jerarquía social y fluía verticalmente y en proporción inversa al número de sus consumidores. Por esa razón, propongo mostrar cómo las elites criollas de principios de siglo impusieron, desde el poder, su representación de lo nacional a través de un espacio privilegiado como es el de la instrucción pública y primaria.³

Una lectura de las principales revistas especializadas entre 1902 y 1903 permite visualizar los asuntos que dan cuerpo al debate sobre el “deber ser” de la pedagogía nacional; uno de esos hitos lo constituye el aprendizaje de la historia patria y la preocupación por conferirle a la enseñanza un contenido nacional, sin renunciar a los métodos educativos modernos.

Los documentos gubernamentales dejan entrever los procedimientos que auxilian la construcción de tradiciones; entretanto, las estadísticas prueban los niveles de anuencia o disenso respecto de la instrucción oficial.

Si el cuerpo legislativo, junto a planes, programas, cursos de estudio y demás rituales de la

² Sobre el particular véase: Manuel Fernández Valdés: *Motivos escolares (s/l)* (1906); Pedro García Valdés: “La reforma escolar efectuada en Cuba durante el Gobierno Militar de los Estados Unidos”, en *Cuba Pedagógica*, año XII, no. 3, Habana, 31 de julio de 1916; *Cuba Pedagógica*, año XII, no. 11, Habana, octubre de 1916; Ramiro Guerra: “El general Leonardo Wood y la instrucción pública en Cuba”, en *Cuba Contemporánea*, t. XXIII, no. 91, Habana, julio de 1920; *La educación primaria en el siglo xx*, La Habana, 1955.

³ Quizás por considerar la masividad de quienes asistían a la escuela primaria, así como las ventajas que para el adoctrinamiento supuso trabajar con niños, desde temprano se instauró en los primeros grados escolares el estudio de “historia de Cuba” e “instrucción moral y cívica”. En verdad, hasta 1927, coincidiendo con la política nacionalista de Gerardo Machado y la estancia de Ramiro Guerra en la Superintendencia de Escuelas Públicas, no se incluyeron en los programas de enseñanza media y universitaria los contenidos de historia; ello ocurrió a partir de la promulgación de la ley de 18 de abril de 1927.

enseñanza (paradas escolares, ejercicios de graduación e iniciación), formalizan y dan coherencia al discurso pedagógico; las clases y los textos constituirán, en cambio, el contenido del relato nacionalista. En tal sentido se necesita una aproximación a los manuales de “historia de Cuba” e “instrucción moral y cívica”.

Por último, estimo pertinente abordar el horizonte de la recepción como vía para calibrar la eficacia del sistema, sin ignorar que el imaginario subalterno puede elaborar representaciones afines al poder, o que, por contraste, los miembros de la elite suelen sucumbir ante sus propios mitos.⁴

Sin embargo, una revisión del fenómeno pedagógico doméstico y, en especial, de la enseñanza de la historia, nos conduce a discernir un tipo de ficción correlativa a la propuesta hegemónica; un relato más o menos estable que, sin grandes alteraciones, le resulta consustancial a la lógica política republicana.

► 2.

Durante junio y julio de 1900 arriban a Estados Unidos 1 256 maestros cubanos para matricularse en un curso de verano que les ofreciera la notoria Universidad de Harvard. Alegres y llenos de expectativas —según testimonian los protagonistas de esta “travesía” intelectual— desembarcan por el puerto de Boston 601 hombres y 655 mujeres. A ellos se les daría la oportunidad de tomar lecciones de patriotismo, amén de concurrir a la recordación de efemérides nacionales, así como a museos y lugares históricos que complementaban su formación.⁵

Sometidos a un intenso ajetreo que incluía el adiestramiento en la pedagogía y sus métodos, además de recibir nociones sobre “historia de las colonias españolas” e “historia americana”, los maestros-discípulos participaron de modo entusiasta en actividades colaterales consistentes en visitar instituciones políticas, académicas y sociales, privadas o del Estado. La finalidad de tales intercambios era constatar la vitalidad de las corporaciones democráticas de la nación norteamericana.

78 El 4 de julio de ese mismo año, el grupo de becarios asiste a las celebraciones por el día de

la independencia; las banderas de Cuba, apuntaladas en los pechos de las maestras, se confundían con la enseña norteamericana en esta suerte de “carnaval” político.

Los cubanos habían aprendido la lección, no obstante, la mezcla de insignias presagiaba el futuro ambiguo, pero fatalmente fundamentalista, de la república caribeña.

Pese a los peligros de absorción por parte de los yanquis, de los cuales no se excluye (al menos en principio) el proyecto educativo llevado a cabo en la Isla por los interventores, la naciente entidad republicana requería de un guión autóctono que justificase su razón de ser. Esa necesidad, así como la existencia de una legión de pensadores y políticos hábiles, entrenados en las prolongadas contiendas de fin de siglo, contribuyeron en gran medida a activar de modo rápido y eficaz un discurso salpicado de alusiones “nacionales”.

Ya en los cursos de estudio de 1901, proclamados por el superintendente de Escuelas, Eduardo Yero Buduén, se especifica de manera oficial el objetivo “formador” y ético de la enseñanza: “La enseñanza primaria en las escuelas públicas tendrá por objeto la educación física, moral e intelectual”.⁶

Por lo común, los agentes e instituciones de la pedagogía cubana confirman el concepto emitido en 1901. Muchos conciben la educación como formadora de individuos física y moralmente aptos, capaces de integrar de modo disciplinado el “organismo” colectivo.

De esas propuestas se deriva una serie de convergencias que destacan el papel activo de la enseñanza,⁷ su espíritu legitimador y edifican-

⁴ En tal dirección resultan prometedoras las indagaciones del colega Pablo Riaño San Marful alrededor de la literatura, la poesía y el teatro popular cubanos.

⁵ *La escuela de verano para los maestros cubanos*, Cambridge, EUA, 1900, pp. 13, 18, 19, 20.

⁶ Enrique J. Varona: *Curso de estudios para las escuelas públicas*, Habana, 1901, p. 71.

⁷ Aunque la opinión pública y la oficial confluyen respecto de esta problemática, existe, no obstante un conjunto de artículos en los cuales se despliega con

te, así como su carácter libertario y su naturaleza clínica; todo ello envuelto en una afinidad por el pasado que asume el devenir histórico como lineal y ascendente.

La escuela se convierte por definición en un acto suspicaz que “prepara para la vida” y “disciplina la voluntad”,⁸ permitiendo así la “adaptación del individuo al medio”,⁹ pero a su vez la institución oficia como “consagradora del progreso”¹⁰ y “nacionalizadora del espíritu”,¹¹ al tiempo que promueve la “regeneración” de ciertas “patologías colectivas”.¹²

El manifiesto de la Sociedad Cubana de Estudios Pedagógicos¹³ es en ese sentido ejemplar. Esta asociación publica en 1917 una ponencia firmada por Ramiro Guerra en la cual se compendia buena parte de los juicios vertidos al respecto por

los involucrados en el proyecto pedagógico insular: “Toda la energía de una comunidad social sana, se dirige, en primer término, bajo la presión de leyes biológicas incontrastables, a resolver los problemas fundamentales de la misma. La actividad educativa propiamente dicha, una de las principales formas de acción reflexiva de las sociedades, no escapa a esta regla. Por consiguiente el fin de la educación es siempre (...) contribuir a la resolución de los problemas nacionales”.¹⁴

Dicha plataforma —sancionadora en apariencia de los “ideales colectivos”¹⁵— obedece a un conjunto de saberes elaborados por los “espíritus superiores”; o sea, por “los educadores, artistas y pensadores, capaces de comprender y sentir lo grande, dotados de la energía (...) para arrastrar en pos de ellos a la masa del pueblo”.¹⁶

(viene de la página anterior)

mayor profusión la idea del papel de la escuela en el origen de conductas y comportamientos previamente estatuidos, ellos son: Alfredo M. Aguayo: “Factores cualitativos de nuestra decadencia escolar”, en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XIX, no. 2, Habana, marzo-abril de 1924; Félix Callejas: “Ayer y hoy”, en *Cuba Pedagógica*, año I, no. I, Habana, 15 de noviembre de 1903; Miguel de Carrión: “La educación y la ciencia”, en *Cuba Pedagógica*, año I, Habana, marzo de 1904; María J. Domenzaín: “Qué puede hacer la escuela pública cubana para intensificar más aún la educación moral. Acción patriótica de nuestras escuelas”, en *Cuba Pedagógica*, año XI, cuaderno 300, Habana, 15 de agosto de 1914; Ramiro Guerra: “Al reanudar la labor”, en *Cuba Pedagógica*, t. X, no. 18, Habana, 30 de diciembre de 1915.

⁸ Enrique J. Varona: “Discurso pronunciado en el Teatro Nacional el 30 de agosto de 1903 con motivo de la repartición de premios a los alumnos del Centro Gallego”, en *Trabajos sobre educación y enseñanza*, La Habana, 1961, p. 166.

⁹ Enrique J. Varona: “Discurso leído en la Universidad de la Habana en la apertura del curso académico de 1903-1904, en ob. cit. p. 173.

¹⁰ H. García Rojas: “Los fines de la escuela”, en *Cuba Pedagógica*, año III, cuaderno 38, Habana, 30 de junio de 1905 (s/p).

¹¹ Manuel Márquez Sterling: “El problema de la educación”, en *Cuba Pedagógica*, año II, cuaderno 25, Habana, 15 de diciembre de 1904 (s/p).

¹² Al imaginar el conglomerado social como cuerpo, específicamente como cuerpo enfermo, los intelectuales intentan conciliar el discurso científico (a todas

luzes darwinista) con las prácticas sociales. Estas deudas con las ciencias médicas y naturales traerían implícita una carga de racismo y exclusión. Así, mujeres, negros y enfermos figurarían como “virus” que corroen el desarrollo nacional. Es importante reconocer que la mayoría de los textos en torno a la “degeneración cubana” (concepto extraído de las obras del médico francés Max Nordeau) privilegian en sus enfoques el aspecto educativo. Debemos agregar que precisamente en el campo de meditaciones acerca de la pedagogía se anuncia la noción de “crisis” o “decadencia”; sobre todo, a partir de 1906, cuando la segunda intervención yanqui en la Isla originaría un retroceso en el sistema educativo de la mayor de las Antillas, patentizado en la corrupción de los directores del sistema de enseñanza y en una merma apreciable de las cifras de educandos. A ello se agrega la materialización de la Enmienda Platt tenida entonces como algo remoto, lo cual trajo consigo el pesimismo y la frustración.

¹³ Institución creada en 1916 con el objetivo de reunir a educadores e intelectuales de prestigio preocupados por la evolución del sistema escolar cubano. Al instituirse se funda una comisión presidida por Enrique J. Varona y compuesta además por Alfredo M. Aguayo, Fernando Ortiz, Carolina Poncet, Ramiro Guerra, Arturo Montori, Luciano R. Martínez, María Coromina y Ramiro Mañalich.

¹⁴ Ramiro Guerra: “Fines de la educación nacional”, en *Cuba Pedagógica*, año XIII, no. 9, Habana, septiembre de 1917, p. 392.

¹⁵ Ídem, p. 393.

¹⁶ Ídem, pp. 393-394.

Releer el proceso de edificación de la pedagogía nacional, con énfasis en la enseñanza de la historia, implica advertir las contradicciones que afectan a esta última, ya sea en lo “técnico” como en el resultado narrativo.

En primer lugar había que contemporizar las diferencias surgidas de un relato aglutinador y populista como el de la “cubanidad”, con el origen ciertamente sectario del engendro nacionalista.

Lo producido en relación con el papel de la disciplina histórica indica la persistencia de esta tensión. Un texto fundacional, *La patria en la escuela*, de Ramiro Guerra exterioriza tales desencuentros. Tras admitir —como hemos visto— la preponderancia de los “espíritus superiores” y luego de reconocer que “La celebración de las

fiestas nacionales, la glorificación de nuestros héroes (...) son recursos poderosos que utilizamos en las aulas”,¹⁷ el conocido pedagogo e historiador también aboga por enseñar la historia “más completa y más profunda de lo que somos”.¹⁸

En segundo término, la elite intentaría sortear el obstáculo que supuso la “aclimatación” de los procedimientos científicos traídos de Europa y Estados Unidos a una realidad sedienta de argumentos identitarios.

Más allá del “exotismo” atribuible al sistema educacional cubano,¹⁹ las dificultades emanaban de la propia índole del discurso y de las prácticas académicas, contenedoras de afirmaciones que hicieron de la enseñanza un elemento discriminador por motivo de raza, género o discapacidad.²⁰

¹⁷ Ramiro Guerra: *La patria en la escuela*, Habana, 1913, p. 4.

¹⁸ Ídem, p. 5.

¹⁹ Al respecto, el lector podrá remitirse a: J. A. Aramburu: “Lo que opinan del magisterio cubano nuestros intelectuales”, en *Cuba Pedagógica*, año I, no.4; Habana, 1904 (s/p); Juan D. Byrne: “El alma de la raza”, en *Cuba Pedagógica*, año VII, cuaderno 174, Habana, 26 de marzo de 1909 (s/p); Rafael Conte: “Ecos americanos”, en *Cuba Pedagógica*, año I, no. 1, Habana, noviembre de 1903 (s/p); Ramiro Guerra: “La poesía popular en la escuela primaria”, en *Cuba Pedagógica*, año IX, cuaderno 219, Habana, 28 de febrero de 1911 (s/p); Manuel Márquez Sterling: “Crítica y patria”, en *Cuba Pedagógica*, año I, cuadernos 63 y 64, Habana, 20 y 30 de abril de 1906 (s/p); Ricardo Rodríguez Altunaga: “Algo sobre nuestras escuelas”, en *Cuba Pedagógica*, año VII, cuaderno 165, Habana, 15 de enero de 1909 (s/p).

²⁰ En cuanto a la exclusión del negro pudieran considerarse algunas prácticas que la corroboran. Una de ellas fue la no inclusión de maestros y maestras negros en el viaje de capacitación a Harvard; otra, la segregación de estudiantes “de color” en algunas escuelas normales de *kindergarten*. Un último ejemplo puede ser el tratamiento dado en los cursos de “fisiología e higiene” al problema racial. Uno de los objetivos de la lección 14 para el segundo período del tercer grado del curso de 1906, era explicar a los niños que las disimilitudes raciales sólo se encuentran en la epidermis, pues “la capa interna de la piel presenta el mismo color”. Con ese gesto “integrador” se pasaba por alto un problema tan espinoso como el de las diferencias físicas entre las razas, sin revelar que a pesar de ellas, que sí existen pero no son sustanciales, hay otros elementos que hacen del género humano una instan-

cia homogénea dentro de la diversidad. José Inés Calvo: “¡Que dios se lo pague”, en *Cuba Pedagógica*, año VII, cuaderno 130, Habana, 30 de enero de 1908 (s/p); “Bosquejos. Fisiología e Higiene” (3 grado, 2 período), en *Cuba Pedagógica*, año IV, cuadernos 63 y 64, Habana, 10 y 20 de marzo de 1906 (s/p).

Respecto de la mujer, si bien el sistema educativo ofrece un lugar al llamado “sexo débil” como elemento imprescindible del profesorado, no sucede lo mismo con la educación primaria, en la cual prima el interés de fundar “escuelas del hogar”; o sea, establecimientos para formar excelentes “amas de casa” confinadas al espacio doméstico. Con los discapacitados ocurriría algo similar, la ley del 16 de marzo de 1916 sobre la creación de las escuelas normales, así como su reglamento, especificaban que los matriculados no podían tener “tachaduras morales ni defectos físicos”.

La concepción sobre el alumno de la primaria no difería mucho del estereotipo postulado para el profesor. Ramiro Guerra, retomando una idea de Montori, afirmaba que “No es posible (...) que florezcan inteligencias vigorosas en organismos depauperados y raquíuticos, y al tratar de restaurar nuestro vigor moral e intelectual, tenemos que comenzar por restaurar nuestros músculos”. Asimismo, un informe acerca de la escuela privada elaborado por el doctor Ismael Clark (inspector provincial de Instrucción Primaria) y difundido originalmente en el *Heraldo de Cuba* (julio de 1915), hacía notar que en la miserable escolita de barrio no falta “un niño sembrado de tumores, como en cierta escolita que visité en el Guatao, o un enfermo semidesnudo, o un enfermo de enfermedad infecciosa, como en otro caso que ví en el Vedado”.

Por orden de citas: “Ley de 16 de marzo de 1915 sobre creación de escuelas normales”, en *Cuba Pedagógica*

(continúa)

Los postulados emancipadores que coexistían en las doctrinas racionalistas venidas de Occidente, se pusieron en entredicho por una cotidianidad docente que adoctrinaba en materia de deberes y no de derechos, al tiempo que defendía tácitamente el aprendizaje automático y coartaba la libertad que, al menos en el plano jurídico, había adquirido el alumno.

Desde un inicio, “historia de Cuba” e “instrucción moral y cívica” ocuparían un peldaño a tono con la reorganización del aparato escolar. En el período de la intervención, ambas materias estarían comprendidas en el programa de asignaturas obligatorias, desplazando a los antiguos estudios de “doctrina cristiana” y “nociones de historia sagrada”.²¹

En lo concerniente al aprendizaje de “moral y cívica”, los cursos de 1901 aseguraban su continuidad a lo largo de la enseñanza elemental con una frecuencia de dos veces por semana y una duración de media hora para primer y segundo grados y de 25 minutos para los niveles del tercero al sexto.²²

Por otra parte y para acreditar su competencia, los profesores tenían que examinar al término

de cada año lectivo los contenidos de “moral y cívica”;²³ situación que perduraría hasta 1916, cuando la creación de las escuelas normales descartó la necesidad de acudir periódicamente a un tribunal de especialistas. No obstante, esta disciplina engrosaría el *dossier* de la nueva institución.²⁴ A su vez, los estudios de “cívica” se incorporaron desde temprano a los primeros cursos de verano, que en su momento sirvieran de sustitutos a las inexistentes escuelas normales.²⁵ Salvo ligeras alteraciones en el cronograma escolar y modificaciones menores al guión, los objetivos y tramas asociados a la “instrucción moral” se mantuvieron.²⁶

El examen del conjunto de lecciones aplicables a la enseñanza primaria y el repaso de la composición interna de la “clase”, evocan una serie de estrategias preconcebidas para moldear sujetos persuadidos de sus obligaciones con las estructuras sociales, desde la más elemental —la familia— hasta el Estado.

Cada nivel de enseñanza era inaugurado con ideas alusivas a la fraternidad, el valor o la mentira, a las cuales proseguían otras que fijaban el respeto a los padres y mayores y la obediencia a

(viene de la página anterior)

ca, t. I, no. I, Habana, 31 de enero, de 1916, p. 23; “Reglamento para las escuelas normales de la República”, en *Cuba Pedagógica*, t. I, no. I, Habana, 31 de enero de 1916, p. 37; Ramiro Guerra: “Sobre la pedagogía cubana”, en *La instrucción primaria*, año II, no. 13, Habana, 10 de febrero de 1904, p. 434; “Reglamentación de las escuelas privadas”, en *Cuba Pedagógica*, año XIII, no. 7, Habana, julio de 1917, pp. 271-272.

²¹ Manuel Fernández Valdés, ob. cit., pp. 7-8, 10.

²² Enrique J. Varona: *Cursos de...*, ed. cit., pp. 66-67.

²³ Manuel Fernández Valdés, ob. cit., p. 12.

²⁴ La estabilización de la profesión magisterial comenzaría gradualmente con la promulgación de la ley del 18 de julio de 1909 redactada por el entonces representante y luego secretario de Instrucción, Ezequiel García Enseñat. Hasta esa fecha, la designación de profesores corría a cargo de las Juntas de Educación, organismos locales encargados de velar por la buena marcha del sistema educativo. En su mayoría, estas instituciones devinieron receptáculos de sujetos ajenos al oficio y puestos al servicio de la política. Entre las excesivas facultades otorgadas a estas corporaciones estaban dictaminar sobre los libros de texto y se-

leccionar a los maestros de su jurisdicción. En no pocas oportunidades se escogieron maestros según la conveniencia de los bandos políticos.

Por la ley del 16 de marzo del 1915 se oficializa la creación de las escuelas normales, las cuales funcionarían a partir del 10 de enero de 1916, trayendo consigo la cabal profesionalización de la actividad magisterial. Aunque siempre estaría pendiente el problema del bajo salario que ganaba el profesorado.

²⁵ Por orden 475 de mayo de 1900, el gobierno interventor deja legislado todo lo referente a la escuela de verano. En 1905 existen cursos de verano en La Habana, Cárdenas y Holguín, y para el año siguiente se extienden por todo el país.

²⁶ Con la reforma de 1914, la disciplina de “moral y cívica” comienza en segundo grado y no en primero como se hacía antes. En segundo y tercer nivel, las clases de “cívica” se ofrecen dos veces por semana y tienen una duración de 30 minutos; de cuarto a sexto grado, e, incluso, en los grados séptimo y octavo, pertenecientes a la primaria superior, la frecuencia y duración de este tipo de lecciones sería igual a la de los niveles precedentes.

los poderes constituidos, comenzando por el maestro, transitando por el gobierno local hasta concluir con la noción de amor patrio.

En los diferentes eslabones de la cadena educativa se sostuvo el principio de dosificar e interconectar los fundamentos de la moral individual y civil; fundamentos repetidos en el prólogo o epílogo de cada lección, unidad temática y período escolar para retomarse con un contenido adicional en los años subsiguientes. En esa especie de letanía escolástica se empleaban con preferencia los ejercicios de memoria.

Las versiones de “instrucción moral y cívica” arregladas conforme a los principales cursos de estudios que operaban en los primeros años republicanos, no registran diferencias de fondo;²⁷ todas plantean la persistencia de una clase de relato y un idéntico propósito.

El apartado de “moral y cívica” para primer grado del curso de estudios de 1901, convocaba al magisterio a adiestrar en el “deber de amar y obedecer a sus padres (...) obedecer, respetar y querer a sus maestros; tratar con respeto y consideración a las personas mayores”.²⁸

En el segundo período de similar nivel se ordenaba memorizar “las principales fechas de la historia de Cuba (...) las biografías de cubanos ilustres, educadores, poetas, literatos, políticos, guerreros (...) recalcando aquellos rasgos de su vida que deben servir de ejemplo a los alumnos”.²⁹

A través de los estratos superiores de la instrucción básica reaparecerían los catecismos alu-

sivos a la “lealtad” y el “orden”, ligados con frecuencia a la “idea de gobierno”, fuese en el hogar, la escuela, el entorno, o, como se ha dicho, la instancia nacional.

Sin excepción, esos nudos doctrinales se harían acompañar de una “Breve relación de las conspiraciones cubanas y de las guerras de independencia”³⁰ y emergían imbuidos en el espíritu de “La contribución de sangre”, en el “deber de los ciudadanos de pagarle a la patria”.³¹

En 1905 se realizaron ajustes a los cursos iniciales; esas readecuaciones subsistieron hasta la reforma educativa de 1914, pero no quebraron la condición hierática del teorema civilista y así lo atestiguan los “Bosquejos” para diferentes grados y períodos que surgieran en los nueve años posteriores a los lineamientos establecidos por el entonces secretario de Instrucción, Manuel Garmendía; dichos bocetos aparecieron de manera sistemática en la revista *Cuba Pedagógica*.³²

En todos los esquemas perfilados para la asignatura se insistía en la reproducción de poesías y máximas: “El niño obediente y bueno se verá de bienes lleno”, “Escucha dócil y ufano los consejos del anciano”.³³ Entre los poemas gozaban de popularidad “La estrella solitaria” de Diego V. Tejera y “Mi bandera”, de Bonifacio Byrne; la finalidad era “Insistir sobre lo aconsejado para fijarlo mejor”.³⁴ Curiosamente, de las 30 o 40 lecciones que se agrupaban en un segmento del año escolar, a lo sumo una o dos explicaban los derechos del niño o del futuro ciudadano.³⁵

²⁷ Entre 1901 y 1930 hubo cuatro cursos de estudio; el de 1901, el de 1905 y los de 1914 y 1921, respectivamente. Con la llegada al poder de Gerardo Machado en 1925 se decide el reajuste de la educación, pero dicha enmienda retoma la lógica de la planificación establecida en 1914.

²⁸ Enrique J. Varona: *Cursos de estudio...*, ed. cit., p. 50.

²⁹ Ídem, p. 51.

³⁰ Ídem, p. 51.

³¹ Ídem, p. 54.

³² Aunque *Cuba Pedagógica* no fungía como órgano oficial de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en sus páginas colaboraban los principales encartados en el proceso de organización de la enseñanza, amén de constituir una tribuna para dar a co-

nocer los adelantos de la “paidología”, así como para reseñar las críticas y gestiones en torno a la gestión educativa.

Durante mucho tiempo, siete redactores de la revista elaboraron los “Bosquejos de lecciones” y las “Lecciones prácticas” que se aplicarían después en muchas aulas del país.

³³ “Lecciones prácticas. Moral y Cívica”, en *Cuba Pedagógica*, año III, cuadernos 48 y 49, Habana, 10 y 20 de octubre de 1905 (s/p).

³⁴ Ídem.

³⁵ Son frecuentes los bocetos de la asignatura en que se obvia el acápite alusivo al derecho de los individuos, sólo algunos refieren este problema con suma brevedad.

Tampoco las reformas educaciones de 1914 conmovieron la solidez del adoctrinamiento cívico-moral que continuó sin cambios sustanciales en las décadas siguientes.

Pudiera decirse que el perfil de la lección respondía por completo a la “dinámica” de los cursos de estudio, cada una de ellas estaría rebozada de “moralejas” y diminutivos que minimizaban la situación del discípulo y lo conminaban a la genuflexión.³⁶

Tras el manto modernista que asume la escuela republicana se ocultan inconsecuencias emplazadas alrededor del “ser” y “el deber ser” de la pedagogía. No siempre tuvieron éxito los esfuerzos de especialistas cubanos y extranjeros por nutrir a la institución de métodos y *praxis* educacionales de avanzada.³⁷ De tal modo, la enseñanza reflexiva y el respeto a la integridad del niño tropezarían a menudo con la intolerancia del profesorado, herederos y muchas veces cómplices de un proyecto cultural destinado a fijar el

saber a través de sucesivas repeticiones como hacen notar algunos pedagogos de la época.³⁸

Sobre el tema llegaría a plantear el profesor Arturo Montori: “Pero todavía, la clásica organización basada en la sumisión, la quietud y el silencio, en la lección escuchada y aprendida es la establecida oficialmente en las instituciones escolares, y los millones de niños que se educan en todas las escuelas públicas o privadas del mundo se hallan sometidos a esta forma de disciplina autocrática, buena incubadora de súbditos, aunque después hayan de llevar el falso rótulo de ciudadanos”.³⁹

Si el discurso cívico esboza el arquetipo republicano, la historia promoverá, en cambio, su singularidad; por ello no resulta casual que los expertos recomendasen la colaboración interdisciplinaria.⁴⁰

En esa órbita descubrimos similares itinerarios atribuibles a la “instrucción cívica” y la “his-

(viene de la página anterior)

dad. Por ejemplo, el programa del curso de estudios de 1901 dedica un pequeño espacio en el tercer período del cuarto grado y en el primero del quinto a los deberes y derechos para con la patria o a la idea de la libertad.

Algo parecido sucede en los “Bosquejos” pertenecientes a 1906, para cuarto grado, primer período, en que en dos lecciones de un total de 40 se ofrece alguna idea acerca de los derechos del niño y los derechos constitucionales.

Véase Enrique J. Varona: *Cursos de estudio...*, ed. cit., p. 53; “Bosquejos. Instrucción Moral y Cívica”, en *Cuba Pedagógica*, año IV, no. 88, Habana, 30 de noviembre de 1906 (s/p); “Bosquejos...”, en *Cuba Pedagógica*, año IV, cuaderno 90, Habana, 20 de diciembre de 1906 (s/p).

³⁶ Algunos pedagogos, alarmados ante la influencia de los planteamientos de la “Escuela nueva” que defendían la integridad y libertad del discípulo, levantaron sus voces de protesta. De tal modo, la profesora Ana I. López Lay asegura que “esta libertad no es patrimonio de la infancia (...) la libertad verdadera es producto y resultado de cierta preparación y que precisamente capacitar al alumno para que llegue a gozarla constituye el principal objeto de la disciplina escolar”.

Por su lado y al referirse al castigo, el profesor Carlos H. Valdés Miranda argumenta: “el temor al castigo no pervierte necesariamente al niño. Hay que formar, es cierto, buenos escolares: pero no hay que formar al escolar a expensas del hombre”.

Ana I. López Lay: “La disciplina en los primeros grados de la escuela primaria”, en *Cuba Pedagógica*, t. 9, no. 1, Habana, 31 de enero de 1921, p. 5; Carlos H. Valdés Miranda: “El maestro como gobernante”, en *Cuba Pedagógica*, año IV, cuadernos 67 y 68, Habana, 20 y 30 de abril de 1906, (s/p).

³⁷ Me refiero, por ejemplo, al experimento del profesor Wilson L. Gill, instaurador de las llamadas “repúblicas escolares” tanto en Estados Unidos como en Cuba; así como al esfuerzo del señor Salvador de la Torre que creó en su escuela de La Habana un remedo de república con sus alumnos.

³⁸ Sobre el fundamento de tales denuncias véase: Julio E. Carballo: “La verdad en su lugar”, en *Cuba Pedagógica*, año I, vol. (ilegible), Habana, 1904 (s/p); Manuel Núñez: “Pequeñeces”, en *Cuba Pedagógica*, año VII, cuaderno 158, no. 10, Habana, 1908 (s/p). Alfonso Oliiva: “Algo sobre educación popular”, en *Cuba Pedagógica*, año III, cuaderno 39, Habana, 10 de julio de 1905 (s/p); “Neofobia pedagógica”, en *Cuba Pedagógica*, año III, Habana, 30 de noviembre de 1905 (s/p).

³⁹ Arturo Montori: “La renovación de los valores morales”, en *Cuba Pedagógica*, año XIII, no. 3, Habana, 31 de marzo de 1917, p. 132.

⁴⁰ En los cursos de historia de 1901 hay una nota aclaratoria que expresa: “Los dos primeros grados de Instrucción Moral y Cívica sirven de introducción a esta asignatura”. Enrique J. Varona: *Cursos...*, ed. cit., p. 55.

toría de Cuba”, esta última aparecería *a posteriori* del aprendizaje inicial de la ética, lo cual habla por sí mismo de las familiaridades concertadas en torno a las dos “asignaturas”.

Hasta 1914, la “historia patria” empezaría por el tercer grado con un intervalo de dos veces semanales y un horario de 30 minutos para el tercer nivel, 35 para el cuarto y quinto, así como 40 minutos para el sexto y último segmento de la primaria elemental.⁴¹

Personalidades y sucesos políticos serán los preferidos en la confección de programas, grupos de lecciones y clases prácticas de la especialidad. Los diseños más amplios traslucen la insistencia en construir el pasado con los ingredientes del “progreso”, mientras los bosquejos particulares sugieren la pertinencia de un relato que debuta con el descubrimiento colombino y concluye en la actualidad republicana, feliz colorario del martirologio patriótico.

Asuntos permanentes en todas las variantes usadas fueron: la aventura hispana en el Nuevo Mundo, las incursiones de piratas, así como la toma de La Habana por los ingleses y demás escenas que insinuasen el conflicto colonial. Cada fragmento de la secuencia estaría debidamente aderezado de “competidores” sobresalientes, inmersos en una carrera por la consecución de la prosperidad; desde Hatuey, Pepe Antonio, Arango o Martí hasta el reciente gobernante.

Manuel Márquez Sterling se pronunciaría al respecto: “Las pocas historias que se escriben para honrar nuestras revoluciones (...) tienen por

objeto halagar el sentimiento político, y en algunos casos la personal vanidad de individuos que aspiran á obtener premios de servicios no prestados. El figurar en la historia, como patriota abnegado, ó como factor útil de la guerra de independencia, se ha hecho ya juguete de la influencia política; en las escuelas se adoptan como textos oficiales ó que aspiran a serlo, no conciben (sic) sus obras sin intercalar en ellas como notables á los miembros del gabinete del Presidente”.⁴²

Las clases de historia se completaban con láminas, mapas y libros de texto que “graficaban” el relato épico, y se añadían, además, visitas a museos u otros sitios de interés. Las preguntas introductorias a los ejercicios de resumen alentaban el potencial reproductivo del educando.

Las interrogantes dentro del aula solían reducirse a “recordar” la trayectoria biográfica del “descubridor”⁴³ o a citar los más “notables” poetas cubanos, procurando anotar la mayor cantidad de autores y obras.⁴⁴ Todas las clases concluían con tareas de composición sobre el héroe o hecho estudiado durante la sesión, mientras que al cierre de cada unidad temática o de cualquier ciclo de lecciones se destinaban algunas clases de “repaso”.

La situación varía con la reforma de 1914; la clase se vuelve más interactiva y profunda al admitir entre sus ejercicios la lectura crítica de un resumen, tanto individual como colectiva, la designación de alumnos para confeccionar cuestionarios y el revisado mutuo de las respuestas en el seno del aula. También se incorporaron, con mayor asiduidad, temas relativos a la economía, la religiosidad, las costumbres y organización social de los colectivos humanos en el pasado. A ello se agregó el énfasis dado a la historia local.

Pero aún no desaparece la “gimnasia memorística”, ni la estructura del guión. Así, por ejemplo, a los 32 años que comprenden las acciones de guerra contra España hasta la instauración de la República se le dedican 21 lecciones de un total de 48, lo cual representa más de un 40 % del cúmulo de clases asignados a dos períodos de un grado escolar.⁴⁵

Los lineamientos oficiales que rigen la redacción del nuevo curso de historia, dejan sentado

⁴¹ Ídem, p. 67.

⁴² Manuel Márquez Sterling: “Mentiras de la historia”, en *Cuba Pedagógica*, cuaderno 62, 28 de febrero de 1906 (s/p).

⁴³ “Bosquejos”, en *Cuba Pedagógica*, año III, cuadernos 44 y 45, Habana, 15 de septiembre de 1905 (s/p); Leonardo García: “Lecciones prácticas”, en *Cuba Pedagógica*, año III, cuadernos 44 y 45, Habana, 10 de septiembre de 1905 (s/p).

⁴⁴ “Bosquejos”, en *Cuba Pedagógica*, año I, cuaderno 65, Habana, 31 de marzo de 1906 (s/p).

⁴⁵ “Programas con arreglo a los nuevos cursos de estudio. Historia de Cuba, cuarto grado”, en *Cuba Pedagógica*, t. III, no. 4, Habana, 15 de abril de 1917, pp. 134-135.

que “La enseñanza de la Historia en la escuela primaria debe tener como principal objeto, que el niño adquiera (...) el conocimiento de la vida de su país en el pasado, y del lugar que ocupa como entidad histórica a fin de *ir vigorizando el alma del pueblo con altos y nobles ejemplos*, formando la conciencia nacional y preparando en cada alumno al ciudadano del porvenir que cooperar al sostenimiento de las instituciones, laborando por la felicidad y la grandeza de la patria”.⁴⁶ (El subrayado es nuestro, R. Q.)

Los especialistas de mayor talento aspiraban a oxigenar la disciplina, insuflándole aires renovadores. Carlos H. Valdés Miranda, Luciano R. Martínez, Ramiro Guerra, José M. Trujillo, Alfredo M. Aguayo, Pedro García Valdés, pretendieron subvertir el cariz heráldico de la narrativa histórica, suministrándole las teorías al uso y apelando a una extensión del contenido.

No obstante, los intentos serían refutados hasta la saciedad; bien porque muchas de sus gestiones se integraban al mecanismo de las políticas públicas; bien porque no pudieran —o no quisieran— desembarazarse de un guión que tarde o temprano tramitaba el acceso de éstos al reino de los elegidos.

Ramiro Guerra y Pedro García Valdés son una muestra del tipo de paradojas por las que atravesaba la elite letrada en los albores del presente siglo. El primero fue miembro visible de las muchas dependencias de la Secretaría de Instrucción, llegando a ocupar el puesto de Superintendente General de Escuelas durante la magistratura de Gerardo Machado; el segundo escribió alrededor de la enseñanza de la historia acudiendo a las nove-

dades de la pedagogía; mas, cuando intentamos adentrarnos en la exposición de su programa, saltan a la vista las rémoras de la escolástica.⁴⁷

Como la “instrucción cívica”, la enseñanza de la historia era exigida a maestros y discípulos. De tal manera se editaron los *Manuales* para exámenes de maestros en cuyas páginas estaban las orientaciones, contenidos, bibliografías y cuestionarios a los cuales deberían someterse los profesores en la escuela normal de *Kinder-garten*, los cursos de verano y, más tarde, las escuelas normales.⁴⁸

Por otra parte, las tareas intercaladas en los cursos y clases prácticas para niños, comparten la misma lógica de las advertencias para los educadores, lo cual hace pensar en la omnipresencia de un solo tipo de narrativa indispensable para legitimar las competencias intelectuales o para asegurar el ascenso o mantenimiento del *status* social.

Esa organización “autocrática” del sistema, como la describiera Montori, no sólo tenía prevista la lección “escuchada”, sino además la lección “leída”. De hecho se establecía como premisa la alfabetización del ciudadano para ejercer el derecho al sufragio; de ahí que las materias de “lectura” y “escritura” tuviesen mayor peso específico que la “historia” y la “cívica” en el universo pedagógico nacional, aunque los objetivos generales de la educación estuvieran asociados en mayor proporción a estas últimas.

Quizá por ello, los libros de texto de historia o moral se convirtieron en puntos de referencia para el complejo pedagógico. Dos de esos materiales resultaron los más utilizados en la docencia: *Principios de moral e instrucción cívica* de Rafael Montoro y *Nociones de historia de Cuba* de Antonio Vidal Morales. Ambos se adaptaron a los cursos de estudio de las escuelas públicas por el doctor Carlos de la Torres y se aprobaron con antelación por la Junta de Superintendentes de Escuelas.⁴⁹ Muchas fueron las ediciones de estos textos, los cuales también figuraban como bibliografía obligatoria para los maestros, distinguiéndose del resto de los materiales aconsejados para la enseñanza.⁵⁰

En *Principios de moral...*, como en todos los materiales circunscritos a la temática, se perci-

⁴⁶ “Cursos de estudio de historia”, en *Cuba Pedagógica*, año XI, cuaderno 303, Habana, 30 de septiembre de 1914, p. 417.

⁴⁷ Pedro García Valdés: *Enseñanza de la historia en las escuelas primarias*, Habana (s/f).

⁴⁸ *Manual o guía para los exámenes de los maestros cubanos* (ts. I y IV), Habana, 1902.

⁴⁹ Rafael Montoro: *Principios de moral e instrucción cívica*, Habana, 1902; Antonio Vidal Morales: *Nociones de historia de Cuba*, Habana, 1924.

⁵⁰ “Documentos oficiales”, en *La instrucción primaria*, año III, no. 10, Habana, 25 de diciembre de 1904, p. 316.

be una comprensión geométrica de lo ético-civil que transita del análisis del sujeto al abordaje de lo colectivo.

La disposición del dogma civilista sugiere un desplazamiento gradual de las libertades del hombre en pos de su inclusión como agente anónimo y entusiasta en el tejido de las relaciones macro-sociales.

Dividida en dos parcelas, la obra de Montoro se inicia con una parte alusiva a los “deberes morales”, con una escueta referencia, de apenas dos párrafos, a los derechos del niño.⁵¹ La segunda mitad se ocupa de los asuntos correlativos al Estado, la nación y las distintas instancias de poder. En ella, el desbalance entre lealtades y potestades vuelve a ser notorio,⁵² lo cual prueba la búsqueda del asentimiento por encima del disenso o de cualquier idea que sugiriese la ruptura del “contrato social”.

Entretanto, la “historia” de Vidal Morales vaticina desde el encabezamiento su don superficial y resolutivo. Alimentar con sagas vernáculas y en breve tiempo la transformación ocurrida entre siglos devino preocupante de primer orden; ya Alexis E. Frye, arquitecto del sistema escolar durante el gobierno interventor, comentaba la ausencia de textos para la enseñanza de la historia.⁵³

Nociones de historia... califica en el grupo de historias generales y procura recuperar los eventos que, a criterio del autor, explican el pasado de la Isla, pero a contrapelo de su afán abarcador adolece de un entendimiento multilateral de lo “cubano”. Totalizador, más bien totalitario, el texto de Morales inscribe y excluye, sanciona o desestima según el prisma de una elite blanca, letrada, guerrera y masculina.

“En este libro vamos a narrar la historia de Cuba, es decir los sucesos más notables ocurridos en nuestro país”;⁵⁴ pero esos “sucesos notables” se adecuan a la trayectoria emprendida por los estamentos sobresalientes de la colectividad, una ruta ascendente trazada por lo que Fernando Ortiz denominara “unos pocos plantadores dueños de vidas y haciendas (...) y unos escasísimos militares y magnates” para ser retomada por las aristocracias “naturales”.⁵⁵

Compuesto en cuatro actos (descubrimiento, conquista y colonización, asalto británico a La Haba-

na, luchas por la independencia y constitución de la república), el libro se presenta como “compromiso”, manipulable (manipulador) y digerible, con un contenido exento de complejidades.

El volumen empieza con la descripción del modo de vida de los primitivos habitantes de la Isla, a quienes se les adjudica un comportamiento bondadoso y despreocupado en medio de una exuberante y pródiga naturaleza, representaciones que coinciden con el dictamen roussoniano del “buen salvaje”.

El relato reverbera mediante ilustraciones que retratan con fidelidad el discurrir de la propuesta. La información visual, más que complementar, confirma la existencia de una galería de ilustraciones proyectadas como hacedores de la nación. Excepto algunas imágenes relativas a la vida cotidiana, los retablos están poblados de políticos, sabios y militares de modo que el discurso gráfico puede leerse con independencia del texto escrito sin corregir la finalidad del catecismo.

Luego de imaginar el pasado como “campo de batalla”, el autor acude al *happy end* para informar el triunfo apoteósico de la “cubanidad”. Las continuas ediciones y adiciones del texto describen el arribo del gobernante de turno y elogian la gestión interventora de los norteamericanos en una mezcla de dramaturgia aristotélica y género folletinesco que abre las puertas a un futuro mejor.⁵⁶

Junto a otros documentos de su especie, *Nociones de historia...* fue objeto de una jugosa transacción comercial en la cual se vieron involucradas la casa editora La Moderna Poesía —encargada de publicar los manuales— y la Secretaría de Instrucción.⁵⁷ De tal modo, el Estado ofertó

⁵¹ Rafael Montoro, ob. cit., pp. 43-44.

⁵² Ídem, pp. 169-175.

⁵³ Alexis Everet Frye: *Manual para maestros*, Habana, 1900, p. 133.

⁵⁴ Antonio Vidal Morales, ob. cit., p. (VII).

⁵⁵ Fernando Ortiz: “La irresponsabilidad del pueblo cubano”, en *Cuba y América*, vol. XXVII, no. 27, Habana, 5 de noviembre de 1908, pp. 3-4.

⁵⁶ La quinta edición de este texto data de 1924; en ella vemos como el texto se actualiza llegando a las elecciones de 1920.

⁵⁷ “Los últimos negocios”, en *Cuba Pedagógica*, año VII, cuaderno 165, Habana, 22 de enero de 1909, pp. (17)-18.

miles de ejemplares a precios relativamente módicos⁵⁸ en casi todos los niveles pedagógicos, sin tomar en cuenta la pertinencia o no de su uso.⁵⁹ Este hecho y las reiteradas tiradas del libro coadyuvaron a su divulgación. Pero la historia del impreso desborda los márgenes de su hechura intelectual o editorial; la “biografía” del texto también atañe a las veleidades de su recepción.

La insuficiente calidad de algunos profesores, la persistencia de métodos anticuados, la excesiva autoridad y arbitrariedad del educador, así como la división entre escuela pública y privada, o la creciente deserción escolar, obstruirían una apropiación uniforme, e, inclusive, atentarían contra la utilización de los cuadernos prescritos para el aprendizaje.

Según el bibliógrafo Carlos M. Trelles, hacia 1900 concurrían a las escuelas 75 alumnos por cada 1 000 habitantes; en 1920, la proporción decayó a 50.⁶⁰ Las estadísticas de *Cuba Pedagógica* hacían notar una disminución de 20 000 educandos en 1911 en relación con el curso de 1900.⁶¹ Asimismo, Fernando Ortiz, basándose en el censo de 1919, constataba un 53 % de población analfabeta;⁶² sobre este tópico se pronunciaría Ramiro Guerra, quien alertó sobre la no correspondencia entre el aumento demográfico y el aminoramiento relativo de la infraestructura educacional, de manera que para restablecer la buena salud de la pedagogía cubana y volver a la eficiencia de

principios de siglo había que construir no menos de 700 aulas.⁶³ El propio Guerra calcula que, de 1919 en adelante, un número aproximado de 383 554 niños no recibían docencia.⁶⁴

Los datos oficiales señalaban, en fecha tan temprana como 1904, un saldo negativo de 24 869 alumnos en comparación con la matrícula del curso precedente. Las mismas fuentes destacan un total de 166 943 discípulos potenciales que no asistían a ninguna escuela; de ellos, 3 932 habían declarado la necesidad de ausentarse para sostener a la familia.⁶⁵

A pesar de ello, muchos niños tuvieron acceso por vía oral o por la lectura a las narrativas formuladas en la enseñanza. En el período escolar de 1905-1906 había 127 763 discípulos que recibían clases de “moral y cívica” y 17 919 de “historia”;⁶⁶ en 1907, 16 531 escolares cursaban estudios de “historia” y 128 005 de “cívica”.⁶⁷

En el primer decenio republicano asistieron a la escuela más de 100 000 alumnos como promedio,⁶⁸ mientras que dos décadas más tarde matriculaban un aproximado de 440 000, aunque no todos terminaban el curso.⁶⁹

El censo de 1931 registra un total de 434 219 alumnos, lo que representaba una merma de 17 797 individuos en comparación con el curso 1929-1930.⁷⁰ En el caso de la enseñanza común nocturna se computaban 7 393 discípulos estudiando tanto “historia” como “cívica”.⁷¹

⁵⁸ Para 1902-1903, el libro de Morales alcanzó una tirada de 50 000 ejemplares y se vendió a un precio de 0,39 centavos; “Documentos oficiales”, en *La instrucción primaria*, año III, no. 6, Habana, 25 de octubre de 1904, p. 169.

⁵⁹ “Los últimos...”, art. cit., pp. (17)-18.

⁶⁰ Carlos M. Trelles: “El progreso y el retroceso de la República de Cuba”, en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XVIII, no. 4, Habana, julio-agosto, de 1923, pp. 346-347.

⁶¹ “Decadencia escolar”, en *Cuba Pedagógica*, año IX, cuaderno 237, no. 30, Habana, 1911, p. 844.

⁶² Fernando Ortiz: “La decadencia cubana”, en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XIX, no. 1, Habana, enero-febrero de 1923, p. 23.

⁶³ Ramiro Guerra: “Problemas de la educación nacional”, en *Cuba Pedagógica*, año XVI, no. 3, Habana, 31 de marzo de 1921, pp. 107-108.

⁶⁴ Ramiro Guerra: “Un programa nacional de acción pedagógica”, en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XVIII, no. 6, Habana, noviembre-diciembre de 1922, p. 340.

⁶⁵ “Censo escolar efectuado en el mes de marzo de 1904, comparado con el de 1903”, en *La instrucción primaria*, año III, no. 7, Habana, 10 de noviembre de 1904, p. 224.

⁶⁶ “Datos estadísticos (Curso de 1905-1906)”, en *La instrucción primaria*, año IV, no. 14, Habana, 25 de febrero de 1906, p. 469.

⁶⁷ “Datos estadísticos del tercer período del curso escolar” (1906-1907)”, en *La instrucción primaria*, año IV, nos. 5 y 6, Habana, 10 y 25 de octubre de 1907 p. 194.

⁶⁸ “Decadencia escolar”, art. cit., pp. 844-845.

⁶⁹ República de Cuba: *Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas Económicas, 1931* (s/l), 1931, p. 67.

⁷⁰ Ídem, p. 67.

⁷¹ Ídem, p. 71.

Hacia 1914, Arturo Montori lleva a cabo un trabajo de investigación sociológica que informa sobre la factibilidad del sistema docente en los tres lustros iniciales de la República. *Estudio sobre los ideales del niño cubano* fue el resultado de una encuesta realizada a 584 niños y 628 niñas provenientes de varias escuelas del país, incluidos centros religiosos. Las edades de los encuestados oscilaban entre los 8 y 15 años, mientras tanto los niños y niñas negras se contemplaban en el estudio; ambos elementos dotaban a la investigación de cierta verosimilitud y representatividad.

Dos fueron las preguntas aplicadas a los niños y jóvenes escolares; la primera de ellas expresaba: “Entre las personas que ustedes conocen por el estudio, por sus lecturas ó por referencia ¿por cuál sienten más admiración de modo que quisieran parecerse a ellas?”⁷² La segunda interrogante exigía una argumentación de la respuesta. Los resultados del ejercicio hablan por sí solos de la funcionabilidad del sistema, el propio Montori reconocería que “Los cuatro personajes más populares entre los niños de Cuba, son precisamente las cuatro figuras históricas de mayor relieve en nuestro país: José Martí, José de la Luz y Caballero, Antonio Maceo y Carlos M. de Céspedes”.⁷³

De los personajes contemporáneos hubo predilección por Varona, Montoro, Menocal y Zayas, al tiempo que ocupaban un lugar en la preferencia las personas asociadas al medio social de los alumnos como los padres, los maestros o condiscípulos.⁷⁴ Otras personalidades beneficiadas con el voto infantil fueron Colón, el padre Las Casas, don Luis de las Casas y Martínez Campos. Asimismo, algunas votaciones de menor incidencia resultaron significativas a los efectos de medir las expectativas de negros, mujeres, niños del “interior” del país y estudiantes de las escuelas privadas.

En tal sentido, Gertrudis Gómez de Avellaneda acaparó el voto de 22 niñas; Juan Gualberto Gómez fue objeto de atención de los negros, mientras Marta Abreu lo era para algunos escolares de Santa Clara. Cristo y Dios fueron votados por quienes asistían a centros religiosos.⁷⁵

Mucho más interesantes que el resultado global de la entrevista fue la clasificación de los motivos de selección, los cuales Montori agrupó en seis renglones: “Cualidades morales, intelec-

tuales y artísticas”; “Motivos patrióticos”, “Bondad indiferenciada”; “Fama, posición, honores, etc.”; “Intereses materiales”; “Cualidades físicas”, y “Motivos religiosos.

De estos indicadores predominaron los dos primeros. El referido a “Cualidades morales...” estuvo presente en el 37,56 % de los niños y el 42,68 % de las niñas; el segundo índice fue capaz de aunar al 35,60 % y el 31,21 % de niños y niñas, respectivamente.⁷⁶

El desglose por edades corrobora que, salvo entre los pequeños de 8 años, los motivos predominantes en los niños fueron los patrióticos y morales; algo similar ocurriría con las niñas, excepto las comprendidas en las edades de 8 y 10 años.⁷⁷

Aun las desviaciones de la norma confiesan la funcionabilidad del modelo canónico impuesto en la República. Algunos infantes señalaron de manera equivocada a determinada personalidad histórica atribuyéndole cualidades que no le correspondían. Un encuestado de 12 años escogió a Luz y Caballero, “porque era un ilustre cubano y luchó por la independencia de Cuba”;⁷⁸ otro de 9 años seleccionó a Maceo, “porque fué maestro”.⁷⁹

De manera que por simple asociación se le confiere al estereotipo cierto mérito o virtud, aunque éstos no fueren adjudicables al personaje, lo cual prueba la presencia de conductas estandarizadas y predecibles.

Y quien mejor que el ejecutor de la encuesta para valorar las suficiencias del entramado pedagógico en los balbuceos republicanos: “La influencia de la escuela en la dirección espiritual de la niñez cubana está demostrada con toda

⁷² Arturo Montori: “Estudio sobre los ideales del niño cubano”, en *Cuba Pedagógica*, año XI, cuaderno 289, Habana, 15 de febrero de 1914, pp. 114-115.

⁷³ Ídem, p. 116.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ Ídem, pp. 116, 123-129.

⁷⁶ Ídem, pp. 131-136.

⁷⁷ Ídem, p. 134.

⁷⁸ Ídem, p. 127.

⁷⁹ Ídem.

evidencia. Es ella —concluye Montori— quien ha demostrado a la admiración y veneración de millares de niños las virtudes de nuestros grandes patricios, el genio de nuestros artistas y la sabiduría de nuestros filósofos”.⁸⁰

► **3.**

Si todo discurso está conformado por infinidad de actos forjadores de sentido, el discurso pedagógico de la “nación” cubana pudiera definirse, entonces, como un *coctel* en el cual gestos políticos, maniobras jurídicas y estrategias escriturales se fusionan para refrendar la necesidad de la república, pero, sobre todo, para reificar el canon de sus principales beneficiarios.

De hecho asistimos a una doble formalización de la “historia”. Primero, como relato “hagiográfico” más que historiográfico, con tropos bien definidos (el héroe, el hecho político) y una disposición estable que obedece a las reglas del juego de la narrativa (presentación, nudo y desenlace).

Segundo, como disciplina institucionalizada que se encamina a homogeneizar un tipo de saber, o dicho de otra forma, como espisteme sin-

crónico e ineludible si se quieren obtener competencias intelectuales y ascendencia social.

El complejo pedagógico doméstico, como todo mecanismo proclive a la reproducción de el (los) poder(es), reedita una y otra vez la estructura del carrusel: del Estado, a las instituciones, al sujeto; de este último, a las instituciones, al Estado. En ese mismo y obsesivo itinerario se ve envuelta la “ciudad letrada”, llevando a cuestras, cual Sísifo, la piedra filosofal de la tradición.

A pesar de su matiz ficcional y excluyente, la pedagogía sentó las bases de la “cubanidad”, de un patriotismo adulterado, pero a la par objetivado en el consumo del mito, lo cual permite hablar no sólo de la naturaleza construida del nacionalismo, sino también, de su cariz estructurante, consagrador de la pertinencia (y de la pertenencia) de una identidad.



⁸⁰ Ídem, p. 137.

conquistas institucionales imposibles en la colonia. Sin embargo, no bastaban con unas cuantas instituciones. Se precisaba el cambio de mentalidad, y esto, sin dudas, es una herencia importante del siglo XIX y una apropiación seria de las modificaciones que se venían operando en el modo de analizar la historia cultural de los pueblos. El concepto de mentalidad reivindicaba zonas de estudios hasta ese momento vedadas. Aquello que no es observable, que se objetiviza al cabo de múltiples mediaciones ocultas en lo que se ha llamado la psicología social. Esto lo captó Vitier. Y no por casualidad sus obras más relevantes como *La filosofía en Cuba* (1948), *Las ideas en Cuba* y *Valoraciones*, están atravesadas, todas, por este concepto.

Consciente de la inestabilidad de la época en que vivió, cuando según su certero criterio estaban en crisis todos los valores que habían predomi-

nado con el dominio de la razón en el mundo, Vitier se empeñó en rescatar lo que él llamó “el cultivo de las propensiones superiores del hombre”. Porque sabía que en nombre de esa razón también habían ocurrido hechos terribles como las dos guerras mundiales. Y a Cuba no le fue ajeno el espíritu de posguerra y las consecuencias del universo econó-

mico capitalista, mientras vivía su propia tragedia de neocolonia yanqui. Resultaba vital la reconquista de una espiritualidad perdida y de este modo se planteó que la tarea era educacional, la cual calificó de “preocupación, de cautela, de sufrimiento”.

Vuelvo a insistir que el dominio de las posibilidades de comprensión que ofrecía el concepto de mentalidad, le permitió a Vitier alcanzar una dimensión social del problema de la educación mucho más profunda que quizá ningún otro pudo

poseer. En sus textos se advierten análisis muy singulares, propios, más que de un especialista que busca determinada didáctica para la enseñanza —la cual nunca se propuso—, sí de un pensador que encontró en la historia de las ideas y de la filosofía, en Cuba, el camino de propuestas más generalizadoras en su presente.

Me permito unas ideas previas sólo para considerar el movimiento de renovación pedagógica, contemporáneo al autor, que influyó notablemente en el quehacer pedagógico cubano en la búsqueda y remodificación de las bases teóricas de la escuela cubana.

Alrededor de la década del 30 empiezan a madurar en Cuba concepciones que defendían los aportes de la escuela moderna. Desde mucho antes, inicios de siglo, se revelaba la necesidad de la transformación de la enseñanza en Cuba. Claro está que esta idea formaba parte de la tradición del pensamiento cubano del siglo XIX. Mas, en el mundo, sin obviar lo mejor de las ideas educacionales del pasado —Locke, Rousseau, Basedow, Pestalozzi, otros— se pensaba con nuevos términos que apuntaban a la conformación de un conjunto de teorías sobre la educación. Me refiero a John Dewey, Cecilio Roddie y Hermann Lietz, quienes apenas comenzaban su labor docente en los años finales del XIX.

Deben recordarse, además, las teorías del interés y de la apercepción sostenida por Herbart, el sistema de educación integral, trabajo manual y enseñanza estimulada por el interés y respeto de la libertad, defendida por Pablo Rabín. De igual manera, para asombro de quienes indagamos por vez primera la historia de la educación en Cuba, nos asalta la presencia de las propuestas educativas de Alexei Tolstoi, sobre todo, la referida a la disciplina autónoma del niño, y la teoría de Froebel, quien sustituye la instrucción libresca por una educación realizada mediante la libre actividad del niño.

De manera, que los factores pedagógicos de la llamada nueva educación no constituyeron un descubrimiento totalmente novedoso, sino que tuvieron raíces profundas en el pensamiento pedagógico del pasado. Sus formulaciones y reformulaciones obedecieron a las circunstancias históricas del siglo XX —los factores sociales y

ALICIA CONDE RODRÍGUEZ
Licenciada en Filosofía, labora como investigadora agregada en el Instituto de Filosofía y como profesora por colaboración en Historia de la Filosofía en el departamento de esa especialidad en la Universidad de La Habana; en este mismo centro universitario desempeña funciones como especialista en el proyecto científico de Historia de las Ideas. Ha publicado diversos artículos en publicaciones cubanas y extranjeras.

económicos,² el universo ideocultural, la conciencia de época— que hicieron posible la prevalencia y la justificación de la concepción pragmática del hombre, la concepción idealista y la concepción plenaria del hombre. Esta última verificaba la naturaleza compleja del hombre, lo cual le merecía una especial atención por parte de nuestros educadores. Como es de notar, el pensamiento pedagógico guarda estrecha relación con las ideas filosóficas de sus autores. Puede decirse, de modo general, que la reacción contra el mecanicismo de los positivistas del siglo XIX —el llamado naturalismo crítico— aceleró el proceso de reivindicación del “reino de los valores” en la estructuración de las nuevas teorías educacionales. Destacados representantes del pensamiento filosóficos de la época —humanismo, idealismo, personalismo, filosofía de sentido o de la vida y otros— trataron de demostrar que “hay una intuición de valores”, de no menor significación que los de la ciencia.

Por otra parte, si tenemos en cuenta la importancia de la psicología en la pedagogía, nos sentimos obligados a revelar los referentes que en estas zonas del saber humano favorecieron una explicación psicológica de los fenómenos mentales en la nueva pedagogía: los conductistas o psicólogos del comportamiento, los psicólogos de la forma (la *Gestalt* de los alemanes) y los psicólogos de la vida o comprensión. Sobre esta última diría Spranger que “comprender significa penetrar en la constelación de valores que es propia de una relación espiritual”.³

La atmósfera intelectual de la época era en esencia renovadora. Tanto los estudios históricos como los pedagógicos alcanzaban perspectivas que favorecían la profundización de las materias tratadas. En el caso de Medardo Vitier, resulta visible la autoconciencia de la nueva morfología no sólo de la escuela, de la pedagogía en el mundo, sino de la historia, de la manera de hacer historia. El profundo sentido de lo histórico de sus ideas educacionales, el uso de conceptos provenientes del campo del análisis histórico en el quehacer pedagógico, hacen pensar en una singular formación en la cual las influencias y confluencias de la historia y el pensamiento educacional permiten una visión, no sólo más abarcadora del pro-

blema de la enseñanza en Cuba, sino más plena de vigor.

Sólo apuntaré, finalmente, que en Cuba existía —en la época que nos ocupa— un conocimiento de lo más avanzado de la escuela moderna de Europa, Estados Unidos y América. Las escuelas norteamericanas —la Emerson, la Wyman, la Sherman, la Dozier, la Grant, la Washington, la Froebel, la Sumner High, la Haward, la Normal, entre otras— eran modelos de escuelas para la Isla desde los inicios del XX. Los métodos renovadores generados por la llamada escuela activa: el Plan Dalton, el método de proyectos de Cuisinet, de Decroly influían en la labor educativa de los pedagogos cubanos.

En realidad se realizaban todos los esfuerzos posibles por orientar las actividades educacionales de Cuba en la línea moderna prevaleciente en los principales países del mundo.⁴ Sin embargo, considero bueno aclarar brevemente influencias particulares que tuvo Medardo Vitier en los empeños transformadores de la enseñanza cubana.

² Éstos fueron decisivos en el movimiento pedagógico de 1930. Pueden sintetizarse así: a) el ritmo demasiado acelerado en las sociedades civilizadas, perfeccionamiento de las técnicas productivas, multiplicación del rendimiento del obrero, rapidez de las comunicaciones, inestabilidad del grupo social; b) abandono progresivo de los campos; c) concentración de enormes multitudes en urbes gigantescas; d) transformación de la familia.

³ Alfredo M. Aguayo: *Problemas de la nueva educación*, Imp. Cutland, La Habana, 1936, p. 35.

⁴ Debe tenerse en cuenta, en la búsqueda de todas las escuelas y métodos que influyeron en Cuba durante las décadas del 30 y del 40 del siglo XX, *Labor Educativa* (1939), texto del pedagogo cubano Eduardo Torres Morales.

Debo aclarar, además, que la fuerte reacción al positivismo en las décadas iniciales del presente siglo, no sólo tiene como protagonista los estudios históricos, sino también los pedagógicos. Por eso puede hablarse de toda una renovación en el campo de la pedagogía como reacción a la concepción positivista, al mismo tiempo que existe la renovación de las investigaciones históricas en el mundo y en Cuba. Puedo afirmar que de igual manera que existe una prehistoria de la renovación histórica en Cuba, se objetiviza un precedente teórico o histórico de la renovación pedagógica.

Me refiero a Enrique José Varona, quizás el más cercano. “Los tratados de Psicología, Lógica y Moral que escribió Varona fueron en su tiempo la mejor exposición de esas disciplinas hechas en lengua española. La psicología, sobre todo, ha sido reelaborada por una diversidad de tendencias desde 1880, en que el entonces joven filósofo empezó sus cursos en la Academia de Ciencias. Hoy no puede adoptarse su texto; pero no tengo noticia de ninguno tan bien escrito”.⁵ A él dedicaría Vitier todo el reconocimiento que le merecía por devolver a su terrenalidad los estudios sociales.

Recordaba que, a pesar del traslado de la metodología de las ciencias naturales a las “del espíritu”, el positivismo demostró que los fenómenos de la realidad podían estudiarse, al contrario de la metafísica que explicaba las realidades a través de construcciones teóricas *a priori*. En su texto “Varona, maestro de juventudes” de 1937, Vitier rinde homenaje a aquel que, como secretario de Instrucción Pública del gobierno interventor norteamericano, la reforma de la educación en Cuba, elabora y pone en vigor el Plan Varona. Este plan estaba bajo la influencia de la escuela norteamericana y fue especialmente importante en lo referente a los estudios universitarios. A propósito, Vitier pregunta a Varona: “¿cuáles son, a su juicio, los tres males más terribles y persistentes de nuestra herencia colonial?” Las respuestas están recogidas, como página inédita, en el tomo I de *Valoraciones*: a) la falta de honradez cívica, b) la ostentación superior a los medios económicos, c) el ansia de lucrar rápidamente.

Los escritos de Vitier denuncian su acuerdo con Rickert, tan relevante para la nueva visión metodológica. Del autor de *Siete ensayos sobre la realidad peruana* se percata de la decisión del peruano de no ser dogmático y afirma que su generación es de “posibilidades, de revisiones, de avances”. De Rodó diría que era, por excelencia, “el director de conciencias hispanoamericanas”.

Le dedica especial atención al importante pensador español José Ortega y Gasset. Difiere de la concepción de éste sobre la negación de la naturaleza del hombre. De aceptar esto —infierre Vitier— no resultaría posible establecer fines

a la educación. Es un autor contemporáneo recurrente en la mayoría de sus textos, unas veces para coincidir, otras para discernir. En su obra se perciben las palabras aleccionadoras de Gasset, cuando afirma que “la originalidad es lo que no se busca, pero se encuentra. A primera vista excluye toda captura metódica. No hay receta para ser original; sin embargo, hay una muy simple: no imitar, ser fiel a la circunstancia”.⁶

Y precisamente esto, la fidelidad a su tiempo, lo hizo vivir su propio destino, el destino de la Cuba neocolonial. Torcer ese camino, librar al pensamiento de prejuicios, dotó a su obra de una singular originalidad.

¿Por qué, a pesar de que los colegios creados en la República eran superiores a los de la colonia —en cuanto a edificaciones, organización—, que los equipos con que se contaba, para los laboratorios de física y de química, eran muy superiores, que, incluso, el plan de estudios primario y secundario estaban supeditados, en gran parte, a los planes redactados en Madrid, se volvía a José de la Luz y Caballero? Fue una pregunta a la cual Vitier se sintió obligado a responder a cierto colega que no entendía las razones de tal vuelta.

Es cierto que de las propuestas de Luz sobre educación en el siglo XIX había “mucho factor superado”, como reafirmara Vitier. Los métodos de enseñanza se rectificaron a la luz de la didáctica contemporánea a Vitier. Aunque hay que admitir que Luz se adelantó de manera considerable a lo que después se llamó “escuela nueva”. No obstante, en momentos de reorientación, en Cuba se revitalizaba, más que un concepto, un sentir.

El fundador de el colegio El Salvador (1848) puso a disposición de todo el alumnado y el profesorado los 5 000 volúmenes de su biblioteca particular. Existía un equipo de excelentes profesores en el Colegio, aunque no era uniforme el profesorado. Se dedicaban clases especiales de filosofía, alemán y latín a los alumnos más aventajados. Se procuraba estar a la altura de lo más

⁵ Medardo Vitier: *Valoraciones*, Departamento de Relaciones Culturales, Universidad Central de Las Villas, 1960-1961, t. 1, p. 23.

⁶ José Ortega y Gasset: *Rectificación de la República*, Imp. de Gala Sáez, Madrid, 1944, p. 13.

avanzado de la ciencia y de poseer el método moderno de investigación.

Nos refugiamos, entonces, en una verdad tan sencilla como profunda. Lo importante es lo que no se ve. Vitier evoca a Sanguily, cuando éste acentuaba, después de muerto José de la Luz, que “El Colegio había sido y seguía siendo el espíritu mismo del país”. Se refería a las minorías que aún daban calor a las ideas de aquel maestro. Así, Vitier dejaría para nuestro conocimiento: “En ese fecundo contenido pensé cuando dije que el signo de la hora está en volver a Luz. Porque él fundó una institución docente con un propósito nacional y desde allí quiso alterar, cambiar la mentalidad cubana, nada menos, ¿lo consiguió? Por lo pronto no se mide la eficacia de estos empeños por el resultado neto sino por su intensidad, por el ambiente que crea, por la estela moral, duradera, dignificante. Además logró infundir un sentido de elevación humana en buen número de los que se formaron en las aulas de El Salvador. Eso es: se formaron. Para tal finalidad abandonó Luz la carrera del sacerdocio, para dedicarse como misionero a la obra cubana de acrecentar la estatura del espíritu”.⁷ Era la actitud lo que importaba a Vitier. Ésa era esencialmente la herencia vital de José de la Luz y Caballero.

Medardo Vitier distingue entre un programa y una actitud. Todo lo extraordinario de aquel hombre “se funda en su actitud”. No es trasmisible la eficacia pedagógica de Luz —argumenta Vitier— porque como maestro era inimitable. Sólo así puede entenderse la influencia que ejerció como educador y el alcance social de sus ideas.

En tiempo de reorientación social en general y educacional en particular, Vitier encuentra fecundidad, entonces, en la obra de José de la Luz. Los problemas que tenía que enfrentar eran por supuesto otros, pero la proyección moral y espiritual, que es lo que interesa en el educador, habría de ser la misma. Apunta que durante la República hubo urgente necesidad en Cuba de movilizar la “doble reserva del conocimiento y del decoro”.

Vitier resume los problemas de la educación así: el programa, la técnica educacional y la legislación. El programa incluye la orientación de la vida. A su juicio, nunca debe ser rígido. Debe contener lo que debe aprenderse, creer y practi-

car. La técnica educacional se refiere a la aplicación de teorías científicas (la mayoría de las veces psicológicas) al quehacer escolar. En cuanto a la legislación auguraba que todavía quedaba mucho por hacer para que se lograra una reforma general de la ley docente. Señalaba, además, como una tarea inminente imprimir la severidad adecuada al aprendizaje y la “pureza del ambiente escolar académico”. De ese modo sometía a crítica el sistema de copias en el aprendizaje, la escasa consulta de libros fuertes. Para ello proponía aumentar el número de días lectivos, que los alumnos vencieran los cursos con esfuerzo, alcanzar un conocimiento coherente, organizado, tomar conciencia del sentido moral de las cosas, de la dignidad ciudadana.

Advierte que siempre hay una creencia filosófica implícita en todo sistema de enseñanza. No es necesario volver aquí sobre el tema. Simplemente agregar que para la formación del hombre se necesita una amplísima información sobre las diversas ciencias que lo estudian. Es lo que Vitier llamó “base fuerte” en la educación.

Por otra parte, señala que la filosofía ha pasado siglos “en una alternancia de primados”. Unas veces el intelecto, otras la voluntad, otras lo biológico, etc. Cualquiera de estas prevalencias ha tenido nefastas consecuencias en el entendimiento del hombre y de la realidad. Estudia los efectos que han provocado históricamente privilegiar el intelecto, por ejemplo, para la gramática, la literatura y la lógica. Ninguno de los factores mencionados es el único. Se precisa aprender las cosas como son, en su complejidad. De otro modo no resulta posible entender la totalidad de lo humano. En su crítica al intelectualismo argumenta: “Tenemos necesidad de depurar el intelectualismo y el racionalismo. Por una parte, se han excedido. Por otra, los han deformado, y hoy (...) arrecia un irracionalismo desolado, con riesgo de los valores éticos. Y a más de ese irracionalismo filosófico, cala en la conducta otro, el práctico, que es barbarie pseudocivilizada”.⁸

⁷ Medardo Vitier: “Luz y Caballero como educador”, en *Valoraciones*, ed. cit., t. I, p. 333.

⁸ *Ibidem*, p. 109.

Todo enfoque reduccionista afecta los valores, la escuela, la sociedad en general. Vitier enfoca los hechos sociales articulados. No debe olvidarse que la perspectiva de los hechos sociales totales era una conquista de la sociología de la época. En la enseñanza inciden —a su juicio— múltiples elementos, por muy lejanos que en apariencia se encuentren éstos.

No fue ajena su preocupación a la necesidad de crear un sistema de educación. Éste requería —en su opinión— de dos aspectos: el vínculo con las realidades nacionales y la expresión concreta del tipo de sociedad a que se aspira. Todo sistema educativo debe tener en cuenta, para él, los siguientes criterios:

- a) Peculiaridades geográficas del país.
- b) Historia que le ha dado personalidad.
- c) Referencia a los caracteres de la nación.
- d) Número de bachilleres, y de maestros proporcional con la población del país.
- e) Ingreso desigual de estudiantes de cada provincia.
- f) Reforma del Plan de Estudios (materias ordinarias y otras necesarias al maestro rural).
- g) Singularidad de cada provincia.

Para Vitier, la escuela entraña un sentido de la vida, la creación de un tipo de ciudadanía. Ataca la falta de visión de los positivistas acerca de la importancia del humanismo en el aprendizaje. Defiende lo axiológico contra cierta primacía científica. He aquí su prédica: “El sabio siempre da lección ética no de lo que estudia sino cómo lo estudia, la probidad, mesura, fervor en la búsqueda de la verdad, la confesión de ignorancia en determinadas zonas”.⁹ Esto es, se forma, al mismo tiempo que se informa.

Pero la escuela, además, reforma, y también deforma. Para impedir esto último, Vitier sugiere no la inseguridad, la angustia que nos paraliza frente a los problemas de la escuela, sino un programa de acción que comprenda tres elementos básicos:

- a) Reafirmación de aquellos valores cuya validez no cambia en lo profundo del hombre.
- b) Cambio de los métodos empleados para que esos valores se tornen en vivencias.
- c) Flexibilidad mental para acoger las novedades doctrinales o de otro orden, si son congruen-

tes con los credos humanos de perennidad.

Afirma que en la escuela lo fecundo es que el estudio se torne cosa viva, “fluida, comunicativa”. Al maestro puede faltarle conocimiento de teorías psicológicas, pero no puede carecer del entusiasmo necesario ante sus alumnos. “Toca a algunos atesorar virtudes para distribuir consuelos”, sentenció Luz para caracterizar al verdadero maestro. “Éste —afirma Vitier— no se forma sólo a virtud de programas de Física, Anatomía, Geografía, Matemáticas... sino que necesita lecturas variadísimas donde sienta los problemas y los dolores del hombre en el mundo. Sí, porque la educación, si ha de influir, tiene que marchar al compás de la vida, y ésta es multiforme, intrincada. A veces las épocas presentan una cerrazón de tinieblas”.¹⁰

Alienta al profesorado a no abandonar los valores mayores que pueden salvar a la nación de una caída espiritual definitiva. Argumenta que el bien, en sus variadísimas formas, “no es aleatorio”, sino condición perenne de la dignidad humana. El deber del maestro es, para él, habitar a los alumnos a que piensen por sí mismos y logren una dirección personal de sus vidas, que aprendan a dudar, a rectificar sus juicios, a confesar errores, a buscar la verdad.

Vitier sabía que para lograr ciertos propósitos, la escuela debía, primero, definirlos. Era una urgencia de su tiempo. En una de sus notas valorativas anuncia que “con el doctor Alfredo M. Aguayo, el doctor Luciano Martínez —y sus continuadores— la Universidad ha animado mucho los estudios educacionales”. Sin embargo, afirma que “cabe un impulso: acentuar sin prisa y sin estridencia, la cuestión de los fines. No creo que debe ser uno de tantos temas de la Filosofía de la Educación. Cuba no está para esa tranquilidad pedagógica”.¹¹

El fin fundamental de la educación es el hombre. Los fines entrañan dos direcciones: la intelectual y la volitiva. La fuente decisiva de los fines es la realidad cubana.

⁹ Medardo Vitier: *Valoraciones*, ed. cit., t. II, p. 53.

¹⁰ Medardo Vitier: “Luz y Caballero como educador”, en *Valoraciones*, ed. cit., t. I, p. 150.

¹¹ Medardo Vitier: *Valoraciones*, ed. cit., t. I, p. 342.

La teoría educacional, como se ha demostrado, no puede sustraerse de las corrientes de ideas de la época. Si ésta llega a ser crítica, como en la etapa de Cuba republicana, entonces los movimientos ideológicos son más intensos. Por esa razón, la formulación de los fines no resultó fácil. Se asistía a una desintegración cultural, a una movilidad de criterios muy fuertes. Pero, como el propio Vitier advirtiera, “nunca se desintegra toda la cultura”, lo necesario perdura. Parece una paradoja pero es así. El texto *Valoraciones* inicia sus primeras páginas con una palabra muy sugerente: Actitud. Así se titula el primer artículo, no escogido, por cierto, por simple azar. Encierra toda una lógica del pensador.

Allí asevera: “Porque estamos en una actitud desconfiada, sin prisa para adoptar cánones nuevos o furor iconoclasta. El mundo pensante no se apega ahora a ninguna ortodoxia ni la seducen heterodoxias asoladoras”.¹²

Mas, lo sí cierto es la resolución del intelectual cubano de una actitud cubana ante los problemas de Cuba. Pero una actitud para que pueda desenvolverse con inteligencia no debía ceñirse totalmente a la herencia social de la sociedad cubana ni al ambiente intelectual de la época. El equilibrio, como en todo, resultaba fundamental. Sólo el estudio de la realidad y el pensamiento pasado y contemporáneo, podrían decidir los elementos útiles para conformar los fines de la escuela.

Para ello, Vitier construye un “cuadro de ideas” como él mismo lo llamara, que le sirviera de base, de punto de partida en la elaboración de esos fines. A su juicio, valioso por cierto, mucho más importante que el conocimiento sistemático de los filósofos de todas las épocas. Aunque esta información no deja de ser imprescindible, no se trata del conocimiento por el conocimiento mismo, sino de asumir toda la herencia y experiencia teórica e histórica para interpretar hechos y procesos de una manera particular, como lo merece la circunstancia en cuestión.

Sus propuestas son el resultado, entonces, de los tratadistas de la Filosofía de la Educación, la observación de realidades sociales y la medita-

ción de las realidades cubanas, que, en fin de cuentas, constituía una vieja preocupación de su pensamiento.

El cuadro previo que establece contiene las siguientes ideas:

- **1. Realidades humanas.**
 - a) La estructura del Estado.
 - b) El fluir de la sociedad.
 - c) El destino del individuo (en su peculiaridad y en su solidaridad).
- **2. Epocas orgánicas y épocas críticas.**
 - a) Nuestro siglo es crítico.
 - b) El siglo VI, el XVI, el XVII también fueron críticos.
- **3. Grandes antítesis existentes.**
 - a) Ciencia y humanismo (antítesis intelectual).
 - b) Interés y esfuerzo (antítesis pedagógica).
 - c) Tipo humano triunfador práctico y tipo obligado a valores (antítesis ética).
- **4. ¿Qué fines?**
 - a) ¿Adaptarse a fines establecidos?
 - b) ¿Elegir entre los fines en pugna?
 - c) ¿Crear fines?
- **5. Nexos entre las doctrinas filosóficas y la educación.**

Hay que precisar el tránsito de lo filosófico a lo educacional. Esto, por ejemplo, en la variedad de formas del naturalismo, en los sistemas dualistas.
- **6. Lo humano universal.**

Es la clave, pero no elemento único. También interesa: lo occidental, lo hispanoamericano y la formación cubana.

En todo esto interviene la llamada historia de la cultura.
- **7. La mentalidad reinante.**
 - a) Casi siempre hay mentalidades antitéticas.
 - b) Hay alternancia en la preeminencia de esas mentalidades.
 - c) Necesitamos determinar cuál prevalece en cada momento.
 - d) Hay que formar la mentalidad a favor de los fines que se buscan.
 - e) En esto, lo primero es creer. Vivir es creer. La mentalidad sin credos no busca fines eficaces.
- **8. El concepto de cultura.**

Sus aplicaciones han sido intelectuales. No se ha manejado el concepto con referencia

ética (cultura literaria, científica, pero no cultura moral).

• **9. Separación de medios y fines.**

Debe existir distinción, no separación.

• **10. Concepto de educación.**

a) El cultivo de las propensiones superiores del hombre.

b) Existe una teoría educacional que se propone educar a tenor de los cambios que sobrevienen constantemente. A pesar de no ser totalmente falsa, olvida la existencia de valores “persistentes, probados ya en sus aplicaciones”.

c) Educar también es reorientar.

11. La idea de progreso.

a) Se utilizó, en demasía, el término en el siglo xviii (Iluminismo).

b) Ha perdido vigor, posteriormente, por emplearse vagamente.

c) Merece precisión el concepto.

d) Progresan la técnica, las ciencias, el arte, pero ¿progresan el hombre en sí?

e) Los valores del espíritu no fracasan nunca.¹³

La orientación fundamental que Vitier pretendía darle a la escuela, trascendía la problemática institucional. No sólo se trataba de cambiar instituciones, sino de modelar el tipo de sociedad adecuada para favorecer la dignidad humana, el conjunto de valores que habría que fomentar y desarrollar. Somete a implacable crítica a las autoridades en Filosofía de la Educación, profesores extranjeros (Bruchbach, Breed, Bade, Kandel, Ledge, Adler), que no aplicaban sus teorías, ignoraban la suerte de la sociedad, el destino de las escuelas. La “cultura de propósitos”, como él la llamó, no prevalecía. En este sentido observa: “Disertan encantados, no sé si de situarse lejos. Pero da la coincidencia de que la materia que tratan está muy cerca de todos: de la tradición, de la innovación, de la quiebra, de los credos, de la miseria en que viven miles y miles de niños... Sí, muy cerca de todo, de lo noble y de lo perverso”.¹⁴

Por su parte, consciente de que la remodelación de la enseñanza resultaría un proceso lento, acude a señalar los fines de la educación:

1. Conservación de la raza.

2. Formar el interés por la conservación de la tierra, por el sentido patrio y por la indepen-

dencia económica.

3. Eliminación de todo lo nocivo que sobrevive en la República.

4. Formar el criterio de la honradez.

5. Fidelidad al régimen democrático de Cuba, como aspiración.

6. El cuidado del idioma.

7. Obtener un alcance postescolar de la enseñanza.

8. Asegurar la dignidad humana.

9. Aprender a vivir.

10. Aprender a sufrir.

11. Asegurar el cultivo personal en lo referido a la formación de hábitos mentales y de conducta.

12. Asegurar la eficiencia de los egresados de la escuela primaria superior y de los institutos de segunda enseñanza.¹⁵

Los fines planteados por Vitier pueden entenderse desde su íntima convicción de hacer conciencia del problema en el país. De su tino es su previsión. No puede cambiarse el carácter de un pueblo con leyes. El cambio de mentalidad constituye un proceso complejo en el cual intervienen múltiples factores. Y por otra parte, la advertencia de Transímaco de que la ley es el interés del más fuerte, no queda en el olvido. Sin embargo, como hemos observado, la Constitución del 40 concedió posibilidades a la cultura que hasta ese momento estaban vedadas. Pero ésta no deviene la cuestión esencial. La legislación de un país, en su integralidad, puede favorecer o no el cambio de la visión que hasta ese momento se mantenía de las cosas. Puede afirmarse de manera categórica que en Cuba no se cumplió esa Constitución, en su totalidad, yo diría más, en su esencialidad.

Si significativos resultan los fines de la educación que propone uno de nuestros más ilustres historiadores de las ideas en Cuba, no lo es menos el hecho de que éstos se incorporaron a las escuelas y se transfiguraron de acuerdo con

¹³ *Ibíd.*, p. 182.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 198.

¹⁵ Medardo Vitier: *Valoraciones*, ed. cit., t. II, p. 280.

las peculiaridades de cada institución y con la capacidad creadora de sus maestros. Esto resultaba, sin dudas, lo más importante.

La preocupación educacional de este pensador también se dirigía a la búsqueda de un método para explicar realidades sociales. No cree en las “construcciones prematuras”. Se distingue como Luz del conocimiento *a priori* y prefiere en materia metodológica la “inducción *versus* especulación”.

Piensa, a la par de Luz, que el más grande favor que puede hacerse a la juventud es “empaparla en el espíritu de crítica. Que estudie antes de fallar; que no repita ni aprenda de memoria *Euridimi qui iudicatis*”.¹⁶

El espíritu científico que anima su ideario educacional lo induce a rechazar cualquier posición reduccionista en el estudio de la sociedad, sea esta intelectualista, voluntarista o cualquier otra. En verdad, para él no existe “disciplina aislada”. Enjuicia de antiacadémico ignorar los nexos de las diferentes esferas del saber que en realidad son reflejo de la vida. Por esa razón esencial supone los fines educacionales y la Filosofía de la Educación como el producto de estudios sobre Lógica, la Teoría del Conocimiento, el Derecho, la Literatura, la Psicología, la Teoría del Estado, la Historia, las Matemáticas, la Física, la Economía Política.

Dentro de los supuestos específicos de la Filosofía de la Educación, acepta la herencia social, la Mesología, la Psicología (intereses del niño), la axiología, el elemento teológico y el teleológico.

Admite que la identificación hecha por John Dewey de la Filosofía con la Educación, es positiva, porque a partir de ésta, la visión resulta más abarcadora. Dice: “Ninguna de las ramas del conocimiento ilumina tanto la filosofía como la Educación. La filosofía exhibe, descontenta, sus tradicionales ‘cuestiones abiertas’ sobre el ser, el fluir, los valores, el objeto de la vida, el libre albedrío, el determinismo, los límites del conocimiento, la índole del espíritu, etc. La educación al enfrentarse con el individuo real y orientarlo, toca todas esas cuestiones, a veces a la luz de teorías que se aplican, pero también con tanteos prácticos, porque no podemos esperar por la unanimidad filosófica para educar”.¹⁷

La educación debe ser coherente en sus presupuestos, lo mismo que en sus fines. Las conquistas del espíritu humano no deben ser contrarias a la formulación de nuevas propuestas que respondan a circunstancias nuevas. Los límites del pragmatismo radican, precisamente, en privilegiar sólo las “*new situations*” que suceden continuamente en un “*changing world*”. No se trata de negar el constante fluir de la realidad, sino de no abandonar aquellos valores que se consideraran estables en el transcurso de la historia de la humanidad.

Pero en la sociedad neocolonial que le tocó influir de manera positiva a Vitier no existía interés educador. La democracia era una noble aspiración. Sólo eso. Mira la política con reserva, aunque admitiría más de una vez que sí podía hacer, “en el sentido fecundo del término”. Defensor del cristianismo suponía que la solución de los problemas educacionales debía ser laico. No obstante —dice—, “si la solución que alivie al mundo, en plano laico, se funda en principios cristianos, tanto mejor”.¹⁸ Cree, en definitiva, en la reorganización de los valores basados en la solidaridad, sin lo cual no habría una “edificación ética” ni un desarrollo de la dignidad humana. Concibe errónea la creencia de que la escuela y otras instituciones posean la capacidad de salvar a la sociedad. Pero tampoco cree en la revolución como medio de salvación. Sus inquietudes lo animaron a transitar calladamente los caminos del rescate cultural que ayudarían no poco a la formación de la conciencia nacional sobre una escuela cubana. Quizá sea ésa la razón de su intensa proximidad con aquel pensador del siglo pasado, de quien diría: “José de la Luz en El Salvador tuvo el alto designio de salvar conciencias. Lo consiguió en un limitado grupo, con resonancia por cierto duradera. Pero una sociedad no se transforma por la acción de un hombre ni de una institución (...) Quedan así, situadas acá y allá, en la Historia, esas luces... son

¹⁶ José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, t. I, “Cuestión de método”, Editorial Universidad de La Habana, 1946, p. 7.

¹⁷ Medardo Vitier: *Valoraciones*, p. 53.

¹⁸ *Ibidem*, p. 142.

avisos, son gritos en las tinieblas. Son advertencias de quienes se consagraron a percibir los fallos de la sociedad y a subsanar siquiera con la intención”.

Pienso entonces en aquel texto entrañable que todo cubano debía leer y que es, de hecho, lectura obligada de todo aquel que esté comprometido de alguna manera con el magisterio. Me refiero a *Notas para una formación humana* de 1948. Sólo apenas dos años atrás, el autor de la *Didáctica de la Escuela Nueva* (1943), Alfredo Miguel Aguayo, había reconsiderado su concepción acerca de la escuela moderna fundiendo lo que ésta concebía separadamente; es decir, las asignaturas formativas e informativas. A partir de esta nueva comprensión, el viejo dilema entre la escuela tradicional y la moderna quedaba superado. Su texto *La escuela novísima o escuela del porvenir* (1946) así lo confirma. Pero este cercano antecedente también nos reafirma que Medardo Vitier formaba parte de un profesorado que recuperaba la actitud de lo más avanzado del magisterio cubano del siglo XIX: la transformación de la enseñanza basada en la idea alentadora del deber ser de la sociedad.

Notas para una formación humana deviene un camino para andar. No sólo es un propósito del autor enumerar aquellas lecturas que estima formativas —como lo hiciera su contemporáneo Jorge Mañach—, sino, sobre todo, indicar los “asuntos centrales” que orienten a la juventud en sus estudios culturales y le permitan lograr un conocimiento coherente, organizado. Le interesa transmitir lo esencial. El resto sería el fruto del esfuerzo y la voluntad en la búsqueda del conocimiento. La “bondad genuina en el individuo y el pensamiento crítico frente a hechos y doctrinas”,¹⁹ es la propuesta de Vitier como las dos finalidades esenciales de su magisterio. Todo el tiempo el maestro forma al mismo tiempo que informa. No sólo se trata de impartir determinada materia, sino de enseñar el método, o los métodos, con los cuales se llegó a su dominio. Desconfía del rígido academicismo y prefiere distinguir la lectura oficial —la establecida en la enseñanza— de la lectura más amplia y enriquecedora de la cultura —la que él llama con justicia “lo penetrable”—. No apartar a la juventud de

las “obras fundamentales” para su formación orgánica, resulta tan importante para Vitier como no alejarla de la sociedad real en que vive. De suceder esto último crearía una dualidad entre la lección de la escuela y la dinámica de la vida que tomaría la enseñanza en un proceso infecundo e inútil.

La cuestión estriba en propiciar un vínculo estrecho entre la escuela y la vida. Aun cuando la realidad no sea la deseable, la escuela debe afrontarla, conocerla, preparar al estudiantado para transformarla. Pero en modo alguno podría ser posible sin la profunda convicción del deber ser de la sociedad, sin la actitud profunda de un mejoramiento. O sea, la lección debe ser “realista y educadora” de manera, que haya una conciencia de la unidad orgánica en la enseñanza. Pero ésta, incluso, trasciende los límites de la escuela para lograr lo que Vitier llamara la “solidaridad de propósitos”. La educabilidad sólo es realizable con la participación múltiple de toda la sociedad. Lo contrario también provocaría la infecundidad de la enseñanza. En este sentido habla el autor de *Las ideas y la filosofía en Cuba* de la ausencia de un Estado educador en su tiempo.

Y pensar nuestro tiempo nos induce a incorporar estas ideas que forman parte de la tradición del pensamiento pedagógico cubano desde el XIX. La formación del hombre requiere la asimilación de los valores perennes, la viabilidad para el cambio de mentalidad inevitable con los cambios de época, de situaciones sociales diferentes y el cultivo de la naturaleza humana. Separar cualquiera de estos elementos del resto, privilegiando de algún modo, significaría el fracaso de una perspectiva de mejoramiento de la sociedad, de superarse a sí misma. Vitier argumentaría que “ya el mundo pasó por tiempos de transformación análogos al nuestro, y jamás se ‘empezó’ de nuevo: siempre se canceló lo agotado y caduco incorporando las reformas a la persistencia útil de lo viejo, que de otra suerte no podríamos hablar de la *unidad de la cultura* (el subrayado es nuestro, A. C.). Así que ni asus-

¹⁹ Medardo Vitier: “Notas para una formación humana”, en *Revista Cubana*, vol. XXIII, enero-diciembre de 1948, p. 110.

tarse de cosas nuevas que traen sacudimientos necesarios ni negar toda la hechura del pasado”.²⁰ Ahí radica la idea de la continuidad y la ruptura del pensamiento de épocas distintas. Lo que se acepta y lo que se rechaza tienen que ver ante todo con la visión y la concepción humanista de la época en cuestión. Medardo Vitier profiere severa advertencia a los maestros cubanos sobre los peligros de las absolutizaciones: “Si acentúa la tradición, cuidado con los criterios estáticos y con la intolerancia; si se enamora de la innovación, ojo con la ceguera que nos lleva a negar nobles conquistas del pasado; si todo lo fía a la personalidad, obliguese a leer no poca psicología educativa y no se entregue como quiera a cuanto teoría aparece. Lo importante, como mínimo, es que cada maestro perciba claramente esas tres partes de su tarea. Por lo demás, resulta inevitable que según las propensiones individuales, uno se atenga a tal factor, otros a tal otro. Trabajar en la enseñanza sin esas luces previas y constantes es, por definición, rutina”.²¹

Si la unidad de la cultura constituye un concepto básico en la evidencia del desarrollo espiritual del hombre, no lo es menos el hecho de que en el individuo deben coexistir los resultados de todas las realizaciones humanas —la filosófica, la científica, la historia ideológica, la literatura— para que pueda hablarse de una verdadera formación. Se trata aquí de un concepto imprescindible para la formación humana: la “solidaridad de la cultura”. Poco puede esperarse de la sociedad que no cuente con una enseñanza dirigida a esta integralidad. La escuela, según este concepto, anula la especialización, que lejos de formar, deforma. Se trata, para Medardo Vitier, de una escuela de “nociones y virtudes”. Lo primero incluye todo conocimiento posible, lo segundo apunta a las preocupaciones cívicas y a la “tolerancia en las ideas”, sugerencia oportuna de lo que Varela sentenciaría: “divididos se odian y odiados se destruyen”.

Entre los textos básicos recomendados por Vitier a la juventud cubana, se encontraba la *Historia universal del hombre* de Kahler, la cual él calificara de buen “ejemplo del nuevo modo de escribir la historia”. Aludía, por supuesto, a la historia soterrada, a lo que no se ve, a los “cambios lentos

de mentalidad”. No es casual que así fuera, pues se trataba, a su juicio, de dirigir la mirada de los estudiosos hacia las nuevas orientaciones de los estudios históricos en el mundo. Pero del mismo modo sucedía con la filosofía, a la cual sugería no encerrarse en sí misma, sino asimilar lo que otras ciencias que estudian al hombre producían para comprender a fondo los procesos históricos. Me refiero al Derecho, a la Teoría del Estado, a la Psicología, la Epistemología y a la Pedagogía de la época. Así, la *Historia de la teoría política* de Sabine, la *Psicología de la educación* de Skinnel, *A History of Social Philosophy* de Ellwood, la obra filosófica de Dewey, de Hibben, de Cohen y Nagel, por sólo citar algunos, se confiaban a la juventud para que encontrase por sí misma una racionalidad capaz de explicar el mundo en que vivían y contribuir a su modificación.

Debo aclarar, no obstante, que los textos recomendados por Vitier no se reducían a su contemporaneidad. Era necesario, y lo es, el estudio serio del siglo XIX cubano y universal. De este último, desde las contribuciones de las teorías sociales, la Biología, la Fisiología, el romanticismo, la Psicología, el positivismo hasta Marx, quien, a su juicio, buscaba en “la Economía la clave de todo en la Historia”.²² Lo que interesaba profundamente a Vitier, y esa idea la enfatiza con recurrencia, que no se perdiera el estudioso de la cultura en la múltiple diversidad de concepciones producidas por la intelectualidad, sino que tuviera siempre el “instinto de lo esencial”. No faltó su propuesta para lograrlo: “distinguir los métodos en boga, discernir las actitudes del espíritu, determinar los centros de la sucesiva gravitación de los intereses, distinguir la corriente que prevalece, la pugna entre varias corrientes, la articulación de las épocas”.²³ Era, en fin, indicar los caminos, como él le llamara, su “lección central”. Y bien sabemos que toda su obra constituye un verdadero manifiesto de magisterio

²⁰ *Ibidem*, p. 122.

²¹ *Ibidem*, p. 125.

²² Debe tenerse en cuenta que Medardo Vitier no poseía un conocimiento profundo de la obra de Marx.

²³ Medardo Vitier: “Notas...”, art. cit., p. 72.

cubano. Los análisis, la reflexión, incluyen la limitación de lo no abordado, pero quedaba ahí, en la confesión humilde de quien sabe que no todo puede acometerse, que las condicionantes son infinitas, que nadie podría atraparlas. Pero ése es el costo de la verdad, siempre su riesgo. Por eso nos da la impresión que todo lo dejaba como un punto de partida para que la dura tarea de penetrar en lo hondo de la sociedad, del pensamiento, fuera continuada.

En su prólogo a la *Miscelánea filosófica* de Félix Varela comentó que “un método para pensar afecta, en sus resonancias, toda la estructura de una sociedad y puede alterar una época”.²⁴ ¿No constituye una herencia teórica e histórica del pensamiento pedagógico cubano, no sólo la importancia vital del conocimiento, sino también y sobre todo el método con que se conocía? ¿Acaso puede haber preocupación mayor que una sociedad que no se piense a sí misma? ¿Puede haber aliento de reconstrucción sin pensamiento en construcción? ¿Puede pensarse una revolución sin desentrañar todos los elementos que la atacan desde adentro? ¿No es la experiencia pedagógica del pasado reveladora de los desaciertos de la escuela del presente? ¿Se trata de transigir o de transitar caminos más escarpados?

Sólo es admisible la asunción de nuestra herencia pedagógica desde una perspectiva del presente. Sólo así puede el pasado revelarnos su sentido. “Generaciones flojas, desaprensivas, son incapaces de interrogar a épocas viriles”,²⁵ afirmaba el pensador alemán Eucken en su obra *Humanismo, iluminismo alemán del siglo XVIII*. Y no se equivocaba. Sin una capacidad espiritual que nos permita hacer una sociedad vigorosa, plena, no podríamos buscar ni siquiera sugerencias en aquellos que sí tuvieron la posibilidad crítica de su pensamiento y su realidad. Los hallazgos no son pocos, pero tal vez eso resulte lo menos importante. Sí lo es la actitud que se asuma ante lo conocido para las urgencias del presente. Las experiencias de lo que ayer fue, puede ser hoy un aviso oportuno o un intento oportunista de manipulación.

Las ideas educacionales de Medardo Vitier y toda su obra, lo denuncian como uno de nuestros grandes de la historia ideológica y cultural

cubana. Nunca se trató en él de una imitación de propuestas ajenas, sí de una recepción de la actitud pedagógica y el espíritu patriótico de la tradición cubana de la enseñanza en su “alternancia” —como él dijera— con lo universal, a partir de las realidades económicas, política y social de la República neocolonial. Dirigió su esfuerzo intelectual a las necesidades cubanas, a los problemas cubanos. Escogió el camino de la cultura en momentos de efervescencias políticas en Cuba. Eso puede resultar muy discutible. Pero, a mi juicio, no deja de ser grande. Conservar la cultura de un pueblo significa defender una de las bases más fuertes que sostienen su nacionalidad, su capacidad de ser. ¿Qué hubiese sido del destino de Cuba, sin aquellos que le concedieron todo el brillo de su talento? No se trata de un enfoque culturalista.

Muy al contrario, sin la remodificación de las estructuras económicas y políticas, la neocolonia no hubiese perecido, aun cuando contara con minorías alentadoras. Esto es cierto. Pero debe tenerse en su justo lugar a quienes hicieron labor de sembradores y supieron, como aseverara Max Henríquez Ureña en 1915, que “la clase intelectual está obligada, más que otra alguna, a actuar en la vida nacional. Debe hacer oír siempre su voz, debe hacerse atender y debe hacerse respetar.

Para ello necesita, ante todo, realizar una labor generosa y desinteresada en favor de la cultura pública, tal como un grupo de hombres resueltos lo ha venido realizando desde hace años con inquebrantable tesón”.²⁶

Y no es casual el permanente desvelo de quienes nunca se resignaron ni se resignan hoy a una sociedad que renuncie a las tradiciones en aras de un punto de partida nulo, sin pasado, con un presente incierto que perdería las perspectivas de su superación. Las preguntas siguen latentes:

²⁴ Medardo Vitier: “Prólogo”, en *Félix Varela: Miscelánea filosófica*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1944, p. 5.

²⁵ Medardo Vitier: *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970, p. 208.

²⁶ Max Henríquez Ureña: “El deber de la clase intelectual”, en *Revista Cuba Contemporánea*, no. 2, 1915, p. 124.

¿Cómo construir las bases de una sociedad en que primen la ética y el humanismo? ¿Cómo favorecer las actitudes humanas orientadas al “bien común”, a la creación de una conciencia colectiva? ¿Cómo conservar la dignidad humana y la espiritualidad en tiempos de ruina de valores, de primacía del individualismo en el mundo? ¿Puede una institución, o un grupo de ellas, un hombre o un grupo de hombres, determinar la conciencia y más allá... la mentalidad, o mentalidades de toda una sociedad? La historia observa momentos de transformación radical en la cosmovisión y conducta de una gran mayoría. Son las revoluciones. También se producen largos períodos de tensión, en los cuales fuerzas diferentes, con intereses diversos, contribuyen a una resultante mejor o peor en las mentalidades de una sociedad. Éstas, a su vez, la desarrollan o frenan. Pienso que estamos viviendo una época de rompimientos de inercias, en todo, pero sobre todo en el pensamiento. Nos convencen los hechos, la vida, que

hay que pensar la revolución... para salvarla. Y la educación, como siempre lo fue, es hoy reflexión esencial en la sociedad, porque ella refleja con mayor nitidez su deterioro, pero también su capacidad de impulso para el mejoramiento humano, si se lo propone.

El fin de siglo nos acerca a esta razón histórica. Nos aferramos a ella porque sabemos que es la opción. Se levanta la preocupación por lo humano. Medardo Vitier puede ayudar mucho. El desarrollo de las ideas más revolucionarias sólo resultará posible a partir del reconocimiento del pensamiento creador en la historia ideológica cubana, como experiencia histórica para la interpretación y la remodificación de nuestra realidad actual.



xx asumió de manera acrítica, esta otra, no menos atractiva. El conde sería, en esta otra visión, el primero en prever y sugerir la independencia latinoamericana y la expansión de Estados Unidos a costa de sus vecinos más débiles. Significativamente, las cosas marcharon al revés de lo que debieron haber sido. Mientras la imagen del negativo Aranda se fortalecía en la España de Franco, en América, a partir de la década del 30 se acusaba de apócrifo el único documento que por entonces se conocía del conde, el cual contenía

EDUARDO TORRES-CUEVAS
Doctor en Ciencias Históricas,
profesor titular en la Universidad
de La Habana, preside la Casa de
Altos Estudios Don Fernando
Ortiz en esa Universidad. Autor
de múltiples ensayos y artículos,
ha publicado en Cuba y en el
exterior, así como ha participado
en encuentros vinculados a los
estudios de la Historia en el país
y fuera de él.

sus ideas en torno a
ambas Américas.
Me refiero al memo-
rial que le dirigió al
rey Carlos III en 1782,
después de haber
firmado, como re-
presentante de Es-
paña, el acta de paz
mediante la cual
Gran Bretaña reco-
nocía la indepen-
dencia de Estados
Unidos.

En la continuación de mis estudios e investigaciones, el ilustre aragonés aparecía con cierta periodicidad y en otra dimensión mucho más importante para los estudios sobre Cuba. Documento tras documento, se iban acumulando una imagen y una información que hacían ver en esta figura al gran promotor oculto de las reformas que se introducen en Cuba a partir de 1763.

Hace unos 20 años, empezó a aparecer en España una nueva visión de Aranda. Seriamente documentada, fue demoliendo toda la mitomanía antiarandista de una historiografía más permeada por la ideología e inevitablemente tendenciosa que no podía escapar a ciertas condicionantes de la historia española.¹ Para entonces, mi interés en el conde estaba centrado en lo que significaban su acción política y sus concepciones ilustradas en todo el movimiento de reformas llevado a cabo en Cuba en la segunda mitad del siglo XVIII. Reducido el proceso a la pura dinámica del ingenio —no toda la historia de Cuba se escribió con azúcar—, apenas si contaban las causas reales de tales transformaciones. Ya en

aquel momento estaba demostrado que ni Aranda era francmasón, ni un conspirador contra la Corona, ni un afrancesado —en el sentido peyorativo con que se había establecido ese concepto en la Península —.

Al destacado investigador español Ferrer Benimeli debo el acceso a otros documentos que completaron mi visión de Aranda y de su papel en las reformas cubanas. Esta información se halla en los archivos zaragozanos.

► Las razones de Estado, bien entendidas

Para el estudioso del siglo XVIII americano no resulta difícil llegar a la conclusión de que los mecanismos de funcionamiento al interior del Imperio español apenas se conocen. No hablo, por supuesto, del amasijo de leyes, reales cédulas y reales órdenes con que en audiencias y Consejo se aprecia, apenas, la punta del *iceberg* que anuncia la existencia de todo un entramado sociopolítico, económico y cultural allende el Atlántico. Víctima de los esquemas —y, ¿por qué no?, de los prejuicios—, surgidos en los siglos XIX y XX, la centuria de las Luces en la América española apenas parece incidir en sus destinos ulteriores. Más bien, se nos presenta como un tiempo inmóvil al cual las conmociones independentistas de inicios del XIX, parecen separar de España sin mucho sentido y, para algunos, sin ninguna lógica interna, salvo la “maldad” de Gran Bretaña, ansiosa de venganza y vilmente interesada.

El Siglo de la Razón europea es, en América, el siglo en que se hace racional el sentimiento, hasta entonces indefinido, del criollo. La Razón latinoamericana no devino una simple imitación servil del proceso europeo; una simple traducción de las *lumières* francesas; más a fondo, fue una auténtica y vigorosa brotación, hija legítima de una América española que intentaba autorreconocerse en toda la calidad de su multiculturalidad.

¹ Personalmente leí con avidez los libros del doctor José Antonio Ferrer Benimeli: *Masonería, Iglesia e Ilustración* (Fundación Universitaria Española, Madrid, 1983, 4 vols.) y el que, junto con el doctor R. Olachea, tituló *El conde de Aranda. Mito y realidad de un político aragonés* (Colección Aragón, Zaragoza, 1978, 2 vols.).

multicolor. El criollo (etimológicamente, “el pollo criado en casa”), de padres españoles, africanos, o de cualquier otra parte, mestizado con las más diversas etnias aborígenes, es, para el siglo XVIII, el “hombre americano”, nacido en el mundo nuevo y sin memoria histórica del lugar de origen de sus padres. Por entonces, era común hablar de españoles americanos y españoles peninsulares. El Atlántico unía más que separaba a las dos Españas, la peninsular y la americana.²

La ruptura de esa España de dos dimensiones, complementarias entre sí, ya comienza a observarse en la segunda mitad del siglo XVIII; coincidentemente, también es el nacimiento de dos Américas, la latina y la anglosajona. Ante esta problemática —la existencia de una España americana más que de una América española, la fragilidad que une a las dos Españas y el evidente avance de las fuerzas inevitables que quebrarán su unidad—, la figura de Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, X conde de Aranda, adquiere relieves extraordinarios.

Desde el punto de vista de un análisis americano de las proyecciones del conde de Aranda, no existió un político español de la época que tuviese tan clara y precisa percepción de la problemática americana y, aún más, de sus consecuencias para la España europea. Sus predicciones —“cálculos”, los llamaría él—, basadas en su realismo, se cumplieron casi matemáticamente; sus sueños americanos —sería más justo decir españoles, si se tiene en cuenta lo que entendía por España— constituyen una utopía que, no obstante, invita a pensar en lo que de ella era posible y cómo hubiera podido incidir en la historia posterior del continente; su práctica política marcó la realidad del Nuevo Mundo. Formó una elite de hombres ilustrados, muchos de los cuales incidirían de manera decisiva en las reformas de Cuba. ¿Cómo explicar el extraordinario y certero pensamiento americano de Aranda?, ¿cuál es su verdadero sentido e intención?, ¿qué dejó a América y a España?

En primer lugar, se hace necesario entender qué directrices del pensamiento de Aranda condicionaron sus actuaciones y, en segundo, las condiciones concretas ante las cuales tuvo que encontrar claves para defender los intereses que

representaba. Para ello, además, hay que tener especial cuidado en precisar cuál es el contenido real de los conceptos que utiliza, porque no siempre se corresponde con el que se les incorporó en los siglos XIX y XX.

En los documentos de Aranda se aprecia una clara concepción de qué es para él España, como nación (el Imperio) o como Estado (la Corona); conceptos, ambos, con un contenido premoderno. En 1778 le escribía al Príncipe de Asturias, heredero de la Corona, que ésta estaba formada por “dos porciones: la Europa y la América”;³ en la misma idea insistía en 1781, “la constitución de esta Corona es muy diferente de las demás; porque consiste en dos posesiones muy distantes una de otra, y con vastos mares que cruzar, para darse la mano en lo posible”.⁴ Esta idea estaba reforzada por una larga historia y por las características del propio imperio español: la legislación indiana colocaba como partes iguales e integrantes de él a las colonias americanas; sus habitantes eran vasallos del rey en igualdad de condiciones que los de la Península. El concepto de colonia, por entonces utilizado, era en el sentido romano y no en el de la modernidad capitalista. Ésta es la concepción que traza la política de Aranda, particularmente americana.

Lo anterior explica sus “razones de Estado” a la hora de elegir entre aliados y enemigos. Si la otra España es América, si en ella está el horizonte que en Europa cortan los Pirineos, si en sus mares y tierras se decide el destino del imperio —es decir, de la nación española—, no cabe duda que sólo hay un enemigo capaz de discutirle su integralidad: Inglaterra. Su abierta enemistad a Gran Bretaña constituye una poderosa y decisiva “razón de Estado” al claro estilo del siglo XVIII. Esto explicaría, a su vez, su constante

² Por el breve espacio para este trabajo, sólo apunto lo esencial de algunas tesis y remito al lector a una bibliografía más amplia. Para el tema del criollo: Eduardo Torres-Cuevas: “En busca de la cubanidad I, II, III”, en *Debates Americanos*, La Habana, nos. 1, 2 y 3, 1995-1996.

³ José A. Ferrer Benimeli: “Política americana del Conde de Aranda”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, diciembre de 1988, p. 84.

⁴ *Ibidem*, p. 87.

búsqueda de alianzas con Francia. Era Aranda tan fervorosamente español, tan profundamente un estadista de los intereses de su patria, que enemigos y amigos pasaron siempre por este rasero implacable. Pero si se desconoce, a la hora de emitir juicios, su España de dos dimensiones, entonces no se entenderán sus estrategias políticas. La España del siglo XVIII ya no podía, por sí sola, defender su imperio; en el enfrentamiento por la hegemonía sólo podía escogerse, para aliado o para enemigo, entre Francia e Inglaterra. Ya en 1761 precisa la cuestión: “Siempre he considerado a los ingleses nuestros mayores y precisos enemigos por razón de los intereses, y a los franceses nuestros peores amigos”.⁵ En este, como en otros documentos, queda claro el sentido de la razón arandista: los intereses de España. Estos criterios los puso siempre por encima de las coyunturas políticas o de las simpatías ideológicas; fuese Francia monárquica o republicana: “por su esencia tendría siempre más analogía con la España que no la Inglaterra, mirando estos asuntos como de Estado a Estado por sus constituciones, carácter de naciones e intereses respectivos a cada una”.⁶ Esta visión también explica su posición hacia el movimiento independentista norteamericano y su valoración del surgimiento de un nuevo rival para sus dos Españas.

Lo interesante de los memoriales de Aranda, así como de su acción americana, descansa en cómo defendió, en lo político, en lo militar y en lo diplomático, la integridad y el desarrollo de la España americana; aún más, cómo pudo comprender sus intereses e, incluso, al nacer una nueva época, cómo estaba destinada a desaparecer la antigua configuración para dar origen al hecho político latinoamericano.

► Cuba en el vórtice

Las primeras relaciones de Aranda con América se desarrollan a tenor de la Guerra de los Siete Años. Primero, con su memorial de 1761 en el cual aparecen sus ideas iniciales sobre el destino del Nuevo Mundo y la clara conciencia de que hay que detener a los británicos en América; segundo, cuando, al retorno victorioso de la campaña de Portugal, preside el tribunal militar

que juzgó y condenó al gobernador de Cuba, Juan del Prado Portocarrero y Malleza, por la desacertada defensa y la rendición de La Habana ante los ingleses.

Hacia 1758, el político aragonés ya opinaba que en la guerra que libraban Francia e Inglaterra, España no podía permanecer neutral. La razón que aduce, al igual que el duque de Choiseul, era “el peligro a que se verían expuestos los establecimientos españoles en América si las colonias francesas, que le servían de barrera, eran conquistadas por los ingleses”.⁷

En su memoria de 1761, Aranda considera inevitable la alianza con Francia y la guerra con Inglaterra, no por simpatías para una y antipatías para la otra, sino porque su España de dos dimensiones quedaba abiertamente amenazada si se producía el triunfo británico: “si hay algo que en el siglo XVIII sirva de denominador común para englobar las directrices políticas universales de España, Francia e Inglaterra, ese algo es América”.⁸ Y agrega el profesor Ferrer Benimeli: “parodiando lo anterior, podríamos afirmar, en igual medida, que sí hay algo en el conde de Aranda que sirva de denominador común a su pensamiento y actuaciones políticas y diplomáticas, ese algo es precisamente América”.⁹ Me gustaría agregar que si hay algo que le permitió a Aranda entender a América ese algo fue Cuba. Si su primer contacto, por lo menos que conste documentalmente, con América fue la Guerra de los Siete Años, su primer encuentro con Cuba fue el juicio a Portocarrero.

Los resultados desastrosos para la alianza franco-española en el continente americano habían demostrado lo obsoleto de las viejas concepciones y, al mismo tiempo, creado una nueva y peligrosa situación. En estas circunstancias, el previsor y victorioso Aranda devino la figura

⁵ *Ibidem*, p. 75.

⁶ *Ibidem*, p. 91.

⁷ José A. Ferrer Benimeli, *ob. cit.*, p. 72.

⁸ M. Hernández: “La paz de 1783 y la misión de Bernardo del Campo en Londres”, en *Estudios de Historia Moderna II*, Barcelona, 1952, p. 180.

⁹ José A. Ferrer Benimeli, *ob. cit.*, p. 75.

clave para el diseño y puesta en práctica de una nueva política.¹⁰

Como consecuencia de la derrota de la alianza franco-española, Francia desaparecía como potencia americana; con ello, los territorios españoles e ingleses quedaban limítrofes y en espacios imprecisos. Inglaterra había adquirido todo el territorio de Canadá (con lo cual quedaba liberada de toda amenaza por la parte norte de sus posesiones), parte de Luisiana (con lo que ampliaba sus territorios en el noroeste del Mississippi, haciéndolos fronterizos con la Nueva España) y las islas antillanas de Granada, San Vicente, Dominica y Tobago (con lo cual aseguraba y ampliaba su presencia en el Caribe). Por su parte, España tuvo que ceder la península de la Florida y Pensacola a cambio de la devolución de La Habana y permitir la presencia británica en Honduras. En compensación, recibió de Francia la otra parte de Luisiana. A un buen observador, dos cosas quedaban claras: en una nueva confrontación, España estaría sola en América frente a Gran Bretaña y su aliado incondicional, Portugal; dueña Inglaterra de los mares, difícil, si no imposible, resultaría la defensa de esos territorios contando con las fuerzas peninsulares. En la creación de una nueva estrategia, avalado por la agudeza de su pensamiento y por sus victorias, se halla el conde de Aranda.

Cuba, por su posición estratégica, por la importancia que se le concedía en el equilibrio militar y comercial de la relación América-España, fue elegida para iniciar un profundo recambio en el funcionamiento interno del Imperio.

Alrededor del aragonés se conformó lo que he dado en llamar el “Grupo Aranda”.¹¹ Éste estaba formado, entre otros, de hombres de larga tradición americana o nacidos en el Nuevo Mundo. Entre ellos se destaca Francisco Antonio Cajigal y de la Vega, quien había gobernado durante 23 años en Cuba, había operado victoriosamente en la Isla contra los ingleses en 1741 y desarrollado toda una amplia concepción económico-militar sobre la base de las fuerzas internas. Por otra parte, Cajigal se había casado en Cuba y su fortuna se basaba en los negocios que había desarrollado en la Isla por lo cual era, también, un conocedor de los problemas económicos ame-

ricanos. Un papel relevante en este grupo lo tendría su hijo Juan Manuel Cajigal, nacido en Cuba y que será nombrado gobernador de la Isla durante la guerra de independencia de Estados Unidos. Los Cajigal constituían un modelo de hábiles funcionarios españoles que habían hecho carrera sobre la base de la íntima unión con la oligarquía criolla. De hombres como ellos partió la idea del plan de reformas para América, tomándose a Cuba, por su decisiva importancia estratégica, como el terreno propicio para el ensayo.

El primer momento de ese proceso de profundas reformas en Cuba lo constituye el gobierno de Riela. En esencia, su misión parece haber sido el estudio, análisis y elaboración de los proyectos. También iniciar su ejecución.

El proceso de reformas en Cuba puede dividirse en varias etapas; éstas abarcarían desde 1763 hasta 1808; por lo menos, hasta el gobierno de don Luis de las Casas, en todas ellas participaron destacados miembros del “Grupo Aranda” o personas que estuvieron bajo su influencia. En aquella política de antecámaras y recámaras, el secreto se hallaba en la red de influencias que a veces decidían más que los títulos y cargos oficiales. A la parte peninsular de los partidarios de Aranda se le ha dado el nombre del “Partido Aragonés”. Lo más sobresaliente de este grupo es haber realizado, con sus incompletitudes y contradicciones, el proyecto de reorganización de la sociedad española bajo el paradigma de la Ilustración, con los rasgos peculiares del pensamiento español. Los hombres enviados a Cuba también formaban parte de esa concepción.

Por gestiones de Aranda, se nombró a su primo hermano, Ambrosio de Funes y Villalpando,

¹⁰ Los incidentes alrededor de las concepciones de Prado Portocarrero que llevaron al juicio en que fue condenado por la rendición de La Habana, así como todo lo referente a las discusiones con respecto a los resultados de la Guerra de los Siete Años en América, pueden verse en las Actas del Cabildo de la ciudad de La Habana. El expediente del juicio en Jaime Delgado: “El Conde de Riela, Capitán General de Cuba”, en *Revista de Historia de América*, nos. 55-56, 1963, pp. 41-138.

¹¹ Acerca de la formación del “Grupo Aranda”, así como de sus actividades en Cuba, véase Eduardo Torres-Cuevas: “Lo que le debe la independencia de Estados Unidos a Cuba. Una ayuda olvidada” (inédito).

conde de Ricla, gobernador de Cuba, haciéndolo venir desde Rusia donde se desempeñaba como embajador. A sus órdenes se envió un grupo de cercanos colaboradores de Aranda. Éste estaba formado por el general de origen irlandés Alejandro O'Reilly, quien había servido a sus órdenes en Portugal; a él se le encomendó la reorganización militar de las fuerzas de la Isla. De segundo de Ricla, venía otro de los hombres de la campaña portuguesa y compañero, como vocal, de Aranda en el juicio a Portocarrero, Diego Antonio Manrique. De segundo de O'Reilly, un francés que había servido a las órdenes del conde, el coronel Antonio de Raffelin. Los proyectos de defensa de la ciudad de La Habana, que abarcaban fortificaciones y reurbanización, estuvieron a cargo de otros dos conocidos de Aranda, los ingenieros y brigadieres militares Jorge y Silvestre Abarca, ambos sucesivamente nombrados directores del proyecto. En ello contaron con el arquitecto alemán Agustín Cramer y los ingenieros españoles Pascual Jiménez de Cisneros y Pedro Medina. Estos nombres, así como sus continuadores en los diversos cargos y proyectos, son expresivos de la alta concentración creadora que reunió en La Habana a especialistas de los más diversos ramos.

La actividad desarrollada fue intensa. La nueva concepción militar descansó en el criterio, sostenido por Aranda, de que sólo el incremento de la economía de la Isla podía permitir el mantenimiento y desarrollo estable y con autonomía operacional de las fuerzas militares. Éstas quedaron formadas, en lo esencial, por criollos. Tanto Ricla como O'Reilly elaboraron numerosas memorias e informes que daban una visión integral de la situación y los medios para el desarrollo económico de la Isla.¹² No son pocos los aspectos de los informes de Aranda que se encuentran ya en estos documentos. En particular, los planes de fomento de la agricultura, las críticas al funcionamiento del sistema de justicia, la denuncia a las arbitrariedades de gobernadores y funcionarios, y la ponderación de los americanos para la defensa de su territorio. La concepción reformista puesta en práctica por entonces fue el resultado de un profundo análisis de la realidad cubana.

► Los hombres de la Reforma

Para 1763, la economía cubana contaba con todas las potencialidades para un importante salto económico. La presencia de una fuerte acumulación de capitales, el crecimiento demográfico, su estratégica posición geográfica, la existencia de tierras fértiles —surcadas de ríos y relativamente cercanas a las costas y puertos— y una infraestructura agrario-productiva basada en, por un lado, la amplia presencia de una masa campesina formada por sitieros y estancieros (dedicados a la producción de varios renglones para el consumo interno) y vegueros (dedicados al tabaco de exportación), aunque muchos campesinos simultaneaban las distintas formas de producción; por otro, la de los grandes propietarios de tierras dedicadas a la ganadería, al incremento de los ingenios, a la tala de bosques y al alquiler de tierras a censo. Todo este conjunto de factores naturales y humanos constituía una buena base para crear un amplio complejo económico-social sólido, interrelacionado e interactuado como en ningún otro lugar del Caribe. La economía de este complejo sería el verdadero respaldo y sostén de la estrategia defensivo-ofensiva en el área más neurálgica del imperio colonial español. A ello se unía la existencia, en las principales ciudades, de un activo artesanado y

¹² En particular, merece especial mención la memoria del general Alejandro O'Reilly: *Descripción de la Isla de Cuba. Ganados, Haciendas, Frutos y Comercio. Motivos de su poco adelantamiento: Cuias causas se explican, para el remedio, pudiendo por las maiores proporciones que tiene contribuir al poder de la Monarquía y felicidad de España* (1ro. abril de 1764), Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, Miscelánea de Ayala, sig. 2819, no. 1509. Vale la pena comparar este documento de O'Reilly con la famosa memoria de Arango y Parreño sobre la agricultura en La Habana. El famoso sacarócrata cubano inserta toda su concepción en la perspectiva del informe de O'Reilly, escrita casi 30 años antes. En otro sentido, resulta una preciosa joya, para estudiar la reestructuración proyectada para las defensas y reurbanización de la ciudad de La Habana, el informe y los planos que se reúnen en Silvestre Abarca: *Proyecto de defensa de la Plaza de la Havana y sus castillos, hechos por el brigadier e ingeniero director Silvestre Abarca en 31 de Diciembre de 1773*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961.

la presencia del mayor astillero español en América. La política de reformas sólo tenía que desatar las trabas y encontrar las vías para, desde la realidad insular, fomentar el desarrollo económico y social del país.

Es significativo observar que todos los gobernadores enviados a esta Isla en la segunda mitad del siglo XVIII, empezando con Ricla, recibieron una serie de instrucciones en relación con el trabajo a realizar. La más relevante, a mi entender, de las sugerencias era aquella que recomendaba el entendimiento y buen trato a los criollos de posición económica privilegiada. De una recomendación, pasó a ser parte esencial de una práctica intimista y sanguínea. De ahí nació la todopoderosa oligarquía azucarera criolla del siglo XIX. Quien la estudie podrá ver claramente la existencia de un tronco genealógico hispano y de otro cubano al interior de cada familia. La concepción azucarero-esclavista, más allá que plantacionista, quedó desde los inicios bien establecida. No resulta casual que Arango y Parreño ubique en el gobierno de Ricla el comienzo de la verdadera historia de Cuba y “la época feliz” de la Isla.

La lectura de los informes de Ricla, O'Reilly, del abogado habanero Castro Palomino, entre otros, permite comprobar que nada del *Discurso sobre la agricultura en La Habana...* de Arango es nuevo. A modo de ejemplo me ceñiré al ya citado informe de O'Reilly de 1764. Pese a su misión militar, o más bien por ella, O'Reilly hace un estudio de la situación económica cubana de modo que la Isla pueda “pagar la tropa, marinearía, fortificaciones y administración de justicia que desde la conquista están a cargo del Rey”. Cuatro eran las causas que él sugiere como principales en el retraso de la Isla: la falta de justicia; la carencia de negros esclavos, la falta de un verdadero sistema comercial oficial capaz de extraer la producción sobrante, y la necesidad de aprovisionar la Isla a precios razonables. La falta de justicia provenía de las arbitrariedades de los alcaldes de las villas y ciudades. Las apelaciones

se hacían a la Audiencia de Santo Domingo, lo cual eternizaba las causas. El problema de la fuerza de trabajo tiene una solución: “la falta de negros para la Agricultura les deja tan pocos frutos, que es imposible su adelantamiento sin facilitarlos por cuantos medios sean conseguibles pues estos son los únicos que trabajan en los ingenios, desmontes de bosques y cuidado de ganado. Se debe asentar por principio cierto que la felicidad de esta Isla depende en la mayor parte de la introducción de negros y así tengo por utilísimo al Rey el quitar desde luego todos los impuestos y el permitir que se hagan las contratas con extranjeros que hagan más conveniencia”.¹³ Ricla fue el primero en permitir el libre acceso a puertos cubanos de buques negreros de cualquier nacionalidad.

Una última cita de O'Reilly que nos recuerda a Arango: “Los ingenios de azúcar merecen toda la protección del Rey (...) la calidad es mucho mejor que la de los portugueses, ingleses y franceses; pero como estos tienen los negros y géneros de vestir mucho más barato pueden dar su azúcar con más conveniencia”.¹⁴ Nace así la alianza de poder entre la parte de la oligarquía anterior, con el potencial económico para la carrera azucarera y ciertos círculos políticos peninsulares asociados familiar, económica, política y socialmente. El éxito en breves años de esta política incidió en el pensamiento de Aranda.

La facilidad con que se desarrollaron las reformas en Cuba contrastó con su lentitud en Nueva España y Perú. La vieja concepción colonial española había sido esencialmente territorial. Desde el siglo XVII, los franceses y los ingleses en las Antillas habían demostrado, con el sistema de plantaciones exportadoras y la explotación intensiva del suelo, la improductividad del Imperio. Haití le ofrecía a la economía francesa, hacia 1790, más que todas sus posesiones americanas a España. Ello hizo nacer el criterio arandista de la ingobernabilidad, así como de lo irrentable de tan extensos territorios. Esta idea se demostró, no como Aranda hubiese querido, cuando en el siglo XIX, después de la pérdida de los territorios continentales, Cuba se convirtió en el primer productor mundial de azúcar y significó uno de los pilares fundamentales de la eco-

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

nomía española. Si se aprecia, en todos los documentos de Aranda, posteriores a 1776, de lo único que España no debe desprenderse, por razones estratégicas y económicas, es de las Antillas. En su célebre memorial a Carlos III dice: “V. M. debe deshacerse de todas sus posesiones en el continente (...) reservándose solamente las islas de Cuba y Puerto Rico”,¹⁵ y a Floridablanca le escribe: “Portugal es lo que más convendría, y que solo él nos sería más útil que todo el continente de América, exceptuando las islas”.¹⁶

Se ha observado con anterioridad la significación que en el desarrollo económico de Cuba en este período tuvo la función anterior de La Habana como llave del Nuevo Mundo y como puerto escala del comercio entre América y Europa; pero no es éste el factor desencadenante en la intensa actividad económica que se desarrolla en el país a partir de 1763. La concepción estratégica del “Grupo Aranda”, que impone el movimiento de reformas estructurales por razones militares, crea las condiciones para el potente desarrollo azucarero-cafetalero del período. De igual forma, como pasa periódicamente en el desarrollo histórico cubano, y por ley del mercado, una parte importante de la oligarquía anterior se arruina y pierde importancia. Se conforma ahora un núcleo de poder económico, social, militar y político hispano-cubano con ramas familiares en ambas costas del Atlántico. La expansión del ingenio es resultado de esta política no su causa; el tratamiento diferenciado y preferencial que se le da a la región también parte de la experiencia anterior de las Antillas inglesas y francesas, pero tampoco es una copia de ese modelo. Es, en sí, el más atrevido de los proyectos coloniales de la España del siglo XVIII, y también, el resultado del grupo de puntera de la histórica oligarquía habanera que se desprende del resto para insertarse en lo más alto de la economía y la política peninsular. Baste aquí de ejemplo el tan mal interpretado don Luis de las Casas. En realidad era parte del “Grupo de Aranda” que llega con el conde de Riela. Desde los 13 años había estado bajo la protección del conde de Aranda y había participado en la guerra de Portugal bajo sus órdenes. Había sido su jefe directo Alejandro O’Reilly, con cuya hermana se

había casado. Cuando regresó a Cuba como gobernador, entre las propiedades de los O’Reilly estaba el famoso ingenio que se dice le fue regalado por la oligarquía habanera. Su buen gobierno en Cuba no fue más que la continuación de la política desarrollada por el “Grupo de Aranda” desde los tiempos de Riela.

Otros altos funcionarios españoles de este período estuvieron directamente vinculados con Aranda. No sólo los gobernadores Riela y Las Casas, sino también el sustituto del primero, Antonio María Bucareli, surgido de la campaña de Portugal; José de Ezpeleta; Felipe Fonsdeviela y Ondeano, natural y regidor de Zaragoza, entre otros. Como contraparte, la oligarquía habanera se integró al Grupo y envió a sus hijos al amparo de estas figuras. El más notable de ellos lo fue Gonzalo O’Farrill y Herrera, el cubano que llegaría a ser ministro de la Guerra de España, una de las principales figuras en el motín de Aranjuez, en el cual se depuso al rey Carlos IV, y uno de los hombres que le entregó España a Napoleón. O’Farrill fue un protegido del general Alejandro O’Reilly a quien llamó “su segundo padre”. El hermano de este General, el sacerdote Miguel O’Reilly, sería el preceptor de Félix Varela, el hombre que inició la reforma del pensamiento en Cuba.

Diez años después de la llegada del “Grupo Aranda”, sus miembros más destacados aparecen como propietarios de esclavos en una lista obrante en el Archivo Nacional de Cuba que sirvió de base al primer censo de población de la isla de Cuba efectuado por el marqués de la Torre en 1774. Entre éstos sobresalen los O’Reilly con más de 300 esclavos, Cramer con 200 y Silvestre Abarca con 250. No podemos precisar el caso de Raffelin, pero ya actuaba como uno de los más importantes comerciantes de la ciudad de La Habana y como agente del espionaje español en las Antillas, junto con Juan Miralles, otro comerciante habanero que sería el primer representante de España ante el Congreso Continental de los independentistas de las Trece Colonias.

¹⁵ José A. Ferrer Benimeli, ob. cit., p. 80.

¹⁶ *Ibidem*, p. 86.

► Un cálculo de dos dimensiones

Desde 1763 hasta 1776, toda la política llevada a cabo por el “Grupo Aranda” en América —reforma administrativa, incremento de los factores económicos, preparación de tropas autóctonas, creación de un nuevo sistema de fortificaciones y de rutas marítimas, los situados de México y Perú, reducción del sistema de impuestos, aumento de los sistemas de control económico mediante la Real Hacienda, introducción masiva de esclavos y fomento de las vías de este tipo de comercio, perfeccionamiento del método de explotación masiva de la esclavitud, desarrollo de una red de espionaje y subversión dentro de las colonias británicas— tenía el claro fin de prepararse para una nueva confrontación con Gran Bretaña, mejorar las rentas, incrementar la economía de la Isla y hacer operativo el pesado andamiaje de la burocracia colonial. Y, aunque no declarado, pero sí visible, el fortalecimiento económico y político del grupo insertado en el proyecto económico, social y militar cubano.

La confrontación con los ingleses se presentó al estallar el movimiento independentista de las Trece Colonias de Norteamérica. Aranda encabeza, desde junio de 1776, la tendencia en apoyo a los insurrectos, no sin percatarse de los problemas que ello implicaba: apoyar a unos rebeldes contra su Metrópoli y el nacimiento de una nación potencialmente enemiga. No obstante, su perspectiva fue acertada. Para España, esta guerra significó la liquidación del peligro inglés en América. Todas sus operaciones fueron coronadas por el éxito: se amplió el territorio de la Luisiana, se recuperaron Pensacola y la Florida, se ocuparon las Bahamas. Las tropas y los oficiales indios resultaron decisivos en todas las batallas. Particular mención tiene en esta historia el cubano Juan Manuel Cajigal y el venezolano Francisco de Miranda, ambos dentro de la influencia ilustrada y reformista del “Grupo Aranda”. No resulta casual que el segundo sea iniciador del

movimiento independentista latinoamericano y que el primero se viera envuelto en un extraño proceso que aún hoy no está aclarado.

Inglaterra perdió las Trece Colonias de Norteamérica y la pretendida hegemonía en el Caribe. El sueño antibritánico de Aranda parecía realizarse. Mas, aquí el político excepcional se percató de que una nueva época ha nacido y, con ella, un nuevo problema, Estados Unidos. Ya en 1776 escribe: “La España va a quedar mano a mano, con otra potencia sola en todo lo que es tierra firme de la América septentrional. ¿Y qué potencia? Una estable y territorial que ya ha invocado el nombre patricio de América con dos millones y medios de habitantes descendientes de europeos, que según las reglas que toman para su propagación, duplicará sus vivientes cada 25 ó 30 años, y en 50 ó 60 pueden llegar a 8 ó 10 millones de ellos, mayormente por el atractivo que ofrecerán las leyes de aquel nuevo dominio”.¹⁷ Ante las nuevas circunstancias caducan las viejas concepciones, entre ellas, la España americana: “Lo cierto es que estaríamos en el caso de variar muchas de las ideas que desde el descubrimiento de América hayan podido ser conducentes hasta ahora; porque el teatro de aquel Nuevo Mundo ya no es el mismo”.¹⁸ Tampoco lo era por otras razones y Aranda lo sabía.

El desarrollo tanto económico como de la autoconciencia latinoamericana apuntaban, a no muy largo plazo, hacia la independencia. Y, pese a los esfuerzos reformistas del “Grupo Aranda”, el conde no deja de observar y de prevenir sobre “las vejaciones de algunos gobernadores para con sus desgraciados habitantes; la distancia que los separa de la autoridad suprema a que pueden recurrir pidiendo el desagravio de sus ofensas, lo cual es causa de que a veces transcurran años sin que se atienda a sus reclamaciones; las venganzas a que permanecen expuestos mientras tanto por parte de las autoridades locales; la dificultad de conocer bien la verdad a tan gran distancia (...) no puede menos de descontentar a los habitantes de América, moviéndolos a hacer esfuerzos, a fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les sea propicia”.¹⁹

Estas ideas están ya en los informes que Rícla, O'Reilly y Las Casas, entre otros, le habían envia-

¹⁷ Joaquín Oltra y María de los Ángeles Pérez Samper: *El Conde de Aranda y los Estados Unidos*, PPU, Barcelona, 1987, pp. 29 y 30.

¹⁸ José A. Ferrer Benimeli, ob. cit., p. 78.

¹⁹ *Ibidem*, p. 81.

do. La ocasión propicia, y presentada por Aranda, se presentó en 1812; América Latina se encaminó a la independencia. La España americana —sólo concebible dentro de la vieja concepción imperial y sólo como idea política— cayó, como el viejo telón, dejando a la vista la auténtica emanación americana fraguada en su seno, las naciones latinoamericanas, una y múltiple a la vez. En previsión a los sucesos, que ve venir de manera inevitable, Aranda propone adelantarse a la historia. Deben crearse tres reinos en el Nuevo Mundo y convertir a la majestad española en emperador de las coronas peninsular y americanas. De esta forma, se le daría la independencia al Nuevo Mundo y, al mismo tiempo, quedaría por siempre unido por los invisibles lazos de familia. Y afirmaba: “yo no hago de proyectista, ni de profeta; pero esto segundo [que propongo] no es descabellado, porque la naturaleza de las cosas lo trae consigo y la diferencia no consistirá sino en años”.²⁰ Con el objetivo de resolver inteligentemente, a tiempo y sin derramamientos inútiles de sangre, de modo que entre España y América quedaran lazos indisolubles, propone crear tres grandes naciones americanas y situar al frente de cada una de ellas un infante de la Corona española en la nueva condición de rey, uno para México, otro para Perú y el tercero para Costa-Firme.

La otra asombrosa previsión de Aranda se refiere a Estados Unidos. No había acabado de firmar el tratado de paz con Inglaterra mediante el cual el coloso británico reconocía la independencia de Estados Unidos cuando le escribía a su rey Carlos III: “Acabo de ajustar y firmar un tratado de paz con la Inglaterra; en él ha queda-

do reconocida la independencia de las colonias inglesas, lo cual es para mí un motivo de dolor, de pesadumbre y de recelo”. A continuación expresa el motivo de tal dolor y recelo: “así, pues, sin entrar en algunas de estas consideraciones, me ceñiré en la actualidad a la que nos ocupa relativamente, al temor de vernos expuestos a serios peligros por la nueva potencia que acabamos de reconocer, en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerzas de dos Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir la independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y sólo pensará en su engrandecimiento. La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una población nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un gobierno naciente le atraerá agricultores y artesanos de todas las naciones y dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de este coloso de que voy hablando”.

“El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecimiento, será el apoderarse de las Floridas a fin de dominar el golfo de Méjico. Después de molestarnos así y nuestras relaciones con la Nueva España, aspirará a la conquista de este Vasto Imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya”.

“Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizarse dentro de breves años sino pre-

²⁰ “Dictámen reservado que el Conde de Aranda dio al Rey sobre la independencia de las Colonias Inglesas, después de haber hecho el tratado de paz ajustado en París el año de 1783”, en José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Editorial Alfa, La Habana, 1937, t. IV, apéndice XIII, pp.417-424. Considero altamente significativas las observaciones de Saco sobre este documento que transcribo: “tal es el célebre dictamen del conde de Aranda, del que mucho han hablado y pocos han leído, habiendo escritores españoles que hayan negado su existencia. Inédito y reservado permaneció cincuenta y dos años, hasta que en mayo de 1835 lo pu-

blicó en Madrid el americano Don Pedro de Urquinaona y Pardo, desde entonces he conservado la copia impresa que hoy se da a la luz por segunda vez, pues a mi noticia no ha llegado que antes se haya reimpresso. La simple lectura de este documento manifiesta toda su importancia y bien merece que hagamos acerca de él breves reflexiones”. Además de la versión de Saco existen otras que, aunque no varían de contenido, sí tienen notables diferencias ortográficas, en la organización de los párrafos e, incluso, cambios de palabras. Lo más significativo es que en todas aparecen los elementos centrales.

senciamos antes otras conmociones más funestas en nuestras Américas. Justifica este modo de pensar lo que ha acontecido en todos los siglos en todas las naciones que han empezado a engrandecerse. Do quiera el hombre es el mismo; la diferencia de los climas no cambia la naturaleza de nuestros sentimientos, y el que encuentra ocasión de adquirir poder y elevarse no la desperdicia jamás...”²¹

Después de estas agudas observaciones, que se cumplirán matemáticamente, en relación tanto con eso que él llama nuestras Américas como con la otra, que no es nuestra, la anglosajona, expresa sus no menos profundas ideas en torno a la América española que concuerdan con lo que ya antes había expresado y hemos comentado: “debe V.M. deshacerse de todas sus posesiones en el continente de ambas Américas, conservando tan solo las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, con objeto de que nos sirvan como escala o depósito para el comercio español. A fin de realizar este gran pensamiento de un modo que convenga a España, deben establecerse tres infantes en América: uno, como Rey de Méjico; otro como Rey del Perú, y otro como Rey de Costa-Firme, tomando V.M. el Título de Emperador”.²²

“Las concesiones de esta inmensa cesión podrían ser que los tres nuevos reyes y sus suce-

sores, reconociesen a V.M. y los príncipes que ocupen el trono después, por jefes supremos de la familia; que el rey de Méjico pagase cada año como feudo por la cesión de aquel reino una contribución en plata de un número determinado de marcos que se enviarían en barras para acuñarlos en las casas de moneda de Madrid y Sevilla. Lo mismo haría el rey del Perú pagando en oro de sus posesiones. El de Costa-Firme remitiría cada año su contribución en géneros coloniales, sobre todo, en tabaco, para abastecer los estancos del reino”.²³

A modo de conclusión, y para dejar cerrada su idea de la unidad hispánica en la diversidad de la independencia, sugiere: “estos soberanos y sus hijos, deberían casarse siempre con infantas de España o de su familia, y los príncipes españoles se enlazarían con princesas de los reinos de ultramar, de este modo se establecería una unión íntima entre las cuatro coronas, y antes de sentarse en el trono cualquiera de estos soberanos debería jurar solemnemente que cumpliría con estas condiciones. El comercio habría de hacerse bajo el pie de la más estricta reciprocidad, debiendo considerarse las cuatro naciones como unidas por la más estrecha alianza ofensiva y defensiva para su conservación y prosperidad”.²⁴

Este documento excepcional dentro de la política española con respecto a América, también tiene sus puntos débiles. Quizás, el primer observador americano de este documento lo fue el ya citado José Antonio Saco. Su crítica, aguda y precisa, advierte los talones de Aquiles del documento. Después de señalar: “si el plan de este hubiese sido adoptado y puesto en ejecución ¡cuan diferente no sería hoy la suerte de las Américas españolas! Habríase entonces evitado una guerra funesta a la metrópoli y a las colonias, pues los lazos políticos se hubieran cortado pacíficamente sin derramamiento de sangre ni perturbaciones políticas que tanto daño han causado”,²⁵ de inmediato introduce las siguientes críticas. La primera es la imposibilidad de mantener el control del monopolio mercantil sobre las regiones americanas; la segunda, “de mucha más trascendencia”, haber pensado que los príncipes de la casa de Borbón que hubiesen ido a reinar a Amé-

²¹ *Ibíd.* Acerca de este memorial de Aranda en los años 30 de nuestro siglo se retomó la duda de su existencia. En lo que he seguido, el autor mexicano José Mora reinicia esta tendencia. No obstante, apunto un elemento más sobre la credibilidad de esta memoria. Una de las fuentes de la cual la tomo es del escritor, político e historiador cubano José Antonio Saco, quien ya la poseía en 1835. En el texto hemos utilizado esencialmente la de Rafael Olaechea Albistur: “Aranda ante la independencia de los Estados Unidos”, en *Actas del Congreso de Historia de los Estados Unidos*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencias, Madrid, 1978, p. 89. Entre ambas versiones existen diferencias de forma, aunque no de contenido.

²² *Ibíd.*

²³ *Ibíd.*

²⁴ Archivo General Simancas, ed. legajo 4615-174 (facilitado por el doctor Ferrer Benimeli).

²⁵ José A. Saco, ob. cit., t. IV, p. 420.

rica se conformarían con la condición de subordinación, pues “ellos como sus pueblos las hubiesen rechazado”. Saco cree que ni el monopolio, que en este caso hubiese sido el francés, ni un tratado de alianza que arrastrara a América tras los conflictos de España, resultara mínimamente razonable ni históricamente ejecutable. Y cierra sus observaciones con este párrafo visionario: “monarquías levantadas del otro lado de los mares, tan distantes todas de sus metrópolis, mucho más extensas cada una de ellas y más ricas que España, sin fuerza esta para dominarlas, y ellas con un ejército indígena y un grandioso porvenir delante de sí, imposible era que permaneciesen largo tiempo sometidas a las onerosas y humillantes condiciones que se les imponían. Los reyes que ocuparan aquellos tronos habrían aspirado pronto a su completa independencia, y al mismo fin habrían coadyuvado los pueblos que gobernarán, pues mutuas eran sus aspiraciones a engrandecerse. De que así hubiese acontecido ofrécenos claro ejemplo la historia contemporánea en el mismo nuevo continente”.

La visión de Aranda sobre la necesidad de la independencia americana, aunque fuese en su estilo conservador y monárquico, y valga aquí lo de conservador porque para conservar lo que se puede es necesario la liberalidad de deshacerse de lo que de todas maneras se va a perder, se mantendrá ya inalterable hasta su muerte. En la carta que le escribe a Floridablanca, de 12 de marzo de 1786, reafirma la idea: “Dirá V.E. riéndose que yo sueño a veces, pues vaya uno en confirmación: mi tema es que no podemos obtener el total de nuestra América, ni por su extensión ni por la indisposición de algunas partes de ella, como Perú y Chile tan distantes de nuestras fuerzas, que ni por las tentativas que potencias europeas puedan emplear para llevarnos algún jirón o sublevarlos”.²⁶

Muy anciano ya, el 23 de febrero de 1793, escribe un nuevo documento, ya bajo la presión de la Revolución Francesa: “no puede la España, sin mucha reflexión, abandonarse en este continente a su empeño en que se había de hacer cargo que sus descalabros rechazarían en el otro hemisferio también contra sí misma; y el estado de sus infortunios había de animar a los

que pudieran ir de Europa a turbar en la América; y a los descontentos de allí con el auxilio e impresiones de extranjeros, y con la debilidad de su Matriz, alertados a recibir consejos y ayudas para conseguir su independencia”.²⁷

Acaso, pocos políticos españoles tuvieron una visión tan previsoras como la de Aranda en estos aspectos. Supo, a tiempo, lo inevitable de la independencia de América. Buscó fórmulas que de seguro hubiesen servido para una emancipación menos dolorosa, porque de todas formas resultaba inevitable. Sí fue preciso en su predicción de la inevitabilidad de la expansión americana sobre lo que él llamó Nuestras Américas. A lo largo del siglo XIX, Estados Unidos se apoderó de la Florida y de la Luisiana; despojó a México de la mitad de su territorio y, ya gigante, se lanzó contra España, precisamente hace 100 años, para desalojarla de los últimos eslabones de su otrora extenso imperio, Cuba y Puerto Rico, mediatizando la independencia de la primera y sometiendo, de hecho, la segunda. Al repensar los acontecimientos de 1898, en sus centenarios, bien valdría la pena comenzar por analizar las predicciones del conde de Aranda. Quizás, así, pueda entenderse un proceso que no fue precisamente coyuntural. Avanzaron sobre el golfo de México, y aquí en el territorio cubano, iniciarían su dominio extraterritorial sobre nuestras tierras de América. Tal lo vio el conde de Aranda.

Aunque no me gustan los escritos de ocasión, no puedo menos que pensar en la coincidencia de que en 1998, no sólo se celebran los 100 años del conflicto hispano-cubano-americano, sino también el bicentenario de la muerte de Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximenes de Urrea, conde de Aranda, quien criticó los desmanes españoles en el continente; defendió la igualdad de sus dos Españas, la peninsular y la americana; previó la inevitabilidad de la independencia americana y, también, la expansión norteamericana sobre la América española. Más específicamente, y más para los cubanos, concibió y apo-

²⁶ José A. Ferrer Benimeli: “El destierro del conde de Aranda según los despachos del embajador austríaco”, en *Hispania*, XXX, 1970, p. 62.

²⁷ Loc. cit., no. 3, p. 93.

yó el plan de reformas de Cuba, que trajo como consecuencia el desarrollo de una potente economía que sirvió de cimiento y catalizador al proceso de autoconciencia de lo cubano, sobre la base de la ciencia y la cultura. Creo que los cubanos también debemos estudiar el significativo pensamiento del primero que previó la amena-

za que sobre nuestras tierras latinoamericanas se cernía desde el norte que creció a pasos de gigante.



La Historia continúa

El doctor **Julio Le Riverend Brusone** devino animador de cultura; en Cuba y en el exterior marcó con su impronta, diáfana e intelectualmente profunda, el quehacer de la ciencia histórica en nuestros tiempos.

Para el colectivo de *Debates Americanos* resulta impostergable el dejar constancia de gratitud a quien fuera amigo y compañero, con su dedicada colaboración, pensamiento y obra, en una breve reseña que antecede al artículo de Hernán Venegas Marcelo —parte de su tesis de Diploma—, en el cual manifiesta la magnitud del tema americano en la obra del doctor **Le Riverend**, expresión del rigor y actualización de sus estudios históricos.

No queremos dejar de remitir a nuestros lectores a la entrevista concedida por el inolvidable historiador a los doctores Eduardo Torres-Cuevas y Sergio Guerra Vilaboy, la cual fuera publicada en el primer número de esta revista (enero-junio de 1995), cuyas páginas recogen reflexiones, valoraciones y riqueza de pensamiento perspectivo en el trabajo historiográfico.

Julio Le Riverend en la memoria

Luis M. de las Traviesas



tura junto a Fernando Portuondo, José Luciano Franco, Juan Pérez de la Riva, Carlos Funtanellas, Sergio Aguirre y José Antonio Portuondo, el que ahora nos deja Le Riverend enriquece el caudal intelectual mayor para quienes, junto a él, trabajamos en diversas aristas de las Ciencias Sociales.



Cuando en La Habana se iniciaban los debates del Primer Congreso de Historiadores Latinoamericanistas —siempre trabajó junto a ellos—, dejó de existir el 12 de mayo de 1998 uno de los grandes del quehacer historiográfico cubano: Julio Le Riverend Brusone.

Unido al legado científico de Ramiro Guerra, Emilio Roig de Leuchsenring y Fernando Ortiz; como formador de las nuevas generaciones de profesores e investigadores de la Historia y la cul-

Nació en la Coruña, el 22 de diciembre de 1912, cuando su padre cumplía funciones como cónsul de Cuba. Desde 1928 —cursaba aún el bachillerato—, Julio devino visita constante de la Biblioteca Nacional en su local de la Maestranza de Artillería, donde también tuvo la posibilidad de encaminar sus inquietudes sociales por cauces más radicales y avanzados gracias al estímulo de la destacada intelectual revolucionaria María Villar Buceta. En 1932, a los 20 años, ya milita en el primer Partido Comunista y en el Ala Izquierda Estudiantil; las luchas antimachadistas trajeron detenciones, cárceles y exilio. En Francia ocupó la Secretaría General de la Unión Latino-

americana de Estudiantes; también militó en el Partido Comunista francés. Con su regreso a la Isla, entre 1934 y 1935, continuaría su accionar revolucionario.

Concluyó sus estudios universitarios en la capital cubana al graduarse en 1940 de Doctor en Derecho Civil y en 1941 de Ciencias Políticas, Económicas y Sociales. En el primero de esos años resultó electo primer secretario de la recién fundada Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, a iniciativa de don Fernando Ortiz; ya en el 41 se radica en Santiago de Cuba con su entrañable esposa Mercedes Carrillo, donde ejerce como abogado de oficio en la Audiencia y como profesor de la Escuela Profesional de Comercio.

Cuando inició sus estudios en el Colegio de México en 1943, ya tenía artículos en los cuales mostraba la acumulación de sus conocimientos; desde el Colegio emprendió el proceso necesario de sistematización de esa enseñanza, pues, como apuntara en cierta ocasión, fue “añadiéndoles una visión ultracubana, luego de México y, en gran medida, la del resto de América, a lo que ya había ganado aquí en Cuba”. Partía así en su concepto “de la cubanidad a la expansión profesional del trabajo historiográfico”. Con distinciones resulta el primer egresado en 1946 con el título de Maestro de Historia en el Instituto de Antropología e Historia. Luego, en Estados Unidos, por un tiempo investigará la documentación relacionada con el desarrollo de la industria azucarera cubana.

Nuevamente en Cuba. Ocupa por oposición en 1949 la cátedra de Geografía Económica e Historia del Comercio en la Escuela Profesional de Comercio de La Habana, después la dirección del Patrimonio Nacional del Tribunal de Cuentas y presidirá las secciones de Estudios Económicos y de Estudios Sociales de la Sociedad Económica de Amigos del País; por entonces es subdirector de *Revista Bimestre Cubana* que dirige Fernando Ortiz.

Los tiempos de la segunda dictadura batistiana lo hacen exiliarse en México; allí impartiría conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Comité Mexicano de Historia de las Ideas en América, entre otras activida-

des. Con el triunfo revolucionario del 1ro. de enero de 1959, regresa a Cuba.



Nuevos caminos se abren para el incansable laboreo de Julio Le Riverend. No sólo cumplirá tareas de dirección; en el campo de los estudios de la Historia, en la orientación de investigaciones y la docencia, su presencia devino necesaria y útil. Consejero del BANFAIC en el Banco Nacional de Cuba y responsabilidades en el INRA, primero; después, profesor en la Universidad de La Habana y Las Villas. Desde 1962 y por siete años dirigirá el Archivo Nacional de Cuba, y por una década, el Instituto de Historia, ambos de la Academia de Ciencias de Cuba, de cuya institución será su vicepresidente desde el 65.

Para Le Riverend, la década del 70 constituyó un desarrollo de sus funciones intelectuales; como viceministro de Educación General y Especial del Ministerio de Educación en 1972; representante cubano en la UNESCO, 1974, y en 1977 miembro de su Consejo Ejecutivo en sustitución del inolvidable Juan Marinello; en diciembre de ese último año fue designado director de la Biblioteca Nacional José Martí.

En lo adelante, Julio continuó con su presencia decisiva en la cultura nacional, desde su asesoría en el Ministerio de Cultura. Como primer presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba amplió la cooperación con instituciones científicas dentro y fuera del país; junto a otros historiadores, fundó la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe; Casa de las Américas, el Centro de Estudios Martianos y el Instituto de Historia de Cuba, entre otros, siempre contaron con su constancia. Durante estas décadas, la solidaridad y amistad internacionales tuvieron en él un esforzado trabajador, desde las vicepresidencias de la Asociación de Amistad Cubano-Soviética y de la Asociación Cubano-Mexicana de Relaciones Culturales.

Historiador revolucionario, comprometido con su pueblo y con su tiempo, supo compartir realidades y proyectos, sueños y reveses, verdades y alegrías. Todos nos regocijamos con su Orden Félix Varela de Primer Grado, su Distinción por la Cultura Nacional y los premios Nacional de

Ciencias Sociales en 1995 y el de Historia en 1997, por el conjunto excepcional de su obra y la consecuente labor de investigación desarrollada, así como la Distinción Raúl Gómez García, las medallas XX Aniversario y la Fernando Ortiz, como las condecoraciones de la República Española y de la República Popular de Polonia, entre otras. Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, también su trabajo académico le hizo obtener, en 1973, por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Históricas.



Desde sus primeros trabajos en 1937, Julio Le Riverend Brusone devino prolijo escritor. Libros, folletos, colaboraciones en diversas obras, junto a prólogos, prefacios, introducciones, traducciones, así como sus textos aparecidos en ediciones seriadas como artículos, conferencias, charlas y entrevistas, críticas bibliográficas e intervenciones en eventos nacionales e internacionales, constituyen, a no dudar, la muestra del vastísimo realizar intelectual de una obra que se hace patrimonio. Durante más de medio siglo, ésta se amplió y profundizó dejándonos sus estudios acerca de la cultura nacional, su historia y el devenir económico de la sociedad cubana y latinoamericana; a su vez, los análisis e interpretaciones sobre la vida y pensamiento de José Martí y su constante actualización referidos a problemas medulares de la Historia.

Resultan muy ciertas las palabras del historiador y querido amigo ya desaparecido Ramón de Armas, cuando en una oportunidad escribió: “Ha sido, sin lugar a dudas, un hermoso camino, el que Julio Le Riverend ha recorrido, con sencillez y disciplinada militancia (...) Y es precisamen-

te la fecundidad de esa trayectoria la que se nos presenta como más impresionante y entrañable resultado...”.

No podemos concluir esta reseña sin dejar patente el agradecimiento al doctor Le Riverend, en su tarea de impulsar todo empeño editorial, al cual durante su vida dedicó siempre tiempo de su ocupado tiempo. Con él compartimos el Consejo Asesor de la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, aliento y dedicación que mantuvo con otras casas editoriales cubanas. Desde sus últimas jornadas, compartió en esta Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz con sus Ediciones Imagen Contemporánea y su revista *Debates Americanos*; y a esta, su Casa, legó póstumamente su biblioteca particular. Julio mantuvo al par su quehacer como jurado en más de un inagotable participar de concursos literarios, en Cuba y en el exterior. No nos precisa, aquí, el analizar en extenso su vida y su obra. Sólo mantenerlo en la memoria.



Respondiendo a preguntas en un diálogo entre historiadores con Eduardo Torres-Cuevas y Sergio Guerra Vilaboy, en el primer número de esta revista, el doctor Julio Le Riverend Brusone apuntó que “la Historia no es sólo el documento, no es sólo la bibliografía, es la reflexión personal, es también el presente, la vida tal cual la vives y es la crítica de la vida que tú estás haciendo día a día, y yo no tuve esa capacidad crítica”.

De manera diáfana, sencilla, conceptuó, incluso, su propio camino por la vida, dejándonos marcado en tiempo perspectivo, que la Historia continúa.



El tema americano en la obra de Julio Le Riverend

Hernán Venegas Marcelo



El caso de Julio Le Riverend constituye una genuina expresión de una producción historiográfica de temas americanos con una orientación científica que les dio, a los trabajos de este autor, un carácter de interpretación y análisis de lo americano de indudable rigor y de exigencia creadora en que fluye, como caudal sugerente, el compromiso por el rescate de nuestra identidad continental.

En el período que comprende los inicios de los años 40 hasta finales de los 50 —etapa de formación como historiador—, este intelectual hurga en el pasado histórico latinoamericano, obteniendo con los resultados de sus investigaciones certeros cuestionamientos de la realidad continental en que vivió.

Desde los años iniciales de la década del 40, Julio Le Riverend muestra ya su preocupación por los problemas americanos. En sus tres artículos: “La utopía de Tomás Moro en América” (1942), “Ideas sobre América en el siglo XVIII” (1942) y “Guillermo T. Raynal y el destino de América”¹ (1944),¹ el autor manifiesta una curiosidad fundada en la semejanza de los destinos de la América colonial. Tal vez —y como prueba latente de aquella

¹ Julio Le Riverend: “La utopía...”, en revista *Universidad de La Habana*, nos. 43-44-45, La Habana, julio-
(*continúa*)

época bélica—, Le Riverend se propone revivir la memoria histórica para así hallar explicaciones al comportamiento actual de las antaño potencias metropolitanas, ahora en franco entrenamiento imperialista (por cierto, ¿con funestas consecuencias para el destino continental?).

Es de destacar, en el infinito afán de conocimientos que lo caracterizó, que ya había culminado sus estudios de Derecho Civil en la Universidad de La Habana cuando se inicia la década del 40, y que en 1941 concluye, paralelamente en la práctica, su doctorado en Ciencias Sociales, Políticas y Económicas. Es decir, desde el punto de vista intelectual, Le Riverend recibe dicha década con una buena formación en ciencias sociales. De esto da prueba la obtención del Premio Especial “José Martí”, instituido por Raúl Roa en su cátedra de Historia de las Doctrinas Social, por el ensayo “La utopía de Tomás Moro en América”, mencionado antes.

Profunda capacidad analítica muestra el entonces joven historiador en este ensayo sobre la historia americana. Parte de entender el proceso de la conquista y colonización como un fenómeno diferenciado, acomodado al medio natural y social, en un intento por reproducir la sociedad matriz en el nuevo continente. Para esto expone las diferencias entre el papel del credo en la península y en la América “nueva”, el cual desempeñó papeles disímiles. Expresaba entonces: “El credo constituía en la Península una muestra de irreductible oposición entre dos culturas: agrícola-arábica, de un lado, y ganadero-visigótica, de otro. En la América el credo fue, en cierto modo, el trazo de unión entre pueblos organizados simplemente y los europeos, de civilización superior”.²

Cala profundo Le Riverend en este análisis y prueba aparte del conocimiento sobre la historia

de España es que éste concibe el pasado americano y su estudio en los vínculos lógicos que lo unían a la metrópoli europea. En este sentido señala que en el panorama americano sobresalen dos tópicos: uno referido a la organización económica, y otro relacionado con la consideración jurídica y social del indígena. En esta dirección, el historiador apunta que la esclavitud a que fueron sometidos los aborígenes americanos tiene una concordancia vital con el viraje de la economía europea, que llevó a un régimen abusivo hacia los indígenas americanos. De aquí las denuncias de figuras como fray Bartolomé de las Casas y otros.

Pero, desde luego, en América el motivo religioso tuvo un objetivo esencial: asegurar una mano de obra para la economía colonial que se gestó tras los descubrimientos geográficos. La utilización de la mano de obra indígena en determinados lugares de América se refleja, en opinión de Le Riverend, en la discusión teológico-jurídica a través de dos actitudes: la primera, conservar las tierras y la libertad de los indígenas e introducirse entre éstos con el objetivo de expandir la religión cristiana; la segunda, dominar, someter y aprovecharse del indígena. Así, a su vez, el hallazgo de nuevas tierras y sociedades, como problema jurídico fundamental desempeñó un papel relevante en la transformación de la ideología española, por lo que afirma el autor estudiado: “España, que al impulso de las nuevas realidades económicas, superaba su Edad Media, viose envuelta prontamente en un vendaval de ideologías de franca extracción medieval”.³

Obsérvese que Le Riverend habla de “extracción”, pero la proyección de España, sin excluir al Medioevo, buscaría nuevos caminos: los del capitalismo aliado con el esclavismo moderno, idea en la cual confluyen tanto la obra de Marx, como uno de los contemporáneos de Le Riverend, el trinitario Eric Williams.⁴

Si, por un lado, la península se precipitaba hacia una época de prosperidad económica, de proyección capitalista; por el otro, su avance lo frenaba el sometimiento medieval a la autoridad de la Iglesia católica. Es aquí donde entra Tomás Moro en el análisis del historiador cubano, al señalar este último la importancia de los principios

(viene de la página anterior)

agosto, septiembre-octubre, noviembre-diciembre, de 1942, pp. 63 a 100: “Ideas sobre...”, en revista *Habano*, no. VIII, vol. VIII, La Habana, agosto de 1942, pp. 10, 21 y 22; “Guillermo T. Reynal...”, en revista *Gaceta del Caribe*, no. 4, año I, La Habana, junio de 1944, p. 26.

² Julio Le Riverend: “La utopía...”, art. cit., p. 65.

³ *Ibidem*, p. 70.

⁴ Eric Williams: *Capitalismo y esclavitud*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, *passim*.

liberales por aquél apuntados, quien “fuera uno de los más atormentados heraldos de la sociedad capitalista, sin ser descarnadamente burgués”.⁵

De esta manera, el autor continúa señalando la significación de Tomás Moro por el hecho de haber criticado las desigualdades sociales y económicas de su país, Inglaterra. Similar proceso ocurrió en la América española, acota el autor, aunque matizado desde luego por las características propias de su proceso colonizador, algunas de estas apuntadas antes.

En específico, Le Riverend sitúa las obras de Las Casas y fray Pedro Mexía de Trillo como antecedentes de la política social en esta parte del continente. Ambas son, sobre todo, solución de problemas suscitados por la conquista. Los proyectos de organización indigenista de fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) *grosso modo* nada lograron, a no ser algunas condenas reales al régimen encomendero. También fracasaban los planes de fray Pedro Mexía de Trillo, provincial de la orden de San Francisco en La Española. Su estrategia perseguía un objetivo educacional cuyo centro resultaba la población aborigen. Sin embargo, el esfuerzo de ambos “reformadores” quebróse debido a la despiadada garra de los colonos y a la venalidad de los funcionarios reales.

Especial atención le dedica Le Riverend al intento promovido por Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, México, en lo referente a política social. Para éste, la visión humanística del problema indiano venía a suplir las deficiencias de las concepciones jurídicas y morales medievales, a la vez que la utopía de Tomás Moro le proporcionó un modelo de sociedad más ajustado a las características elementales de los indígenas americanos. La importante obra de este obispo también posee, según Le Riverend, una actitud crítica con relación a una de las dos posiciones de la discusión teológico-jurídica: conservar a los indígenas sus tierras y libertad con el objetivo de expandir la religión cristiana. De todo ello se desprende que su proyecto de “hospitales” o lugares de estancia de los indígenas, constituya una expresión de cabal inconformismo ante la realidad del proceso colonizador. Al referirse a ello, el intelectual cubano anota: “Es, sobre todo, un plan de educación para la libertad y cultura, más

tarde introdújole elementos tomados del Canciller inglés [es decir, de Tomás Moro. Nota de H.V. M.], conservándole aquel carácter teleológico-educativo, que le diferencia radicalmente de las reducciones jesuitas”.⁶

Para finalizar su trabajo, Le Riverend demuestra otra vez el vuelo que alcanzan ya sus razonamientos. Singulares conclusiones expresa cuando dice: “La América debe al Renacimiento como mensaje de humanidad, la obra de Quiroga, transida de motivos utopianos. No tardaría mucho devolver esos aportes. En efecto, el siglo XVIII francés, nutrido de visiones perfectas y de sociedades cabales, se apoya fundamentalmente en el conocimiento de las costumbres y organización de los indígenas americanos”.⁷

Este tipo de conclusiones y, sobre todo, su preocupación en relación con el prolífero siglo XVIII, reaparecen en su artículo antes mencionado de 1942 “Ideas sobre América en el siglo XVIII”. Le Riverend plantea que se percibe un cambio de actitud, entre los escritores españoles de esta centuria, referente a América; sobre todo, en lo relativo al papel desempeñado por estas tierras americanas en el desarrollo de la metrópoli.

Como antecedente de este cambio, el autor sitúa el hecho de haber acontecido un enriquecimiento del caudal noticioso sobre diferentes aspectos de las sociedades coloniales al cabo de dos siglos de conquista y colonización. Dirigentes y funcionarios españoles dieron forma y nitidez a este “viraje” que ya se esbozaba desde tiempos anteriores, quizás un tanto ingenuamente.

Para Le Riverend, incluso los propios Borbones favorecieron, en cierta medida, esas tendencias, aportando un sentido de administración más apropiado y tratando de movilizar las fuerzas sociales apagadas por la monarquía de origen austríaco anterior.

El impulso reivindicador se inició bajo Felipe V, en cuyo reinado se asumió como teoría económica la del colbertismo; esto es, con el fin de reforzar la realeza, de dotarla de fuerzas propias.

⁵ Julio Le Riverend: “La utopía...”, art. cit., p. 71.

⁶ *Ibidem*, p. 87.

⁷ *Ibidem*, p. 99.

En relación con América, la teoría se manifiesta en el abandono de la tesis que enunciaba la pérdida de las colonias si España les proporcionaba otro tipo de vida. Ahora, se sustituye dicha tesis por la de la salvación de España gracias a la revitalización de sus tierras americanas. Le Riverend señala como exponente de esta última tesis a Melchor de Macanaz con su obra *Auxilios para bien gobernar una monarquía católica, o documentos que dicta la experiencia y la razón para que el monarca merezca justamente el nombre de Grande*. No obstante, el autor cubano apunta los “prejuicios de orden económico” presentes aún en esta obra.

Como un segundo momento de este proceso señala los tiempos del monarca Fernando VI, el “pacifista”. Es la época en que uno de los funcionarios reales, el marqués de la Ensenada, trató de realizar un viraje en la política colonial hallando su clave en el comercio americano, en la construcción de una potente marina y en la organización efectiva de las finanzas dentro del desconcierto fiscal proverbial de la metrópoli.

Después de la época del ministro Ensenada, continuaron las reformas, pero no tuvieron impulso sistemático debido a los sucesivos cambios de los funcionarios reales. Sin embargo, añade Le Riverend, coincidiendo con las ideas del marqués de la Ensenada, en 1740 se publica una obra de Bernardo de Ulloa, *Restablecimiento de las fábricas, tráfico y comercio marítimo de España*, en la cual se insiste en la necesidad de organizar de forma idónea el comercio americano. De cierto es que “Al par que iba conociendo a América, España se comprendía mejor a sí misma”.⁸

En el orden económico, continúa Le Riverend su análisis, siguen las ideas en torno al llamado “comercio libre”, puestas en práctica durante el reinado de Carlos III. En realidad, este comercio fue más bien la ampliación del monopolio gaditano a varios puertos peninsulares y a algunos otros americanos, pero que resulta de una validez incuestionable, según mi opinión. Además, Le Riverend acota que otros autores, como el sacerdote de la Gándora, influyó en este sentido mercantil con su obra *Aportes sobre el bien y el mal de España*. Tampoco escapa a la relación de obras brindada por Le Riverend, otras en las

cuales se reconocen los valores del criollo. Un ejemplo de éstas lo constituye el *Teatro crítico* de fray Benito Gerónimo Feijóo (1673-1764), citado ya y elogiado por José Martín Félix de Arrate en la segunda mitad del siglo XVIII cubano. Este reconocimiento llegaría a coincidir con los juicios de G. T. Raynal, eminente detractor de España.

Son las opiniones de este último sintéticamente analizadas por Le Riverend en otro trabajo suyo titulado “Guillermo T. Raynal y el destino de América”, al cual se hizo referencia al inicio de este capítulo. Este trabajo, de 1944, luego de constituir un escalón necesario en la sucesión lógica de temas trabajados por él entonces, adquiriría de forma inmediata a su aparición una plena vigencia debido a los cuestionamientos que efectúa. Así, su autor señala que América se ha utilizado como centro del “ejercicio de las más raras gimnasias mentales. Desde Tomás Moro hasta Juan de Larrea, el optimista, América ha inspirado visiones y anhelos de un mundo mejor”.⁹

A su juicio, G. T. Raynal (1713-1796) es entre los escritores franceses el más importante, por asignarle a América un porvenir extraordinario. Similar posición, como se sabe más corrientemente, sería expuesta por J. G. Federico Hegel (1770-1831) en su *Filosofía de la Historia*, con la diferencia que este último centraba la futura realización de las zonas periféricas a América dentro del espacio de la civilización europea.

En la obra del abate francés *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des europeens dans les deux Indes*, Le Riverend dice que “se manifiestan con una agudeza singular todas las características de los ideólogos de la Ilustración. No fue él un utopista: algo tuvo de ello: la común idea de optimismo que le hacía barruntar tiempos mejores”.¹⁰

Le Riverend aprovecha los juicios de Raynal para transitar hasta el presente y preguntarse hasta qué punto se había realizado la profecía del abate galo; sobre todo, en los momentos clave en que escribe este artículo, caracterizados por la lucha

⁸ Julio Le Riverend: “Ideas sobre...”, art. cit., p. 10.

⁹ Julio Le Riverend: “Guillermo T. Raynal...”, art. cit., p. 26.

¹⁰ *Ibidem*.

democrática y antifascista que provocó la Segunda Guerra Mundial. Y en la misma dirección o al menos muy cercana a ésta, eco de los preceptos martianos se halla en Le Riverend cuando se expresa contra las injerencias extrañas en la sociedad y aboga, para contrarrestarlas, el pleno dominio del hombre sobre sí mismo, tal y como también lo había expresado Raynal. Tanto este artículo, como el anterior, demuestran distintos puntos de vista emitidos por intelectuales europeos sobre América, el primero matizado por el corte conservador de la ideología española, y el segundo, plerórico de la expresión de la razón que caracteriza el siglo XVIII. De paso, Julio Le Riverend profundiza en la visión americana de los europeos, lo cual le permitirá posteriormente valorar, con completo dominio, los juicios que sobre esta tierra emiten sus propios hijos.

► Trabajos de crítica historiográfica en su etapa mexicana

Entre 1943 y 1946, Le Riverend obtiene una beca en el Colegio de México. Gracias a sus investigaciones en esta etapa alcanza el grado de Maestro en Historia del Colegio de México (1946), acompañado por intelectuales cubanos de renombre como Manuel Moreno Fraginals y Carlos Funtanellas.

Estos años representan una etapa fructífera en su formación como historiador, caracterizada por su interés en los problemas historiográficos americanos y, en especial, por los relacionados con la historia de la Nueva España. A esta etapa corresponden trabajos como “La Historia Antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero” (1945), “Cartas de relación de la conquista de América” (1946), “Crónicas de la conquista del Perú” (1946) y “Problemas de historiografía” (1953).¹¹

Siguiendo un criterio de sucesión cronológica, procederé a su análisis. La primera de estas investigaciones señaladas constituye un profundo estudio historiográfico de las obras del padre jesuita Clavijero *Historia Antigua de México* y la *Historia Antigua de Baja California*, que dan pie al análisis que hace Le Riverend sobre la historia.

De ésta plantea que es una de las disciplinas más impregnadas de la vida común de los hombres, y

en este sentido dice que la obra de Clavijero se concibió como “restauradora de la verdad y justicia histórica [aunque, H.V.M.] cae en ese pecado original de la historiografía que es el de opinar, emitir juicios”.¹²

En su análisis, el historiador afirma que Clavijero intenta dar una idea de la civilización precortesiana no sólo por satisfacer sus pensamientos más íntimos, sino también porque los autores europeos habían llevado a sus obras gran cantidad de errores y fantasías acerca de los indígenas. Recordemos que la producción historiográfica de Clavijero pertenece al controvertido siglo XVIII, lo cual nos ayudará a una mejor comprensión de ella; sobre todo, en lo que respecta a su significado. Por ello, Le Riverend plantea que las valoraciones de Clavijero se justifican porque “ Toda obra supone una actitud teórica respecto de la historia, aun en aquellos casos en que el autor niegue todo esquema de interpretación y se proclame simplemente devoto de la verdad”. Y termina añadiendo el crítico cubano: “Clavijero no constituye una excepción, posee también un caudal de ideas previas que impregnan toda su labor investigativa”.¹³

Éste no puede huir de su realidad, primero por su condición de católico, lo cual le exige una actitud ética hacia la vida, y en segundo lugar, porque niega la posibilidad de filosofar la historia sin percatarse que la propia Iglesia lo enmarcaba ideológicamente en su concepción del devenir histórico y del género humano.

Le Riverend plantea que existe una notable diferencia entre la *Historia Antigua* y las *Diser-*

¹¹ Julio Le Riverend: “La Historia Antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, El Colegio de México, México [1945], pp. 293-323; “Estudio final sobre las cartas de relación de la conquista de América”, en J. Le Riverend (comp.): *Cartas de relación de la conquista de América*, Editorial Nueva España, México [1946], vol. 2, pp. 603-624; *Crónica de la conquista del Perú...*, Editorial Nueva España, México [1946], 944 páginas; “Problemas de historiografía”, en revista *Historia Mexicana*, no. 1, vol. III, México, julio-agosto de 1953, pp. [52] a 68.

¹² Julio Le Riverend: “La Historia Antigua de México de...”, ed. cit., p. 297.

¹³ *Ibidem*, p. 299.

taciones del autor mexicano. En aquella desaparecen casi por completo los elementos característicos de la tradición historiográfica católica, mientras que en la última se manifiestan éstos abiertamente. Notemos tal posición de Clavijero en su Prefacio a la *Historia Antigua*, citado por Le Riverend: “En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizás mi historia sería mejor recibida por muchos si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero hubiera sido aplicada en hermosear mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos creados por mi imaginación”.¹⁴

En esencia, la cita parece perfecta, Clavijero trata de adherirse a aquello que llamamos objetividad histórica, pero ¿cómo no advertir en su obra motivos e inspiraciones diversos y propios? Creo que esto también haya sido una interrogante para Le Riverend, quien no está completamente convencido de que la llamada objetividad histórica, en el sentido empirista, constituya una ingenuidad gnoseológica.

Sin embargo, Le Riverend resalta la actitud y tendencia objetivista de Clavijero como contrapartida a los escritores ilustrados, en su intento de dar cierto sentido a los hechos, pero las cuestiones de crítica al método de aprehensión de la realidad, aludidas en la cita antes expuesta, no son privativas o novedosas en Clavijero. El historiador cubano señala que Tomás de Torquemada se había planteado y contestado algunas de ellas en su *Monarquía Indiana*, mientras que Diego Andrés Rocha había pretendido caracterizar las fuentes del conocimiento histórico en su *Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, México, Santa Fé y Chile*.

Según Le Riverend, en el afán del escritor de respetar las leyes formales de la historia y de no

permitir que la personalidad del historiador interviniese en la narración, Clavijero encuentra obstáculos. Uno de éstos resultará el propio tema de su obra, el cual le hace intercalar reflexiones de todo género como si fuera un escritor ilustrado, pues “existe en Clavijero una intención católica unida a un objetivo político pro-indígena; por tanto, no dio, ni pudo dar cabal cumplimiento a su objetividad”.¹⁵

En particular, señala como un aspecto notable en la obra del autor mexicano, la crítica de las fuentes, lo cual lo coloca por encima de sus antecesores y contemporáneos en este sentido. Singular posición esta del sacerdote jesuita estudiado, quien hallándose indisolublemente unido a autores como Herrera, Gómara, Acosta y otros, trata de salvar su posición científica, dejando a los escritores del siglo XVI fuera de su vía esclarecedora del pasado precortesiano, y poniéndose en contacto con libros y autores europeos. A la vez, el autor de la *Historia Antigua de México* condena el episodio de la conquista, cuando plantea que “de la destrucción del imperio azteca sólo podían esperar la esclavitud y el envilecimiento”.¹⁶ Desde luego, Clavijero pertenece a determinada tradición historiográfica caracterizada por el sentimiento pro-indígena. Al referirse a esto, Le Riverend plantea que éste “es un criollo de la última etapa de la dominación española que tiene un agravio que cobrar a la metrópoli”,¹⁷ aunque yo diría que varios.

Pero, además, el afán crítico-erudito de Clavijero posee destellos de nacionalidad al llamar de manera reiterada a México como su “patria”. Su obra constituye una expresión de la búsqueda del criollo en el siglo XVIII, al adentrarse en las raíces de su tierra e historia. Por tanto, la objetividad que reclama no es más que la expresión de esa necesidad de identificar su autopertenencia y la de sus contemporáneos y antecesores, acaso vislumbrando nuevos caminos para México.

En este estudio, Le Riverend nos brinda un análisis detallado del pasado histórico mexicano en ese período colonial, el cual conjuga con el examen historiográfico que se propone. Tal es la integridad alcanzada en este estudio por el cubano, que el destacado profesor español de Le Riverend en el Colegio de México, Ramón Igle-

¹⁴ Citado por Julio Le Riverend en su artículo “La Historia Antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, ed. cit, p. 301.

¹⁵ *Ibidem*, p. 306.

¹⁶ Julio Le Riverend: “La Historia Antigua de...”, ed. cit., p. 315.

¹⁷ *Ibidem*, p. 316.

sia,¹⁸ dice en la introducción al texto de su alumno: “Para la hora del jesuita, nada esencial veo que pueda añadirse al estudio de Julio Le Riverend”.¹⁹

Similares preocupaciones por la historia americana, en este caso para los años iniciales de la conquista, se encuentran en Julio Le Riverend en la recopilación que realiza, en dos volúmenes, de varios textos originales y que llevan por título *Cartas de relación de la Conquista de América* (1946). Aun cuando esta recopilación constituye una importante contribución para los estudiosos interesados en el tema, esta obra posee un valor adicional, expresado en el “Estudio final” que realiza su autor en el segundo de estos volúmenes. Éste constituye una abreviada síntesis de lo que América representó para los conquistadores y, en una dimensión mayor, el análisis del impacto que produjo el encuentro con el “Nuevo Mundo” tanto en Europa y el resto del mundo como en América.

La obra no recoge los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, pues, para el criterio del recopilador, esta última obra se redactó con posterioridad al hecho de la conquista. Pero los otros testimoniantes importantes sí están. Así, al referirse el autor cubano a la importancia de los documentos pertenecientes a Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro de Valdivia, señaló: “durante el siglo inicial de la colonización las cartas e informes oficiales constituían uno de los modos más sinceros de expresar el pensamiento”.²⁰

Le Riverend justificaba el valor de las cartas como fuente historiográfica, aun dentro de la subjetividad que caracteriza a este discurso, a la vez que señala que el “descubrimiento” de América es el hecho que da unidad visible a esos documentos. Esta empresa, sigue señalando el autor, fue en suma un logro colectivo, no privativo de Colón, pues “ni siquiera fue de España sola, sino el resultado de un nuevo aliento que refresca y moviliza a la Europa medieval”,²¹ interesante, novedoso y temprano punto de vista apenas comparado por otros escritores del continente nuestro.

Para el autor cubano, el espíritu de los conquistadores no se adaptó a la verdadera magnitud del descubrimiento. Las cartas no sólo brindan lo anecdótico de toda la empresa, sino

también el hilo rector de la conducta de los españoles. En estas cartas se expresa, además, una divergencia de criterios que a su vez originan ciertas dificultades —en opinión de Le Riverend— a la hora de historiar. Para éste, los conquistadores (Cortés, Fernández de Oviedo, Valdivia y otros) no llegaron a comprender nunca que América no podía ser objeto de un señorío, pues la significación y los nuevos bríos que traería para Europa la conquista superaron por un amplio margen los sueños de muchos de éstos.

Siguiendo esta misma preocupación y dirección en sus investigaciones históricas —esto es, recopilar y publicar documentos relativos al fenómeno del “descubrimiento” de América—, Le Riverend publica en 1946 otro estudio sobre el particular, en este caso titulado *Crónica de la conquista del Perú*. En dicho trabajo se hallan los textos originales de Francisco de Jerez, Pedro Cieza de León y Agustín de Zárate. Posteriormente, en 1970, Le Riverend publica un artículo en la revista *Islas* con el título “La conquista del Perú: los cronistas Jerez, Cieza y de Zárate”,²² que constituye un resumen corregido del trabajo anterior, el cual tomaré como referencia para mí, pues el texto principal no se ha localizado. Nuestro autor comienza trazando un paralelo histórico entre el pasado precolombino y el de la conquista de Perú y México. Dos aspectos resaltan de manera magistral el encuentro de estos dos mundos: uno, la presencia de culturas desarrolladas en su nivel y circunstancias, y, el otro, la magnitud del choque entre estos pueblos americanos y los conquistadores.

A partir de aquí, Le Riverend analiza los casos de Perú y México en el siglo XVI y, al compararlos,

¹⁸ Sobre el Maestro Ramón Iglesia consúltese el artículo homónimo de Julio Le Riverend en el periódico *El Nacional* (Suplemento), México, 20 de junio de 1948, pp. 3-4.

¹⁹ Ramón Iglesia: “Introducción” a *Estudios de Historiografía de...*, ed. cit., p. 14.

²⁰ Julio Le Riverend: *Cartas de relación de...*, ed. cit., p. 603.

²¹ *Ibidem*, p. 603.

²² Julio Le Riverend: “La conquista del Perú: los cronistas Jerez, Cieza y de Zárate”, en revista *Islas*, no. 37. Universidad Central de Las Villas, septiembre-diciembre de 1970, pp. [125] a 139.

afirma: “Sin embargo, la agudeza del conflicto que allí se plantea —la guerra civil entre españoles— a diferencia de lo que ocurre en México, donde conquista y consolidación del poder colonial constituyen un proceso sin fisura peligrosa, parece haber detenido el impulso histórico, el cual se renueva bajo la inspiración incaica del Virrey Toledo. En la encrucijada de ese cambio hacia una reforzada historiografía de los conquistadores se hallan las obras de Francisco de Jerez, Pedro Cieza de León y Agustín de Zárate”.²³

Es de destacar, continúa Le Riverend, que sus relatos en torno a aquellos momentos no constituyeron los únicos documentos dejados por los conquistadores, aunque ningún otro posee las virtudes de éstos, nacidas de dos cualidades esenciales: “visión cercana y panorámica, a un tiempo, e influencia decisiva en la literatura posterior”.²⁴ La precisión y riqueza de las noticias brindadas por estos tres personajes hablan por sí solas del hecho conquistador.

Así, la obra de Francisco de Jerez *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla* (1534) se trata, en opinión de Le Riverend, “de una apología que tiene toda la llaneza y minuciosidad de un instrumento notarial”.²⁵ Con su obra, Jerez brinda lo que se exigía para este tipo de documento: un informe escueto de la expedición de conquista del Perú. Una característica de esta obra es su carácter apologético, pues para Jerez ni los griegos, ni los romanos, ni los judíos, realizaron proezas como la de los españoles en América. Así también encontramos en la obra, según acota Le Riverend, simpatías por la figura de Francisco Pizarro, única personalidad resaltada. Destácase asimismo la información económica que brinda el cronista, en particular la referente a las cuentas finales de la campaña y a la “locura del oro” que anima a los conquistadores, y que tanto llama la atención del cronista, quizá con ciertas preocupaciones humanistas.

Otro de los cronistas, Pedro Cieza de León, escribe *Parte primera de la crónica del Perú, que trata de la demarcación de las provincias, la descripción de ellas, las fundaciones de nuevas ciudades: los ritos y costumbres de los indios y otras cosas extrañas dignas de ser sabidas* (1543). Él,

como Jerez, es testigo presencial de los hechos, anotador cuidadoso y narrador de lo que veía o tenía por cierto.

Le Riverend señala dos características dignas de resaltar en la obra de Cieza. La primera tiene que ver con el elogio a la acción civilizadora incaica y la otra, su valor etnográfico, “pues alcanza no sólo a la zona quechua sino también a las de los pueblos orientales de Colombia (a la vez que la) segunda parte, ‘Señorío de los incas yupanques’, se ocupa exclusivamente en el estudio del imperio incaico”.²⁶

En cuanto al otro cronista, Agustín de Zárate, Le Riverend destaca la trascendencia de su obra por el tema insólito tratado, nada más y nada menos que el de la guerra civil entre españoles. Como los dos anteriores cronistas, Zárate fue actor y autor de la conquista, aunque, a diferencia de ellos, su participación en los sucesos que rodean a la conquista no dependió de un impulso personal únicamente, sino de su condición de oidor del nuevo virreinato.

Sobre estos asuntos, Le Riverend señala que “nadie en el Perú fue ajeno a las luchas civiles y, por tanto ajeno a la parcialidad a favor de algunos de los bandos en pugna. He ahí la expresión sutil de una preocupación que no hay ni en Cieza ni en Jerez. Al defender discretamente la historiografía ‘comprometida’, ¿estaría él defendiendo sus propias posiciones oscilantes?”²⁷

Otro aspecto importante que comenta Le Riverend es el hecho de encontrar en la obra de Zárate *Historia del descubrimiento y conquista de las Provincias del Perú y de los Sucesos que en ella ha habido desde que se conquistó hasta que el Licenciado de la Gasca, obispo de Sigüenza, volvió a estos reinos* (1555), cierta tendencia a criticar las costumbres y el espíritu español que se traslada a América por los conquistadores. En el relato de Zárate aparecía el núcleo central de una

²³ Julio Le Riverend: “La conquista del Perú...”, art. cit., pp. 127-128.

²⁴ *Ibíd.*, p. 128.

²⁵ *Ibíd.*, p. 130.

²⁶ *Ibíd.*, p. 135.

²⁷ *Ibíd.*, p. 137.

futura argumentación contraria a la obra de España en América, aunque sólo embrionariamente.

En general, este artículo de Le Riverend de 1970, como resumen corregido de su obra de 1946, resulta de una importancia singular no sólo por el profundo análisis historiográfico realizado, sino porque a través de éste también penetra en los problemas fundamentales de la época de la conquista y colonización de las tierras americanas. En fin de cuentas, las diferencias que pudo hallar en las tres obras demuestran —una vez más— su idea de que el proceso de conquista y colonización no fue un hecho unitario. La diferencia de matices encontrados por Le Riverend en los textos analizados expresa tal realidad.

Asimismo, otro de los trabajos que deberían aparecer necesariamente en esta selección sería su tesis en opción al grado de Maestro, titulada *Historiadores de México en el siglo XVIII* (1946). Ante la imposibilidad de su localización, aun en los archivos personales de su autor, he hallado un artículo aparecido en la *Revista de Historia Mexicana*, de 1953, que contiene un extracto de su primer capítulo bajo el título “Problemas de historiografía”.

El autor destaca, con fuerza, el importante peso de las tradiciones históricas precortesianas en la historiografía del siglo XVIII. Estas tradiciones influyen, según su criterio, en una manera de ver el proceso histórico mexicano y sus hechos capitales, que sobreviven a través de los siglos y se comunican a diferentes generaciones. Ahora bien, ¿hasta qué punto el pasado precortesiano se asimiló por los historiadores coloniales de México?

A esta interrogante retórica Le Riverend encuentra una explicación: la historia antigua de México es mucho más extensa de lo que permitiría suponer el estudio de las obras de los historiadores del siglo XVI. Y al respecto abunda: “el encuentro de las tradiciones indígenas —por obra de la conquista—, con la historiografía de tipo occidental produjo una serie de recepciones, de transculturaciones”.²⁸

Más adelante, Le Riverend demuestra que resultan insuficientes los elementos teóricos occidentales para la interpretación de la nueva realidad americana. Para argumentar tal afirmación se apoya en la producción historiográfica de la etapa anterior al siglo XVIII. Baste citar su certero análisis sobre la obra del religioso franciscano Toribio de Motolinía (¿?-1569), *Historia de los indios de la Nueva España*.

Por otro lado, la historia de tipo general no era suficiente para reflejar el panorama de la riquísima realidad americana, en este caso la mexicana, rica en núcleos regionales de carácter específico. Así se expresa: “el predominio de unas tradiciones sobre otras en el campo de la historiografía de México hace confundir, a veces, la historia antigua del país con la historia antigua del Valle y la Meseta”.²⁹

En función de todo esto, Le Riverend ve la arqueología como otro camino para descubrir las realidades ignoradas de la historia antigua de México. Ésta contribuye a esclarecer interrogantes inalcanzables para los cronistas del siglo XVI e historiadores de períodos posteriores.

Después de realizar una propuesta de periodización de la historiografía mexicana, Le Riverend se centra en su análisis en el siglo XVIII. En esta centuria señala la labor de sus historiadores por reelaborar aquellos materiales escritos durante el siglo XVI. Al mismo tiempo plantea que existe el interés de buscar en el pasado indígena aquellos elementos que satisfacían sus preocupaciones criollistas, lo cual es expresión de sentimientos protonacionales definidos, como también ocurría en otras colonias de la América hispana. Además, al recoger e incorporar sentimientos criollistas de todo tipo, estos historiadores preparaban el camino a la actitud nacionalista propia del siglo XIX.

El uso más racional de la crítica documental se señala como una característica básica de estos historiadores; dirección que destaca Le Riverend en su estudio sobre Clavijero, a quien considera implícitamente el historiador mexicano más importante del XVIII, teniendo en cuenta que a éste y a sus colegas más destacados, los sitúa el crítico cubano en una posición intermedia en la producción historiográfica del país, en-

²⁸ Julio Le Riverend: “Problemas de...”, art. cit., p. 57.

²⁹ *Ibidem*, p. 58

tre aquellos del siglo XVI y quienes son contemporáneos a Le Riverend en México, como sus maestros Ramón Iglesia y Silvio Zavala.³⁰

En resumen, en este trabajo, Le Riverend demuestra haber realizado un estudio exhaustivo de las obras históricas del período colonial, lo cual ya lo caracteriza al ser capaz de interrelacionar los diversos factores que intervienen en el proceso histórico.

► Trabajos de análisis histórico-económicos

Otra serie de artículos publicados por Le Riverend a fines de la década del 40 se relacionan con el desarrollo de la industria azucarera en América Latina, lo cual demuestra haber ampliado entonces sus intereses sobre la historia económica, comenzados antes en Cuba con sus artículos sobre el tabaco y otros renglones productivos. Con ello, está reforzando esos diversos factores que entrelazan el proceso histórico, a los cuales me he referido antes.

Soberbios análisis de los ciclos de la industria azucarera, así como de los factores que tienen que ver con su aparición y desaparición, nos ofrece el historiador en tres artículos suyos publicados en la revista *Trimestre* entre 1949 y 1950. Estos artículos son: “Resumen de los ciclos de la industria azucarera en la economía colonial” (1949), “Resumen de los ciclos de la industria azucarera en la América colonial II-III” (1949) y “Resumen de los ciclos de la industria azucarera en la América colonial IV” (1950).³¹ No es de extrañar que los referidos trabajos de análisis económico aparecieran en una publicación periódica cuyo director era Ramiro Guerra Sánchez, destacado historiador republicano, cada vez más interesado en los problemas económico-sociales.

Desde los primeros párrafos del trabajo “Resumen de los ciclos de la industria azucarera en la América colonial”, el autor recalca la significación de dicha rama económica y su capacidad para transformarse. Para el historiador cubano, esta industria constituye uno de los hechos más dignos de análisis en la historia económica americana. Reconoce otras ramas de desarrollo económico, pero “en contraste con la minería (Nueva España y Perú) y con la ganadería, difundida

en todo el continente por regiones de explotación permanente como Nueva España, Antillas, Venezuela, La Plata; la industria azucarera ‘se traslada’ al ritmo de los grandes cambios internacionales”.³²

A esta última conclusión arriba el historiador, luego del análisis generalizado de la economía azucarera y de sus diferentes zonas de explotación en la América colonial. En este primer trabajo, centra su atención en el fomento y desarrollo de la referida industria en la colonia primada de América, La Española. Sus juicios, resultado del análisis de estos trabajos, le permiten llegar a conclusiones más generales acerca del fenómeno conquistador. A éste se refiere como un conjunto de acontecimientos con objetivos económicos múltiples, particularmente en Las Antillas, donde la industria azucarera se había revelado como muy apropiada a las condiciones naturales existentes.

Obsérvese que en las ideas de este historiador existe una intención abarcadora y no por eso menos precisa. En sus conclusiones sobre el fenómeno conquistador incluye de manera explícita otros factores que intervienen en el desarrollo del azúcar en sus momentos iniciales, tres en su criterio. Y así dice: “Los tres elementos señalados: política de fomento oficial, ordenamiento mercantil adverso e intervención de los intereses extranjeros, se registran igualmente en los inicios de la industria azucarera en Cuba y las Antillas Menores y con variantes que comentaremos, se aprecian en la fundación y desarrollo de la industria brasileña, como respondiendo al fondo común de motivaciones y de intereses que hay en todas las colonizaciones económicas”.³³

Como vemos, la industria azucarera ocupó un lugar prominente entre las creaciones económicas del primer cuarto del siglo de la colonización española en América, junto a la minería y la ganadería.

³⁰ Silvio Zavala, profesor en el Colegio de México de Julio Le Riverend, sería otro de los grandes intelectuales, profesores e historiadores del siglo XX americano.

³¹ Estos artículos aparecieron en la revista *Trimestre*, nos. 3 y 4, de 1949 y el no. 1, de 1950, pp. 276-295, 436-450 y 66-81, respectivamente. La Habana.

³² *Ibidem*, no. 3, p. 277.

³³ Julio Le Riverend: “Resumen de los ciclos...”, art. cit., p. 280.

Le Riverend extiende el análisis efectuado sobre el azúcar a otros territorios del área caribeña, como Puerto Rico y Jamaica. Dentro de las zonas no antillanas, el autor señala que sólo en Nueva España el azúcar alcanzaría un desarrollo comparable con el de Santo Domingo. Para el resto del continente, sólo reporta ingenios de menor valía en Guatemala, Panamá, Santa Marta (Colombia) y Venezuela.

El primer ciclo de su análisis lo cierra hacia 1605, pues éste es el año que marca la decadencia de la industria azucarera en Santo Domingo. Al respecto, el historiador concluye diciendo que no hubo una política azucarera española, pues incluso España dificultaba las relaciones mercantiles de sus colonias con el resto de Europa, la cual sí estaba interesada en este producto colonial —y en otros—.

Sin embargo, para Le Riverend, “la industria azucarera representó quizás el primer elemento económico de la modernidad en América por la relativa complejidad de su instrumental y sus vastos requerimientos de brazos”, para añadir más adelante que “la lucha que se instaura en torno a las disponibilidades de mano de obra entre la minería primitiva, la industria azucarera y la agricultura de consumo directo o de subsistencia, indica claramente que la esclavitud era resultado natural del proceso de colonización”.³⁴

El segundo de estos “Resúmenes...” centra el estudio de Le Riverend en el caso de Brasil, ahora en los siglos *xvi* y *xvii*. Allí, el notable desarrollo de esa industria (más bien manufactura) es posterior a la decadencia de ésta en la colonia primada de España, a la vez que el fenómeno brasileño coincide con lo que él denomina “trabajoso incremento” en el azúcar cubano durante el siglo *xvii*. Otra vez, este autor es capaz de presentarnos un fenómeno en sus interrelaciones fecundantes, y señala como característica a tener en cuenta el “origen autónomo” de las industrias azucareras caribeñas y de Brasil, destacando que, en este último caso, el azúcar no constituyó un tópico priorizado en la política colonial portuguesa. En esta colonia, Le Riverend destaca la presencia y participación de intereses no lusitanos en el proceso de fundación y administración de los ingenios iniciales. Para éste, “El hecho resul-

ta evidente respecto de los ingenios de Martín Alonso de Souza y de Duarte Coelho. Y se manifestaría a través de todo el siglo por la presencia de varios alemanes y de flamencos e italianos en los ingenios de la colonia”.³⁵

La política de fomento de la industria azucarera a través de la creciente importación de esclavos, apuntada por Le Riverend, constituyó “el factor económico determinante del crecimiento industrial”,³⁶ que lo acerca a sus posteriores conclusiones en torno a la esclavitud moderna —y de sus contemporáneos más destacados—.

También llama su atención la concentración del renglón azucarero en las regiones de Pernambuco y Bahía, en el nordeste brasileño, en lo que incide, en su criterio, tanto las características naturales idóneas del medio como la división del trabajo adoptada, que hace obtener pingües beneficios a sus hacendados. De paso, ello ayuda a comprender, en la opinión del cubano, algunas de las causas del retroceso final del azúcar en Santo Domingo al cerrar el siglo *xvi*. Aquí llama la atención como Le Riverend recurre una y otra vez al método comparativo, a las analogías y diferencias, lo cual resulta consustancial a la escuela de los *Annales* y en particular a Marc Bloch, desafortunadamente desaparecido para entonces.³⁷

Esa correlación de elementos, propios de su método de trabajo, en este caso aparecen de nuevo, al extender las relaciones entre el fenómeno brasileño nordestino y el comentado en Santo Domingo con los éxitos del poderío inglés en las Antillas, hacia donde se desplaza —junto a Surinam— el negocio azucarero durante la segunda mitad del siglo *xvii*. De paso, el autor estudiado relaciona implícitamente culturas y destinos que ya son similares, que irán conformando la idea latinoamericana y caribeña, con independencia de las diferencias aportadas por los colo-

³⁴ *Ibidem*, p. 294.

³⁵ Julio Le Riverend: “Resumen... II-III”, art. cit., p. 445.

³⁶ *Ibidem*, p. 446.

³⁷ Al respecto, en el 85 aniversario del maestro Le Riverend (Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz), éste reconoció, ante un grupo de sus alumnos pasados y presentes, que tanto Marc Bloch como Fernando Ortiz habían sido sus maestros.

nialismos respectivos que actúan sobre el área circuncaribe y atlántica brasileña.

Por ende, para concluir entonces el estudio, su análisis se desplaza hacia las Antillas inglesas y francesas en su “Resumen...” final de 1950. Ahora corrobora lo dicho antes: la industria azucarera se traslada merced a los vaivenes de una política definida por los intereses coloniales de las metrópolis más poderosas.

Así indica la coincidencia temporal del surgimiento del renglón azucarero en ambos grupos de colonias franco-británicas, aunque recomienda que su estudio se realice por separado, pues representan distintas etapas del predominio en éstas del campo industrial y poseen una significación diferente respecto de los hechos que habrían de ocurrir a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, período en el cual el predominio azucarero se desplazaría, a su vez, hacia Cuba.

Mas, el análisis diferenciado que el autor realiza en ambos grupos antillanos coloniales, le permite llegar a juicios de carácter general como éste: “La diferencia de nacionalidad no implica, en todo caso, diferencia sustancial alguna en los planes generales de colonización. Nada más parecido a una colonización europea en América que otra colonización, particularmente en las zonas tropicales y subtropicales. Apologistas voluntarios e involuntarios de unas y otras se han esforzado por demostrar que las hubo ‘superiores e inferiores’, según el pueblo que las realizó (...) Baste recordar que la presión de los hechos económicos y sociales en cada país colonizador era mucho más uniforme que diferentes pudieran ser los ‘genios’ raciales o las predisposiciones nacionales”.³⁸

Es decir, Le Riverend confiere singular importancia a la presión de los hechos económicos en los países colonizadores. En su criterio, éstos imponen su “voluntad económica” al otro lado del océano: el origen y desarrollo de los centros azucareros en las Antillas francesas e inglesas estarían marcados por dicha presión en las metrópolis.

El caso de Barbados interesa, en especial, al Maestro cubano, tanto en cuanto al desplazamiento de los centros de poder económico que sucede en el área caribeña, como en cuanto a los factores internacionales que intervienen en los cambios que se producen en el área.

Después de 1660, dicha isla se alzó como un verdadero monopolio azucarero inglés, para lo cual la política azucarera británica propiciaba tal hecho. Ante este inusitado fenómeno, señala Le Riverend, hubo la correspondiente transformación de la estructura agraria de la isla; lo cual trajo como consecuencia la disminución vertiginosa de la población blanca y el desplazamiento de los pequeños propietarios, todo a favor de la extensión del latifundio azucarero y su correspondiente utilización de la mano de obra esclava en vastas proporciones. Cada vez más, Gran Bretaña protegía a su floreciente colonia con tarifas proteccionistas. Obsérvese que, ya desde aquí, Le Riverend está buscando paralelismos y similitudes con otras colonias.

Para este autor, el caso de Barbados ilustra cumplidamente los efectos coloniales del apogeo de la época del mercantilismo británico, pero, según él, “la industria azucarera en las Antillas inglesas estuvo constantemente reducida a un papel secundario respecto de la industria refinadora metropolitana, lo cual independientemente de otras características, limitaba el desarrollo”.³⁹

Resulta ostensible que Le Riverend utiliza el caso de Barbados, tanto por las características que éste tiene como por el estudio realizado por Ramiro Guerra con su *Azúcar y población en Las Antillas* (1927). Desde luego, Le Riverend cuenta ahora con otros métodos de trabajo, lo cual le permite avanzar más.

En el “Resumen...” de 1950 tampoco quedan fuera las colonias francesas. Éstas suplantaron a las inglesas en el creciente abastecimiento a Norteamérica. Al respecto Le Riverend señala como otras dos posesiones coloniales galas, Saint-Domingue y Martinica, aprovecharon los efectos alcistas del proteccionismo inglés, así como la desorganización proveniente de las constantes guerras marítimas del siglo XVIII, para incrementar su producción. Para el autor, “Al amparo de los altos precios que tuvo el azúcar desde principios de siglo, la producción de estas colonias creció rápidamente, favorecida, además, por una

³⁸ Julio Le Riverend: “Resumen...”, art. cit., (1950), p. 67.

³⁹ *Ibidem*, p. 77.

vigorosa política de aprovisionamiento de esclavos y por el permiso para comerciar directamente con puertos extranjeros, lo cual dio una oportunidad para penetrar en los mercados de las Trece Colonias de América del Norte”.⁴⁰

Otro caso particular que señala el autor cubano es el de las colonias holandesas; en específico, Surinam. Esta última desarrolló al máximo su producción azucarera durante el siglo XVIII, con el fin de suplir las zafras de las colonias inglesas y francesas que, en virtud de la política proteccionista (y antiholandesa) del último tercio del XVIII de ambas metrópolis, dejaban un espacio abierto para el mercado azucarero holandés; en este caso, el surinamés. Habría que tener presente que Holanda controlaba el comercio del norte de Europa y el de Alemania. Por esto, “Surinam substituyó, pues, en la organización del comercio azucarero de los Países Bajos, al Brasil y a las colonias extranjeras, alcanzando una producción de más de 15 millones de libras a mediados del XVIII”.⁴¹

La general quiebra del comercio holandés y el crecimiento de otros centros refinadores como el de Hamburgo, según Le Riverend, influyeron en la caída de las exportaciones de Surinam y otros centros proveedores de azúcar holandeses como Essequibo y San Eustaquio.

Otro de los trabajos de análisis económico que Le Riverend publica por estos años se titula “Relaciones entre Nueva España y Cuba. 1518-1820” (1954). Existían, según su autor, otros estudios sobre las relaciones entre los territorios coloniales, por ejemplo “Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII”, del historiador venezolano Eduardo Arcila Faría, monografía publicada por el Colegio de México en 1950.

Tal vez, el Colegio de México impulsase por estos años estos trabajos que comparan las relaciones intercoloniales, como respuesta a la utilización del método comparativo en Historia a que llaman los *Annales*. En efecto, tanto el estudio de Arcila Faría como de su colega Julio Le Riverend descubren las relaciones mutuas entre esas colonias caribeñas de España, a la vez que Le Riverend, afirmaba muy convencido que resultaba “erróneo medir el grado de vinculación imperial de las provincias americanas por el estado de sus

relaciones directas con España”,⁴² cuestión al luso entonces entre los historiadores.

En verdad, las relaciones entre Nueva España y Cuba constituyen la expresión de la complejidad y continuidad de los vínculos intercoloniales desde el siglo XVI. En este sentido, la presencia de centros virreinales, como México y Perú, originó relaciones de este tipo, principalmente de naturaleza económica. Estas relaciones mutuas, que incluyen desde luego las colonias más atrasadas, iban desde el intercambio de productos agropecuarios —que España no podía suplir— hasta la remisión de los “situados” desde los virreinos hasta las colonias más pobres. México constituyó un buen ejemplo de ello, de donde su influencia sobre el resto del Caribe hispano, y en Cuba en particular.

Esta relación mutua entre las dos colonias: México y Cuba da pie a Le Riverend para realizar una propuesta de periodización de las relaciones entre éstas. Para ésta utilizó tanto los cambios imperiales como las variaciones que se produjeron en el estado económico y político de las dos colonias.

Una primera etapa la ubica Le Riverend entre los años 1530 y 1690. Aquí destaca el papel del puerto de La Habana, favorecido desde 1537 como escala obligada de los navíos que iban de México a España y viceversa. Con esto, La Habana se convierte en “Llave del Nuevo Mundo”, lo que le permitió cambiar radicalmente el carácter de su comercio con Nueva España y con la misma metrópoli. Comenzaba a cambiar desde entonces, paulatinamente, la pobreza al menos de La Habana. Como resultado “se estableció un comercio entre Veracruz, Campeche y La Habana, a virtud del cual los productos indígenas europeos iban y venían en todas direcciones, sin responder exactamente a la orientación geográfica del intercambio que imponía el origen de las mercancías. Se trataba de un fenómeno de complementación múltiple, basado en las alternativas de

⁴⁰ *Ibidem*, p. 79.

⁴¹ *Ibidem*, p. 80.

⁴² Julio Le Riverend: “Relaciones entre Nueva España y Cuba. 1518-1820”. Manuscrito en la biblioteca de su autor. 1954, p. 1.

los mercados más que en la capacidad natural de las colonias para producir tal o cual artículo”.⁴³

La contrapartida a tal relación económica se encuentra, en opinión siempre de Le Riverend, en los intentos por parte de México de controlar política y administrativamente a Cuba, por ejemplo, tratando que la Isla dependiese de la Audiencia de México y no de la de Santo Domingo, como venía sucediendo. Deseo no cumplido en lo sustancial, esto no fue obstáculo para que las relaciones de mantuviesen en el futuro entre las dos colonias.

La segunda etapa que analiza el autor cubano comprende entre 1690 y 1790. Aquí tiene en cuenta una serie de situaciones: el cambio de dinastía en España y su repercusión sobre sus colonias desde todos los puntos de vista, aunque no es menos cierto que el comercio mexicano-cubano se mantuvo al margen del impulso de diversificación y de desarrollo económico más integral propugnado y materializado parcialmente en América por los nuevos monarcas Borbones. Por esto es por lo que Le Riverend afirma: “la estructura de intercambio colonial siguió, no obstante, siendo lo que había sido durante los dos siglos precedentes. En verdad, no se observarían cambios sustanciales hasta después de 1760. La situación de Cuba respecto a la exportación de sus productos fue siempre difícil por la carencia de mercados, de ahí la importancia que tuvieron hasta 1790 las escasas exportaciones realizadas a México”.⁴⁴

Posteriormente, apunta Le Riverend, los años comprendidos entre 1795 y 1802, experimentan un mayor tráfico comercial entre las dos colonias. Estos años coinciden con el período de una “agresiva política de exportaciones” por parte de Cuba, profundizada aún más después, en el próximo período, que el autor sitúa entre 1790 y 1820.

Precisamente en el linde entre uno y otro siglo, una serie de acontecimientos internacionales ayudan a comprender los cambios que se producen y, entre éstos, la participación de España en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias y los conflictos de la Revolución e Imperio franceses. Estos conflictos, considera el Maestro Le Riverend, provocan cierta dislocación en las relaciones comerciales de los territorios

de la cuenca caribeña, aunque beneficiando de paso al comercio con los nacientes Estados Unidos propiamente dicho y, a través de éste, con Europa.

Por esto, el comercio mexicano-cubano comenzó a ceder ante las nuevas realidades comerciales y para entonces, y al menos hasta 1808, “los criollos cubanos se habían percatado de que su comercio con Nueva España tenía un carácter secundario”.⁴⁵

Le Riverend se apoya en la obra *Política continental americana de España en Cuba en 1813-1830*, de José Luciano Franco, para demostrar la actuación que tuvo Cuba como retaguardia segura del poder español en América; en específico, en el período independentista hispanoamericano. Entonces, la ya floreciente colonia era la que suministraba a España y a los realistas del continente insurreccionado los elementos materiales con los cuales hacer frente a la lucha de independencia que encendía toda la América continental española.

Hasta ese entonces, los “situados”, concuerdan Le Riverend y Franco, habían tenido un trascendental papel económico, propiciando, en opinión del primero, un efecto de “inversión”, impactando sobre el desarrollo económico insular; y otro efecto de tipo “fiscal”, que tenía una repercusión indirecta. Por tanto, el Maestro Le Riverend se queja de la práctica historiográfica americana al uso entonces, de no prestar la debida atención a este serio fenómeno económico, en lo cual estuvieron involucradas tanto Cuba y Venezuela como otras colonias españolas.

También en esa línea del tratamiento a especificidades novedosas y trascendentales en este estudio de 1954, Le Riverend se detiene en los problemas y realidades del tráfico de esclavos, que en relación con Cuba tuvo a México como uno de sus proveedores primitivos. Mientras, por otro lado, en el epígrafe “Notas al margen de las relaciones culturales” el autor nos brinda la idea de que Nueva España había ejercido una atrac-

⁴³ Julio Le Riverend: “Relaciones...”, art. cit., p. 14.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 33.

ción cultural sobre los criollos cubanos, en momentos en que estos últimos no contaban “con instrumentos de cultura y carecían de las facilidades que ofrecían las carreras eclesiásticas y las magistraturas de Nueva España”.⁴⁶ A la inversa, destaca, algunos habaneros representaron un papel importante en la cultura mexicana, tal y como en la misma época demostraba otro intelectual cubano, José Antonio Portuondo, en su ensayo (recopilación) *Crítica de la época y otros ensayos*.

El último de los acápites específicos con el que Le Riverend enriquece su trabajo lo titula “Papel estratégico de La Habana”. En las escasas páginas de éste evalúa los diferentes papeles desempeñados por la referida plaza desde los tiempos iniciales de la colonia, en que servía como una “suerte de retaguardia” de las huestes españolas en su período de conquista; luego con la actuación de la capital cubana como avanzada de la propia Nueva España en el Caribe y, más adelante, con su actuación como retaguardia de las fuerzas españolas en el continente.

Finalmente cierra su trabajo Le Riverend con otro epígrafe, en este caso titulado “Comentario final”, en que argumenta, entre otras cosas, que las copiosas fuentes documentales situadas en los archivos de México y La Habana no han sido suficientemente aprovechadas.⁴⁷

Por otro lado, en ese mismo “Comentario...” indica que “debíamos afirmar que el estudio de las relaciones intercoloniales prueba que nuestra

común historia es mucho más profunda de lo que, por lo general, se estima y que los vínculos actuales no son un hallazgo debido al genio de algunos hombres de buena fe, sino un verdadero rescate de la antigua comunidad, lo cual explica y refuta al par, a los factores extraños que se opusieron y se opone al entendimiento de recíproca conveniencia, consigna cardinal de la América mestiza”.⁴⁸

Nótese cómo la investigación histórica y los resultados que ésta arroja, permiten a Le Riverend penetrar en los fenómenos de su actualidad, reflejando su formación martiana. Su objetivo es, al igual que el de otros luchadores latinoamericanos y caribeños, reforzar la unidad de los pueblos de esa América mestiza.

► Otros trabajos

Los últimos trabajos seleccionados se titulan “Ideas en torno al origen del hombre americano” (1956) y “Los negros en Hispanoamérica” (1957). Ambos expresan esa curiosidad de Le Riverend por penetrar en el pasado americano a través del hombre y sus culturas en este continente.

En el caso del primero, Le Riverend tributa con este artículo un homenaje a Fernando Ortiz, en ocasión de cumplirse 60 años de la publicación de su primer trabajo, en Menorca, en 1895.⁴⁹

Desde los primeros párrafos del trabajo hay una caracterización de la historiografía americana y, señala el autor, cómo las peculiaridades del continente han influido en sus expresiones intelectuales, haciendo que se apartaran de las líneas generales del pensamiento europeo. Así expresa Le Riverend: “Tal conflicto entre el instrumento o la expresión y la naturaleza del hecho estudiado no fue exclusivo de la historiografía americana colonial sino que lo fue, en general, de toda la literatura europea sobre América desde el siglo XVI hasta fines del XVIII”.⁵⁰

Según este autor, el problema del origen del indígena en América constituyó uno de los temas más debatidos durante los tres siglos coloniales. La diversidad de los aborígenes americanos superó el monogenismo bíblico que era el fundamento de la historia y etnografía europeas contemporáneas. Con inmediatez, el problema del origen del indígena americano se reflejó en la lucha política por el dominio de América.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 56

⁴⁷ En esta dirección, algunos años antes publica el autor un trabajo titulado “Documentos cubanos y relativos a Cuba de la Colección ‘Real Consulado’ del Archivo General de la Nación de México”, que publicara en el *Boletín del Archivo Nacional* en 1945.

⁴⁸ Julio Le Riverend: “Relaciones...”, art. cit., pp. 64-65.

⁴⁹ En Fernando Ortiz, Le Riverend una figura de gran talla, en especial por sus estudios sobre los procesos interculturales, tan característicos de la América Nuestra. Apoyado en las nociones y criterios de Don Fernando, Le Riverend revisa la realidad americana y sus modos de expresión, nacidos éstos de una urgencia transcultural, diríamos, en la que el indígena desempeñó un papel destacadísimo.

⁵⁰ Julio Le Riverend: *Ideas en torno al origen del hombre americano*, La Habana, s.e., 1956, p. 921.

Apunta el autor de este artículo como primera manifestación del “pensamiento científico etnográfico”, las teorías surgidas en el primer siglo de historiografía americana: el *xvi*. Éstas basaban el origen del hombre americano en grupos cartagineses y fenicios, chinos o tártaros, hebreos, griegos, españoles o de los antiguos pobladores de la Atlántida. Estas teorías trataban de demostrar las semejanzas lingüísticas, somáticas o culturales con los pueblos del otro hemisferio. Según Le Riverend, en el transcurso del siglo *xvii* existió un relativo estancamiento investigativo alrededor de este problema, al haber aceptado los historiadores de esa centuria los estudios precedentes como estudios de autoridad.

Durante el siglo *xvii*, el tema del indígena americano adquiere un carácter mixto, pues perduraron las viejas teorías y argumentos y aparecen también dudas. Los autores entonces desechan criterios obsoletos, pero no llegan a elaborar una nueva teoría sobre el origen del hombre americano. Desde luego, para Le Riverend, esta nueva dinámica historiográfica fue el resultado de la penetración del espíritu crítico característico del Siglo de las Luces y, en particular, de la introducción de las primeras nociones de las ciencias naturales, a pesar de ser insuficientes todavía para romper el peso de la tradición. Por todo ello, la teoría del origen asiático “había logrado predominar, merced a su racionalidad, a la posibilidad de demostrarlo con hechos geográficos y geológicos, como lo prueba el ‘discurso’ de Feijóo, aceptado en las Disertaciones de Francisco Javier Clavijero”.⁵¹

Es también la centuria decimioctava la que basa sus consideraciones en los nuevos descubrimientos geográficos —y los viejos—, poniendo a valer la tesis del origen asiático a partir de los viajes realizados por los exploradores del noroeste de América. Esto lo suscribe Le Riverend, pues es, hasta ese momento, la teoría valedaramente más científica.

El poblamiento africano de América y la significación del aporte negro a las sociedades americanas es, comprensiblemente, otra de las preocupaciones del Maestro cubano, de ahí su artículo “Los negros en Hispanoamérica”.

Desde los primeros párrafos de este estudio, Le Riverend emplea el concepto de transcultu-

ración —acuñado por Fernando Ortiz— para referirse a la historia americana, en la cual los negros participaron con aportes de la más elevada importancia. Él defiende la tesis de los tres componentes fundamentales de la cultura americana: blancos, indígenas y negros, y argumenta que las características de la población en la América actual dependen del grado de participación de estos componentes en la conformación de nuestras sociedades híbridas.

Para este historiador, el desarrollo económico en las zonas tropicales y subtropicales —áreas de economía de plantación— fue posible, en gran medida, por el trabajo forzado de los africanos, produciéndose sincrónicamente lo que sería en la actualidad el fenómeno social básico del continente, el “mestizaje biológico y cultural”, como lo denomina el autor estudiado. Los negros llegan a América —continúa éste— desde la primera década del “descubrimiento” y su inmigración forzada no cesa hasta los años comprendidos entre 1860 y la década del 70. Por tanto, Le Riverend traza un cuadro apretado de la esclavitud como institución, situando como paréntesis especial el caso de Haití.

Sobre el proceso que dio al traste con la esclavitud plantea: “En aquellos casos en que la esclavitud era el eje de la producción nacional o regional, como el de los Estados Unidos, su abolición tuvo que realizarse a través de un proceso de violencia: la Guerra de Secesión; en Cuba y Brasil, se retardó lo suficiente como para coincidir con grandes conmociones políticas y transformaciones económicas que aceleraron la adopción de la medida”.⁵²

Apunta el historiador en relación con el proceso de la esclavitud, que éste no tuvo la misma resonancia en toda América, sino que su influencia varió en dependencia del papel que desempeñó el trabajador forzado en la organización económica.

Y, en el orden cultural, Le Riverend indica que desde las primeras entradas de africanos, éstos

⁵¹ Julio Le Riverend: “*Ideas en torno...*”, ed. cit., p. 923.

⁵² Julio Le Riverend: “Los negros en Hispanoamérica”, en revista *Estudios Históricos*, nos. 2-3, Instituto Jalisciense de Cultura Hispánica, Guadalajara, México, t. I, julio-septiembre de 1927, p. 65.

tuvieron que enfrentarse, por un lado, a un nuevo medio y, por otro, fueron obligados a mezclarse con negros procedentes de grupos étnicos y culturales diversos. En general, el negro perdió rápidamente los elementos de su cultura porque el régimen servil, luego de mezclarlos entre sí les impuso sus gobiernos, autoridades y leyes que no permitieron en un sentido completo la perduración de sus propias creaciones. No obstante, señala el autor, conservaron, en algunos casos, elementos esenciales de su cultura, como la religión y la magia, la música, las tradiciones folclóricas y ciertos elementos de sus lenguas respectivas.

El final de este artículo encontramos nuevamente esa orientación didáctica que imprime Le Riverend a sus esfuerzos investigativos. En este caso orienta a los interesados en el tema acerca de la vía a seguir en el sentido investigativo, para

obtener resultados mayores. Además, recomienda una serie de obras para el estudio y mejor comprensión de lo relacionado con la composición nacional de los países americanos y el aporte negro a dichas sociedades.

He aquí en este artículo, los análisis de Le Riverend acompañados de algunas consideraciones más. La variedad de los temas por él tratados expresa una inquietud intelectual acompañada siempre de cierta nota de actualización en sus estudios históricos. Contribuya este trabajo a iniciar a otros interesados en esta faceta de nuestros historiadores y, al mismo tiempo, forme parte —de alguna manera— al tributo que le rendimos cuantos lo conocimos.



I CONGRESO

DE HISTORIADORES

LATINOAMERICANOS

Entre los días 11 y 14 de mayo de 1998 se desarrolló en la casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez, de la Oficina del historiador de la Ciudad de La Habana, este Congreso patrocinado por la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe

(ADHILAC) y la revista *La Formación del Historiador* de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México). En el acto inaugural hicieron uso de la palabra los coordinadores del Congreso, doctor Sergio Guerra Vilaboy, presidente de la Sección Cubana de ADHILAC; el M.C. Alejo Maldonado Gallardo, director de la revista *La Formación del Historiador*; el doctor Juan Paz y Miño, vicepresidente del ejecutivo internacional de la ADHILAC; el doctor Oscar Zanetti Lecuona, miembro de la directiva cubana de la ADHILAC, y el doctor Eusebio Leal Spengler, presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNIHC) e historiador de la Ciudad de La Habana. En la propia actividad inicial, la doctora Nydia Sarabia, vicepresidenta de la ADHILAC, hizo entrega al licenciado Jorge Núñez Vega del Premio Bidual Fernando Portuondo del Prado, instituido por la sección Cubana de la ADHILAC para el mejor trabajo de diploma de Historia de los centros de educación superior del país.

Durante tres días, los delegados desarrollaron un intenso trabajo en comisiones, en las cuales debatieron decenas de ponencias en torno a los temas: la historia ante los retos del presente; perspectivas teóricas; la formación del historiador; problemas de la enseñanza de la historia; la mujer en la evolución histórica de Cuba, África y Estados Unidos; grandes personalidades latinoamericanas de la centuria: presencia y proyecciones; el conflicto de 1898: su dimensión internacional; Cuba 1895-1898: la bús-

queda de la independencia; política y sociedad en el siglo xx latinoamericano; populismo y revolución; la historiografía hoy: enfoques y recursos; la historia regional: problemas y aplicación; facetas de historia urbana; Estados Unidos y América Latina: una perspectiva

histórica; viejos temas y nuevas perspectivas: la esclavitud; las relaciones interamericanas y Cuba en la arena internacional, los retos del siglo xxi.

En el Congreso participaron 39 delegados procedentes de universidades e institutos de investigaciones de Alemania, Angola, Argentina, Canadá, Colombia, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Inglaterra, México, Mozambique, Suiza y Venezuela, así como 64 historiadores cubanos de la ADHILAC, la UNIHC, el Centro de Estudios de la Historia de la Iglesia en América Latina (CEHILA), el Instituto de Historia de Cuba, la Universidad de La Habana y otros centros de educación superior.

En la jornada final, y con la presencia del rector de la Universidad de La Habana, doctor Juan Vela Valdés, el decano de la Facultad de Filosofía e Historia doctor Rubén Zardoya Loureda y la Mtr. Laura Solís Chávez, directora de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, fue presentado el libro *Homenaje a Martí*, coeditado por estas dos universidades, el cual reúne decenas de ensayos de especialistas cubanos sobre el Apóstol de la independencia de Cuba, compilados por la doctora Diana Abad Muñoz y con prólogo del prestigioso historiador cubano doctor Julio Le Riverend Brusone, recientemente fallecido. En la clausura, los coordinadores, doctor Sergio Guerra Vilaboy y maestro Alejo Maldonado Gallardo, dieron

a conocer que el II Congreso de Historiadores Latinoamericanistas se efectuará en La Habana en noviembre de 1999

DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o insti-

tucionales, a: **Casa de Altos Estudios
Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

Suscripción anual, para

Cuba \$20,00 M.N.

América Latina

y el Caribe \$20,00 USD

América del Norte,

Europa y otras regiones ...\$24,00 USD

DEBATES AMERICANOS

...

y solicita a todo autor que ponga a nuestra consideración la publicación de su artículo o comentario bibliográfico que las versiones originales —textos, tablas, gráficos— se entreguen impresos en papel y en disquete, junto con dos o tres ilustraciones para su publicación. Al texto han de adjuntarse sus datos bibliográficos, y un breve resumen del tema del artículo.

Para los comentarios bibliográficos, las editoriales deberán entregar cada texto, acompañado —de ser posible— del libro comentado, el cual engrosará el centro de documentación de la Casa de Altos Estudios. Con el fin de propiciar una mejor calidad en la publicación,

debates
AMERICANOS

La Iglesia y el contexto sociopolítico cubano Aurelio

Alonso Tejada Reflexiones sociológicas y politológicas con carácter de hipótesis, resultan expresión importante de la **conferencia** dictada por el autor en el Aula Fray Bartolomé de las Casas, el 28 de febrero de 1998 en el convento de San Juan de Letrán, acerca de los **antecedentes de la visita papal a Cuba**, así como sus **apreciaciones perspectivas** en la **relación de la Iglesia con el contexto sociopolítico** insular desde la estancia de su Santidad **Juan Pablo II.** ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

Quiero comenzar por agradecer al padre Manuel Una, y a través suyo al Aula Fray Bartolomé de las Casas, por su amable invitación a exponer ante ustedes, con la cual me siento sinceramente honrado.

También quiero agradecer la presencia aquí de otras personalidades a quienes profeso amistad y respeto, que han tenido la gentileza de acompañarnos, y a todos los aquí presentes, que han interrumpido su descanso para participar en este encuentro.

AURELIO ALONSO TEJADA
Sociólogo e investigador titular, es especialista en el Departamento de Estudios Socio-religiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociales; autor de libros y artículos, publicados estos últimos en la prensa especializada cubana y en el extranjero.

A riesgo de defraudarlos les diré que no escucharán en esta ocasión, como es habitual en esta cátedra, una conferencia magistral, sino un conjunto de reflexiones personales sobre los antecedentes de la visita pastoral que el Sumo Pontífice acaba de realizar a Cuba, y algunas apreciaciones en torno a las perspectivas a partir de la visita misma, en el espacio de las relaciones de la Iglesia con el contexto sociopolítico. Esta precisión final sobre contexto resulta importante, porque seguramente habría un sinnúmero de

otras reflexiones que hacer desde la espiritualidad religiosa y desde el quehacer de la Iglesia para las cuales no me considero competente, y que a mí mismo me agrada escuchar desde el público.

En otros términos, no intento lectura alguna más allá de los límites de lo sociológico y lo político. He aceptado esta invitación con la única esperanza de contribuir en algo al diálogo al cual convoca el acontecimiento mismo de la visita.

Me siento obligado además, creo que todos nos sentiríamos, a ser muy modesto, porque hablamos a sólo un mes exacto de transcurrido el paso de Juan Pablo II por nuestra Isla. Lo cual quiere decir que no ha corrido tiempo histórico para evaluaciones, y puede ser que ni siquiera el tiempo suficiente para el análisis riguroso de perspectivas con el instrumental de la sociología o el de la ciencia política. De manera, que muchos de nuestros juicios tendrán carácter provisional o hipotético.

Formuladas estas prevenciones les propongo ordenar la exposición en el siguiente esquema: 1) los antecedentes de la visita pastoral de Juan Pablo II a Cuba, 2) apuntes sobre el evento, 3) apreciaciones en torno a las perspectivas que deja abiertas el paso del Papa. Voy a tratar de ofrecer a través de estos puntos —a partir de algunas ideas que he escrito y publicado ya, y de otras que incorporo ahora— una visión integral.

► I. Los antecedentes

Todos conocemos que, desde su arribo a la Cátedra de San Pedro, Juan Pablo II ha efectua-

do, hasta su paso por Cuba, 81 viajes al exterior, la mayoría de los cuales en calidad de visitas pastorales. Y también que no se trata de una simple diferencia cuantitativa en relación con los pontífices que le precedieron, sino de un nuevo estilo en la actividad pastoral, que acerca al líder religioso a los creyentes y a toda la población por la vía del contacto inmediato.¹ Consiste, por tanto, en una innovación que ha caracterizado su paso por el papado y que resultará muy difícil de que no quede establecida en el futuro, dada la importancia que reviste para la eficiencia de la misión pastoral de la Iglesia en nuestro tiempo.

Pudiéramos afirmar que este estilo se inaugura más en la primera visita a su natal Polonia que en el viaje anterior a México, cuyo objetivo central fue presidir la tercera reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), celebrada en Puebla en enero de 1979. En aquel momento inicial del papado Wojtyła, las autoridades cubanas expresaron ya su disposición para una escala en La Habana, aunque ésta se realizó en otro lugar.

Las tensiones que tuvieron lugar a comienzos de la Revolución habían quedado atrás, las relaciones del Estado cubano con el Vaticano se habían consolidado con el restablecimiento del nivel de Nunciatura en la misión diplomática, y había avanzado igualmente un entendimiento con la Iglesia cubana, como resultado de un proceso de casi dos décadas —nunca exento de altibajos y momentos de tensión— en el cual no es el caso detenernos ahora. También debemos tomar en cuenta que cuando Karol Wojtyła accede al pontificado ya se habían celebrado el Concilio Vaticano II y la segunda reunión de CELAM en Medellín, y se preparaba la de Puebla. Todo esto obraba favorablemente, pues la Iglesia católica incorporaba a su obrar los “signos de los tiempos” al asimilar dispositivos más flexibles de cara a la aceleración de la dinámica social. Al mismo tiempo había avanzado una proyección cristiana popular en América Latina² con experiencias de participación que también aportarían elementos para el desarrollo de la tesis acerca de la cooperación desde las esferas de dirección.³ En particular, después del triunfo de la Revolución sandinista, que contó con una presencia cristiana

¹ He ensayado una caracterización de este pontificado en el artículo “Wojtyła: el Papa del fin de siglo”, en *Temas*, no. 10, La Habana, 1997.

² Aparecen la Teología de la Liberación, la organización de comunidades eclesiales de base (CEB) a lo largo y ancho del continente, y una corriente reformista y progresista dentro del clero y el laicado que se mueve desde propuestas moderadas hasta movimientos revolucionarios, e, incluso, acciones comprometidas en la lucha armada.

³ Recuérdese que en 1971, durante su visita al Gobierno de Unidad Popular en Chile, Fidel Castro planteó por primera vez su idea de la posibilidad de la alianza estratégica entre cristianos y marxistas.

apreciable. Estimo —con muchos estudiosos— que Puebla y Nicaragua hacen de 1979 un punto de referencia importante como ámbito para la maduración en la comunicación entre el Estado socialista y la Iglesia católica en Cuba, a pesar de que no se había producido aún un desbloqueo completo, o apenas suficiente, de los efectos de las tensiones ocurridas en los primeros años de la Revolución.

Este nuevo escalón lo propiciarán los años 80, en los cuales tiene lugar el detenido y meditado proceso de reflexión eclesial que desemboca en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), en febrero de 1986. El documento final del ENEC contiene una lectura de la doctrina social católica orientada en lo esencial hacia un proyecto de acompañamiento pastoral dentro del proceso cubano de construcción socialista. En este mismo lapso aparece la entrevista de Frei Betto a Fidel Castro, *Fidel y la religión* (1985), uno de los libros de mayor circulación en toda la historia editorial cubana. En dicha obra se identifica expresamente la necesidad de poner fin a los lastres discriminatorios persistentes hacia los creyentes.⁴ El clima de entendimiento entre la Iglesia católica y el Estado progresó de manera apreciable durante el quinquenio siguiente.

Me he detenido un tanto en estos antecedentes para recordar que a partir de 1987, dentro de este clima de entendimiento logrado, la jerarquía católica focaliza en su agenda la invitación al Papa para que realice una visita pastoral a Cuba, con el mismo carácter que había tenido este peregrinar suyo a todos los confines del mundo desde que comenzó su pontificado. La disposición de todas las partes se confirmó en diciembre de 1988 durante la primera visita a Cuba del cardenal Rotger Etchegaray, y unos meses después monseñor Ortega llevó a Roma la invitación formal de los obispos cubanos, y, posteriormente, José Felipe Carneado visitó el Vaticano y entregó la invitación oficial del Gobierno. Se especulaba entonces que la visita podría tener lugar durante 1991. La fecha no llegó a fijarse entonces y la visita quedó tácitamente aplazada, sin que se modificara la voluntad de ninguna de las partes.

Aunque es coherente con las normas de la diplomacia que ninguna de las partes hiciera ex-

plícitas las causas de este aplazamiento tan prolongado, pienso que esas causas no escapan a nadie, y se vinculan al inicio de la desintegración del socialismo europeo a partir de 1989. Los efectos inmediatos y dramáticos que esta involución en el orden mundial tendría sobre la economía cubana (efectos que aún sufre nuestro pueblo y que sufrirá todavía por años) y la incertidumbre universal que creó, llevaron a la Iglesia cubana a rectificaciones del rumbo que había ganado consenso en el ENEC. Personalmente estimo que dichos efectos no sólo incidieron en instituciones eclesásticas (tampoco la católica exclusivamente), sino que se reflejaron, como era de esperar, de maneras diferentes, en diversas esferas de la sociedad cubana. Los obispos católicos dieron forma a su cuestionamiento, o a su interpelación (como queramos llamarle) en 1993, como también conocemos, en *El amor todo lo espera*, documento cuya aparición volvió a complicar las relaciones de entendimiento logradas entre las esferas de dirección política y la Iglesia local.

A pesar de la áspera, y en mi criterio excesiva, reacción que dicha pastoral desencadenó en la prensa,⁵ la revisión de política acordada en el IV Congreso del PCC y la reforma constitucional no fueron alteradas, y la política hacia la religión mantuvo el curso de flexibilización. Estimo que puede hablarse de una readecuación del diálogo después de la pastoral de los obispos, aunque sin recuperarse las coincidencias expresadas en 1986. Las condiciones del contexto socioeconómico también son diferentes, por supuesto.

Un año después, Jaime Ortega ingresó al Colegio de Cardenales, cuando los obispos cubanos habían llevado de nuevo a la prioridad de su agenda la visita pastoral del Pontífice a la Isla.

En otro plano, la contención de la caída económica y el inicio de una recuperación en 1995,

⁴ Se reiteró incluso con mayor precisión en la primera entrevista que le hiciera el periodista italiano Gianni Minna, y que apareció publica en Cuba en forma de libro en 1986.

⁵ Mis propias críticas al texto de los obispos de 1993 se publicaron en "Iglesia Católica y política en Cuba en los noventa", en revista *Cuadernos de Nuestra América*, no. 22, La Habana, julio-diciembre de 1994.

han contribuido a disipar—o al menos a atenuar—incertidumbres, si bien pasarán largos años para que los per cápitas de finales de los 80 se rescaten, y para que el nivel de vida se asemeje al de entonces. Sin aludir a otros costos sociales que será difícil revertir. Este moderado repunte económico interior, cuyo mayor mérito es haberse obtenido bajo la presión de un bloqueo reforzado, encuentra un curioso escenario frente al fracaso de la mayoría de las transiciones esteuropeas, que han situado a esos pueblos totalmente a merced del torbellino neoliberal.

El discurso social del Pontífice no es ajeno al espectro que conforma el capitalismo después de liquidado el orden bipolar. Sus intervenciones en el 50 aniversario de las Naciones Unidas en 1995 y en la cumbre de la FAO en 1996, constituyen dos documentos sustantivos contra el ordenamiento capitalista actual, tanto en lo económico como en lo político y lo social. Este discurso global, que tengo la impresión de que, al menos hasta ahora, no había permeado a nuestro episcopado en la misma medida que a otros episcopados latinoamericanos, tiene significativas coincidencias con las proyecciones externas e internas del proyecto cubano, más allá de las diferencias reales y potenciales.

Quiero decir, de cierta manera, que desde todas las perspectivas se había producido una “maduración de condiciones”—tanto desde las perspectivas de la Iglesia católica como desde las del Estado cubano—para una visita pastoral exitosa del Papa a Cuba. Y cuando digo desde todas las perspectivas, no puedo olvidar la aspiración sostenida de los católicos cubanos, la base creyente dentro de la Iglesia local, a recibir como cualquier otro país la visita de su líder religioso, que no por quedar sujeta a correlatos institucionales es menos legítima, sino, por el contrario, comporta el elemento legitimador original que resultaría inadmisibles omitir.

Es de sobra conocido que el acuerdo de la visita se selló finalmente en la entrevista del Pre-

sidente cubano con el Pontífice en el Vaticano en noviembre de 1996, y que esto sazónó el acontecimiento con cierta espectacularidad desde la fase preparatoria misma.⁶

El inventario de expectativas que se levantaron, tanto al interior del país como desde el exterior, a lo largo de 1997 deviene tan vasto como heterogéneo, y no sería posible reproducirlo aquí ni remotamente. Además no creo que aporte mucho a la exposición. Criterios a favor y criterios en contra, algunos pensaban que no se daría la visita, que se aplazaría de nuevo, que el Papa la interrumpiría por alguna desavenencia o que el Gobierno buscaría un pretexto. Unos no la deseaban porque pensaban que provocaría la desestabilización política, una especie de golpe de gracia al socialismo en este hemisferio, y otros la aplaudían con el mismo argumento. Por otra parte, hubo quienes la objetaban porque veían en ella un acto de legitimación y, de nuevo, el mismo argumento servía a otros para saludarla. Honestamente debo reconocer que ninguno de estos extremos los pude observar ni en las expresiones de la jerarquía ni en las del Gobierno cubano. Más bien se percibía, a cada paso, la intención recíproca de evitar cualquier elemento contencioso, y que ninguna diferencia de criterios pudiera traducirse en aspereza, o enrarecer la atmósfera preparatoria de la visita. Además, la figura del Papa Wojtyła fue ganando espacio rápidamente en el imaginario popular.

► 2. La visita

Resultaría omiso no empezar por reconocer en el año de preparación el primer elemento de la visita misma. En lo referente a sus impactos, la visita comenzó mucho antes de que el Papa tocara la tierra cubana. La puesta en marcha, por parte de la Iglesia, del plan de evangelización hasta el año 2000, y que fue un factor de información y movilización de la feligresía, la intensificación de la comunicación y, sobre todo, el trabajo, en cooperación de las autoridades eclesíásticas y las políticas, el hecho de que unas y otras tuvieran que dar conjuntamente respuesta a numerosos problemas de la preparación. La disposición por primera vez de accesos que han estado cerrados por lo regular a las instituciones religiosas, como las celebraciones en el exterior de las igle-

⁶ Algunos autores, como el periodista Tad Szulc, biógrafo de Wojtyła y de Fidel, ensayaron comparaciones entre ambas personalidades y especularon sobre el encuentro.

sias con la imagen peregrina de la Virgen de la Caridad del Cobre, y la presencia de miembros de la jerarquía eclesiástica —y de elementos informativos de temas religiosos— en los medios masivos, y la decisión de feriar oficialmente la Navidad como gesto de bienvenida al evento pontificio —y que todo el mundo aspira a que se haga definitiva—. No olvidemos que todo esto ocurrió en la etapa preparatoria.

Aproximadamente un mes antes de la llegada, Fidel Castro sumó su poder movilizador al del Papa,⁷ y el propósito del éxito afloró con la energía potenciada que la convocatoria oficial sumaba a la laboriosidad entusiasta de la Iglesia local. Que la visita pastoral no se limitaba a los católicos, sino que alcanzaba a todo el pueblo cubano, constituyó desde ese instante un propósito claramente compartido de Iglesia y Gobierno.

El recorrido de Juan Pablo II en Cuba todos lo conocemos y carecería de sentido extendernos ahora en detalles descriptivos o recuentos en torno a éste.⁸ Pero creo importante destacar que Cuba se abrió al Papa desde el momento de su llegada hasta la misa multitudinaria del domingo 25 de enero en la Plaza de la Revolución, que en esta ocasión albergó para el Pontífice la imponente masividad que ha caracterizado a las grandes concentraciones populares allí convocadas desde 1959.

Los cuatro días que corren desde la tarde del 21 de enero hasta el anochecer del 25, se convirtieron en una fiesta del Papa con Cuba y de Cuba con el Papa. Fiesta religiosa, en tanto el fervor de la fe estuvo siempre presente a través de la especificidad y la identidad del mensaje cristiano, pero al mismo tiempo fiesta cultural y social, en la cual todo el pueblo pudo escuchar una lectura de los valores y de los problemas de su realidad a la cual no estaba habituado, aunque no le era del todo ajena. Y Juan Pablo II también habrá enriquecido también, gracias a la percepción directa —que no se me ocurre incompatible con la infalibilidad—, su conocimiento del pueblo cubano, de sus sentimientos, su religiosidad e, igualmente, de las estructuras políticas y sociales, y en general de la realidad cubana en toda su complejidad.

Como es habitual en sus visitas —y un rasgo de su sentido del tiempo—, el Papa cubrió un

programa cargadísimo, en el cual, además de las cuatro misas masivas, se entrevistó formalmente con el Jefe de Estado, visitó la Universidad —encuentro con los intelectuales—, el leprovisorio de El Rincón —encuentro con el dolor—, se reunió con otros líderes religiosos locales, con los obispos cubanos, y realizó una celebración en la Catedral de La Habana con la jerarquía, el clero y el laicado. Elaboró un mensaje a la juventud, un mensaje ecuménico y un mensaje a la Conferencia Episcopal de Cuba. Son textos e intervenciones que reclaman ahora una atención reposada.

Como de costumbre, también en Cuba, Juan Pablo II logró establecer una corriente de comunicación con la multitud que asistió a las celebraciones, católicos y no católicos, creyentes y no creyentes. Su lenguaje fue siempre asequible a todos y novedoso para los no habituados, siempre atractivo y su figura ganó simpatía, incluso entre quienes no profesan su fe y entre quienes discrepan de aseveraciones o fórmulas en cuestiones sociales y políticas —como el tema del control de la natalidad o el del aborto, la subordinación de la libertad a la libertad religiosa, el condicionamiento de la virtud y de los valores por la fe, y otros, todos los cuales revisten carácter polémico—.

► 3. Las perspectivas

Cuando se afirma que la visita de Juan Pablo II a Cuba constituyó un acontecimiento exitoso, aparece forzosamente la pregunta: ¿éxito para quién?, ¿para el Papa y para la Iglesia católica, para la fe cristiana, para la religión en general, o para el proyecto socialista cubano, que trata de sostenerse? Y aquí pienso que podría responderse con otra pregunta ¿y por qué no hablar de éxito en sentido global, éxito para todos? El Santo Padre coronó su primer discurso en el aeropuerto con

⁷ Desde su intervención en la Asamblea Nacional del Poder Popular el 13 de diciembre de 1997. Volvió a intervenir en extenso en el mismo sentido el 4 de enero de 1998.

⁸ La Conferencia de Obispos Católicos de Cuba publicó rápidamente un *dossier* con todas las intervenciones del Papa durante la visita, y *L'Osservatore Romano*, órgano del Vaticano, dedicó un número especial el 30 de enero a todas las intervenciones, no sólo las del Pontífice.

la frase: “Que Cuba se abra con sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba”, la cual devino, en la práctica, el lema de su recorrido pastoral y, a juicio mío, el *leitmotiv* del mensaje social de su visita. Esta frase queda presente —como quedan todos sus textos más allá del recuerdo emotivo de los encuentros— y de seguro vamos a retornar a ella no sólo desde los altares, sino desde diversos entornos de la nación, porque está cargada de potencialidades para un proyecto social como el cubano. Quiero decir, un proyecto que se finca en ideales probados, pero como todo lo humano es un proyecto imperfecto, perfectible, necesitado de perfeccionamiento; necesitado de abnegación y también de inteligencia e ingenio; de audacia hacia el futuro y también de prudencia de cara al cambio; de apertura y tolerancia, pero a la vez de rigor y coherencia.

Estimo que no debemos estancarnos en el impacto de los detalles episódicos de la visita, sino levantar la vista a la riqueza y la extensión que puede alcanzar el mensaje de paz y reconciliación, y el balance de libertad y responsabilidad, y de libertad y justicia reclamado por el Papa, por encima de las diferencias, que tampoco son un defecto sino una cualidad y a menudo hasta una virtud de la condición humana.

Por eso, tampoco debemos dejarnos llevar por la contabilidad de las palabras, como hacen las lecturas que se inclinan a parcializar o minimizar el éxito de esta visita pastoral. Y el éxito mayor, estoy seguro, que va a depender de que no se le quiera parcializar ni minimizar: hay un valor de universalidad en ello que podría quedar sesgado.

Es cierto que, en sus homilias e intervenciones en Cuba, Juan Pablo II dedicó el mayor empeño al reclamo de libertad, para su Iglesia y a partir de allí en todas las direcciones, a subrayar que “sin fe no hay libertad” y a otros argumentos que pueden apuntar a una hegemonía ética del cristianismo —cosa que no todo el mundo comparte—, a sus proyecciones en la confrontación de la crisis de la familia —que es sin discusión un problema universal— y a los espacios institucionales del catolicismo. En tanto la condena al bloqueo aplicado por Estados Unidos a Cuba, con

una incidencia indiscutible por casi cuatro décadas, ocupa pocas líneas. Esta contabilidad que pretende extraer conclusiones del número de palabras resulta, a mi juicio, absurda e incluso pernicioso. ¿En qué se espera que centre su atención el Pastor? ¿Es que su doctrina social no es parte de su apostolado? Incluso, la crítica de la globalización capitalista, que se ha convertido en los últimos años en una constante del discurso papal, se limitó a un párrafo en su homilía de la Plaza de la Revolución. Pero lo primero que debe recordarse es que Juan Pablo II hablaba ante el pueblo de Cuba y no en la Asamblea General de la ONU, para percatarse de que lo que expuso, tanto sobre el bloqueo como sobre la globalización neoliberal, en planteamientos inequívocos y contundentes, fue, como se dice en el campo de la ciencia, lo necesario y suficiente.

El Papa se fue de Cuba con pruebas de un logro para su apostolado. En la audiencia general del 28 de enero en Roma recordó que desde su llegada “había estado rodeado por una inmensa manifestación de pueblo, que ha asombrado incluso a cuantos, como yo, conocen el entusiasmo de la gente latinoamericana”.⁹ La prensa internacional ha dado cuenta de diversos reconocimientos de los invitados, como el del cardenal Luis Aponte, de Puerto Rico, que no ocultó su impresión sobre la visita y la tranquilidad, la paz social en la cual se desarrolló, y el clima de entusiasmo y también de seguridad que se respiraba, cuando el problema de la falta de gobernabilidad se ha convertido en prioritario en todas partes. Y recuerda el cardenal Aponte, con un sentimiento inverso, cómo en una manifestación en Italia le robaron la cartera y la cruz pectoral.

Acciones como el acuerdo para la construcción del nuevo seminario y la iglesia de Alamar, pueden ser indicativas o anticipadoras de un ensanchamiento más definitivo en la recuperación institucional y de una relación más articulada en el futuro con el Estado. La rápida respuesta positiva a la solicitud de clemencia para presos por delitos políticos que en el contexto de la visita entregara el cardenal secretario de Estado, Angelo Sodano, creo que debemos interpretarla tam-

⁹ Ver el número citado de *L'Osservatore Romano*.

bién como un signo de una voluntad gubernamental de avanzar más allá del acontecimiento concluido.

Una periodista norteamericana de AP, Anita Snow, quien cubrió para la prensa de Estados Unidos las actividades de Juan Pablo II, opina que “la visita papal parece haber borrado los últimos vestigios de un estigma ligado a la participación de la Iglesia desde los días tempranos de la revolución de Castro de 1959”. Posiblemente sea una conclusión muy absoluta, aunque creo que refleja el escenario inmediato que ha dejado la experiencia de esta visita. Todavía no están a la vista otras respuestas posibles a todas las aspiraciones puestas en la agenda, ni ocasión para nuevas manifestaciones de las iglesias en el plano social, pero no tienen aún motivo para estar. La visita acaba de concluir, y el aparato político del país debió concentrar su atención en la constitución de los órganos del Estado a partir del nuevo mandato electoral, que acaba de concluir.

Cabe subrayar, sin embargo, que en su mensaje del 12 de febrero, en el cual los obispos cubanos expresan su gratitud a “las más altas autoridades del país, que dispensaron al Santo Padre un trato exquisito”, codifican en siete puntos un programa de acción pastoral a partir del documento del Pontífice dirigido a la Conferencia Episcopal el día final de su estancia en el país.¹⁰ No voy a detenerme en él como tampoco lo he hecho en otros, sino para observar el tono constructivo general que lo anima.

El historiador católico italiano Giorgio Rumi tiene una impresión igualmente positiva en su artículo de *L'Osservatore Romano* cuando apunta que “en el caso de Cuba el tiempo ha limpiado el campo de tensiones”, para que tengan lugar “las recíprocas aperturas entre Cuba y el mundo”, y añade que “para la potencia más grande del mundo no es un acto de debilidad tender la mano a una realidad mucho menor y diferente”.

Anoto aquí, entre paréntesis, que al regreso de los prelados norteamericanos que asistieron a la visita, la Conferencia Episcopal de Estados Unidos reconoció en una declaración que en Cuba han ocurrido cambios importantes, aunque no lleguen aún al grado de libertad que reclama el Papa, y que es tiempo para que Washington dé

pasos prácticos que revelen si las esperanzas suscitadas por la visita papal pueden contribuir a mejorar las relaciones entre ambos países, empezando con la reanudación de los vuelos aéreos directos y el levantamiento del embargo sobre alimentos y medicamentos.

Quise subrayar antes la palabra “diferente” en el artículo citado de Rumi, porque me parece que reviste una importancia clave. El discurso de Juan Pablo II a la L Asamblea General de Naciones Unidas, el 5 de octubre de 1995, sanciona “que no hay un único modelo de organización política y económica de la libertad humana, ya que culturas diferentes y experiencias históricas diversas dan origen, en una sociedad libre y responsable, a diversas formas institucionales”. “El mundo debe aprender todavía —añade el Pontífice— a convivir con la diversidad”, y leemos más adelante en el mismo discurso: “el miedo a la ‘diferencia’, alimentado por resentimientos de carácter histórico y exacerbado por las manipulaciones de personajes sin escrúpulos, puede llevar a la negación de la humanidad misma del ‘otro’”. Esta filosofía política se opone claramente al recurso manido de la condicionalidad por parte de los regímenes poderosos para imponer su dictamen en los países sujetos a la subalternación que implanta la dependencia.

En una conferencia de prensa, el lunes 2 de febrero, en Pamplona, el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, al decir de muchos la figura más cercana a Juan Pablo II en la curia romana —y al decir de todos la más conservadora—, señaló que el Papa quiso decir en Cuba que “Cristo no es el adversario de ninguna opción política justa”, y que la fe “puede abrir nuevas vías hacia un futuro en que Cuba pueda entrar a formar parte con normalidad de la comunidad internacional”. Y según el despacho cablegráfico, en la misma conferencia abogó por una “Teología de la Liberación” que se vinculara a una “Teología de la Reconciliación”.

¹⁰ Ver “¡Abran sus corazones a Cristo!”, mensaje de los obispos católicos de Cuba después de la visita del Papa Juan Pablo II.

Es temprano para pronosticar un perfil definido en el curso de las relaciones Iglesia-Estado ulterior a la visita, y no he intentado hacer otra cosa que anotar algunas apreciaciones y actuaciones que creo relevantes, como puestas en un periódico mural, tal vez con una cuota de optimismo personal no despreciable. Pero pienso francamente que miramos hacia signos que evidencian la profundidad de la huella que ha dejado la visita pastoral del Papa Wojtyla a Cuba. Y no puedo dejar de recordar que, al reiterar a Su Santidad en junio de 1994 la invitación de los obispos cubanos, monseñor Jaime Ortega —que aún no había sido creado cardenal— afirmaba: “sabemos que en cada una de las visitas que ha realizado a las Iglesias hermanas, siempre ha llevado consigo un soplo del Espíritu para tiempos nuevos”.

Este acontecimiento, además de lo que significa al interior de la Iglesia católica cubana, puede abrir caminos inéditos en el conjunto de las relaciones humanas e institucionales, de mayor comprensión y tolerancia recíprocas, de reconocimiento de la unidad en la diversidad, y constituir una referencia importante en el futuro inmediato de la multifacética y problemática reinserción cubana en el orden mundial. Tampoco quiere decir esto que el enunciado propósito conciliatorio vaya a estar exento de controversia. En todo caso no hay que olvidar lo que con tanta agudeza dijo monseñor Adolfo Rodríguez Herrera en su saludo al Pontífice en Camagüey: “este pueblo tiene más miedo a la división que a la diversidad, a la discordia que a la concordia”.

Más allá de cualquier tipo y cualquier cantidad de prevenciones puede afirmarse que el paisaje después de la visita de Juan Pablo II a

Cuba no induce al pesimismo. No parece haber motivo suficiente para pensarlo, ni dentro de la Iglesia ni fuera de ella.

Éstas son las reflexiones que he querido someter hoy a la consideración de ustedes.

Como monseñor Rodríguez Herrera me ha hecho pensar en el miedo, les voy a confesar que una semioculta vocación filosófica me hace lamentar no haber dado rienda suelta a la tentación de detenerme en el llamado del papa Wojtyla desde el inicio de su pontificado. “No tengan miedo en abrir sus corazones a Cristo”, reiterado a su arribo a La Habana. Siempre motivó mi atención la idea de la necesidad de vencer el miedo para recibir a Cristo. Tal vez recordaba más bien el miedo que se requiere vencer para abandonar la fe. Y ahora, también me motiva su evocación indirecta, y posiblemente involuntaria, en las palabras de despedida del presidente Fidel Castro cuatro días después, al afirmar: “Cuba no conoce el miedo”. Pudiera pensarse que el líder religioso y el líder político tratan de miedos diferentes; sin embargo, el miedo es uno, como es uno el valor que lo supera, y se me antoja que habría motivo sobrado para que reflexionemos al respecto. Lamentablemente son tentaciones que tendré que relegar a otros encuentros. O a otros escritos. Por ahora me limito a compartir con ustedes también esta inquietud.

Muchas gracias a todos.

• • • • •

Marxismo y capitalismo contemporáneo

Rafael Cervantes, Felipe Gil, Roberto Regalado y Ru-

bén Zardoya En el artículo que sigue se exponen valoraciones referentes a la **dimensión** del **pensamiento** de **Carlos Marx** como la “conceptualización de la formación antagónica de la historia humana y, en particular, del **sistema de relaciones** económicas, políticas, sociales e ideológicas que vertebran el mundo de la compraventa universal de la fuerza de trabajo”, así como la **vigencia** del marxismo en el **mundo contemporáneo**. ● ● ●

Muchos hombres y mujeres se preguntan hoy si la concepción marxista de la historia conserva su fuerza explicativa con respecto al capitalismo contemporáneo. Hay quienes, sin haber calado en su sentido profundo, levantan una barrera entre esta concepción y la práctica social de nuestros días, en la presunción de que el tiempo y las importantes modificaciones operadas en el modo capitalista de producción y en el conjunto de relaciones sociales sobre él asentadas, han corroído sus fundamentos y sus condiciones de validez. Supuestamente, por sus límites histó-

cos, el marxismo resulta incapaz de ofrecer un cuadro teórico adecuado de las contradicciones que gravan el desarrollo de la sociedad contemporánea y una guía para su superación revolucionaria. La ligereza con que se apresuran en tachar de un plumazo el modo de pensamiento que estremeció el mundo del capital desde sus propios cimientos y aún hoy se desliza como un fantasma en las noches desapacibles de los compradores de la fuerza de trabajo, apenas permite plantear seriamente la cuestión de su alcance histórico y de la realidad con respecto a la cual cons-

tituye una expresión teórica.

La doctrina de Marx es, ante todo, la conceptualización de la formación antagónica de la historia humana y, en particular, del sistema de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas que vertebran el mundo de la compraventa universal de la fuerza de trabajo. ¿Perdura la sumisión de la sociedad y los individuos a las leyes de la producción de plusvalía? ¿Subordina la racionalidad capitalista la libertad colectiva e individual de los hombres que con su actividad productiva configuran la riqueza social? ¿Impera en nuestra época un valor —el capital— que supedita a sí, aplasta o prostituye los restantes valores? ¿Son o no las relaciones humanas y los propios hombres simples cosas que empuja a su antojo la fuerza impersonal de la ganancia? ¿Siguen o no las cosas ocupando el lugar de la personalidad humana? ¿Se han suprimido por la historia las relaciones sociales basadas en la compraventa de la fuerza de trabajo? ¿Vivimos en un mundo diferente del de la gran propiedad privada capitalista? ¿Ha cambiado la orientación fundamental del régimen de propiedad privada hacia la centralización del capital y el poder? ¿No están ya los seres humanos categorizados objetivamente en burgueses y asalariados? ¿Ha dejado de ser el Estado capitalista una maquinaria organizada para imponer los intereses de la burguesía sobre las restantes clases sociales? ¿No son ya la “igualdad de los hombres ante la ley” y la proclamación de ciertos “derechos inalienables del hombre (burgués)” los gritos de combate por excelencia de la clase capitalista, y el derecho, la voluntad de esta clase convertida en legislación universal? ¿No sigue la política burguesa subordinando todas las formas de conciencia, todos los valores humanos, todo el cuerpo de la cultura? ¿Es éste o no el mundo de la polarización extrema de la riqueza y la pobreza? ¿Es o no la contra-

**RAFAEL CERVANTES MARTÍNEZ,
FELIPE GIL CHAMIZO,
ROBERTO REGALADO ÁLVAREZ Y
RUBÉN ZARDOYA LOUREDA**
Especialistas en los estudios políticos y filológicos, los primeros trabajan en un equipo de investigaciones acerca del capitalismo contemporáneo en el Departamento de Relaciones Internacionales del CC del PCC, mientras Zardoya Loureda dirige como decano la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

dicción existente entre el capital y el trabajo el pulso vivo de nuestra época? ¿Permanece o no en la sociedad de nuestros días el imperio del pasado sobre el presente, del trabajo muerto sobre el trabajo vivo? ¿Hemos arribado al fin de la historia o vive aún la historia grávida de su negación? ¿Se mantiene en pie el ideal de una asociación de productores en la que el libre desarrollo de cada individuo constituya una condición para el desarrollo libre de toda la sociedad? ¿Puede, en fin, el mundo de la propiedad privada resolver, sin negarse a sí mismo, el torrente de contradicciones que dimana de sus entrañas?

En sentido estricto, la superación de la doctrina de Marx estaría a la orden del día para el pensamiento revolucionario, si la realidad que constituye su objeto hubiera roto ya sus ámbitos, si las contradicciones fundamentales del sistema de relaciones sociales que sometió a crítica se hubieran superado por la historia y otras contradicciones ocuparan su lugar. Las líneas siguientes parten de la convicción de que la sustancia del modo capitalista de producción continúa siendo la esclavitud asalariada, la propiedad burguesa sobre los principales medios de producción y la disociación de los productores de sus propias condiciones de existencia y de los resultados de su trabajo, incluido el conjunto de relaciones sociales, instituciones y formas de conciencia, y su conversión en fuerzas hostiles que impiden el libre desarrollo de la personalidad. El ulterior movimiento del capitalismo no hace más que poner a prueba la capacidad de adaptación de la burguesía, agudizar aquellas contradicciones, frenar violentamente el curso natural de su solución histórica y convertirlas en potencias destructivas de la civilización. En tanto perdure esta situación, las ciencias sociales, si aspiran a eludir el pantano de la apología y la condición lamentable de sirvientas —asalariadas o voluntarias— del poder político, habrán de volver una y otra vez al autor de *El capital*, se verán compelidas a pensar con sus categorías y sus leyes, en tanto categorías y leyes objetivas de la realidad capitalista, y a erguirse sobre los fundamentos teóricos

y metodológicos sentados por él. Compelidas, no en la manera propia del marxismo vulgar, a saber, copiando la forma externa del discurso, entresacando frases y conceptos y transplantándolos con soberana ligereza a la explicación de realidades antes inéditas, sino mediante el estudio concreto de estas realidades en el contexto de una formación social que permanece sustancialmente invariable a través de sus metamorfosis históricas.¹

La teoría del capitalismo de Marx no se agota en modo alguno en el capitalismo premonopolista, sino expresa la esencia del movimiento del capital en general, de la relación entre el capital y el trabajo en toda la diversidad lógica e histórica de sus formas de existencia, con independencia de sus modos concretos de manifestación.

A la interrogante aparentemente escolar acerca de si se cumplen en la sociedad capitalista contemporánea las leyes formuladas por Marx en *El capital*, sólo cabe ofrecer una respuesta categóricamente positiva. Repárese en que, en este caso, no se pregunta si se cumplen en la actualidad las leyes enunciadas para la explicación del capitalismo de la libre competencia. *El capital* no es la teoría (o una teoría) del capitalismo premonopolista; en él se reproducen conceptualmente las leyes que rigen y regirán el movimiento del capital hasta el momento de su desaparición histórica. En este sentido, sus potencialidades explicativas resultan *exactamente idénticas* para

el estudio del capitalismo de la libre competencia que para el análisis del imperialismo contemporáneo. Ésta sería una pregunta innecesaria si existiera un consenso en relación con la validez universal —es decir, la validez para la explicación de *todo capitalismo*— de la obra de Marx. Pero no ocurre así. Lo habitual en nuestros días es la renuncia a su teoría —y su sustitución por toda clase de seudocategorías, palabrejas y términos vagos lanzados al consumo masivo por el discurso neoliberal—, incluso entre muchos investigadores que de manera subjetiva se consideran marxistas y que, sin embargo, no dejan entrever en sus escritos e intervenciones siquiera una pálida sombra del aparato conceptual y categorial del marxismo. Por paradójico que parezca, lo más frecuente en la literatura actual es el intento de dibujar un “cuadro teórico” del capitalismo que excluye al capital, o en el cual, al menos, éste no se presenta como la relación económica fundamental, a partir de la cual se realice el estudio y se deduzcan las restantes relaciones, leyes y determinaciones de la sociedad capitalista.

Esta forma de ver las cosas pudiera suscitar la suspicacia del lector. ¿Se insinúa, acaso, la existencia de leyes y categorías “puras” del capital, descontaminadas de toda referencia de tiempo y lugar? ¿Permanece el capital idéntico a sí mismo al margen de sus vicisitudes históricas? ¿Constituye la historia, con respecto a él, una determina-

¹ La comprensión científica de la formación económico-social capitalista constituye, en importante medida, una conceptualización de sus metamorfosis históricas. Metamorfosis es una de las categorías clave de *El capital*, indispensable para comprender el modo en que se desarrollan sus contenidos, la deducción lógica e histórica que realiza Marx de las diferentes formas económicas, unas a partir de otras. El objeto de la investigación dialéctica —es decir, de la investigación de la sociedad como una totalidad orgánica, como un organismo en desarrollo— siempre se presenta como una forma; no como una forma externa, sino como una forma de contenido estructurada, como una forma de organización del contenido. Considerar el objeto de investigación como una forma significa que se le está enfocando en el proceso de su génesis y desarrollo, de su movimiento histórico, no de un simple cambio coyuntural. Este movimiento his-

tórico es el de la metamorfosis (la transformación, la transfiguración). Con la categoría metamorfosis se expresa el proceso de cambio de la forma, a partir de un mismo fundamento, una misma sustancia, una misma esencia: justamente el proceso, no simplemente el resultado. A nuestro juicio, esta categoría —tal vez, la más utilizada por Marx en sus obras económicas, junto con las de forma y forma metamorfoseada, con ella emparentadas— resulta la más adecuada para explicar los cambios históricos en la esencia del capitalismo; en particular, el cambio de forma del capitalismo monopolista de Estado al cual asistimos en la actualidad. En relación con esta poderosa categoría del pensamiento dialéctico, las categorías de “reestructuración”, “reorganización”, “reconversión” y otras en boga, no pasan de expresar momentos parciales, unilaterales, aislados, de las modificaciones que se operan en el capitalismo contemporáneo.

ción meramente externa y fortuita? ¿No corresponden a un modo de producción en permanente transfiguración, leyes y categorías transfiguradas?

Para responder de forma acabada a estas preguntas, no existe vía más expedita que la de desandar el camino recorrido por el capitalismo desde su época clásica —con énfasis en el proceso de consolidación del capitalismo monopolista de Estado como relación económica y política dominante— y, sobre esta base, ofrecer un cuadro científico del modo contemporáneo de producción de la vida material y espiritual y de la forma específica en que tiene lugar la reproducción del capital en nuestros días. En este contexto, llamaremos la atención sobre el hecho de que la ciencia, si pretende desarrollarse como ciencia teórica —y no como mera factografía y amontonamiento difuso de valoraciones contingentes—, se ve siempre obligada a operar un conjunto de abstracciones de la más diversa índole en el objeto que somete a estudio —incluida la abstracción de su grado específico de desarrollo—, encaminadas a revelar sus determinaciones esenciales y sus formas necesarias de existencia.² No otra cosa hizo Marx al construir su teoría; ello le permitió comprender “al vacío” —como en un laboratorio o en condiciones de ingravidez— las leyes “puras” del modo de producción burgués, aquellas que rigen toda relación histórica entre el capital y el trabajo. En esta capacidad de revelar el ADN de la sociedad burguesa en general a través del estudio del tejido celular del naciente capitalismo inglés, radica su mérito mayor ante la ciencia y el pensamiento revolucionario.

En este punto, se revelan los límites cognoscitivos del marxismo vulgar, que no cesa en su empeño de transitar sobre deslizadores lógicos desde las leyes formuladas en el contexto de la teoría clásica, a la realidad del capitalismo contemporáneo, como si la sociedad humana se hubiera convertido, por clonación, en la clásica Inglaterra, y la práctica histórica de los hombres no introdujera múltiples correctivos a su acción.

El conocimiento de las leyes y contradicciones “puras” del movimiento del capital, sólo puede constituir una guía para la comprensión de su forma contemporánea, si somos capaces de aprehender el modo específico en que determi-

nan los hechos históricos en medio de la más amplia diversidad de “factores contaminantes” que velan, embrollan, aceleran, retardan, modifican, diversifican o frenan su realización. Por ejemplo, es evidente que, planteada en su forma pura, la contradicción entre el capital y el trabajo —que constituye el fundamento general del modo de producción capitalista— resulta insuficiente para explicar la compleja y abigarrada estructura social; en particular, la profusa marginalidad existente en la sociedad burguesa de nuestros días. Asimismo, la exposición clásica de la ley del valor no agota la diversidad actual de sus formas de expresión, no revela el fundamento del intercambio desigual que domina el horizonte del mercado mundial, ni explica el hecho habitual de que al obrero promedio no se le pague íntegramente el valor de su fuerza de trabajo. Es imposible determinar, a partir de la ley general de la acumulación capitalista, qué formas de pauperismo constituyen un resultado del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y qué formas se derivan de su falta de desarrollo. El análisis más concienzudo de las formas puras de distribución de la plusvalía, apenas podrá ofrecernos una pista para la comprensión de la multiplicidad de canales de distribución de la ganancia, que hoy dista mucho de expresarse con arreglo al esquema clásico, en la forma de ganancia media, ganancia comercial, interés y renta. En el éter de la abstracción, en fin, no es posible captar a plenitud los enrevesados mecanismos de reproducción contemporáneos, en virtud de los cuales un suntuoso producto manufacturado se vende a la par de un camello en el desierto del Sahara. A propósito, Marx nunca intentó transitar *directamente* de su teoría a la realidad del capitalismo premonopolista, ni su modo de pensamiento le hubiera permitido concebir la posibilidad de hacerlo.

² “Lo que de por sí nos interesa, aquí —escribe Marx en el “Prólogo a la primera edición de *El capital*”—, no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien *estas leyes de por sí*, estas *tendencias*, que actúan y se imponen con férrea necesidad”. Carlos Marx: *El capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. X.

Tampoco Lenin cayó en la trampa que le tendía el marxismo vulgar en la época del nacimiento del capitalismo monopolista. A diferencia, por ejemplo, de un Kaustky que había convertido en fórmulas abstractas los estudios económicos de Marx y que, de espaldas a la realidad, proclamaba que la concentración monopolista del capital y la producción conduciría a la formación de un trust internacional único que excluiría las rivalidades interimperialistas y, consecuentemente, a una forma de desarrollo uniforme y pacífica del capitalismo, Lenin elaboró su teoría del imperialismo sobre la base de su concepción del desarrollo desigual—concepción apenas avistada por Marx, dada la inmadurez de las relaciones sociales que sometió a crítica—. Esta teoría permitió a Lenin formular la idea del eslabón más débil de la cadena imperialista, con sus conocidas consecuencias para la acción revolucionaria. En general, en su obra no se encuentra un solo pasaje que evidencie el más mínimo intento de saltar por encima de las colosales dificultades lógicas que entraña transitar desde la teoría clásica a la realidad, ni resolver “con libros viejos” los urgentes problemas de la práctica revolucionaria. Su actitud fue radicalmente diferente: planteó ante sí la tarea de comprender, sin abandonar en absoluto la perspectiva metodológica marxista, lo que a todas luces se había configurado como una nueva fase en el desarrollo del capitalismo, el imperialismo, en cuyo elemento, por una parte, se refractaban y adquirirían una nueva vida las categorías y leyes enunciadas por Marx en sus obras económicas, y, por otra, surgía y se desarrollaba un conjunto no despreciable de leyes y categorías nuevas. Esta comprensión constituyó uno de los pilares intelectuales más sólidos de la Revolución Bolchevique, cuya originalidad, asentada en la originalidad de la concepción teórica de Lenin, haría afirmar al joven Gramsci, con no poca imprecisión, que se trataba de una revolución realizada en contra de *El capital*.

La teoría leninista no puede considerarse como una simple expresión teórica del estadio inicial del desarrollo del imperialismo, sino justamente como *la aprehensión conceptual de las determinaciones esenciales del imperialismo en general*. En esta idea es preciso insistir, debido

al virtual abandono de esta teoría que se aprecia en las ciencias sociales contemporáneas; en particular, cuando intentan comprender los cambios que se operan en el capitalismo de nuestros días. Las referencias—en muchos casos no pasan de ser meras frases— a la “globalización”, “la aldea global”, la “fábrica global”, el “sistema-mundo”, la “moneda global”, el “capitalismo global”, el “mundo sin fronteras”, el “fin de la geografía”, la “nave espacial”, la “nueva Babel”, y otras semejantes,³ impuestas de manera subrepticia por el discurso neoliberal en boga, apenas toman en consideración la *esencia imperialista* de los procesos reales de transnacionalización de la propiedad y el poder que se designan con tan vagos términos.

La única vía para superar estos “constructos ideológicos” es retomar, en las nuevas circunstancias, la teoría leninista, que revela la esencia de la fase imperialista del capitalismo. La tarea consiste en explicar las determinaciones específicas del imperialismo contemporáneo, a partir de las determinaciones (o rasgos) esenciales descubiertas por Lenin y del estudio empírico y teórico concreto de su desarrollo histórico.

Lenin puso de manifiesto que el rasgo distintivo del capitalismo contemporáneo es la negación progresiva de la libre concurrencia a favor de la concentración monopolista de la propiedad y el poder, hecho que, asociado a su naturaleza parasitaria y en descomposición, crea las condiciones objetivas necesarias para la acción revolucionaria orientada a la superación histórica del modo capitalista de producción. Por supuesto, resultaría ingenuo identificar el capitalismo monopolista de nuestros días con la forma específica que adoptó esta fase del desarrollo de la formación económico-social capitalista a inicios del siglo xx, época en que la configuración y consolidación de los monopolios tenía lugar, en lo fundamental, en el plano nacional, y en que ninguna concentración de poder económico, político e ideológico contaba con fuerzas suficientes para alterar de forma sustancial las reglas de la libre concurrencia a escala internacional. La vi-

³ Ver Octavio Ianni: *Teorías de la globalización*, Siglo XXI Editores, México, 1996, pp. 3-12.

sión estática del imperialismo, que supone que éste vino a la vida con todas sus señas grabadas sobre la frente, apenas merece someterse a crítica: en este caso, se pasa por alto la tesis elemental de que la formación económico-social capitalista, considerada en su totalidad, constituye un organismo en desarrollo histórico y en incesante transfiguración, que sólo puede existir a través de la transformación permanente de todas sus condiciones de existencia.⁴

Según Lenin, *el imperialismo es la fase monopolista* del capitalismo. “Lo más fundamental —escribe— de la apreciación teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo”, radica en “que el capitalismo se transforma en *capitalismo monopolista*”.⁵ Con otras palabras, el *atributo* fundamental del imperialismo es su condición de capitalismo monopolista. En esta determinación estriba su especificidad, aquello que lo distingue del capitalismo de la libre competencia. A partir del último tercio del siglo XIX, sobre todo en Europa y Estados Unidos de América, ocurre un proceso de formación y consolidación de monopolios —es decir, de negación de la libre competencia— en un número cada vez mayor de ramas de la producción, que conduce progresivamente a un auténtico dominio de la oligarquía financiera sobre la rotación *nacional* del capital. En este primer estadio de desarrollo del imperialismo, los monopolios no se han fundido aún con el poder político, si bien los diferentes grupos fi-

nancieros que van consolidándose procuran la protección de sus correspondientes Estados nacionales y luchan de manera encarnizada entre sí por alcanzar determinadas cuotas de poder en ellos. En la medida en que los Estados burgueses van siendo conquistados por unos u otros grupos financieros, devienen Estados imperialistas; o sea, en esencia, en funciones del proceso de centralización monopolista de la propiedad y la producción en el seno de las naciones burguesas. Con otras palabras, en el proceso de aparición y consolidación de los monopolios se constata la existencia de un momento en que la oligarquía financiera *ya* ha logrado negar en lo esencial la libre competencia en el ámbito nacional y *todavía* no se ha fundido a plenitud con el Estado: *el capitalismo monopolista no es aún capitalismo monopolista de Estado*.

Ahora bien, en el lapso asombrosamente breve de un año —entre 1916 y 1917—, Lenin, siempre atento a la historia viva y nunca aferrado a fórmulas muertas, fue capaz de constatar que la Primera Guerra Mundial había servido de catalizador de una metamorfosis integral en el desarrollo del capitalismo monopolista, en virtud de la cual éste, impulsado por las propias contradicciones de su desarrollo, *se había metamorfoseado en capitalismo monopolista de Estado*. Baste llamar la atención sobre el hecho de que este último término, el cual a partir de 1917 no abandonaría el léxico de Lenin, no se utiliza en su obra clásica *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No se trata simplemente de que aún no había aparecido el término adecuado para designar una realidad ya conceptualizada, sino de que el capitalismo monopolista *específicamente de Estado*, en proceso de formación durante la primera década del siglo, no había alcanzado la madurez necesaria para ser conceptualizado. Esta madurez se la conferiría la Primera Guerra Mundial. “La guerra ha acarreado tan increíbles calamidades a los países beligerantes y, al mismo tiempo, ha acelerado a pasos tan agigantados el desarrollo del capitalismo, transformando el capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, que ni el proletariado ni la democracia pequeñoburguesa pueden limitarse al marco del capitalismo”.⁶

⁴ “La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales (...) Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse”. “Manifiesto del Partido Comunista”, en *Obras escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 114.

⁵ Vladimir Ilich Lenin: “El Estado y la Revolución”, en *Obras completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, t. 33, p. 69.

⁶ Vladimir Ilich Lenin: Epílogo de 1917 a “El programa (continúa)

Es menester poner énfasis en esta idea, pues la distinción que lleva implícita entre los dos estadios fundamentales del desarrollo del imperialismo, no siempre se toma en cuenta en la literatura científica.⁷ Sin embargo, ésta constituye precisamente la idea de Lenin, quien, en términos generales, vincula el nacimiento del capitalismo monopolista de Estado a la guerra imperialista, y a las crisis económicas, ocasionadas o no por esta guerra: en una sociedad capitalista dominada por los monopolios, o en la cual las ramas fundamentales de la producción están en sus manos, la oligarquía financiera se apropia necesariamente del aparato del Estado para asegurar su reproducción económica y política; en particular, para proteger el sistema de producción de los efectos destructivos de las crisis económicas y enfrentar las necesidades de la guerra. Por *capitalismo monopolista de Estado*, Lenin no entiende simplemente el proceso de estatización *de la propiedad capitalista*. No se trata sólo de que la concentración de la producción produzca una fusión, en sentido directo, entre el monopolio y el Estado burgués, por la cual éste último se convierta en propietario. Ésta es una de las formas del capitalismo monopolista de Estado, cuyo peso específico varía históricamente. El capitalismo monopolista de Estado, es una etapa en el desarrollo del imperialismo, cuya característica distintiva es la apropiación por parte de la oligarquía financiera —trátese de la oligarquía financiera nacional o, posteriormente, de la oligarquía financiera transnacional— del Estado capitalista o, con otras palabras, la conversión de este Estado en una función del desarrollo de la oligarquía financiera, de la concentración monopolista de la economía,

la propiedad y el poder. En este sentido, el capitalismo monopolista, considerado como una totalidad histórica de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas, transita inicialmente, a partir del último cuarto del siglo pasado, de una etapa en la cual existe una libre concurrencia entre las distintas oligarquías financieras por apoderarse del Estado, a una etapa en la cual el Estado constituye una función del desarrollo del conjunto de la oligarquía financiera, del desarrollo de los monopolios, de la negación de la libre competencia en el plano nacional. Es necesario llamar la atención sobre el hecho, en apariencia trivial, de que, en época de Lenin, el capitalismo monopolista de Estado sólo podía constituirse como capitalismo de Estado *nacional*.

El afianzamiento del capitalismo monopolista de Estado no invalidaría en absoluto el análisis realizado por Lenin del capitalismo monopolista en general —de la esencia del imperialismo moderno—: sencillamente, le añadiría nuevas determinaciones específicas. Lo anterior concierne en idéntica medida a la época en que esta forma histórica de existencia del imperialismo comienza a superar los límites económicos, políticos e ideológicos de las naciones burguesas.

Precisamente con el fin de la Primera Guerra Mundial empiezan a gestarse las premisas de lo que, apenas seis décadas después, se presentaría como un proceso de metamorfosis del *capitalismo monopolista de Estado nacional* en *capitalismo monopolista transnacional*, tras medio siglo de sucesivas crisis económicas, la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, una segunda y más devastadora guerra mundial, el desplazamiento del centro de gravedad del impe-

(viene de la página anterior)

agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa”, en *Obras completas*, t.16, p. 439. Ver también “El Estado y la Revolución”, edición citada en *Obras completas*, p. 3; “Séptima Conferencia (conferencia de abril) de toda Rusia del POSD (b) R”, en *Obras completas*, t. 31, pp. 372, 470-471; “Un viraje en la política mundial”, en *Obras completas*, t. 30, pp. 350-351, 197-199; “Revisión del Programa del Partido”, en *Obras completas*, t. 34, p. 383.

podemos comprender al capitalismo monopolista y al capitalismo monopolista de Estado como sinónimos. El último es resultado de un nuevo escalón en el proceso de socialización de la producción y constituye la expresión máxima de la monopolización de la economía en el capitalismo. Es la forma actual del ser del capitalismo monopolista y no puede examinarse fuera de él”. Eduardo del Llano: *El imperialismo: capitalismo monopolista*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990, pp. 247-248.

⁷ Sobre esta distinción, Eduardo del Llano, entre otros autores, llama la atención con particular énfasis: “No

rialismo de Europa a Estados Unidos de América, la internacionalización del socialismo, la desaparición de los imperios coloniales y su sustitución por un sistema de avasallamiento neocolonial, el nacimiento de más de cien Estados nacionales, el desarrollo de la llamada tercera revolución industrial, la desaparición del socialismo europeo y de la Unión Soviética, y el agravamiento de la crisis integral del capitalismo, que fuerza a los monopolios a trascender las fronteras del Estado-nación en su búsqueda irracional de fórmulas capaces de contrarrestar la acción de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Las categorías clave en la tarea de aprehender de manera conceptual la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado son las de *transnacionalización* y *desnacionalización*: la esencia de las transformaciones que tienen lugar en el imperialismo contemporáneo se encierra por entero en el rompimiento de las barreras nacionales —económicas, políticas, ideológicas y culturales— establecidas desde la constitución histórica del capitalismo de la libre competencia, que obstaculizan el libre —y esclavizante— desarrollo de los monopolios y de una oligarquía financiera capaz de ejercer un férreo control sobre los hilos que mueven la economía mundial, de tomar decisiones económicas y políticas de universal acatamiento. Las relaciones internacionales de producción capitalista, que en época de Marx constituían “hechos secundarios, terciarios”, “relaciones de producción derivadas, transmitidas,

no originales”,⁸ y en época de Lenin se esbozaban como *funciones exteriores* de la actividad financiera de los monopolios *nacionales*, devienen progresivamente relaciones primarias, esenciales, determinantes, consustanciales a la nueva forma —transnacional— de reproducción económica. La regulación del Estado-nación, que antes agotaba de manera íntegra el universo de la rotación nacional del capital, va cediendo terreno a una regulación transnacional, hasta convertirse, en la actualidad, en una regulación subordinada, parcial, fragmentaria, de ciertas fases de una rotación transnacional, esencialmente especulativa, que escapa a su control y se presenta como una fuerza hostil que lo acota desde fuera. En virtud de este proceso, el capital financiero pasa a ejercer un dominio virtualmente irrestricto sobre los eslabones fundamentales de la rotación del capital global, con la consecuente negación de la libre competencia en un área considerable de la vida económica internacional.

El proceso de transnacionalización desnacionalizadora del capitalismo monopolista lleva aparejados la contracción progresiva del capital a escala planetaria, el cautiverio de los flujos de inversión en los ciclos de reproducción del capital transnacional,⁹ la conversión de la especulación financiera en un momento esencial de la reproducción ampliada del capital y la anulación de las regulaciones nacionales que la entorpecen;¹⁰ la existencia, junto al sector del capital monopolista transnacional, y subordinados a él,

⁸ Carlos Marx: *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 270.

⁹ Hoy asistimos a un reparto del mundo sobre nuevas bases. Durante el período de formación del capital monopolista y de fusión de este capital con los aparatos estatales nacionales, el dominio de las colonias y las neocolonias tenía como fundamento la conquista económica y política de la mayor cantidad posible de territorio, con el objetivo de garantizar el control sobre los recursos naturales y la fuerza de trabajo barata. La voracidad monopolista se extendía incluso a zonas cuya explotación no era aún rentable, pero que constituían reservas para una posible futura expansión. A diferencia de esto, aunque el imperialismo transnacional necesita extender y mantener su dominación sobre todo

el planeta, la competencia económica intermonopolista se desarrolla en lo fundamental por el control de los mercados de los propios países imperialistas y de las zonas, sectores económicos y mercados del mundo subdesarrollado que forman parte del sector del capital transnacional, como los llamados “paraísos fiscales” y “plataformas exportadoras”, los territorios con importantes reservas de materias primas y con recursos naturales estratégicos, y los mercados regionales relativamente grandes.

¹⁰ Existe una manera superficial y, en esencia, apologética del capitalismo monopolista transnacional, de explicar el papel de la especulación en la economía burguesa contemporánea. Supuestamente, los especuladores son individuos egoístas, chicos malos, postores inescru-
(*continúa*)

de otros cuatro sectores productivos: el sector del capital no monopolizado de la economía que funciona en monedas libremente convertibles, el sector del capital no monopolizado de la economía que funciona en monedas no convertibles, el sector de la propiedad privada basada en el propio trabajo, y la economía natural o de autoconsumo; la emergencia de una nueva forma de socialización auténticamente transnacional, la *socialización capitalista marginadora (o marginalizante)*, caracterizada por la inclusión y, a un tiempo, la exclusión de amplios sectores de la población económicamente activa: inclusión —y subordinación— a la lógica transnacional de la contradicción entre el capital y el trabajo; exclusión —subordi-

nada— del proceso de producción en calidad de asalariados;¹¹ el ensanchamiento imparable de la brecha existente entre el desarrollo del capitalismo en las metrópolis imperialistas y su desarrollo atrofiado y dependiente en las neocolonias del capital transnacional; el progreso selectivo y muy puntual de la ciencia y la tecnología en un conjunto de ramas económicas privilegiadas, que coloca a los monopolios transnacionales entre dos tendencias igualmente nocivas para el capitalismo: el desarrollo científico tecnológico y el freno a este desarrollo, y acentúa la contradicción existente entre las fuerzas productivas contemporáneas y las relaciones capitalistas de producción;¹² el surgimiento y consolida-

(viene de la página anterior)

pulosos que “ponen en peligro las bases del sistema financiero internacional”, al parecer saludable. Estos inveterados tramposos, armados con poderosas computadoras, abundante información y cuantiosos recursos, acechan las debilidades de especuladores como ovejas descarriadas de la manada, no sólo se oculta la relación orgánica existente entre la especulación financiera y la forma específica de reproducción del capital transnacional, sino también se esfuma toda posibilidad de comprender a una y a otra como momentos universales y necesarios de la rotación del capital global, como determinaciones esenciales del capitalismo monopolista transnacional.

¹¹ Un mundo basado en la explotación del trabajo asalariado es crecientemente incapaz de ofrecer trabajo. Hoy día, una enorme masa de individuos —sujetos potenciales de la revolución— ha sido privada por el sistema capitalista de la posibilidad de enajenarse de forma directa en el contexto de la contradicción existente entre el capital y el trabajo. Sin embargo, el sistema productivo capitalista ha devenido una colosal fuerza transnacional que oprime tanto a los obreros como a los marginados. Estos últimos no tienen siquiera la posibilidad de ser explotados en el proceso de producción y sólo cuentan para su reproducción con valores escamoteados en los intersticios del mundo del capital o en sus franjas sobrantes. Si durante el proceso de consolidación y desarrollo del capitalismo de la libre competencia, este régimen social creó hombres y mujeres enajenados de los resultados de su propio trabajo, hombres y mujeres productores de relaciones sociales enajenadas, en su fase imperialista revela una tendencia acelerada a privarlos de la posibilidad de participar directamente en la producción de estas relaciones sociales, no sólo espirituales, sino también materiales. Para reproducir la enajena-

ción —tan necesaria al capitalismo como el aire a los seres vivos—, el imperialismo transnacional sólo necesita comprar y explotar una parte minoritaria de la masa total de fuerza de trabajo. Una pequeña parte de los esclavos que lograron sobrevivir a la construcción de las pirámides de Egipto, gozó del privilegio de continuar de por vida edificando pirámides; la otra fue sacrificada al faraón.

¹² Se ha insistido en que es necesario “relativizar” la idea del antagonismo existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción inherentes al capitalismo contemporáneo. Supuestamente, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo contribuye a paliar las contradicciones económicas, políticas y sociales que el capital engendra en su movimiento. En este caso, se pasa por alto que este desarrollo —exiguo, si se toman en consideración sus potencialidades reales—, la generalización de sus resultados y el despliegue del potencial productivo, se encuentran limitados por la forma específicamente capitalista en que tienen lugar, en tanto la gran mayoría de la humanidad se halla imposibilitada de reproducir con decoro su vida material. Se olvida, primero, que la elevación de la productividad del trabajo, como demuestra Marx, constituye un síntoma de la agudización de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia; segundo, cuanto más puján los capitales individuales por vencer en la competencia mediante la elevación de la capacidad productiva del trabajo, más profundas son las contradicciones de la reproducción del capital global; tercero, la extrema polarización del desarrollo de las fuerzas productivas, en virtud de la cual, junto al progreso sofisticado de la ciencia y la tecnología en determinados sectores de la reproducción del capital transnacional, se conservan y consolidan las formas

(continúa)

ción de una nueva elite burguesa que constituye la personificación del gran capital transnacional, la oligarquía financiera especulativa transnacional, que ha logrado ir configurando un dominio transnacional en el cual se apropia de la mayor parte de la plusvalía producida en el mundo; la constitución de un mecanismo de poder político transnacional, configurado por las maquinarias estatales refuncionalizadas, tanto de los países imperialistas como de los países neocoloniales, y por organismos supranacionales complementarios, instituciones que permiten, en su conjunto, imponer la voluntad de la oligarquía financiera transnacional en espacios cada vez más amplios y diversos de la vida social a escala mundial, y concertar el ejercicio de la violencia como un instrumento necesario de dominación extraeconómica; la transnacionalización de las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales de los Estados imperialistas y la proyección transnacional de su poder militar y su fuerza pública; la desnacionalización de los Estados dependientes, cuyas instituciones se ven despojadas del ejercicio de funciones que estuvieron tradicionalmente bajo su control; la exacerbación del carácter totalitario, avasallador y antidemocrático del capitalismo y el incremento de la capacidad coercitiva directa de la economía, en particular, de las relaciones

monetarias y la especulación financiera; la agudización progresiva —sobre todo, a raíz de la desaparición de la URSS y el campo socialista— de las contradicciones interimperialistas y de las contradicciones entre la oligarquía financiera transnacional y el resto de la humanidad; la tiranía sin fronteras de los medios de comunicación de masas sobre el proceso de producción espiritual, en particular, ideológica, de la humanidad contemporánea, y la forma impúdica con que la ideología se pone al servicio del capital transnacional; la exacerbación de las contradicciones económicas y sociales que producen la enajenación, la mutilación y la cretinización de la personalidad. El aprendiz de brujo que ha desatado todas estas potencias incontrolables del capital son los monopolios financieros transnacionales.¹³

La izquierda revolucionaria, urgida como nunca de conocer el mundo para transformarlo, necesita de un análisis teórico del imperialismo que actualice sus determinaciones esenciales, esclarezca sus rasgos específicos, revele las formas concretas de manifestación de sus leyes inmanentes, identifique los mecanismos de reproducción de sus contradicciones —en particular, de la contradicción entre el capital y el trabajo—¹⁴ e indique las tendencias previsibles de su movimiento histórico. Con una celeridad que

(viene de la pag. anterior)

más elementales de trabajo manual, ancestral, pasando por toda una gama de modalidades de trabajo mecanizado y por otros estadios precedentes. La brecha existente entre ellos aumenta. Si la tecnología es considerada como una *forma del movimiento del capital*, es evidente que su desarrollo no está orientado a procurar una elevación del nivel de vida de la población y que, por consiguiente, todos los beneficios que se derivan de las innovaciones científico-tecnológicas, constituyen un subproducto de la valorización del capital. El objetivo que persiguen los monopolios contemporáneos con sus inversiones en investigación y desarrollo no ha variado, es aumentar sus ganancias. Por supuesto, este movimiento del capital puede contribuir a elevar el nivel de vida de ciertos sectores de la población. Mas, como resultado de la acción de la ley general de la acumulación capitalista, al mismo tiempo está haciendo descender el nivel de vida de una franja creciente de la humanidad. Por último, es importante, en este contexto, subrayar el hecho de que el capital transnacional se está montando en una pla-

taforma tecnológica que trasciende las posibilidades efectivas de su esquema de reproducción general, y que en su seno se están gestando las fuerzas productivas correspondientes a un nuevo modo de producción.

¹³ Fidel Castro ha llamado la atención, con toda razón, sobre el hecho de que “las empresas transnacionales representan la síntesis más perfecta, la expresión más desarrollada del capitalismo monopolista en esta fase de su crisis general. Por tanto, las empresas transnacionales son las portadoras internacionales de todas las leyes que rigen el modo de producción capitalista en su fase imperialista actual, de todas sus contradicciones, y son el mecanismo más eficiente con que cuenta el imperialismo para el desarrollo e intensificación del proceso de supeditación del trabajo al capital, a escala mundial”. Fidel Castro Ruz: *La crisis económica y social del mundo*, Ediciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983, p.153.

¹⁴ Independientemente de la indiscutible reducción de la cantidad de obreros que este sistema resulta capaz
(continúa)

supera en los hechos toda previsión, la historia ha planteado ante el pensamiento revolucionario la demanda de arrojar lejos el paño con que se enjugaron las lágrimas que provocó la caída del campo socialista europeo y la desintegración de la Unión Soviética, abandonar la postura del samurai a quien han cortado de un sablazo el moño del honor, poner límite al descuartizamiento pasional u oportunista de la experiencia histórica del socialismo, que rayó en el sadismo e, incluso, en el masoquismo, y de manera transitoria logró apartar o colocar en un plano secundario el análisis de la historia y la actualidad del

(viene de la página anterior)

de emplear, y de las abismales diferencias existentes entre las condiciones de vida de los asalariados en los países desarrollados y en los subdesarrollados el proletariado es la clase social que produce la masa fundamental de la riqueza material de la sociedad, la principal fuente de creación de valores, sin los cuales, no sólo se desmoronarían los rascacielos especulativos que posibilitan la reproducción artificial del capital, sino sería imposible la propia vida humana. A su vez, la burguesía sigue siendo la clase dominante en el sistema capitalista, es la dueña de la inmensa mayoría de los medios de producción y se apropia de la mayor parte de la riqueza social producida. Por consiguiente, la contradicción fundamental de la sociedad burguesa contemporánea es —y seguirá siendo— la contradicción entre el capital y el trabajo, de la cual se derivan todas las demás contradicciones que gravan el desarrollo de la humanidad, a saber, las contradicciones entre el capital y la marginación; entre la burguesía y los diversos sectores sociales oprimidos por ella, y las contradicciones internas del propio capital, agudizadas como consecuencia de la desaforada competencia intermonopolista y de la absorción y destrucción de que es objeto el capital no-monopolista, especialmente el que funciona en monedas débiles. En la actualidad, crece la conciencia de que la solución de la contradicción existente entre el capital y el trabajo no garantiza automáticamente la supresión de los problemas étnicos, culturales, de género, medioambientales y otros. Por lo general, hoy se acepta que los protagonistas de las luchas obreras no pueden aspirar a recibir un cheque en blanco del resto de los sectores sociales oprimidos y marginados, sin que medie una participación activa y efectiva de ellos en la elaboración del programa de las luchas populares. No obstante, la solución de las condiciones de opresión, exclusión y marginación de tales sectores sociales, será absolutamente imposible sin la solución de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista.

imperialismo. No cabe duda de que el “tema del derrumbe” se impuso por sí mismo con fuerza aplastante sobre la conciencia y el pensamiento teórico de la izquierda —revolucionaria y reformista—, y que, por un tiempo, resultó difícil poner las energías creadoras en otro empeño que no fuera explicar cómo fue posible que el cielo y el mar se hubieran unido en otro punto que no fuera el horizonte. No es menos cierto que el estudio crítico y sin cortapisas de la experiencia mundial del socialismo —ajeno a la lógica primitiva de la construcción de la idea del diablo y a la manera superficial de contrastar su realidad con un ideal, el ideal socialista, entendido como un dechado de perfecciones— constituye una exigencia ineludible del desarrollo de la teoría revolucionaria. Pero la tendencia al ensimismamiento autodestructivo que conlleva la absolutización de esta demanda del desarrollo del pensamiento y la práctica, ha de contrarrestarse con lo que, a nuestro juicio, constituye el reto teórico fundamental de nuestra época: someter a una crítica científica el proceso de metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en un sistema global de dominación transnacional, cuyo proceso de institucionalización, pletórico de contradicciones insolubles, socava sus propios cimientos y crea las premisas para su superación histórica. Por la lógica interna de su propio movimiento, este estudio crítico ha de contribuir a deshacer el espejismo, incubado a raíz del derrumbamiento del Muro de Berlín y de las estatuas de Lenin, que presenta al imperialismo como a un Ave Fénix que resurge victorioso e invulnerable de lo que parecían ser ya —en virtud de las continuas derrotas que le fueron infligidas sobre todo a partir de los años 60— sus propias cenizas económicas, políticas, ideológicas y militares.

Estado actual y perspectivas de la Antropología Social

Mesa redonda
a propósito
del IX Encuentro
de filósofos y
cientistas sociales
cubanos y
norteamericanos



160

ROSA MARÍA DE LAHAYE: Partiendo de la idea de que esta disciplina cobra pleno sentido a partir de la descripción y la explicación de lo social, en que los fenómenos culturales tienen una lógica propia y se precian de ser rigurosamente dinámicos, no es sorpresa para nadie que, después de casi dos siglos, los antropólogos de todas las latitudes continúan demandando exactitudes, demarcaciones y precisiones de cualquier tipo; sin olvidar ni un instante que al ser la cultura el verdadero compromiso del antropólogo, esa cultu-

ra resulta penetrada sólo y únicamente a través de ese mundo exquisito y sutil que es el interior del individuo y su experiencia inmediata.

Todos estamos de acuerdo en que ésta es una ciencia aún joven, pero de una madurez a tener en cuenta; su potencialidad y su encanto no es otro que el de ocuparse del mismísimo ser humano en todos los campos de la creación y la transformación cultural, buscando allí en el folclor, en la ideología, en la demografía, en las ciencias naturales, en la estadística, en la psico-

logía, en la historia, los contactos necesarios para tejer la estrategia de una teoría completa de la cultura con mayúscula.

Ahora bien, ¿cómo la entendemos?, ¿cómo la describimos?, ¿cómo la relacionamos? y ¿cómo la sintetizamos?, es la empresa que nos mantiene en constante vigilia.

Específicamente, el tema que nos convoca a esta mesa redonda, aprovechando la presencia de colegas norteamericanos en este IX Encuentro, es la actualidad de los estudios antropológicos en Estados Unidos y en Cuba, sus perspectivas prácticas y teórico-metodológicas.

PARTICIPANTES

VILMA SANTIAGO-IRIZARRI

FREDERIC M. GLEACH

RIMA BRUSI FIGUEROA

FLORENCE CHERRY

NANCY BURKE

SERGIO VALDÉS BERNAL

MARCOS MARÍN

ARMANDO RANGEL

JUAN ANTONIO ALVARADO

RODRIGO ESPINA

JAIME COLÓN

FREDERIC M. GLEACH: En una esquila reciente de un antropólogo notable, *The New York Time* caracterizó a la antropología estadounidense como disciplina en estado tal, que hasta sus mismos practicantes luchan hoy día por definirla. Prueba de esto, resultó el debate publicado en la revista mensual de la Asociación Antropológica Norteamericana durante el pasado año, en el cual un gran número de antropólogos argumentaron en extenso sobre la situación actual de la antropología sin lograr consenso alguno.

Gran parte del debate se centra sobre un par de dicotomías entrelazadas, las cuales muchos consideran falsas. Por un lado, la oposición entre la ciencia y el humanismo, y, por otro, la disyuntiva entre lo objetivo

MODERADORA

ROSA MA. DE LAHAYE GUERRA

No es éste el lugar para reanudar tal debate. Sólo quisiera mencionarlo para señalar lo que caracteriza a la antropología contemporánea en Estados Unidos en comparación con la antropología pasada.

El debate actual presupone a menudo que existen divisiones reales entre el enfoque científico y el humanístico; incluso, algunos practicantes de la disciplina todavía parecen creer que resulta posible el conocimiento puramente objetivo.

Dentro de la tradición americanista de la primera mitad de este siglo, la mayor parte de los antropólogos estadounidenses reconocía que las dicotomías antes mencionadas simplificaban en extremo las realidades culturales. Ciertamente no sacrificaron bosques, ni vertieron mares de tinta discutiendo esta complejidad obsesivamente, pero está implícita en sus escritos, a pesar de que muchos antropólogos actuales no se los reconocen. Falla que remediará una colección de ensayos en torno a la teorización de la tradición americanista que está a punto de publicarse.

Esta escuela dilucidó la complejidad cultural, sin obsecarse con la terminología, incluida la práctica de la antropología de rescate. Pero una de las características de esa época ha recobrado su prominencia: la perspectiva interdisciplinaria.

En el pasado, la interdiscipliniedad en la antropología estadounidense implicaba el adiestramiento y la práctica de múltiples disciplinas, además de la consulta entre disciplinas. Mientras hoy día, se refiere simplemente a la apropiación de ideas desarrolladas en otras disciplinas, prácticas y resultados a menudo antiguos y confusos. El ejemplo más obvio de esta apropiación en la antropología actual es la utilización del término "cultura", incluida el área nueva de los llamados *culture study* o *estudios de cultura*, lo cual no resulta sinónimo en Estados Unidos de antropología, a pesar de su nombre.

El problema estriba en que los términos apropiados, tal y como sucede en este caso, pierden la gama de significados específicos, desarrollados a través del tiempo, tornándose vagos. Aunque no necesariamente debe ser la práctica central de la antropología, cabe problematizar sus términos, conceptos y categorías. Resulta posible ejemplificar de múltiples formas la utilidad para otras disciplinas de conceptos antropológicos plenamente desarrollados y definidos adecuadamente. Tanto la práctica como la aplicación de la antropología se prestan al abuso, pero no creo que estas fallas sean intrínsecas a ella.

Aunque algunos escritos recientes parecen animados por agendas colonialistas y hasta personalistas, esto responde más a las motivaciones, la intención en la aplicación y en la metodología, que a la disciplina misma. En particu-

lar, algunas de las obras actuales sobre la violencia parecen impulsadas por un machismo individualista de parte del antropólogo, aun cuando éste sea mujer.

Motivada por las preocupaciones sociales idóneas, la práctica antropológica puede contribuir de manera significativa al bienestar humano y del mundo donde vivimos.

Claro, no sólo los "otros" deben ser sujeto al estudio antropológico. Estar expuesto y orientado hacia una cultura distinta a la propia, contribuye al desarrollo de la capacidad analítica y le provee al individuo la ponderación de fenómenos culturales que la mayoría de las personas y otros científicos dan por sentado, realizando así un cúmulo de análisis importantes sobre el contacto intercultural. Pero un número relevante de antropólogos en sus propias culturas también han producido trabajo de envergadura.

Una de las áreas más fructíferas de la antropología estadounidense actual es la antropología lingüística. Particularmente interesante y potencialmente útil para contribuir a la calidad de vida de la gente son los trabajos sobre el bilingüismo en Estados Unidos, realizados a menudo por antropólogos, quienes son ellos mismos bilingües.

El problema de la subjetividad constituye otro de los debates trillados, manoseados de manera infructuosa en la antropología estadounidense de hoy. Se discute la validez de las construcciones antropológicas. Ciertamente, algunas pueden ser superiores a otras y hasta podría probarse la falsedad de algunas, pero tanto más sucede con la problemática de la agenda colonialista. No creo que esto le reste eficacia a las bases disciplinarias.

Todo entendimiento se construye, muchos lingüistas han demostrado cómo funcionan los procesos de significación y de construcción simbólica. Resulta ilógico exigir mayor "realismo" a los procesos de significación antropológica, que lo que le exigimos a otros procesos; tampoco debemos exigirle menos.

Aun en la historia, ciencia que algunos creen de mayor solidez que la antropología, la naturaleza construida interpretativa del entendimiento histórico está bajo debate, por lo menos a raíz de la obra de R. G. Collinwood, *La idea de la Historia*, publicada en la década del 40.

También podríamos preguntarnos por qué la antropología estadounidense se ha obsesionado en años recientes con debates que propiamente no contribuyen al reconocimiento antropológico y se ha olvidado de su historia. Vale recordar que se sugirió, hace ya más de 50 años, que la historia de la antropología debía tratarse antropológicamente. Pero éste es un tema para otra ocasión.

Otra área que se mantiene productiva es la del estudio de razas o etnicidad, identidad, y la relación entre estructuras y procesos. Escritos recientes de Kid Bassing, Marshall Sahlins, Ana Celia Centella, entre otros, resultan particularmente provocadores, incisivos y fascinantes.

Quisiera mostrarme optimista sobre el futuro de la antropología estadounidense, y sugiero que el diálogo fructífero entre practicantes de distintas tradiciones, trabajando en contextos culturales históricos distintos, preocupados por la justicia social y la verdad, debe continuar y compartirse con otros colegas.

Tratemos a la gente como colaboradores en vez de informantes, y trataremos al máximo de dejar al mundo en mejor estado del que lo encontramos, al trabajar por algo más importante que nuestras propias carreras o la fama.

Gracias.

SERGIO VALDÉS: Siguiendo la idea relacionada con la lingüística antropológica o antropología del lenguaje, realmente estamos viendo cómo en los últimos decenios la antropología ha tenido un desarrollo impresionante, cómo ha ido penetrando en diferentes ciencias sociales.

En cuanto a la lingüística, al ser el lenguaje un fenómeno privativo del ser humano, y al ser además imposible separar la cultura de la lengua, resultó lógico que surgiera un enfoque lingüístico de carácter antropológico.

Ahora, el concepto de lingüística antropológica o antropología del lenguaje ha ido evolucionando. A principios de este siglo, la antropología lingüística surge en Estados Unidos como una necesidad para el estudio de las lenguas y la cultura de Norteamérica, porque hasta ese momento Europa llevaba la pauta de los estudios lingüísticos. Pero la situación de Europa era completamente diferente a la de América, pues en Europa nos

hallamos ante lenguas que tienen literatura, alfabeto y cuyas culturas se han estudiado mucho y que poseían muchos documentos escritos. Allí existía un estrecho nexo entre el antropólogo y el filólogo.

Sin embargo, en América teníamos culturas ágrafas que no tenían alfabeto, lenguas desconocidas por completo, por lo cual el antropólogo debía convertirse en lingüista, pero además tenían la particularidad de ser lenguas que no estaban estudiadas. Por tanto, el antropólogo debía recurrir a la lingüística para estudiar la estructura de ese lenguaje y, una vez conocido y aprendido, recopilar información etnográfica que necesitaba para su trabajo antropológico. Ésta es la primera etapa, simplemente dicha, de la evolución de la lingüística antropológica.

Pero las disciplinas se adaptan a los procesos evolutivos de la sociedad y ya una vez satisfechas esas necesidades en cuanto al estudio de las culturas aborígenes, precolombinas, surge el problema de la convivencia entre el norteamericano no indígena y el norteamericano indígena. Y así comienza el interés por el bilingüismo.

Pero, por otra parte, a la sociedad norteamericana se incorpora el inmigrante —negro esclavo que después llega a formar parte de la nación americana— y el proceso de adaptación a esta sociedad constituye un peculiar objeto antropológico. Esto va coincidiendo con el surgimiento de dos especialidades en la lingüística que tendrán mucho vínculo con la antropología: la etnolingüística y el socio-lingüística.

Pero, incluso, la situación de Estados Unidos no es la misma de Cuba. ¿Es necesaria una antropología lingüística en Cuba? Yo considero que sí. Aunque los fenómenos sean diferentes. Pues Cuba constituye una nación plurirracial, pero tenemos una sola y única lengua nacional, debido a procesos históricos y demográficos, ya casi desde la década del 50 no ha habido un proceso migratorio numeroso hacia Cuba. Aquí no podemos hablar de minorías étnicas, sino lo que existen más bien, son grupos étnicos muy asimilados.

Por ejemplo, cuando se llega al Barrio Chino posiblemente sólo quedan 37 chinos y son muy pocos los matrimonios endogámicos que mantienen la lengua china.

En Cuba, el enfoque antropológico lingüístico dedicado al bilingüismo no tendría tanto peso como en Estados Unidos. No obstante, creo que resulta importante entrar en el enfoque de la lingüística antropológica en el caso concreto de Cuba, precisamente centrando su interés, independientemente de sobrevivencias de lenguas no hispánicas en las dos más importantes funciones representativas de la lengua española en Cuba, como representantes de la cultura y de la nación cubana. O sea, el estudio antropológico de la lengua española, en su función cohesionadora, forjadora de la nación, es en lo yo veo la importancia de la antropología lingüística, que va más allá de la etnolingüística y de la sociolingüística, pero que tiene que apoyarse en ellas, así como en otras ciencias sociales.

VILMA SANTIAGO: La problemática bajo la cual estamos dialogando es entre disciplinas que se han desarrollado dentro de unas estructuraciones nacionales muy distintas, relaciones de clases e historia diferentes, y una de las cosas que está sucediendo en la antropología lingüística en Estados Unidos también es este debate sobre autodefinición. Al punto que uno encuentra una gama de etiquetas para aplicarla a la subdisciplina, e, incluso, el distanciamiento de la sociolingüística como perteneciente a la sociología, y cada vez más, quienes tenemos el lenguaje como una de nuestras especialidades o intereses investigativos, tendemos a planificar nuestros cursos y nuestras investigaciones como una antropología del lenguaje o del idioma, y noto que están tomando más sustancia o más importancia los tópicos específicos de las estructuras de poder y la desigualdad, sumamente prejuiciadas en Estados Unidos.

El tipo de antropología que quiero pensar que hago, es lo que Ana Celia Centella llamó una antropolítica, en la cual se trata de ver cómo se perpetúan las relaciones desiguales de poder a través de políticas lingüísticas generadas y propulsadas por el Estado mediante y a través del sistema educativo, lo cual resulta sumamente pernicioso.

Por ejemplo, nos encontramos con un discurso que pretende ser representativo de la identidad nacional, que alega ser multiculturalista,

multilingüe, pero de manera muy sutil, muy hegemónica, está dirigido a mantener el monolingüismo y la preeminencia del inglés, y el resultado práctico es la desaparición de la diversidad lingüística. Ésta es una situación paradójica.

Hoy día, lo que está más en boga, la problemática teórica y práctica que ocupa la antropología del lenguaje en Estados Unidos son dos áreas: la ideología lingüística y la política lingüística.

SERGIO VALDÉS: A lo que está señalando Vilma quisiera añadir que ésa es la gran utilidad de la necesidad de estrechar vínculos, porque aunque son realidades muy diferentes, hay situaciones comunes en algunos aspectos. Y en estos momentos en que se está planificando un tema de investigación a través de Atlantea, que pretende llevar a cabo un estudio comparado entre Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo, resultaría de gran utilidad para todas las partes. Se trata de un estudio comparativo de estas islas caribeñas a las que luego se incorporarían Colombia, Venezuela y Panamá, pero también las Antillas inglés parlantes, donde predomina el español. Porque tengo entendido que en Jamaica, por ejemplo, en algunas religiones de ascendencia africana, los grandes conocedores se expresan en español como una lengua ritual, mientras que aquí la lengua ritual es una amalgama de lenguas africanas.

RIMA BRUSI: Además de las señaladas, añadiría una tercera área de estudio: la relacionada con la conexión entre el desarrollo de la cultura y el desarrollo del lenguaje, no a nivel nacional, sino a nivel personal, individual. Esto resulta particularmente evidente en contextos educativos, porque a través del aprendizaje de un lenguaje estamos aprendiendo cultura. Estoy pensando en escuelas, en círculos infantiles, en la relación entre padres e hijos, o madres y niños en las campañas de alfabetización, en que junto al lenguaje escrito, se aprende información cultural.

Ésta es un área en la cual la colaboración entre la lingüística y la antropología puede ser útil en cualquier país, monolingüe, bilingüe, polilingüe.

que en la pedagogía, que no es la metodología de la enseñanza, sino la metodología del aprendizaje. Y ahí es donde más puede trabajar la antropología lingüística.

NANCY BURKE: Quiero hacer un comentario acerca de lo que dijo Fred, sobre la importancia de la antropología lingüística para el desarrollo de la antropología. Así como Vilma y Rima estaban planteando, es algo muy importante en un sentido político, pero también, muy importante en un sentido metodológico para otros aspectos de la antropología. Por ejemplo, Fred mencionó el trabajo de Kid Bassing, quien ha abierto el estudio de la etnografía del lugar. Su acercamiento a estos problemas en un mundo fenomenológico, consiste en la creación de un espacio o un nicho fuera del lugar mediante el análisis del lenguaje, la narrativa y las bromas o chistes. Esto está más relacionado al análisis de la narrativa ejemplificado en el trabajo de Richard Badman, también muy relevante para el estudio de la identidad.

Así, dentro del estudio de la antropología del turismo, una metodología lingüística se convierte en algo esencial, porque el guía turístico, resulta de vital significación como interlocutor en el encuentro con los turistas. El guía turístico desempeña un papel muy importante como representante de la cultura. Pero también pienso que es muy importante para la antropología del turismo, para el estudio de la construcción de la identidad, la metodología lingüística tiene que venir acompañada de la metodología antropológica, etnográfica. Por ejemplo, observación participativa que toma en cuenta comportamientos y prácticas, la práctica de todos los días y la articulación multinivel entre agente y estructura.

FLORENCE CHERRY: Acerca de la importancia del estudio del lenguaje desde una perspectiva antropológica, quisiera decir que el lenguaje es representativo de grupos particulares de personas y de la forma en que éstas reflejan su cultura.

Para quienes en Estados Unidos estudian las minorías negras, saben que éstos hablan inglés cuando están en compañía de otros miembros de la sociedad, pero cuando están entre ellos hablan exclusivamente un dialecto por comple-

to diferente, que se llama inglés negro o más recientemente *iboni*.

Los niños afroamericanos aprenden inglés negro antes de aprender el inglés estándar, lo cual deviene un problema cuando matriculan en las escuelas donde se habla el inglés estándar. De otra manera, están las comunidades afroamericanas que se expresan a través de la música; su rap, y hace falta entender que hay dos tipos de rap —aquel que ofende a la mujer en la comunidad afroamericana y el que resulta un rap de protesta, de resistencia y político—; por tanto, cualquier antropólogo que trabaje dentro de la comunidad debe estar consciente de esto y quien no profundiza puede correr el riesgo de no comprender los problemas correctamente.

ROSA MARÍA DE LAHAYE: Si les parece, podemos pasar a la discusión de otras cuestiones metodológicas clave de la antropología, que desde los años 60 se plantearon con alguna fuerza y casi 40 años después continúan siendo objeto de discrepancias, objeciones y redondeos: lo referido al trabajo de campo del antropólogo. ¿Qué significa conocer al “otro” en términos culturales?

JAIME COLÓN: Pido un paréntesis, tengo curiosidad por saber si la antropología ha abordado, la creciente importancia de la imagen en las sociedades contemporáneas, porque tengo entendido que en la antropología lingüística cobra cada vez más interés.

FREDERIC GLEACH: A propósito, en los últimos 20 años, el campo de la semiótica ha estudiado las imágenes y otros aspectos del trabajo físico también se han estudiado. No directamente dentro de la antropología, pero sí muchos antropólogos han trabajado en el campo de la semiótica. Al menos en la tradición norteamericana se ha generado mucha confusión con la aplicación del término semiótica. Tanto que pocos usan el término hoy día. Una posible absorción sería la asociación al término *arqueología* dentro de los estudios culturales, lo cual para muchas personas está divorciado de la antropología sociocultural.

Éste constituye uno de los problemas de la antropología norteamericana hoy Los antropó-

logos sociales y culturales tienden a ignorar el trabajo material y sugerir que debemos considerar las imágenes y otros aspectos de la dimensión física, de la misma forma que estudiamos el lenguaje —es una sugerencia apropiada—.

Un ejemplo de cómo puede hacerse esto son los estudios de Fred Meyer sobre trabajos originales y obras de arte aborígenes australianos y la forma en que se muestran en museos y galerías.

VILMA SANTIAGO: Y no sólo se habla de la cuestión visual en la cual se capta una metodología, a través de la cual se estudia lo cultural; por ejemplo, las representaciones que se objetivizan en cultura material. Está el cine etnográfico o las representaciones que se producen en documentales, un instrumento de la antropología, o también puede someterse a una interpretación antropológica el cine de ficción o de entretenimiento.

Se han hecho análisis de las imágenes que circulan en las propias revistas comerciales, sobre presuntos elementos culturales. Por ejemplo, me refiero al anuncio de una cerveza mexicana en el cual aparece una joven de tez oscura (la trigüeña latina) con el vestido corto sentada con los pies cruzados y de forma provocativa con la botella al frente. Es toda una simbología fálica y de aquí parte el estudio antropológico.

Por otro lado, hay una crítica posmodernista en torno a la llamada mirada antropológica que es marcadamente colonizante. Pero éste constituye un tipo de análisis más reduccionista, que tiene mucho que ver con lo referido al trabajo de campo. Es decir, ¿cuál es la preparación del antropólogo para salir al campo?, ¿qué tipo de reflexividad trae al campo?, ¿cuál es el adiestramiento en términos de autoconocimiento? y la conciencia aguda de cómo nuestra propia formación puede interferir en el análisis antropológico.

ROSA MARÍA DE LAHAYE: La imagen ha sido siempre un sostén del trabajo del antropólogo por la perspectiva que ofrece como técnica de aproximación a la realidad del “otro”. En la década del 30 de este siglo, Margaret Mead empleó por primera vez el término de antropología visual para referirse al empleo de la audiovisualidad en la investigación antropológica. Incluso, uno de los

festivales de cine etnográfico en Nueva York lleva el nombre de la conocida antropóloga.

Pero Jaime preguntaba por el momento actual, y en los últimos diez años, la utilización de la imagen se ha convertido en una nueva fórmula comunicativa, en la cual, entre otros, el lenguaje corporal se adopta como un sistema lingüístico.

El cine etnográfico, por ejemplo, de Lomax busca los universales lingüísticos de las culturas que estudia en y a través de la danza. La relación de la danza con los sistemas sociales, a partir, creo, de una idea de Mauss sobre la técnica del cuerpo, que argumenta cómo el hombre de cada cultura mueve el cuerpo de manera diferente. Además se viene desarrollando un nuevo vocabulario antropológico que integra la dimensión del cuerpo y el gesto y la dimensión de los rituales artísticos, religiosos, políticos, de la vida cotidiana, a nuevas metodologías de análisis.

ARMANDO RANGEL: Muchas cosas que nos preguntamos hoy están en la historia de la antropología. Si vemos cómo ha ido evolucionando el propio concepto antropológico y comenzamos a analizar las imágenes que desde el siglo XIX se empiezan a observar en las culturas prehispánicas de América apuntadas por Humboldt y diferentes personalidades que estuvieron acá, o las ideas de Paul Broca al llegar a América a través de los distintos artículos que se comienzan a publicar sobre antropología y lo que hoy reconocemos como antropología visual, tenían ya una referencia en siglos anteriores. Quizás hoy nos preocupa un *spot* televisivo, en el cual nos quieren quitar las ganas de fumar y es lo que más hacemos en ese momento, o, por otra parte, mal utilizamos una imagen perteneciente a las culturas prehispánicas para vender un impacto turístico; y creo que detrás de todo eso estamos todos los que amamos la antropología para defenderla.

Cuando se hizo referencia aquí a las culturas neolíticas australianas, pienso que hay una cosa real en Cuba, y es cómo han podido hacerse los estudios antropomorfos y zoomorfos de las distintas deidades prehispánicas y que cuando se reinterpreta para exposiciones contemporáneas en París o en Nueva York, muchos piensan llevarlo hacia el posmodernismo contemporáneo

del arte, y en varias oportunidades aparecen las interpretaciones sexuales de cada uno de los componentes. Este fenómeno de la imagen es importante analizarlo desde la óptica de cómo explicarlo.

Otro aspecto al cual quería referirme, que comentábamos ayer, es al uso de las falsas postales de turismo. En muchas oportunidades vemos como un hotel está rodeado de un centro puramente agrícola, y sin embargo, el *spot* publicitario altera la realidad y lo presenta como si el hotel se encontrara en el centro de La Habana. Acaso, éstas sean las influencias negativas de Occidente.

JUAN ANTONIO ALVARADO: Rosa María estuvo tratando de que habláramos algo de la significación que le concedíamos a la investigación de terreno en las investigaciones antropológicas. En el caso cubano, si analizamos la historia de la antropología, ésta ha sido una técnica sumamente importante que está en toda la obra que nos han legado los precursores. Resulta muy difícil para un cubano referirse a esto sin mencionar a Fernando Ortiz. Creo que la labor de terreno del Maestro fue un pilar fundamental para llegar a sus conclusiones sobre la cultura y la naturaleza esencial del cubano.

Para nosotros, sigue siendo un método sumamente importante, si se toma la investigación de terreno no sólo como la aplicación de cuestionarios abiertos o cerrados, sino que resulta imprescindible —sobre todo, en algunas facetas— la observación participante, en particular, cuando estamos estudiando en aquellas esferas más sensibles, más íntimas, o en aquellos aspectos de la vida cotidiana que las personas guardan y conservan con una mayor intimidad, de manera consciente o inconsciente. Esto es importante, porque si nos limitamos en el trabajo de campo a computarizar datos estadísticos o un conjunto de respuestas, podemos estar obteniendo tendencias de respuestas y no realidades. Estaremos haciendo cualquier cosa menos antropología. Esto es algo que hemos estado analizando mucho en los últimos tiempos con los sociólogos. Por otra parte, considero que la investigación de terreno no sólo debe estar precedida por un conocimiento

previo de la realidad, sino también por un autoco-
nocimiento del investigador y su posición ante los
problemas particulares que investigará.

También hay que tener en cuenta la relación
investigador-investigado, en la cual se establece
una serie de interinfluencias que, si no estamos
bien preparados para enfrentarlas, pueden des-
viarnos del interés principal o propiciar conclu-
siones totalmente erróneas.

Teniendo en cuenta el principio del historicis-
mo, creo que el trabajo de terreno no resulta sufi-
ciente para conocer cualquier fenómeno de índole
etnocultural o cultural en general que vayamos
a estudiar. De ahí la importancia del estudio de las
fuentes escritas, ya sean bibliográficas o documen-
tales. El material de archivo es sumamente im-
portante, sobre todo cuando queramos compren-
der realidades actuales a partir de los procesos de
etnogénesis que se remontan varios siglos atrás.

En este momento, por ejemplo, estamos tra-
bajando, en el Centro de Antropología, un tema
muy sensible: las relaciones raciales, y si no se
toman en cuenta estos elementos y no se some-
ten a una profunda crítica los datos de terreno,
en lugar de contribuir a solucionar el problema,
pudiéramos complicarlo.

MARCOS MARÍN: Estoy muy interesado en hacer al-
gunos cuestionamientos. Como nos pedía Rosa
María, para nosotros resulta importante precisar
¿cómo y con qué herramientas el antropólogo
intenta comprender al "otro" que se le enfrenta
como objeto de estudio?, ¿qué lugar estamos ocu-
pando en esa corriente posmoderna? Creo que
de todas las ciencias referidas al hombre, la an-
tropología es la única que está bajo el fuego cru-
zado de un conjunto muy amplio de disciplinas
afines a ella —más que fuego cruzado, ataques
combinados—.

Todo parece indicar que el origen colonial de
esta ciencia nos ha marcado con un sello nefasto
de por vida; no obstante, quienes ven ese sello
negativo están negando la significación de la evo-
lución de la historia de la ciencia y que la ciencia
antropológica no ha corrido por los mismos cau-
ces dentro de las propias metrópolis coloniales y
las grandes diferencias son sabidas entre las es-
cuelas de Norteamérica, y en Europa, las tenden-

cias de Viena, la escuela inglesa, la escuela fran-
cesa. En eso podemos reflexionar, que no es lo
mismo, ni hay un solo estructuralismo o funcio-
nalismo, ni sus combinaciones, y no han servido
a los mismos intereses tanto de tipo colonial
como del movimiento de liberación nacional de
los pueblos.

Para mí resulta muy importante la esperanza
que se atisba con el tema que se anuncia para el
próximo año sobre la historia de la antropología.
¿Por qué razón? Porque si bien en Cuba los estu-
dios de antropología datan de hace dos siglos o
algo más, han sido estudios fragmentados en di-
versas especialidades y con intermitencia y don-
de de una u otra forma han estado presentes casi
todas las escuelas de la antropología.

En estos momentos es innegable la forma-
ción marxista de la mayor parte de nuestros an-
trópologos, lo cual no niega el empleo de aspec-
tos muy positivos de otras escuelas como el
estructuralismo y el funcionalismo.

En Cuba hay muchas personas que dicen que
hacen antropología y no han salido de los ámbi-
tos de estudios históricos concretos y estudios
sociológicos concretos, y, sin embargo, muchos
de los especialistas de historia y sociología ha-
cen trabajos puramente antropológicos y no es-
tán conscientes de que lo hacen.

Para algunos investigadores, la antropología
viene quedando en estos momentos, como la
madre de las ciencias sociales, como lo fuera la
filosofía hace cuatro siglos. Por suerte, esta situa-
ción se está superando a favor nuestro y si bien
no podemos decir que existe una escuela cuba-
na de antropología, sí podemos afirmar que está
en proceso de formación.

RODRIGO ESPINA: Seré breve. Quisiera retomar el
tema del trabajo de campo. Estoy de acuerdo con
Alvarado de que es el pilar fundamental de la an-
tropología cubana. Creo que una antropología que
niegue el trabajo de campo, lo que hace es con-
vertir a la propia antropología en objeto de estu-
dio. Resultaría algo así como un recocinado del
trabajo que hizo alguien, para que otro trate de su-
perarlo o de criticarlo, todo alejado de la realidad.
Conocemos que una misma realidad fotografa-
da por dos antropólogos que han desconocido el

trabajo de terreno, da cuenta de dos realidades diferentes en sus textos. Sería más bien una me-
taantropología que una ciencia fértil y creadora.

También es importante atender al cambio que sufre el investigador al acercarse a la realidad. El tema de las relaciones raciales, en particular, personalmente me ha originado cambios con relación a la temática, debido a que se trata de un problema que se creía superado en gran medida y en realidad no lo es.

ROSA MARÍA DE LAHAYE: ¿Cuáles serían los peligros de explotar la cultura nativa en función del turismo?

JUAN ANTONIO ALVARADO: No estuve ayer en la exposición que se hizo sobre cultura y turismo, y no tengo todos los elementos que se trataron. Sin embargo, pienso que la explotación excesiva e indiscriminada de expresiones de la cultura tradicional, ha venido influyendo de manera negativa en algunas de ellas. Por ejemplo, me parece muy bien dar a conocer y promover, entre otras cuestiones, el son, la rumba y todos los demás complejos musicales y danzarios. Pero en otras esferas de la cultura, como las expresiones religiosas, puede estarse introduciendo una serie de elementos que en el fondo pueden ser, incluso, discriminatorios. No me parece correcto utilizar un ritual o una ceremonia religiosa de origen africano, para divertir o entretener al turista.

Un turista no vinculado a estas tradiciones culturales puede ir a ver algo exótico, y acaso hasta divertido, sin comprender que eso tiene otras implicaciones culturales para nuestro pueblo. Si, por ejemplo, el oficiante principal es negro, como no pocas veces ocurre, puede contribuir a reforzar estereotipos bastante alejados de la realidad actual, porque en verdad no conocen el fenómeno, no tienen tiempo en una semana de saber y mucho menos para saber que son expresiones culturales cubanas, practicadas por amplios sectores de la población, sin distinción de raza o color de la piel.

Este problema del turismo y el uso de estas manifestaciones culturales, han tenido otras complicaciones, quizás esté siendo una fuerza externa de magnitud, mucho más en momentos de crisis económica, que puede estar impulsando

modificaciones y alteraciones en los patrones culturales tradicionales, propios de estas manifestaciones. Algunas de las transformaciones que hemos observado no parecen perjudiciales. Esto no implica, de ninguna manera, que no se muestren como parte del acervo cultural cubano en el contexto adecuado.

En otro orden de cosas, pudiera aludirse a que en un periódico cubano se acaba de publicar un artículo en el cual se asegura que se ha conservado una comunidad aborígen en el oriente del país, con una cultura, ritos y prácticas musicales propias de los aborígenes. Quien haya estudiado ese lugar, y yo estuve allí, no puede más que sorprenderse. No tiene ninguna base científica ¿Qué ocurre? En esa zona el mestizaje con los aborígenes fue muy fuerte y se mantienen rasgos somáticos que denotan una ascendencia aborígen aruaca, pero culturalmente, en todo su sistema de organización social y familiar no son diferenciables del resto de la población cubana. No tengo certeza acerca de lo que ha propiciado este hecho, pero aquí puede haber un interés turístico, porque ése sería un atractivo interesante, cuyas consecuencias para la población local puede ser imprevisibles y es ahí donde considero que hay que ser muy cuidadoso.

En estos momentos acabamos de preparar un mapa sobre la Ruta del Esclavo en Cuba, auspiciado por la Fundación Fernando Ortiz y la UNESCO, y en el cual ha manifestado su interés la Organización Mundial de Turismo, pero no se trata de mostrar algo exótico y turísticamente atractivo, sino dar a conocer una parte de nuestra historia y, en la medida de las posibilidades, el legado económico, social, cultural de África a la formación de esta sociedad y cuyos exponentes están todavía presentes.

MARCOS MARÍN: Quisiera precisar dos detalles más. Con independencia de lo que aparece en el último censo de 1981, que da una cifra muy pequeña de mestizos y negros en Cuba, consideramos que más del 80 % de la población cubana es mestiza, el resto también tiene ciertos niveles de mestizaje y en el plano cultural el grupo que se asume como racialmente blanco, desde el punto de vista social es blanco, entre comillas. Muchos de es-

tos blancos que han emigrado a Miami o a Estados Unidos rápidamente chocan con la dura realidad, que no son considerados blancos. Desde luego, depende al estado o al condado donde emigren. Hay una realidad, en el "cubano de Cuba", por lo general, lo que prima es su pertenencia al etnos y a la nacionalidad cubanos y nosotros nos sentimos tan orgullosos de tener raíces tanto hispanas como africanas, asiáticas y de otros orígenes. En el sentido exacto no vemos ningún problema en exponer al turismo nuestras manifestaciones culturales, incluidas las religiosas.

Y, por otro lado, quería precisar el problema de la manipulación por determinados grupos de empresarios turísticos que tratan, ante todo, de mostrar la Cuba exótica, con una carga de prejuicio racial muy grande, lo que tiene de negro, de africano, y si seguimos por esta lógica, lo que tiene de atraso y lo que tiene de extraño. Mas, queremos mostrarnos al mundo sin exageración y sin mistificación.

ROSA MARÍA DE LAHAYE: ¿Qué futuro cabe esperar para la antropología como ciencia?

RIMA BRUSI: No voy a hacer una exposición del futuro de la antropología, porque eso me queda muy grande; pero algo que va a permanecer en cualquier antropología que se haga en cualquier sitio y que está relacionado con lo que hablábamos de la antropología lingüística, de identidad, de imagen y también de las prácticas y las técnicas, una antropología del futuro, además de ser antropología de la cultura, deberá ser una antropología de los procesos de la vida diaria, de los procesos prácticos que ocurren en las interacciones que parecen más insignificantes entre las personas, y que a veces ignoramos.

Mi modesta contribución a esto, tiene que ver en la forma que los niños se desenvuelven en sus etapas tempranas, incluso, antes de saber hablar.

VILMA SANTIAGO: A mí me fascina la situación paradójica en las contradicciones que encuentro, las cuales son intrínsecas a todas las prácticas humanas. La antropología constituye ese espacio del conocimiento, de una práctica institucional y ocupacional, hablamos en términos ideológi-

cos, de un tipo de análisis de ciertos fenómenos humanos. Y lo traigo a colación, porque en Estados Unidos los ataques a la antropología, para bien o para mal, su trayectoria histórica, en este lugar, han privilegiado a la antropología exclusivamente como materia académica. En este sentido está inserta en un mercado de trabajo, con unas estructuras institucionales que fomentan una competencia sobre una serie de recursos a los cuales debemos tener acceso. Ésta es una de las disyuntivas más impactantes por la que estamos pasando.

Para identificarlo y localizarlo dentro de Cornell, por ejemplo, el Departamento de Antropología tiene que competir para obtener recursos institucionales contra otros departamentos más poderosos, como el de Ciencias Políticas, que está definido de forma bien limitante como las estructuras y las políticas estadounidenses, el de Historia, el de Inglés, que se ha apropiado de un discurso antropológico. Y hay toda una serie de personas que se han intitulado analistas culturales, pero tal como los evolucionistas del siglo XIX, aunque nunca han mirado cara a cara a un colaborador, nunca han participado de un ritual, nunca han observado las prácticas cotidianas, y en ese sentido, el futuro de la antropología está oscurecido por estructuras institucionales con las cuales hay que lidiar día a día.

Por otro lado, basándome en mi propia experiencia también se están abriendo otros campos para la antropología estadounidense dentro de la práctica aplicada. Yo misma practiqué por muchos años la llamada relación etnográfica, en la cual conjuntamente con unos compañeros de forma modesta intentamos introducir ética antropológica en nuestra práctica. Y en este sentido, tal vez, haya una difusión más amplia de la práctica antropológica y sus principios.

JUAN ANTONIO ALVARADO: El futuro de la antropología nos preocupa a todos los antropólogos. Y ese futuro depende, en gran medida, de los contextos en que se desarrolle la antropología y de los esfuerzos que hagamos quienes nos ocupamos de ella.

En el caso cubano, en los últimos 30 años se ha creado toda una serie de premisas muy im-

portantes que parece ofrecemos un panorama realmente optimista. En estos años, por primera vez, se institucionalizaron las investigaciones etnológicas en Cuba, con independencia de que la antropología se haga en la Universidad y en otros centros, tenemos un Centro de Antropología en Cuba, que hasta el momento —incluso, en el período de crisis— ha contado con recursos mínimos que, aunque mínimos, han posibilitado desarrollar el trabajo. Ésta es una premisa importante para vencer el futuro.

Para que este futuro resulte realmente promisorio, los antropólogos debemos continuar perfilando nuestro objeto de estudio, teniendo en cuenta no sólo las realidades de la sociedad cubana actual, sino toda una serie de procesos internacionales que están influyendo en los procesos de identidad, en los llamados procesos de unidad nacional, de consolidación étnica o de fragmentación. Por tanto, considero que el objeto de estudio hay que seguirlo definiendo. Este objeto debe seguirse perfilando, haciéndose cada vez más interdisciplinario nuestro trabajo. Sería un paso importante.

Otro aspecto que nos permite pensar con optimismo sobre la antropología en Cuba, son los pasos que se están dando para institucionalizar los estudios antropológicos en la Universidad de La Habana. Esto resultaría decisivo para consoli-

dar la escuela cubana de antropología, con todo lo que de nacionalismo pueda tener esta frase.

Por último, el contexto cubano no nos permite afirmar que la antropología cubana esté siendo objeto de ataques o la estén poniendo a competir en un mercado especializado, con disciplinas más poderosas, los proyectos que estamos desarrollando ahora —que en otras épocas eran tabúes, como es el caso de las relaciones sociales— demuestran la importancia que se le da a nivel de la sociedad cubana al enfoque antropológico de tales estudios.

ROSA MARÍA DE LAHAYE: Hay más. Pero lo más importante sobre el futuro de la antropología es que seguiremos haciéndola.



documentos MONUMENTOS

DEBATES AMERICANOS No. 5-6 ENERO-DICIEMBRE/1998
La Habana / pp. 171 -178

VOX PATRIAE

Con este título, Félix Callejas publica un poemario en La Habana, en 1906, año fatídico de aquella República que comenzaba mal su estreno como forma de gobierno de un país recién independizado de España. Y de esta manera encabezamos esta sección en la cual proponemos al lector el encuentro con la otra voz de la patria, la no trascendente, la desconocida por muchos de quienes investigamos y vivimos en la actualidad en Cuba.

La poesía popular es inmensamente rica en nuestro país. Se nutre de las vivencias cotidianas e imprime a sus versos una percepción entusiasta y espontánea de la realidad social. Sin embargo, pocos científicos sociales le han prestado atención preferente en sus escritos. La existencia de cánones selectivos demasiado ortodoxos e interesados en la trascendencia, ha conspirado contra la excelencia de estos versos para representar la diversidad social que nos antecedió, ofreciendo lozanía y

contradicción a nuestra cultura nacional. A través de estas páginas perseguimos el propósito de acercarlos a las canciones patrióticas, sonetos, guarachas, boleros, coplas, refraneros populares, décimas, guajiras y sones que hicieron la vida del cubano más llevadera en medio de todas las dificultades y tropiezos que tuvo el país en el estremecedor parto de la nación.

Definir estas composiciones no resulta tarea fácil. Porque la diversidad no cree en esquemas ni prejuicios. Sólo podemos decir en favor de ellas que únicamente les preocupaba la transmisión de ideas muy precisas y contundentes acerca de los problemas asociados a la cotidianidad y políticos en general. Es una poesía de escaso valor literario, que no aparece —salvo excepciones— firmada por “grandes poetas”, y no caracterizada por la métrica rigurosa o la palabra rebuscada, sino que bebe de sus contemporáneos el lenguaje utilizado comúnmente para designar procesos que ocurrieron, y de los cuales fueron espectadores activos. Por ello, hay mucho ritmo y sonoridad que las convierten en ocasiones en protesta de la mayo-

ría contra lo que consideran nocivo al interés nacional. Además no huye de las polémicas, más bien las promueve. Y en ella hallamos ese testimonio oral que el tiempo se encargó de borrar.

Las poesías que aparecen a continuación se han extraído de compilaciones y poemarios, y se ha respetado la ortografía original. Este hecho confirma lo que apuntábamos antes acerca de su oralidad manifiesta. Comencemos entonces a transitar por estos caminos olvidados de la sensibilidad popular. En ellos se respira cubanidad y amor por la tierra, son vox patriae.

Pablo Riaño San Marful

Recuerdos del Pasado¹

MARTÍ

Laboraba en tierra extraña
Llevando fijo en la mente
De que Cuba independiente
tenía que ser de España.
A nadie su voz engaña.
Convencía su oratoria
y si no tuvo gloria
de ver cumplido su afán,
al caer como un Titán
lo inmortaliza la historia.

MÁXIMO GÓMEZ

Anciano digno, valiente,
honrado, sin par guerrero,
asombro del mundo entero
y con Cuba consecuente.
En la paz, condescendiente.
Enérgico en la pelea,
Con el machete y la tea
Rinde al contrario y lo humilla
Y el Pabellón de Castilla
Por él en Cuba no ondea.

Durante la Guerra de Independencia de 1895, y posteriormente, la poesía popular se encargó de realizar composiciones pequeñas, muy rítmicas, para exaltar las figuras consideradas héroes de la independencia. Casi siempre, los héroes se relacionaban con las campañas militares, a excepción de José Martí, a quien se le señala, tempranamente, como líder y alma de la revolución.

¡¡MACEO!!

Su recuerdo no se olvida.
Fue un gigante de la guerra,
y hasta trepidó la tierra
al peso de su caída.
Hoy la patria redimida
perpetuarlo no ha querido
por no estar bien discutido
si un hombre de tanta gloria
tendrá un espacio en la historia
donde poner su apellido.

CALIXTO

Siempre fue la dignidad
patriótica su destello;
y en la frente llevó el sello
de su valor y lealtad.
Lograda la libertad
de su Patria idolatrada,
no vacila, va en cruzada
A decidir nuestra suerte
y nunca será su muerte
bastantemente llorada.

¹ De *Recuerdos del Pasado* (1898), por Victor Plana (*Vitoque*), Habana, 1899?, pp.18-19.

Declaraciones de una española que quiere hacerse cubana²

Al que diga con despecho
que no puedo ser cubana
le voy á mostrar con gana
todo mi noble derecho.
Yo he amamantado á mi pecho
tres hijos, que aquí nacieron;
y que mi apoyo tuvieron
desde su más tierna edad;
ellos por la Libertad
lucharon, y no murieron.

Hijo de Cuba, su padre,
ellos cubanos también;
¿habrá todavía quién
aquí rechace á la madre?
Aunque algún perro me ladre
y al fin me quiera morder,
cubana tengo que ser
porque mi afán se concilia,
entre mi santa familia
esta patria y mi deber.

A pesar de que en la historiografía cubana no existen testimonios de violencia cubana contra los españoles, sí es cierto que la poesía popular descubre al investigador una corriente de opinión que renegaba de lo español. Estas décimas demuestran cómo, sin embargo, fue posible la fusión entre españoles y cubanos al finalizar la guerra. Y cómo muchos españoles participaron, directa o indirectamente, en la contienda del lado de los cubanos.

Mil angustias he pasado
en los tres años de guerra,
y en aquel tiempo que aterra
fué mi hogar reconcentrado.
Y aquél campo abandonado
que nos daba la comida,
volvió a recobrar la vida
silvestre y semi-salvaje;
y en tanto ni un mal potaje
en nuestra chosa escondida.

Llegamos á estar tan mal
en la ciudad suntuosa,
que tras lucha infructuosa
fué mi esposo a un hospital.
Provisto de un *delantal*
á fregar allí los platos:
y esos quehaceres ingratos
que en salas de medicina,
llevan tras sí la inquina
y los ajenos malos tratos.

Mientras tanto yo lavaba
la ropa de los soldados,
haciendo además mandados
de aquel que me necesitaba.
Y por la noche lloraba,
pensando en aquellos tres

que al compás del *Bayamés*
pasaban penas sin cuento;
sin ropa y sin alimento,
desnudos hasta los pies.

Al fin vino el *protocolo*
dando á mi alma esa franquicia,
que fué inmensa la delicia
que hubo aquí de polo á polo.
De mis hijos ni uno solo,
había muerto en la guerra;
y yo cruzando la tierra
que las balas horadaron,
llegué y ellos me abrazaron,
abrazo que el pecho encierra.

Ahora yo cito y emplazo
á esos murmuradores
y si es que son pensadores
no querrán tenderme un lazo.
Pues mantuve en mi regazo
tres de la tropa espartana,
y un banderín engalana
la puerta de mi aposento;
por eso es justo mi intento
si hoy pretendo ser cubana.

José Silvestre

² De *La Nueva Lira Criolla. Guarachas, canciones, décimas. Canciones de la guerra, por un Vueltarribero*, 5^a ed. aumentada, Imp. La Moderna Poesía, La Habana, 1903, pp. 43-45.

Entierro del Mayor General Calixto García

Ponte, cubana, un crespón,
Del pecho en el lado izquierdo;
Que simbolice el recuerdo
Y el llanto del corazón.
Que el caudillo y el varón
Presente en capilla ardiente,
Despierta el amor ferviente
En cubanos corazones;
Y su alma mil bendiciones
Manda á Cuba independiente.

Desde la divina altura
Hoy nos mirará sonriente,
Observando complaciente
De su pueblo la cultura.
Y al ver que le dan sepultura
A su cuerpo tan querido,
Verá al guerrero sufrido,
Que en los campos ha luchado,
Hoy fuertemente abrazado,
Con el ejército *Unido*.

La muerte de Calixto García provocó un profundo dolor entre los cubanos, aun cuando éstos no fueran partidarios de la independencia, porque siempre se reconoció como una gran personalidad, sencillo y amigable. A su prestigio militar se le unía un reconocimiento de los intelectuales y el pueblo en general.

Hoy no murmura la palma,
Ni repite el murmurío
En sus corrientes el río
Que va despacio y con calma.
Todo ruega por el alma
Del hijo de esta ciudad,
Que desde muy tierna edad
Mil sinsabores gustó
Y que en el campo luchó
Por darnos la Libertad.

De luto viste la Habana,
De luto está el alma mía,
Porque llora en este día
Toda la gente cubana.
Que en la Unión Americana,
Uno de nuestros hermanos
Se ha ido de entre las manos
En brazos del huracán,
Y por su muerte ya están
Hoy de duelo los cubanos.

Ese caudillo valiente
Que en los campos ha luchado,
Por dejar, como ha dejado,
Nuestra Cuba Independiente.
Hoy en su cámara ardiente,
Aquel ángel que vivía
Y que dolor y alegría

Le ayudaba a soportar,
Verá si quiere mirar
De duelo la patria mía.

Lloremos con aflicción
Habitantes de la Habana,
Dando consuelo á esa anciana
Madre amante del campeón.
Ya que Dios sin compasión
Marcó la triste verdad,
Hagamos la caridad
De llorar por el finado;
Que su muerte ha presenciado
De Nueva York la ciudad.

Esa estrella que flamea
En tricolor pabellón
Ostenta hoy un crespón
Para que el mundo la vea.
Esa divisa que desea
Ver brillante el alma mía,
El difunto la tenía
Como imagen adorada
Y ella está hoy enlutada
Por la muerte de García.

*El sitio
Habana febrero 11 de 1899*

El fin de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, el 12 de agosto de 1898, provocó en los pueblos y ciudades de la Isla un gran regocijo, e inmediatamente se empezaron a promover expectativas acerca del futuro. Lo interesante de esta pequeña décima es el hecho de que sólo se menciona a los cubanos como triunfadores, no a los norteamericanos.

Ya evacuaron los tiranos,
Dando á mi patria contento;
Y en este feliz momento
Son dichosos los cubanos.
Con el machete en las manos
Alcanzaron la victoria;
Y sus nombres en la historia

Figurarán con honor:
Que han vencido al opresor
Del talento y la gloria.

C³

³ ¿Canitel? Suponemos que la décima pertenece a su autoría, porque en la misma página aparece otra firmada por él. Canitel es el seudónimo, evidentemente, de un poeta dedicado a este tipo de composiciones muy presentes en las obras del teatro bufo entre 1897-1904.

Décimas de un peninsular
(Madrid, 1 de enero de 1899)

Ya Cuba no es española,
Ya nuestra honrada bandera
Dada á la brisa ligera
En sus fuertes no tremola.
La luz de una estrella sola
Brilla para los cubanos ...
Y ciegos, torpes y vanos
Prefieren, con odio fiero,
Antes el yugo extranjero
Que el amor de los hermanos.

Independientes se llaman
Y libres se consideran
E ilusionados esperan
Los derechos que proclaman.
El nombre honrado difaman
Del noble pueblo español ...
Ya fundirá en el crisol,
Sin dejar rastro ni huella
A la solitaria estrella
El americano sol.

De garduñas en poder,
Hijos de Cuba, os hallais;
Hasta el nombre que llevais
Lo llegareis á perder.
Independientes al ser,
Dichosos osais llamaros ...
Pero el tiempo, que ha de daros

Desengaños elocuentes,
Del nombre de independientes
!Qué poco habrá de dejaros!

Os han quitado ya el *in*
Para que seais *dependientes*
Y el *de* para que *pendientes*
Víctimas de usura ruin
Ni *dientes* os dejarán,
Porque hasta el *dí* os quitarán:
Y ya norte-americanos,
De *independientes* cubanos
En *entes* os dejarán.

De los años á través
Y patricios vergonzantes,
Olvidareis a Cervantes
Para ladrar en inglés.
No habrá ya *Cucalambés*
Que os canten a maravilla:
Por la deliciosa orilla
Que el Cauto baña en su giro
Iba montado un guajiro
Sobre su yegua rosilla.

Javier de Burgos

Publicada en realidad el 5 de diciembre de 1898 en Los Lunes de El Imparcial, periódico madrileño, esta composición se debe a la inspiración de Javier de Burgos, bardo español, libretista de zarzuelas en España. Esta poesía provocó una verdadera controversia con poetas cubanos, quienes replicaron en las personas de Adalberto Molina y Víctor Plana. Javier de Burgos publicó después "Una poesía discutida" en el mismo periódico de Madrid, el 19 de junio de 1899, en la cual se hacía eco del mal efecto causado por sus versos en los cubanos, reafirmando sus predicciones sobre el futuro de la Isla.

Contestación a las décimas de un peninsular

Ya Cuba no es española...
Lo cual en buen castellano,
Significa que el cubano
Ya no se encuentra á la cola
Y aunque es *una estrella sola*
La que su fulgor le ofrece,
Tan hermoso le parece,
Que á su influjo bienhechor

Hasta de vuestro rigor
El recuerdo se adormece.

Nos llamais *torpes y vanos*,
Y *ciegos*, y os causa pena
Que por la caricia ajena
Dejemos á los *hermanos*.
¡Ciegos, torpes!... Los cubanos

La respuesta de Adalberto Molina refleja varios aspectos interesantes de la mentalidad cubana de la época, la cual mezcla varios sentimientos y emociones acerca de su realidad. La admiración por Estados Unidos, el resentimiento contra la obra nefasta de la reconcentración de Weyler y la convicción de que la nación no se perderá, indican que los sucesos recién finalizados operan en la mentalidad del contemporáneo como formadores de imágenes que tienden a los extremos. Es decir, España o el gobierno español se identifica con epítetos negativos, mientras se alude a Estados Unidos con símbolos de luminosidad. No obstante, el poema demuestra que el odio hacia lo español sólo atañe al gobierno y la política, no al pueblo de la península.

Ni una cosa ni otra son:
Si epítetos tan guasones
Dedicara á los *leones*
Que gobiernan su nación.

Si á vuestra *inmensa pasión*
El cubano ha sido ingrato
Es porque el amor del gato
No le conviene al ratón.
Vuestra *amorosa* intención
Dejó en Cuba amarga huella ...
Y quien su cariño sella
Con el ultraje y el dolo
Esperar debe tan sólo
Desamor del que atropella.

Independientes se llaman ...
Dice usted muy malicioso,
Dándoselas de chistoso
Entre los que *ya no maman*
Y los cubanos exclaman
Ante frase tan coqueta:
—Si España hizo la maleta
Y evacuó del nuevo mundo,
De nuestro anhelo profundo
Hemos llegado ¡¡á la meta!!

El cubano no se ensaña
Con el *pueblo noble*, honrado,
Porque siempre ha respetado
Todo lo bueno de España.
Pero la conducta extraña
De su gobierno opresor
Acumuló, en su rigor,
En nuestros pechos leales
La hiel que brota á raudales
Y que os amarga, señor.

¿Qué nuestra estrella apagar
Puede el sol americano?
Es cosa, querido *hermano*,
Que no os debe preocupar.
Pues la estrella que brillar
Se ve en la tierra cubana
Será siempre soberana,

Y muy lejos de morir
Más luz ha de recibir
De la antorcha americana.

*De guarduñas en poder,
Hijos de Cuba os hallais ...*
¡Cuan equivocado estais
En vuestro modo de ver!
Guarduñas, no hay que temer
En esta tierra bendita
Desde que evacuó *mamita* ...
Bastante guarduñas eran
Los que horrenda prueba dieran
De su maldad inaudita.

*Independientes al ser
Dichosos osais llamaros ...*
El despecho va a mataros,
Creédmelo, Don Javier.
¿Os hace daño el placer
Que en el cubano se advierte?
Pues temed por vuestra suerte
Que si os duele su alegría,
Como aumenta cada día ...
El dolor será más fuerte.

Los cubanos eran *entes*
Para los vuestros, Javier,
Que sólo para morder
Nos enseñaban los *dientes*.
De la rapiña *pendientes*
Todo aquí lo involucraban;
Y el empeño que mostraban
Por conservar la bandera,
Más que por prestigio, era
Por la *teta* que soltaban.

Si *dependientes* nos vemos
Del Gobierno americano,
Es porque España en su mano
Puso lo que pretendemos.
Y jamás perdonaremos
A vuestra *noble* nación
La *cariñosa* intención
Que con nosotros tenía

Cuando *salvarnos* quería
Con la reconcentración.
Mas su conducta cruel
Justo castigo encontré,
Pues que á la postre perdió
Guiro, calabaza y miel.
Y si á nuestro anhelo, infiel
Llegara a ser el destino;
Si *dependeres* el sino
Que á nuestra suerte acompaña,
No siendo la noble España,
Que nos gobierne hasta un chino.

Genuinamente cubano.

Siempre habrá *Cucalambés*,
Por más que usted no lo crea,
Luaces, Tolón, Zenea,
Plácidos y Milanés.
Y se cantará después
Como se canta en el día:
—*Ven acá, Rufina mía*
Prenda de mi corazón,
Que esta noche hay diversión,
Alguazara y alegría

Adalberto Molina

¿Qué podremos olvidar
A Cervantes? ... No lo creo,
Ni motivo alguno veo
Que á tal nos pueda obligar.
No habremos, no, de *ladrar*;
El *perro* ... Ya esta lejano;
Pero "en el monte y el llano"
Se oirá siempre sonoro
Ese lenguaje sabroso,

La Bandera Cubana (Puntos cubanos que canta Ramitos)

Cinco franjas y una estrella
Que en un triángulo se posa,
Es la insignia más hermosa
Que tiene mi Cuba bella.
Por eso á pelear por ella
Van los cubanos con gana.
La Estrella Republicana
Que la América nos brinda,
Y no hay bandera más linda
Que la bandera cubana.

Déjense de bobería,
Que ya se acabó la guerra,
Y nuestra querida tierra
No tiene soberanía.
Dios quiso llegara el día
En que la odiosa maldad,

El terror, la iniquidad
De esta tierra se expulsaran,
Y los cubanos gozaran
De completa libertad.

El noble pueblo cubano
Siendo libre se consuela,
Despreciando á Fonsdeviela
Y al canalla Valeriano.
Ese bárbaro tirano
Que sin piedad ni conciencia
Acabó con la existencia
De ancianos y de infelices,
No evitó que los mambises
Nos dieran la independencia.
Al ver tanta animación
Quiero que mi lira vibre,

Las décimas de Ramitos son exponentes de la presencia de la enseña nacional como símbolo recurrente en la poesía popular cubana de fines del siglo XIX. Más información en este sentido puede encontrarse en Alfred Mellon: Realidad, poesía e ideología, Ediciones Unión, La Habana, 1973. Ramitos es otro de los poetas que participó en el teatro bufo, componiendo versos que ambientaban y ponían una nota cómica en las obras. María Poumier, en su Apuntes para la vida cotidiana en Cuba en 1898. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, ofrece algunos detalles al respecto.

Mirando mi Cuba, libre
Del guacamayo pendón.
Con heroica abnegación,
Un pueblo noble y valiente
Se alzó en pos de su derecho,
Y hoy se encuentra satisfecho
Porque se ve independiente.

Ramitos

**Mi bandera en el Morro
(a Luisa Martínez Casado)**

Este poema describe algunas de las percepciones de los cubanos al inaugurarse la república; entre ellas, la más importante es la que muestra regocijo por la independencia y el fin del gobierno interventor. Como puede observarse, estas décimas repiten, de otra manera, las ideas ya expuestas por Bonifacio Byrne en su célebre soneto A mi bandera.

Entre lucidos festejos
al fin la he visto flotar
libre y sola, y titilar
de su estrella, los reflejos.
El mar copia en sus espejos
su luz diamantina y pura;
es del Cielo la pintura
de sus brillantes colores,
y causa envidia á las flores
el poder de su hermosura!

en medio de la grandeza
de escena tan majestuosa! ...
Con mis hijos y mi esposa
clamé a Dios Omnipotente;
y con entusiasmo ardiente
y lágrima en las mejillas,
nos pusimos de rodillas
ante Cuba independiente!

**Rodríguez Cáceres
Mayo 20, 1902**

¡Qué apacible y armoniosa
brilla la Naturaleza,

*Acontecimientos
de relevante significación
nacional e internacional
se desarrollaron durante 1998
en el ámbito académico
de la Universidad
de La Habana.*

aconte- cimien- tos 1998.....

El 23 de enero, en horas de la tarde, Su Santidad **Juan Pablo II** sostuvo en el Aula Magna un encuentro con representantes del mundo de la cultura cubana, como parte de sus actividades en la visita pastoral a Cuba. Junto al presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Comandante en Jefe **Fidel Castro**, personalidades de la Iglesia, ministros y dirigentes de la Revolución, cerca de 300 intelectuales, artistas y educadores cubanos formaron parte del trascendental encuentro.

Desde mediados del año, distinguidas representaciones extranjeras asistieron a la alta casa de estudios capitalina, para impartir conferencias magistrales.

En el Aula Magna, el ministro de Relaciones Internacionales de Italia, **Lamberto Dini**, expuso un profundo análisis sobre el tema de la globalización bajo el título "Europa y América Latina en la era de la economía global". También **Rosario Green**, secretaria de Relaciones Exteriores de México, durante su visita a Cuba, impartió una conferencia acerca de la política exterior mexicana y los principios sobre los que se asienta. Por su parte, el ministro de Industria y Energía de España,

*Visitaron la alta casa
de estudios,
Su Santidad Juan
Pablo II,
Lamberto Dini,
Rosario Green,
Josep Piqué Camps,
Ernesto Samper
Pizano,
Janet Mary Joung
y Abel Matutes.*

Josep Piqué Camps, hizo interpretaciones referidas al comportamiento económico español y los retos ante el nuevo milenio, y un balance del proceso vivido por España para su integración a Europa. Durante su estancia oficial en la Isla, **Ernesto Samper Pizano**, en ese momento presidente de Colombia, al visitar la Universidad de La Habana, dictó una conferencia, la cual versó sobre el Movimiento de Países No Alineados. De igual forma, la baronesa **Janet Mary Joung**, quien preside el Grupo Británico Iniciativa Cuba, disertó acerca de la región caribeña y

los retos ante el nuevo milenio. **Abel Matutes**, ministro del Exterior de España, durante su importante visita a Cuba, asistió al Aula Magna universitaria donde disertó sobre cómo evolucionó España a largo del siglo xx. El Presidente del Consejo de Estado y del Gobierno cubano estuvo presente, al igual que, cómo en otros momentos, también lo hicieron representantes del Cuerpo Diplomático, dirigentes de organismos e instituciones, profesores y estudiantes.

ENTRE EL *Autor* Y EL *Lector*

La esclavitud desde la esclavitud. La visión de los siervos

Gloria García Rodríguez

Centro de Investigación Científica
"Ing. Jorge L. Tamayo", A.C.,
México, D.F., 1996, 272 pp., 14 x 21 cm,
rústica cromada.

LA HISTORIOGRAFÍA CUBANA ha dedicado sus mayores esfuerzos a dos temas que, por su trascendencia para nuestro devenir como nación, han resultado de suma importancia: el estudio de las luchas por la liberación nacional en todas sus manifestaciones colectivas e individuales, por una parte, y las investigaciones sobre la esclavitud, por otra.

180

El libro de la colega Gloria García se inscribe en esta segunda línea, razón por la cual pudiera

suponerse que sólo se trata de un estudio más, entre los muchos ya realizados acerca de los negros esclavos. Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

La esclavitud desde la esclavitud. La visión de los siervos llegó a la historiografía cubana para sentar pautas metodológicas. El oficio de historiador, como dirían unos, o la compleja ciencia histórica, como señalarían otros, se ha enriquecido de manera notable en los últimos años. La sociología, la etnología, la antropología, la demografía, la historia, la lingüística y la literatura, interrelacionan sus antiguos perfiles e intercambian métodos y técnicas; de todo ello sale beneficiada la ciencia. Pero no todos los científicos sociales están dispuestos a correr y recorrer los riesgos que esta innovación supone; sobre todo, cuando esto debe lograrse sin soslayar principios ni violar los criterios a que largos años de trabajo y formación marxista nos hicieron arribar. Y precisamente en esa dirección se inscribe el trabajo de la colega Gloria García.

Muchas cuestiones deben destacarse en esta excelente obra. Comenzaremos por una de ellas, aquella que se manifiesta en la recopilación de documentos y testimonios. Sólo el profundo y exhaustivo conocimiento de los fondos del Archivo Nacional de Cuba que posee la autora, ha podido permitirle una selección tan certera y adecuada. Escarbar en los fondos del Gobierno Superior Civil, de la Comisión Militar o de la Junta de Fomento, para localizar la información idónea capaz de demostrar lo que la autora intentaba, implica poseer pericia; pero localizarlos en los 30 tomos del fondo Miscelánea de Expedientes requiere, además, una rigurosa disciplina y una total dedicación.

Y así, sencilla y simplemente, aparecen los argumentos, distintos, diferentes y reveladores. Si Moreno Fragnals insistió en diseñar el prototipo de un esclavo individual y ajeno, Gloria es capaz de mostrarnos su mundo social y familiar: el suicidio por temor al castigo; el amor de la pareja y la protección que en este ámbito se produce hacia la mujer y los hijos; las diferencias y diver-

gencias entre los hermanos; la relación madre-hijo y la menos estudiada padre-hijo, en el contexto de la lucha constante por adquirir la anhelada libertad; las relaciones de parentesco y también las de solidaridad padrino-ahijado, tan importantes en el mundo de los oprimidos. Todo ello se presenta de una forma armónica y natural, como si no hubiese costado ningún esfuerzo encontrar los elementos para sustentarlas.

¿Cuántas veces se ha insistido en que la plantación constituyó un mundo encerrado en sí mismo, aislado en el contexto geográfico y humano? Tanto se repitió que el esclavo sólo era un instrumento de trabajo, que llegó a concebirse como una máquina de acciones programadas cuya única salida era la violencia cuando se enfrentaba a situaciones que no tenían una solución mediata. Ahora, Gloria García selecciona los testimonios y, en el entramado social de la plantación, nos encontramos con una huelga, no sólo con una rebelión, lo cual supone una relación social indiscutiblemente más compleja y los esclavos discurren que trabajan mucho, que les han quitado el almuerzo, que no los dejan fumar, que los castigan, que no tienen tiempo para dedicarles a sus conucos y a sus animales, y que todo ello ocurre no sólo porque son esclavos, sino porque han cambiado de amo.

De igual forma se nos relata, a través de los propios protagonistas, la existencia de motines, el castigo a los mayores y los conflictos entre la dotación.

La solidaridad entre los esclavos es otra cuestión importante, también ajena, desde luego, al pretendido individualismo generado por la explotación intensiva de los negros. El apoyo a los menores, a los paisanos, o simplemente a otros esclavos que han recibido castigos, encuentra su lugar en esta autovisión de los siervos.

Tampoco está ausente un tema más trabajado: la violencia de los amos, sólo que aquí aparece acompañado de cierto accionar legal, oficial o particular, el cual manifies-

ta las relaciones que ante situaciones límite podrían generarse.

La libertad y los diversos caminos utilizados por el esclavo para llegar a ella, ocupan un espacio importante de los relatos. Desde el viaje a otras tierras, que de hecho implicaba la extinción de la esclavitud, hasta las sublevaciones generalizadas, pasando por la protección de los negros libres, el cimarronaje y el apalencamiento, están hábilmente expuestos por los propios protagonistas.

La selección documental realizada por la autora tiene el mérito de mostrar la voz de los oprimidos, sus declaraciones, su visión de los hechos, y, en conjunto, el mundo donde vivían y sus relaciones dentro y fuera de él.

Cabría pensar a cualquiera que no hubiese leído el libro y que sólo escuchara los criterios dados hasta este momento, que la obra se limita a ser una excelente recopilación de documentos bien seleccionados y agrupados, capaz de demostrar la profesionalidad de la autora como historiadora. Esto daría, no obstante, una visión totalmente distorsionada del libro.

Nada resulta más difícil para cualquier historiador que la síntesis; sobre todo, si ella recoge lo esencial de un proceso, pues para dar, en un número relativamente pequeño de cuartillas, la visión y definición de todo un problema histórico, se requiere una profesionalidad, un nivel de conocimientos y una pericia poco frecuente. El "Estudio introductorio" realizado por la autora antes de poner en primer plano la voz de los esclavos, confirma su nivel científico y, por ende, académico.

Su preocupación por reconstruir el mundo espiritual de los esclavos constituye el hilo conductor de esta obra. La temprana presencia de la esclavitud y su vinculación a las esferas productiva, comercial y de servicios desde el siglo *xvi*, reafirman la importancia cualitativa que esta forma de trabajo tuvo para la sociedad criolla.

La historiadora se devela cuando hace transitar al lector por un trasiego de siglos mar-



cando los aspectos esenciales del proceso que llevan a Cuba hacia una producción destinada en lo esencial a la exportación, sin eludir todo lo de negativo que representó esta opción para la Isla.

Esclavos y más esclavos, dice, cuando se refiere a la trata negrera y, añade, que el ritmo de crecimiento devino explosivo a partir de 1789. También alude vías menos conocidas para la introducción de negros, aquellas motivadas por el traspaso de la Luisiana y de las Floridas a Estados Unidos o por las guerras de independencia en el continente americano.

Apenas en tres párrafos logra explicar la ausencia de un crecimiento natural en la población esclava y las implicaciones que tuvo, así como las diferencias regionales del fenómeno esclavista, lo cual llegó hasta la saturación en determinadas zonas, en tanto otras lograban mantener una composición social diferente.

Un espacio específico se dedica al análisis de lo que pudiera definirse como el fenómeno plantacionista y sus patrones de asentamiento. En ese contexto, la autora introduce un elemento novedoso e importante: lo define como “la



célula de pobladores libres inserta en la gran masa esclavizada”, modelo que estima cristalizado en 1800.

La especificidad de la plantación no radica, según ella —y personalmente considero que lo demuestra de forma brillante—, en ser una explotación agraria con rasgos particulares, sino en su “capacidad para reordenar las comunidades de su entorno, remodelándolas y haciéndolas integrarse como partes de sus mecanismos funcionales”. La plantación resulta “un microcosmos entrecruzado por multitud de lazos que unen sus segmentos, ninguno de los cuales sería legítimo analizar aisladamente”. Esta proposición echa por tierra los criterios sobre la plantación como un mundo cerrado, compuesto por esclavos aislados del contexto regional y todas las cuestiones que de ello se desprenden, sin obviar la existencia de hombres libres, capaces de vivir al margen de las consecuencias que se deriva-

ban del desarrollo de los enclaves azucareros y cafetaleros.

En el epígrafe dedicado a la plantación como comunidad se señalan los límites de la violencia para el necesario equilibrio imprescindible a toda actividad productiva y la flexibilidad que ello demandaba. Las confrontaciones entre amos, esclavos, administradores, mayoresales y contramayorales eran frecuentes; el reacomodamiento de los intereses particulares de cada uno de ellos resultaba difícil en un contexto en el cual el principio de la autoridad no debía violarse, pues podía llevar a situaciones trágicas. El tríptico violencia-resistencia-autoridad reclamaba un necesario equilibrio en el entramado social de la plantación, demostrado con atinados ejemplos extraídos de los documentos.

Otro aspecto importante y no estudiado hasta el presente se refiere a la jerarquía de subordinaciones existentes entre los esclavos con independencia del sexo, la edad o la etnia —las variantes culturales eran más disgregantes que aglutinadoras—. En ese ámbito, la figura del contramayoral —negro y esclavo— tenía papel esencial, pues debía contar con el respeto de los integrantes de la dotación y la confianza de los amos, para poder interactuar entre unos y otros. Los conflictos sólo lograban evitarse si cada quien cumplía estrictamente el papel que le tocaba desempeñar. La circunstancia, precisada por la autora, de que en todos los expedientes de sublevaciones se manifieste la participación, o al menos la neutralidad del contramayoral, confirma lo expresado.

Elemento significativo en la red que vinculaba a los esclavos dentro y fuera de las plantaciones y que incluía a los negros y mestizos libres era el *brujo*, figura destacada en la jerarquía establecida dentro de la línea del color.

Otra arista abordada por la colega Gloria García se relaciona con la familia esclava. Las fuentes existentes en Cuba dificultan los estudios de familias en el contexto servil. Una clara referencia hace la autora al establecer las distinciones en-

tre las fuentes cubanas y las usadas por Herbert Gutman para su estudio en torno de la familia negra, esclava y libre, en Estados Unidos. Ello no la inhibe, sin embargo, de proponer algunas hipótesis que engloban la definición del tipo de familia que debió existir entre los esclavos y la forma en la cual se establecían las relaciones de parentesco con frecuencia no consanguíneas, sino étnicas, religiosas o de solidaridad. En ese contexto constituyó un relevante papel la relación de los ahijados con sus padrinos o madrinas.

El accionar de los mandaderos, caleseros, vendedores, y el trueque permanente de los productos de sus conucos, eran elementos que vinculaban a los esclavos de la plantación con su entorno. Este submundo de relaciones tampoco se había abordado hasta el presente, aunque algunas de estas figuras quedaron tipificadas en las ciudades, resaltando sus facetas costumbristas.

También aparecen espacios públicos insólitos: las tabernas rurales, por ejemplo. Sitios de reunión lícita para esclavos y libres, en ellas también se realizaban actividades de intercambio. Todo ello se mantenía a pesar de los intereses y también de las refractarias intenciones de los amos.

Al esclavo rebelde y al urbano se dedican sendos epígrafes; se destaca el papel de la coartación, el alquiler de los siervos y las formas más frecuentes de resistencia y enfrentamiento desarrollados tanto en las áreas urbanas, como en las rurales. Cabría por último felicitar a la colega y amiga Gloria García por haber escrito tan excelente trabajo. Creo que las razones han sido expuestas en estas cuartillas.

María del C. Barcia Zequeira

El libro de los muertos

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1995; Sociedad de Servicios de Artes Gráficas, S.L., Madrid, España, 520 pp., 11 x 16 ½ cm, rústica cromada, ilustrado.

MUCHO SE HA discutido sobre el título de este grupo de letanías, himnos, encantamientos y otros textos funerarios que los escribas egipcios componían para que acompañara

al difunto en su viaje más allá de la tumba, y que no forman un todo orgánico ni pertenecen a un solo período histórico. . . .

Investigación de la personalidad en Cuba

Colectivo de autores

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Colección *Psicología Social*, La Habana, Cuba, 1995; Prensa Moderna Impresores, S.A., Cali, Colombia, 296 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

EN SU SEGUNDA EDICIÓN (la primera en 1987), esta selección de artículos mantiene su originalidad reflexiva como resultado de investigaciones de un colectivo de especialistas cubanos referidas a la personalidad, su motivación y desarrollo moral, su relación teórica y metodológica con la comunicación y la influencia del grupo en la personalidad, así como la expresión de ésta en la actividad profesional. . . .



Globalización y desarrollo mundial

Silvio Baró Herrera

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Colección *Economía*, La Habana, Cuba, 1997; S.S.A.G., S.L., Madrid, España, 152 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

UN INTENTO DE DESPEJAR algunas de las principales incógnitas del verdadero significado de una "mundialización" excluyente y contradictoria; esta obra, resultado de trabajos investigativos, docentes y de intercambio de opiniones del autor con otros especialistas, conduce sus objetivos a recopilar y someter a crítica una serie de definiciones acerca del proceso globalizador; proceder a una discusión de aspectos esenciales de las tendencias globalizadoras y de su impacto en la naturaleza de relaciones político-económicas internacionales, así como analizar las

modificaciones que este proceso técnico-económico provoca en la economía mundial. . . .



siona en esta compleja trama para, desde tendencias básicas, describir y analizar la evolución de este proceso contemporáneo, y apuntar sus condicionantes en el contexto de su desenvolvimiento, con lo cual ofrece un cúmulo de informaciones del sistema de dominación estadounidense y la valoración del impacto histórico de la Revolución Cubana en él. . . .

Más allá de los códigos. Las comunicaciones en la guerra de liberación

Luis Buch

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Política, La Habana, Cuba,
1995; Fondo de Desarrollo para la
Educación y la Cultura,
204 pp., 11 x 8 cm, rústica cromada.

UN APOORTE DE SUMA importancia que faltaba para la historiografía de la Revolución Cubana, y que sólo quien haya vivido estas experiencias podía realizar. Sin pretensiones literarias deviene apasionante lectura para la generación que desarrolló la lucha de liberación, como para la actual que la continúa y consolida. . . .

Comercio clandestino de esclavos

José Luciano Franco

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto
Cubano del Libro, *Colección Historia de
Cuba*, La Habana, Cuba, 1996,
300 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

DEL TRÁFICO INHUMANO y su significación histórico-social, la incidencia económica en el desarrollo de la Isla, así como de su vinculación con la problemática internacional desde y hacia el mundo europeo, en estas páginas —ahora en una tercera edición, la primera en 1980, la segunda en 1985— se nos comenta y detalla, con un estilo directo y documentado, propio de su autor. . . .

La contrarrevolución cubana

Jesús Arboleya

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Política, La Habana, Cuba, 1997;
Prensa Moderna Impresores, S.A.,
Cali, Colombia,
336 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

SU NATURALEZA POLÍTICA, desde enero de 1959, no sólo evolucionó a partir de los condicionamientos impuestos por la dinámica política interna, sino también por estructuras sobre la base de la dependencia al sistema yanqui y sus posiciones con relación a Cuba, reforzadas en el tiempo con una emigración devenida base social de su estructura. En la obra, su autor incur-

Historia de la educación en Cuba. Siglos XVI-XVII

**Enrique Sosa Rodríguez
y Alejandrina Penabad Félix**

Editorial Pueblo y Educación, La Habana, Cuba, 1997,
228 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

ESTA OBRA, PRIMERA DE una serie de volúmenes que han de abordar el proceso de instrucción en la Isla durante el período colonial hasta 1842, momento en que la metrópoli española puso en práctica el primer Plan de Instrucción Pública para Cuba y Puerto Rico, resulta un importante aporte para el conocimiento del devenir de la implantación de métodos educacionales durante los primeros siglos coloniales. . . .

Globalización y conflicto. Cuba-Estados Unidos

**Graciela Chailloux Laffita,
Rosa López Ocegüera y Silvio Baró Herrera**

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Economía, La Habana, Cuba, 1997;
S.S.A.G., S.L., Madrid, España,
304 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

PARA UN ANÁLISIS DE LAS relaciones Cuba-Estados Unidos, en su dimensión histórica o presente, resulta necesario examinarlas como el conflicto entre dos sistemas socioeconómicos opuestos y el que rige la interrelación entre países grandes-países pequeños. De ahí, el estudio por los autores del novísimo fenómeno de la globalización en el proceso de internacionalización del sistema capitalista y su contemporaneidad. . . .

El despliegue de un conflicto

**Ana Julia Faya
y Pedro Pablo Rodríguez**

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Historia de Cuba, La Habana,
Cuba, 1996; Fondo de Desarrollo para la
Educación y la Cultura;
S.S.A.G., S.L., Madrid, España,
148 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

nas de Playa Girón por el demócrata Kennedy, resultó la culminación de una etapa de esta política en 1961. . . .

Derechos humanos. Una aproximación a la política

Hugo Azcuy Henríquez

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro, *Colección
Política*, La Habana, Cuba, 1997
(Premio de diseño de cubierta
Raúl Martínez, 1997); Prensa Moderna
Impresores, S.A., Cali, Colombia,
136 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

modernidad por caminos muy diferentes a los casos paradigmáticos que cuentan las historias

DESDE ENERO de 1959, la política agresiva de Estados Unidos hacia Cuba ha tenido un solo objetivo: destruir la Revolución. El ataque de la Brigada 2506, la cual fuera entrenada y armada por la administración republicana de Eisenhower y lanzada para ser derrotada en las are-

EN SU VERSIÓN moderna, los derechos humanos se enlazan de manera ineludible con la formación de los Estados nacionales y con la gestación y cristalización de un Derecho Constitucional; ellos se constituyen, y se destruyen, políticamente. Muchos países accedieron a la

européa y norteamericana. El valor teórico de este pequeño volumen está en su propia unidad temática, a pesar de no estar concebido como texto único; los ensayos y artículos aquí recogidos acerca de sociedad, democracia, derechos humanos y la relación derechos humanos, Estados Unidos y Cuba, aparecieron en los últimos años en pequeñas ediciones. . . .

Constitución de la República de Cuba

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Jurídica*, La Habana, Cuba, 1996; Prensa Moderna Impresores, S.A., Cali, Colombia, 76 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

ACTUALIZADA SEGÚN la Ley de Reforma Constitucional aprobada el 12 de julio de 1992 por la Asamblea Nacional del Poder Popular. . . .

Ley No. 62. Código Penal de la República de Cuba

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Jurídica*, La Habana, Cuba, 1996; S.S.A.G., S.L., Madrid, España, 208 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

DE 27 DE DICIEMBRE DE 1987 modificada por el Decreto Ley no. 140, de 13 de agosto de 1993, y el Decreto Ley no. 150, de 6 de junio de 1994. . . .

A proposito de...

un artículo publicado bajo el título "Vocación de editor" de Fernando Rodríguez Sosa (semanario *Trabajadores*, 27 de julio de 1998), los editores de esta revista queremos expresar nuestro criterio el cual, de más está apuntar, compartimos en toda letra y espacio.

La reflexión del articulista tiene su génesis en "lo molesto y lastimado" de un amigo editor quien le indicó: "Si el libro se publica sin problemas —me decía—, nadie piensa en nosotros. Pero

si aparece cualquier error, a veces ni relacionado con esta esfera de trabajo, todas las culpas caen sobre los editores". Resulta lógico y preciso, que el desconocimiento y subvaloración devienen causa de la opinión de aquellos que no calibran la real significación, dedicación y responsabilidad del editor —en el entendido de quien trabaja libros, revistas u otra publicación similar—. Por fortuna, no todos tienen criterios equivocados acerca de la presencia y quehacer de este profesional. En Cuba y fuera de

ella, muchos especialistas, científicos, escritores, artistas, entre otros intelectuales, tienen a bien destacar y apoyar esa interacción que se establece con el editor en todas las aristas del accionar editorial que ya en la librería, tuvo desde el proyecto autoral "ese largo, y a veces tortuoso, proceso de hacer un libro".

Como bien se sustenta en el artículo de Rodríguez Sosa, el editor no es la simple estancia mediadora entre el autor y la imprenta. "Creo que es hora ya de revalorizar, o de valorizar, para ser más preciso, la responsabilidad social del editor —indica entre otras ideas—. *Reconocer, si su trabajo así lo amerita, su aporte al pensamiento de su época*". (El subrayado es nuestro.) Luego de valorar las múltiples funciones intelectuales del editor en

su laboreo contemporáneo, precisa: "Hay que prepararse para los nuevos tiempos. Mas, primero, urge divulgar y estimular el trabajo editorial". Añadiríamos, más de varias veces reclamado.

Clío, musa de la Historia y de la poesía épica, nos ha tenido como acompañantes y, en lo que nos corresponde, en la larga historia antes y después de los caracteres móviles para imprimir, la tipografía, que inventara Juan Gutenberg a mediados del siglo xv y que, hasta los tiempos computarizados de hoy en día, no dejan de ser un poema épico. Es cierto, y nos unimos, al criterio que concluye las líneas a las cuales nos referimos con agrado: "Y ello para comenzar a rendir justo homenaje a ese oficio que tiene mucho de arte, al oficio de editor". • • • • •

El pueblo cubano

Colección Pensamiento Cubano,
La Habana, Cuba, 1997;
Prensa Moderna Impresoras S.A.,
Cali, Colombia, 120 pp.,
15 x 23 cm, rústica cromada

En la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en los primeros días de marzo de 1998 se presentó la edición crítica de esta obra del sabio cubano don Fernando Ortiz, la cual tuvo su versión, no

como libro, por *Albur* del Instituto Superior de Arte (año III, no. IX, La Habana, mayo de 1990). Este texto póstumo del ilustre cubano ve así la luz gracias a la gestión de la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro y el apoyo especializado por el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, donde han quedado celosamente guardadas en los archivos de su biblioteca, las notas manuscritas unas, mecanografiadas otras, que incompletas esperaron el ulterior trabajo redaccional de su Autor.

La editora del libro, Gladys Alonso González, en nota al lector apunta que "nos propusimos dar cuerpo a una obra que desde sus fichas autorales motivaban el trabajo, cuyo resultado se hacía más que imprescindible, en el entendido de rescatar y divulgar las concepciones acerca de la sociedad cubana que desde las dos primeras décadas de la actual centuria, ya don Fernando estructuraba en sus escalones iniciales".

En el prólogo a estas páginas, la doctora Ana Cairo Ballester refiere que *El pueblo cubano* "podría juzgarse una obra que señaló un punto de giro cualitativo en la formación de Ortiz como intelectual con una alta conciencia del deber patriótico. Había entendido que con su praxis científica y política proseguía la hermosa tradición forjada desde Félix Varela hasta Enrique José Varona: la de servir difundiendo nuevos saberes".

Tercera edición de la Colección Pinos Nuevos

Durante la VIII Feria Internacional del Libro de La Habana, el pasado febrero del 98, la Dirección de

Literatura del Instituto Cubano del Libro convocó a los escritores cubanos para presentar sus originales, los cuales, de ser seleccionados, tendrán su publicación en la Colección Pinos Nuevos.

La selección, edición e impresión de los títulos resultan del esfuerzo conjunto del Instituto Cubano del Libro, sus Editoriales y la Agencia Literaria Latinoamericana, así como de escritores e intelectuales cubanos, y cuantos contribuyentes o auspiciadores quieran sumarse a este ya habitual proyecto. Los autores que deseen participar con sus textos podrán hacerlo si antes no han

publicado en forma de libro o hayan publicado hasta un libro de cualquier tema o género, excepto quienes lo hubieran realizado en las anteriores ediciones de esta Colección.

Según las bases de la convocatoria, los originales ocuparán las temáticas de Poesía, Narrativa (cuento, novela corta, testimonio y otros), Teatro,

Ensayo y Crítica (literarios y artísticos); Ciencias Sociales, Ciencia y Técnica, Literatura para niños y jóvenes.

Las obras seleccionadas serán dados a conocer en junio de 1999 y publicadas para la IX Feria Internacional del Libro en febrero del 2000.

Premio Nacional de Ciencias Sociales: En los días de la VII Feria Internacional del Libro, La Habana, 1998, fue otorgado este Premio Nacional 1997 al doctor en Ciencias Miguel Antonio D'Estefano Pisani, por su continuada y fructífera labor teórica y práctica en el ámbito de las Ciencias Jurídicas por más de medio siglo y su sostenida participación en distintas instancias relacionadas con la problemática jurídica, representando a Cuba en el exterior y en defensa de la Revolución.

Este premio, instituido por el Instituto Cubano del Libro del Ministerio de Cultura y la Academia de Ciencias de Cuba del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, se ha conferido en otras oportunidades a destacadas figuras que con sus investigaciones y obras han contribuido al desarrollo de diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales en el país.

D'Estefano Pisani, doctor en Leyes y Ciencias, profesor de Mérito y Titular de la Universidad de La Habana y del Instituto Superior de Relaciones Internacionales, entre múltiples trabajos realizados es presidente de la Asociación Cubana de Naciones Unidas, de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional y del Grupo Cubano del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya. Ostenta diversas distinciones científicas de Cuba y ha participado en sinnúmero de seminarios y otros eventos internacionales.

La labor intelectual de este destacado jurista en el campo de la investigación, la docencia y las relaciones internacionales, también tiene sus resultados en la publicación de más de 50 libros de diferentes ramas del Derecho, así como centenares de folletos y artículos en revistas especializadas

* * *

Premio Nacional de Economía: A fines de 1998 se concedió este premio, *post mortem*, al destacado político e intelectual revolucionario Carlos Rafael Rodríguez y, también, a dos conocidos economistas: Regino Boti León, fundador de la CEPAL, de la Facultad de Economía de la Universidad de Oriente y ministro de Economía del gobierno revolucionario hasta 1964; Araceli Sito Cabo, quien durante más de cuatro décadas ha ocupado funciones profesionales de su especialidad, creó un importante conjunto de normas y sistemas para el control económico y en la actualidad es profesora Titular Adjunta de la Facultad de Contabilidad de la Universidad de La Habana.

Francisco Pividal Padrón

Trascendencia de una vida y obra

Compañeras y compañeros,
amigos todos:

Los organizadores de este acto y los compañeros del Instituto de Historia de Cuba, me han pedido diga unas palabras acerca de alguien que en rigor no necesita presentación entre nosotros: Francisco Pividal Padrón.

El merecido homenaje que rendimos esta mañana al maestro Pividal en su 80 aniversario, coincide felizmente con la aparición de su último libro: *El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron*. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, encargada de la edición de esta obra, quizo con ello hacer también su aporte a esta celebración.

Pero la significación de la obra de Pividal resulta mucho más trascendente que un libro, por significativa que sea esta nueva obra o su conocido *Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo*. La de Pividal es una obra multifacética en toda la extensión de la palabra, que debe rastrearse desde la juventud —entonces publicó en *Diario de la Marina*, *Avance* y en otros periódicos y revistas de la época sus primeros ensayos críticos y poemas—, así como en la carrera de juris-

El 30 de agosto de 1996, en el Instituto de Historia de Cuba se festejó el 80 cumpleaños del maestro FRANCISCO PIVIDAL PADRÓN (24-VIII-1916).

Apenas transcurrido un año, el 10 de julio de 1997, dejó de existir entre nosotros.

El doctor SERGIO GUERRA VILABOY, profesor universitario y actual presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Sección Cubana, hizo llegar a *Debates Americanos* el texto de las palabras pronunciadas por él en aquel homenaje a Pividal. A los 82 años de su nacimiento y en el primer aniversario de su fallecimiento, recordamos desde esta revista, de la cual fuera uno de sus miembros de honor y consultantes, a quien fuera un incansable intelectual revolucionario.

ta, en su desempeño como profesor, diplomático, periodista e historiador: tiene en su haber más de dos centenares de artículos publicados sobre temas de educa-

ción e historia.

Toda esta descomunal labor está signada por un mismo denominador: su consagración a la causa revolucionaria. Su permanente disposición a servir a la Revolución donde sea necesario, lo ha llevado del magisterio a la diplomacia y viceversa, a fungir como delegado del Poder Popular, dictar conferencias y cursos en los más disímiles rincones del planeta, escribir enjundiosos estudios sobre Bolívar y otros patriotas latinoamericanos o a indagar en Tuxpan o la Sierra Maestra sobre determinados pormenores de los orígenes de la Revolución, al frente de un equipo de investigadores de la Oficina de Asuntos Históricos de la Secretaría del Consejo de Estado.

Pividal se entregó a la Revolución desde aquel momento en que dejó la dirección de uno de los más exclusivos colegios de Venezuela —el Panamericano de Maracay, del cual además era propietario—, para ponerse incondicionalmente a las órdenes de Fidel. Ubica-

do en el frente exterior en la lucha contra la dictadura de Batista, Pividal contribuyó de manera decisiva, en la tierra de Bolívar, a aglutinar el exilio cubano en torno al Movimiento 26 de Julio, para impulsar la propaganda revolucionaria y conseguir recursos y armas destinados a los combatientes del Ejército Rebelde, a la vez que cumplía otras tareas asignadas por la Dirección de la Revolución en México, Colombia, Panamá y Haití. Gracias a su vocación de insomne historiador, las nuevas generaciones disponen de un documentado y detallado recuento de la labor del exilio revolucionario en Venezuela, en este nuevo libro que será presentado en el día de hoy.

Por sus relevantes méritos fue el primer embajador de la Revolución Cubana en la patria de Bolívar y en esa condición acompañó al Comandante en Jefe en su apoteósico viaje a la capital venezolana en enero de 1959, del cual Pividal ha escrito vívidas crónicas incluidas también en este libro y que con anterioridad aparecieron en el folleto *Los tres días de Fidel en Caracas hace 30 años*, editado hace un lustro por la Universidad Central de Venezuela.

Declarado “persona *non grata*” por Rómulo Betancourt, pretextando su infatigable propaganda sobre los logros y conquistas de la Revolución, debió regresar a Cuba en 1960 para ser designado en nuevas misiones diplomáticas; entre ellas, la de embajador en El Salvador. La experiencia acumulada en estas lides le han permitido desenvolverse con éxito en otras actividades vinculadas a las relaciones internacionales, como se evidenció en el Secretariado del Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos o en las vicepresidencias de las asociaciones de Amistad con Mongolia y de Solidaridad con Viet Nam.

Mención aparte merece su destacada labor en el campo de la historiografía latinoamericana. Para expresar con justicia cuánto le debemos en este terreno basta preguntarse lo que conocíamos del pensamiento revolucionario de Bolívar y lo que sabemos ahora gracias a las obras de Pividal. No por casualidad obtuvo en 1977 el prestigioso Premio Casa de las Américas con su ya mencionado libro sobre Bolívar, el cual se ha editado dos veces en Venezuela, dos en Colombia, otras dos en Ecuador y una en Brasil. Este

ensayo, todo un clásico de lo que ha dado en llamarse la nueva historiografía de América Latina, fundamentada sobre bases científicas, demostró que podían plantearse aspectos novedosos sobre el Libertador, cuando algunos consideraban que ya todo estaba dicho. En esa misma dirección revalorativa apuntan su *Bolívar: primeros pasos hacia la universalidad*, editado por Pueblo y Educación, así como la antología del prócer publicada por Casa de las Américas.

En cierta forma, sus valiosos aportes historiográficos —que le han valido el otorgamiento del grado científico de Doctor en Ciencias Históricas— son el resultado de la conjunción establecida entre la ideología revolucionaria y toda una vida dedicada al estudio de esa descollante personalidad histórica, a la cual se apasionó desde joven, cuando enseñaba Historia de América en escuelas y liceos venezolanos. Hasta tal punto despertó su interés la epopeya de Bolívar que, en 1956, repitió su travesía por los mismos países de América del Sur por donde anduvo el Libertador, como dijera Martí, “regando de repúblicas la artesa de los Andes”, recorrido que Pividal no sólo aprovechó para visitar lugares históricos, sino también para escudriñar archivos en Caracas, Bogotá, Quito, Guayaquil y Lima, llenando de apuntes decenas de libretas que todavía conserva, símbolos de su devoción por la gesta bolivariana.

Todo el que ha requerido un dato o necesidad de una aclaración histórica —desde el más modesto estudiante hasta el propio Gabriel García Márquez, cuando se preparaba para escribir *El general en su laberinto*— ha encontrado en Pividal la respuesta precisa y la orientación concreta. Por su bien ganado prestigio —sin duda, Pividal es el historiador cubano que mejor conoce al Libertador— fue nombrado en 1978 secretario ejecutivo de la Comisión Cubana Conmemorativa del Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar y luego presidente de la Cátedra Bolivariana de la Universidad de La Habana, al frente de las cuales ha desplegado una muy meritoria labor.

Quienes tuvimos oportunidad de compartir con él por tierras americanas, hemos visto en varias ocasiones crecerse al conferencista eru-

dito ante los auditorios más difíciles en defensa de nuestras ideas y concepciones. Su libro, *Bolívar en vivo y en directo*, editado en Cuba con un título menos gráfico, es fiel testigo de ello, pues recoge las lúcidas y originales respuestas de Pividal a las más increíbles preguntas formuladas durante tres horas por los radiooyentes de la conocida emisora colombiana Cadena Caracol.

Tal vez, los más significativos logros en la vida profesional de Pividal se cosecharon en su tesonera labor como presidente de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe (ADHILAC), cargo que desempeñó con gran brillo durante toda la década pasada, y en el cual puso muy en alto el nombre de Cuba y la Revolución. Gracias a su empeño, la organización continental de historiadores vivió sus mejores años y realizó las más fértiles actividades científicas, tal como fue reconocido por los miembros de ADHILAC en el congreso efectuado en 1990 en São Paulo.

Una característica singular de Pividal es que todas estas múltiples actividades las desempeña con un espíritu jovial que los años y las adversidades no han podido doblegar. Confieso que su carácter accesible y lozano, su trato cordial y sincero, de igual a igual, pese a las evidentes diferencias de edad y conocimientos, me hizo acercarme a Pividal 25 años atrás, cuando lo conocí

siendo él vicedecano docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana

y yo uno de los tantos alumnos de Historia. Desde entonces, cada vez que estoy a su lado, siento la admiración y el respeto por el Maestro que nos aconseja y, al mismo tiempo, compulsula a seguir adelante en el trabajo intelectual y en el quehacer diario.

La cubanía que le desborda los poros y su atractiva personalidad, no son óbice para que lance a quemarropa sobre su interlocutor las verdades más crudas; su franqueza le granjean admiración y respeto, sentimientos que no pueden dejar de experimentar cuantos lo tratan.

Si algo pueden reprocharme al decir estas palabras con las cuales he intentado bosquejar algunos aspectos de la fructífera vida de Pividal, es que puedan parecer demasiado frías, o no muestren como quisiera la verdadera magnitud de su vida y la trascendencia de su obra.

Para terminar, sólo me resta agradecer al Instituto de Historia de Cuba por recordar el aniversario y convocar este sentido homenaje, tan oportuno como necesario. Gracias a mi entrañable maestro Pividal, por el enorme privilegio de su íntima amistad y por esa trayectoria ejemplar que está y estará siempre presente en cada uno de nosotros.

Muchas gracias.

CASA^{de} ALTOS ESTUDIOS Don Fernando Ortiz

A UN AÑO DE SU QUEHACER EN LA
VIDA SOCIOCULTURAL Y ACADÉMICA
CUBANAS

El 18 de abril de 1997 quedó constituida la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz en la Universidad de La Habana, L y 27, el Vedado, donde residió el sabio cubano, quien por disposición testamentaria, la legara a la Universidad habanera. Ese proyecto que naciera a la vida social, política y cultural de la nación cubana, cumplió ya su primer aniversario.

Este espacio ha permitido a las Ciencias Sociales en general el estudio y debate del conocimiento producido y por producir; la Casa deviene así lugar para el desarrollo de las investigaciones adecuadas a dar respuestas o, para sugerir, simplemente, caminos complejos y difíciles, pero necesarios, que nos permiten insertarnos de manera activa en la batalla popular cubana por su destino libre y justo.

La perspectiva académica de cuarto nivel de este centro ha venido desarrollando un conjunto de actividades de doctorados, postgrados, talleres, seminarios, maestrías y publicaciones, reuniendo el empeño de profesores, investigadores de Cuba y el extranjero, de facultades universitarias e instituciones especializadas, en el quehacer del debate e intercambio científicos, de promoción de grupos transdisciplinarios de investigaciones y encuentros concernientes a las problemáticas nacional, caribeña y latinoamericana.

En esa dirección se destacan el Encuentro Internacional Félix Varela, Ética y Anticipación del Pensamiento de la Emancipación Cubana (17 al 20-XII-1997) y el Simposium Internacional de la Revolución Cubana en el Poder. 1959-1998 (18 al 20-XII-1998), entre otros coloquios y conferencias perspectivas para 1999.

La contemporaneidad del esfuerzo empeñado por la Casa de Altos Estudios contempla, de manera necesaria, favorecer la divulgación de los estudios de investigadores en identificación con su empeño editorial. El plan de publicaciones concebido por la Casa propició desde sus inicios la edición de libros y su revista *Debates Americanos*, cuyo primer número desde 1996 abrió el camino de su accionar semestral en los estudios históricos y socioculturales. Una vez en circulación su número 4 especial "La sociedad cubana. Más allá del 98"—y este no. 5-6 de 1998—el equipo de editores de la Casa trabaja en la edición de 3 nuevos números para 1999. Consecuente con su génesis, *Ediciones Imagen Contemporánea* viene trabajando con resultados de importancia que, en algo más de dos años, indica un volumen de unos 12 400 ejemplares entre libros y revistas (9 títulos y 11 tomos).

En coordinación con otras instituciones, en su proyección científica, académica, técnica y editorial, de gran magnitud cultural deviene el nuevo proyecto de la Casa de Altos Estudios: la *Biblioteca de Clásicos Cubanos*, colección que con sello *Ediciones IC* desde 1999 divulgará, lo más completo posible, el pensamiento de los principales pensadores cubanos, desde el obispo De Espada y el presbítero Félix Varela —en 1997 se puso en circulación sus obras en 3 tomos—, hasta el ideario de los hombres de nuestra época.

A su vez, la Casa ha iniciado la estructuración de una biblioteca especializada de Ciencias Sociales e Historia, cuyos sólidos pilares son la Biblioteca de la antigua Escuela de Historia y los fondos legados por el doctor Julio Le Riverend.

El hecho de su existencia está aquí; como apuntara Don Fernando Ortiz: "En Cuba, más que en otros pueblos, defender la cultura es salvar la libertad..."

CASA de ALTOS ESTUDIOS **Don Fernando Ortiz**

en L y 27, a unos pasos de la colina universitaria,
en la residencia que fuera del sabio cubano y legada por él
a la Univesidad de La Habana, ha iniciado su quehacer
en el contexto de la vida cultural e intelectual cubanas.

- Promoción de doctorados, maestrías y posgrados.
- Realización de coloquios, seminarios, talleres y conferencias.
- Encuentros con distinguidos intelectuales del país y el extranjero.
- Intercambio científico y académico con instituciones nacionales y del exterior.
- Desarrollo de series de investigaciones temáticas y eventos acerca de las problemáticas cubana, latinoamericana, caribeña y universal.
- Ampliación de la información especializada en los estudios históricos de Cuba, América Latina y el Caribe, con sus servicios bibliotecológicos.
- Actualización del conocimiento de los investigadores por medio de un Centro de Información y Computación.
- Publicaciones de libros de temáticas dedicadas a las Ciencias Sociales con las *Ediciones Imagen Contemporánea* y la revista *Debates Americanos*.

Quienes deseen participar en esta actividad universitaria

de cuarto nivel, puede dirigirse a: **Casa de Altos Estudios**

Don Fernando Ortiz

L y 27, Vedado

Ciudad de La Habana, Cuba

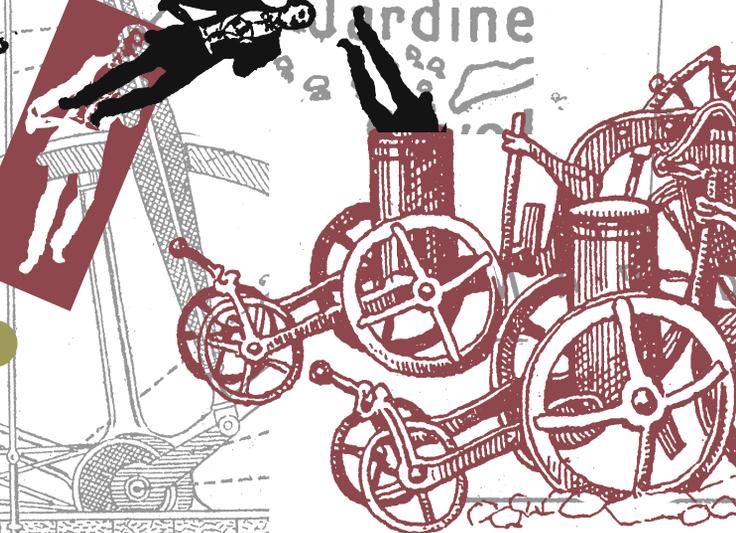
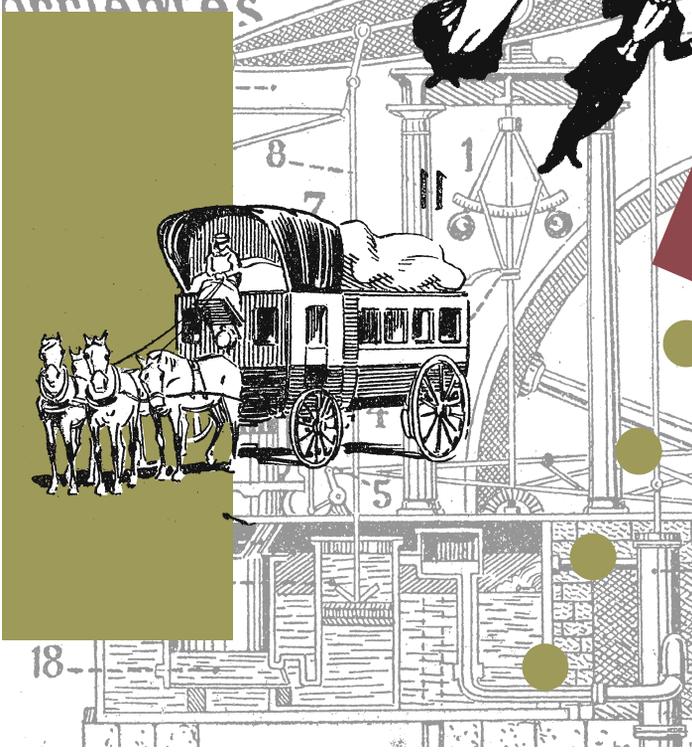
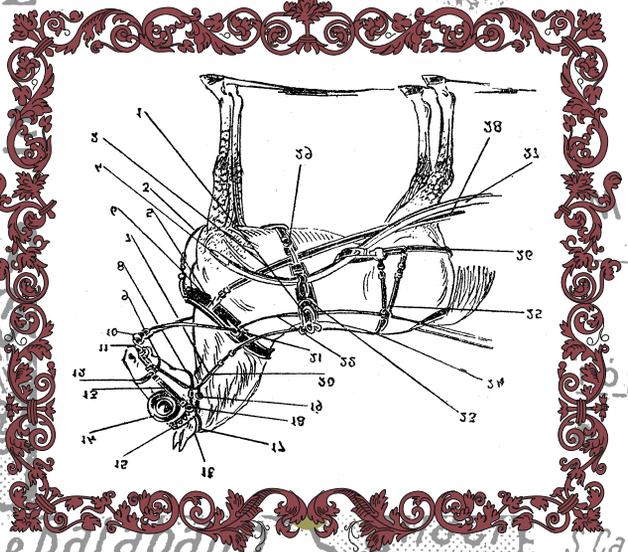
Teléfono: 32-6841

LA CICA A FES
LA RINA & DE DERECHO
ARRIBA AL UNIDOS DE

SIGLO XX

Canal de

rópico de Cānc



CUBA

..... Limite de Prov
—— Ferrocarriles

Escala en Kilome

0 50 100